

EL SACERDOCIO ETERNO

POR EL EMMO. CARDENAL

ENRIQUE EDUARDO MANNING

ARZOBISPO DE WESTMINSTER



EUGENIO SUBIRANA, S. A. - Editorial Pontificia

Puertaferrisa, 14. - Barcelona

1944

OBISPADO DE BARCELONA

Barcelona, 8 de noviembre de 1943.

IMPRÍMASE

† GREGORIO, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
M. I. Dr. Luis Upí, Maestrescuela,
Canciller-Secretario



Imp. R. Plana



ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

El tratado del cardenal Manning: *El Sacerdocio Eterno*, ha llegado a ocupar un lugar preferente entre los de su género, y es hoy un libro clásico en esta materia. Ni la obra ni el autor necesitan de presentación ante el Clero, que la tiene, con razón, en gran aprecio y estima muy particular. La profundidad de su doctrina, la altura de sus conceptos, la nobleza de su lenguaje, su celo por la excelencia del Sacerdocio, cualidades características que en ella resplandecen, están en consonancia con la alta dignidad de este Purpurado de la Iglesia, cuyos méritos son unánimemente reconocidos.

Solamente debemos advertir que la presente edición reproduce la publicada el año 1889 por la antigua Casa "V. e H. de J. Subirana", de Barcelona. En ella hemos atendido con particular esmero a que la presentación material fuera digna de una obra tan importante y de tanta utilidad para el Clero. La traducción castellana es la del P. Andrés G. Rivas, S. J., quien, en 1885, hizo la versión del inglés para dedicarla al Clero mejicano. Es clara, correcta y de agradable lectura. Y finalmente hacemos notar, como se hizo también en las primeras ediciones, que los capítulos XVIII y XIX, que tratan de la casa y de

la vida del sacerdote, contienen repetidas referencias a los decretos de los Concilios Provinciales de Westminster, que no obligan fuera de Inglaterra; pero, como la doctrina que encierran es muy laudable y conforme al espíritu de la Iglesia, serán de gran provecho para quien los tomare por norma. Sólo en algún detalle pudiera haberse suprimido algo que afecta exclusivamente a aquel país; mas es tan insignificante, que hemos creído mejor dejar intacta la obra, sin hacer supresión alguna por ningún concepto.

Y hecha esta breve advertencia, damos gracias al Señor por habernos proporcionado la satisfacción de poder ofrecer al Clero de España y de América una nueva edición de tan excelente libro.

Barcelona, Fiesta de Cristo Rey, de 1943.



CAPITULO PRIMERO

Naturaleza del Sacerdocio

"Así como no puede haber acción más excelente que la consagración del Cuerpo de Cristo, así no puede haber orden más alto que el Sacerdocio" [1]. "No hay acto más grande que la consagración del Cuerpo de Cristo" [2]. "El Obispo y el Sacerdote son iguales por lo que respecta a la consagración de la Sagrada Eucaristía." San Juan Crisóstomo funda la Santidad del Sacerdocio, que en el Obispo y en el Sacerdote es una misma, en la doble jurisdicción que tiene sobre el Cuerpo natural y el Cuerpo místico de Cristo, es decir, en el poder de la consagración y en el de la absolución [3].

Es una verdad de fe divina que Nuestro Señor Jesucristo ordenó de Sacerdotes a los Apóstoles cuando con aquellas palabras: *Hoc facite in meam commemorationem*, les concedió el poder de celebrar el santo sacrificio [4]. Es también verdad de fe divina, que cuando, tres días después, alentó hacia ellos diciendo: *Recibid el Espíritu*

[1] Albert. M. lib. IV Sent. dist. XXIV, art. 30.
[2] D. Thom. Summa theol. lib. III, in Suppl. q. 40, a. 4, 5.
[3] De Sacerdotio, L. III, § 4, 5.
[4] Concil. Trid. Sess. XX, c. IX, can, 2,

Santo, les dió el poder de la absolución [4]. Con estos dos poderes el Sacerdocio se completó. La autoridad pastoral y la misión de adoctrinar en todo el mundo todavía no se había conferido a los Apóstoles. Recibieron entonces tan sólo jurisdicción sobre su Cuerpo natural y místico, y juntamente el poder de conferir a otros la misma facultad por medio de la ordenación, puesto que su Sacerdocio era *Sacerdotium Christi ad Ecclesiam regendam a Spiritu Sancto positum.*

Al conferir el mismo después, concedieron a algunos el oficio sacerdotal en toda su plenitud, esto es, con el poder de conferirlo a otros; y a algunos, con la limitación de que el Sacerdote ordenado no pueda impartir a otros la jurisdicción sacerdotal que él ha recibido. Exceptuando esto sólo ([a]), el Sacerdocio en el Obispo, y el Sacerdocio en el simple Presbítero, son una sola cosa y la misma enteramente; y sin embargo, el Episcopado es, por el divino poder de la ordenación, más grande que el Presbiterado; y esta diferencia es divina en su origen e incomunicable. San Jerónimo dice: *Quid enim facit, excepta ordinatione, Episcopus quod Presbyter non faciat?* [6].

Es de fe que el Episcopado es estado de perfección instituído por Jesucristo. Es cierto también que el Presbiterado está incluído en el Episcopado. Y por consiguiente cuanto se diga del Presbiterado en sí mismo, es igualmente aplicable al Obispo que al Presbítero, y por esto vemos que en los primeros tiempos del Cristianismo se

[5] Ibid. Sess. XIV, c. III, can. 3.

([a]) Al decir *esto sólo*, claro es que el Autor se refiere, como lo advierte más abajo, a lo que siendo propio de Obispo no puede ser comunicado al Presbítero, porque otras diferencias hay entre el Episcopado y el Presbiterado comunicables a este último. (Nota de los Editores.)

[6] S. Hieron. Epist. CI, ad Evangelum, t. VI, p. 803.

daban indistintamente ambos nombres a uno y a otro. La recomendación que San Pablo hace escribiendo a Timoteo y a Tito para que trabajasen en adquirir la perfección cristiana, se dirige lo mismo al Obispo que al Presbítero [7]. Y todo el libro de San Juan Crisóstomo *De Sacerdotio*, expresamente se aplica y del mismo modo a ambos.

Santo Tomás dice que los Sacerdotes participan del Sacerdocio de Cristo nuestro Señor, y que están configurados o conformados con Él. Pesemos, pues, en la balanza del Santuario el valor de estas palabras: *Sacerdocio, participación* y *configuración* en el sentido que aquí se usan.

I. ¿Qué es, pues, el Sacerdocio del Hijo Encarnado? [8]. Es el Oficio que tomó para la Redención del mundo mediante la Oblación que de sí mismo hizo vestido de nuestra humanidad. Él es el Altar, la Víctima y el Sacerdote por una eterna consagración de sí mismo. Éste es el Sacerdocio eterno según el orden de Melquisedec, que fué sin principio de días y sin fin de vida [9], tipo del eterno Sacerdocio del Hijo de Dios, el solo Rey de Paz.

II. Por participación entiende Santo Tomás que siendo uno el Sacerdocio de Jesucristo, y al mismo tiempo único, perpetuo y universal, todos los demás Sacerdotes consagrados en la nueva ley son uno con Él, y participan de su propio Sacerdocio [10]. No hay, pues, dos Sacerdocios,

[7] Theodor. in Ep. Phil. I. 1.

[8] "Proprie officium Sacerdotis est esse mediatorem inter Deum et populum in quantum scilicét divina populo tradit." (*Summa S. Thom.* P. III, q. XXII, a. 1.)

"Et ideo ipse Christus, in quantum homo non solum fuit Sacerdos, sed etiam hostia perfecta, simul existens hostia pro peccato et hostia pacifica et holocaustum." (Ibid., a. 2.)

[9] Heb., VII, 3.

[10] P. III, q. LXIII, 6 et q. XXII, 5, 6.

como no hay dos Sacrificios por el pecado. Sino que un solo Sacrificio ha redimido para siempre al mundo, y es ofrecido continuamente en el cielo y en la tierra: en el cielo por el solo Sacerdote delante del Altar eterno; en la tierra por la multitud y sucesión de Sacerdotes que son uno con Él como participantes de su Sacerdocio, no como meros representantes, sino en realidad; así como el Sacrificio que ofrecen no es una mera representación, sino el verdadero, real y sustancial Cuerpo y Sangre de Cristo, ofrecidos por sus manos.

Tal es el argumento de la Epístola a los Hebreos. El Sacerdocio de la antigua Ley era una sombra; el Sacerdocio de la nueva Ley es la realidad. Cúmplese en el único Sacerdote y en el único Sacrificio que se perpetúan sobre la tierra por el Sacerdocio unido con Él.

Pero esta participación tiene otra significación, y más personal. La Oblación de nuestro Señor por nosotros nos obliga a ofrecernos a nosotros mismos enteramente a Él. *Christus... victima Sacerdotii sui, et Sacerdos suæ victimæ fuit... Ipsi sunt hostiæ Sacerdotes* [11]. San Ambrosio, hablando del sacrificio de Abel, dice: *Hoc est Sacrificium primitivum quando unusquisque se offert hostiam, et a se incipit ut postea munus suum possit offerre* [12]. Los Sacerdotes ofrecen el verdadero Cordero y "la Sangre que habla mejor que la de Abel" [13]. Todo Sacerdote, uno y otro día ofrece al Padre la eterna Oblación de Jesucristo: mas en esta acción debe ofrecerse también a sí mismo. Cuando el Sacerdote dice: *hoc est Corpus meum*, debe ofrecer su propio cuerpo; cuando dice: *hic calix Sanguinis mei*, debe ofre-

[11] S. Paulinus, Epist. XI § 8 ad Severum.
[12] De Abel. lib. II, c. VI, tom. I, p. 216.
[13] Heb., XII, 24.

cer su propia sangre, esto es, debe ofrecerse como una oblación a su Divino Maestro en cuerpo y alma, con todas sus facultades, poderes y afecciones, en vida y hasta la muerte. San Pablo escribe a los Filipenses: "Mas aun cuando yo sea inmolado sobre el Sacrificio y víctima de vuestra fe, me alegro y congratulo con todos vosotros" [14]. Puede ser que esto lo dijese también refiriéndose al martirio que tenía delante de sí; pero es indudable que al estampar en su carta estas palabras, conciencia tenía de que por largo tiempo se ofreció cada día a sí mismo a su Divina Majestad, como participante de sus sufrimientos por la salvación de los escogidos [15]. Las mismas palabras pudo haber escrito San Juan, que siempre tuvo la voluntad del martirio, por más que murió de muerte natural; las mismas también se suponen dichas en toda Misa por todo Sacerdote, que a sí mismo se ofrece en el santo Sacrificio del Altar. La participación del Sacerdote en el Sacerdocio de Cristo exige su participación en la ley de la Oblación de sí mismo, de la cual escribía el Profeta: *oblatus est quia ipse voluit*, y San Pablo, que dice de nuestro Señor que "por medio del Espíritu Santo se ofreció a sí mismo Inmaculado a Dios" [16]. Y, como dice San Juan: "En esto hemos conocido la caridad de Dios, en haber dado su vida por nosotros, y nosotros debemos darla por nuestros hermanos" [17]. El ofrecimiento del Cuerpo y Sangre de Cristo exige del Sacerdote un espíritu de Sacrificio de sí mismo y oblación de sí mismo sin reserva. La obligación de la caridad que manda a todos los cristianos, en caso de necesidad, perder sus vidas por las de sus her-

[14] Philip., II, 17.
[15] II Tim., IV, 6, 7, 8.
[16] Heb., IX, 14.
[17] I Joan., III, 16.

manos, y a los pastores dar la suya por sus ovejas, se impone de una manera especial a todo Sacerdote en la oblación de sí mismo que hace en la Misa, la cual es el Sacrificio de Jesucristo.

Finalmente, la palabra *configuración* expresa la conformidad del Sacerdote con el grande y Sumo Sacerdote. San Pablo dice que el Hijo *est figura substantiæ ejus*, esto es, la figura o expresiva imagen de la sustancia del Padre. El texto griego dice así: χαρακτὴρ τῆς ὑποστάσεως αὐτοῦ, el carácter de su sustancia [18]. El Sacerdote es, por consiguiente, la *figura Christi*, la imagen expresa de Cristo, el χαρακτὴρ o carácter de Cristo, porque sobre él está impresa la imagen de su Sacerdocio, y una parte en éste se le ha concedido. Él es, como dice San Pablo, *configuratus morti ejus* [19], configurado con su muerte. En toda Misa "publicamos la muerte del Señor hasta que venga..." [20]. Y hacemos oblación de nosotros mismos en conformidad con su oblación al Padre. Alberto Magno y Santo Tomás dijeron con toda verdad, que no se ha concedido al hombre poder o dignidad mayor, que el poder y la dignidad de consagrar el Cuerpo de Cristo; y no se puede concebir santidad o perfección más grande que la santidad y la perfección que se requieren para una acción tan divina en el Sacerdote.

Santo Tomás enseña que la ordenación imprime carácter y que este carácter no es otra cosa que un signo o sello espiritual e indeleble, con el cual el alma queda como marcada o deputada para ejercer los actos del culto divino, y para enseñar los mismos a otros [21]. El Sacerdocio de

[18] Heb., I, 3.
[19] Philip., III, 10.
[20] I Cor., XI, 26.
[21] "Per omnia Sacramenta fit homo particeps Sacerdotii Christi, utpote percipiens aliquem effectum ejus; non tamen per omnia Sacramenta aliquis deputatur ad agendum aliquid, vel recipiendum quod per-

Cristo es la fuente de todo el culto divino [22]. Todos los fieles están conformados con Cristo por el carácter impreso en ellos en el Bautismo y la Confirmación, y los Sacerdotes también en la Ordenación [23]. Pero en Cristo no había este carácter, porque Él es ejemplar y tipo de todos los caracteres; pues Cristo es el Carácter o la Figura del Padre y toda perfección divina se encuentra en Él, de la cual el carácter es en nosotros una conformidad parcial [24]. El carácter que recibimos se imprime, no en la esencia, sino en las potencias del alma, esto es, en las facultades intelectuales o afectivas; y es o pasivo o activo [25]. El carácter del Bautismo es un poder pasivo para la recepción de todos los otros Sacramentos, y para la conformidad como hijos con el Hijo de Dios. El carácter de la Confirmación es un poder activo

tinet ad cultum Sacerdotii Christi, quod quidem exigitur ad hoc quod Sacramentum characterem imprimat." (Summ. P. III, q. LXIII, a. 6.)

"Character proprie est signaculum quoddam quo aliquid insignitur ut ordinatum ad aliquem finem." (Ibid., a. 3. "Character ordinatur ad ea quae sunt divini cultus." (Ibid., a. 4.)

[22] "Totus autem ritus Christianae Religionis derivatur a Sacerdotio Christi." (Ibid., a. 3.)

[23] "Pertinet autem aliquod Sacramentum ad divinum cultum tripliciter: uno modo per modum ipsius actionis; alio modo per modum agentis; tertio modo per modum recipientis... Sed ad agens in Sacramentis pertinet Sacramentum Ordinis... Sed ad recipientes pertinet Sacramentum Baptismi... Ad idem ordinatur quoddam modo Confirmatio... Et ideo per haec tria Sacramenta character imprimitur, scilicet per Baptismum, Confirmationem et Ordinem." (Ibid., a. 6.)

[24] "Et propter hoc etiam Christo non competit habere characterem, sed potestas Sacerdotii ejus comparatur ad characterem sicut id quod est plenum et perfectum ad aliquam sui participationem." (Ibid., a. 5.)

[25] "Character est quoddam signaculum quo anima insignitur ad suscipiendum, vel aliis tradendum ea quae sunt divini cultus. Divinus autem cultus in quibusdam consistit actibus. Ad actus proprie ordinantur potentiae animae, sicut essentia ordinatur ad esse. Et ideo character non est sicut in subjecto in essentia animae, sed in ejus potentia." (Ibid., a. 4.)

para dar público testimonio de la fe, y para el ejercicio de la vida de acción y de sufrimiento, como buenos soldados de Cristo. El carácter de la Ordenación es un poder activo para el ejercicio y ministerio del culto divino [26]. El carácter sacerdotal, por consiguiente, es una participación del Sacerdocio de Cristo, y la más perfecta configuración con Él en su oficio de Mediador. Por fin, este carácter es la causa y la fuente de la gracia sacramental, propia de cada uno de los tres Sacramentos que lo imprimen, y es proporcionada a los fines y obligaciones propias de cada uno de dichos Sacramentos.

La palabra "character" significa la precisa delineación de un grabado a manera de sello, y la impresión de él quiere decir que una señal o reproducción de la misma delineación, ha quedado, como si fuera ejecutada por un sello, sobre el alma. Dicho se está, que semejante lenguaje es metafórico, como lo es la marca de los ciento cuarenta y cuatro mil que han de soplar delante de los cuatro vientos sobre la tierra. Santo Tomás al decir que el carácter se imprime, no en la esencia del alma, sino en sus facultades, significa en el entendimiento por vía de luz, y en la voluntad por vía de amor.

Todo esto significa que ésta es obra del Espíritu Santo, el Iluminador y Santificador del alma. Empero, no significa tan sólo la obra universal y uniforme del Divino Espíritu, como sucede en el Bautismo y en la Confirmación, sino una operación especial y singular verificada en el alma de aquellos tan sólo que por medio de la Orde-

[26] "Divinus autem cultus consistit vel in recipiendo aliquo divino vel in tradendo aliis. Ad utrumque autem horum requiritur quaedam potentia activa; ad accipiendum autem requiritur passiva. Et ideo character importat quamdam potentiam spiritualem ordinatam ad ea quae sunt divini cultus." (Ibid., a. 3, et quaest. LXXII, a. 5.)

nación han de tomar parte en el Sacerdocio de Cristo. Los tres Sacramentos que imprimen carácter, crean y constituyen, cada uno separadamente, especiales relaciones del alma con Dios; el Bautismo las de hijos, la Confirmación las de soldados, el Orden las de Sacerdotes, y estas tres clases de relaciones espirituales, una vez constituidas, son eternas y por consiguiente indelebles. Ya sea en los esplendores de la Gloria, o ya lanzados a las tinieblas exteriores, seremos siempre hijos, soldados y Sacerdotes, recibidos en las eternas mansiones, o arrojados de ellas para siempre. Y a estas tres relaciones está ligada una gracia especial y proporcionada del Espíritu Santo. Por esto dice Santo Tomás que el carácter es la causa formal o fuente de la gracia sacramental [27]. El carácter del Bautismo tiene en sí toda la gracia necesaria para la vida de un hijo de Dios; el de la Confirmación toda la gracia que necesitan los soldados de Cristo para pelear sus batallas y llegar a ser hasta confesores y mártires; el carácter del Sacerdocio tiene en sí todas las gracias de luz, fortaleza y santidad que son necesarias para la vida sacerdotal en sus múltiples deberes, pruebas y peligros. De esta clase de gracia quería San Pablo que se acordase Timoteo cuando le decía: "No desprecies la gracia que hay en ti, y que te fué dada por la profecía con la imposición de las manos del Presbiterado" [28].

Tal es el Sacerdocio del Hijo de Dios, la consagración y oblación de sí mismo; y tal es la comunicación que de su Sacerdocio da a los Sacerdotes, haciéndolos participantes de su oficio, configurándolos o conformándolos a sí mismo, e imprimiendo en las facultades de sus almas el carácter sacerdotal.

[27] P. III, q. LXIX, 10.
[28] I Tim., IV, 14.



CAPITULO II

Poderes del Sacerdocio

San Juan Crisóstomo compendia los poderes del Sacerdote en estos dos, a saber: el de la consagración del Sacramento del Altar y el de la absolución del pecado; o hablando en términos teológicos, en la jurisdicción sobre el Cuerpo natural y sobre el Cuerpo místico de Cristo. La palabra jurisdicción tiene aquí una significación especial y distinta de la que comúnmente suele tener. Comúnmente significa la autoridad con que el Sacerdote gobierna la grey que se le ha encomendado con el poder judicial de atar y desatar la cadena del pecado. ¿Cómo, pues, puede haber jurisdicción sobre el Santísimo Sacramento? Jurisdicción aquí significa toda la autoridad sacerdotal dada en la Ordenación y cuyo ejercicio queda suspendido hasta que recibe el Sacerdote licencia para usar los poderes del Sacerdocio. Esta jurisdicción le viene de su Obispo, y a su Obispo del Vicario de Cristo, en quien únicamente reside la plenitud de la jurisdicción sobre la Iglesia Universal. La primera y la más elevada acción de esta jurisdicción es consagrar y ofrecer el Santo Sacrificio del Altar. De aquí nace la

expresión de jurisdicción *in Corpus verum*, las cuales palabras sin embargo tienen muchas y profundas significaciones.

I. En primer lugar, ponen delante de nuestros ojos la humildad de nuestro Divino Maestro. La Encarnación fué como un descenso o pendiente que tiene muchas gradas. En la Encarnación, Jesucristo nuestro Señor se ocultó a sí mismo velando su gloria, tomó la forma de siervo, se hizo hombre, se humilló a sí mismo, y esto hasta la muerte, y muerte ignominiosa. Aquí hay seis grados de humillación, y como si todo esto no fuera bastante, perpetúa su humillación en el Augustísimo Sacramento, y se pone en las manos de sus criaturas, y obedece [1] día tras día a la palabra de ellas para estar presente en el Altar, y es levantado en alto y llevado de una parte a otra, y finalmente, recibido por dignos e indignos. De este modo divino se sujeta a sí mismo a la jurisdicción de sus Sacerdotes ahora como en los días de su vida sobre la tierra se sujetó a la ley y a los que tenían autoridad, aun a Caifás y a Pilatos. La humildad es la raíz y fundamento de toda obediencia y la paciencia es obediencia elevada a una alta perfección. La oblación de sí mismo es una obediencia continuada para siempre como ley y estímulo de sus Sacerdotes.

II. En segundo lugar, el poder de la jurisdicción implica la obligación de velar por la grey encomendada al Sacerdote. La Iglesia aplica a San José, padre legal del Divino Infante, las palabras del Espíritu Santo: "El que ha guardado la higuera tendrá derecho a comer su fruto, y el que es guardador de su Señor será glorificado" [2]. La custodia del Santísimo Sacramento pertenece al Sacerdote. La llave del Tabernáculo está enco-

1 "Obediente Domine voci hominis." (Josue, X, 14.)
2 Prov. XXVII, 18

mendada a él. Del Sacerdote puede decirse con verdad lo que se dijo de su Maestro, "que abrió y no hay hombre que pueda cerrar, cerró y no hay hombre que pueda abrir" [3]. El Sacerdote es, en la más estricta significación de la palabra, el guardián o custodio de su Señor; y no puede haber mayor gloria para él, ni puede concebirse relación más íntima, estrecha y continua.

Y de esta como guardianía es también un poder para dispensar y distribuir el pan de vida. Los discípulos lo repartieron a cinco mil personas en el desierto. "Ellos eran Ministros de Cristo y dispensadores de los Misterios de Dios" [4]. Y esto no era más que sombras de la Divina realidad de la Sagrada Comunión, de la cual nosotros somos administradores.

III. En tercer lugar, esta jurisdicción muestra el Divino poder inherente al Sacerdocio. Las palabras que nosotros hablamos no son nuestras, sino de Él; no son humanas, sino divinas. Las palabras "Éste es mi Cuerpo" no se parecen a ninguna como no sea a aquéllas: "Hágase la luz." Con éstas creó Dios la luz; con aquéllas, si bien nada se crea, se constituye y se trae al Altar la presencia del Verbo Encarnado. Elevan el pan y el vino del orden natural al sobrenatural. Éste es un poder no de creación, pero sí de omnipotencia. El pan y el vino ya no están sujetos a las condiciones o leyes de la naturaleza en cuanto a su sustancia, sino sólo en cuanto a sus fenómenos sensibles, o sea accidentes. Un cambio divino se ha obrado en ellos, y no un cambio natural; porque ha desaparecido su propia sustancia, y sin embargo permanecen los efectos sensibles de ella. No hay un cambio semejante en el orden de la naturaleza, porque según ésta, o toda la sus-

[3] Apoc., III. 7.
[4] I Cor., IV, 1.

tancia con sus accidentes permanecen, o todos desaparecen. La sustancia desaparece en el orden sobrenatural de una nueva creación. Las palabras: "Hágase la luz" tienen su efecto en la primera creación de la naturaleza. Las palabras: "Éste es mi Cuerpo" tienen su efecto en la primera creación y en la segunda, en la creación antigua y en la nueva; y su eficacia cede sólo a aquellas otras: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por consiguiente, el Santo que nacerá de ti será llamado hijo de Dios" [5]. Por esta causa la acción de la Consagración y la acción de la Encarnación, guardan relación la una con la otra. Después de la Encarnación no hay acción tan trascendental, tan puramente divina, como la Consagración del Santo Sacrificio. Es la continuación de la Encarnación y Oblación del Hijo Encarnado. La voz que pronuncia las palabras es humana; los efectos, del poder infinito de Dios.

IV. En cuarto lugar, esta jurisdicción expresa la más estrecha comunicación de relaciones entre el Sacerdote y el Hijo de Dios. Parecería que después de la participación de su Sacerdocio, la impresión de su carácter y la configuración del Sacerdote con su Divina Majestad, no hay otra clase de relaciones que puedan siquiera imaginarse o concebirse. Y no obstante, hay dos más de que ahora vamos a hablar. Primera, la continua y diaria compañía del discípulo con su Maestro y del siervo con su Señor. Él es siervo, amigo, compañero. Como Pedro, Santiago y Juan fueron, entre todos, los discípulos más próximos, por decirlo así, a nuestro Divino Salvador sobre la tierra, así lo son ahora sus Sacerdotes entre todos los fieles. Todo el día están cerca de Él:

[5] Luc., I, 35.

toda su vida está en relación con Él. De Él salen a la mañana, y a Él vuelven a la noche.

Además, hay la relación de un verdadero, sustancial y vivo contacto en el Santo Sacrificio de la Misa, tan real como cuando San Juan apoyó su cabeza sobre el pecho del Salvador en la última Cena, o como cuando el mismo Salvador lavó los pies a San Pedro. Cuando tomamos en nuestras manos el Santísimo Sacramento, estamos en contacto con Dios, con Dios Encarnado, con el Creador, Redentor y Santificador. Más real que la tierra que hollamos con nuestras plantas, la cual pasará, es la presencia del Verbo Encarnado, que jamás pasará. Estamos en contacto con su propia sustancia: "El que se junta al Señor se hace un espíritu con Él." Pues nosotros estamos también unidos a la sustancia de su Cuerpo y somos miembros de Él por una real y sustancial participación. San Pablo dice que nosotros somos "miembros de su Cuerpo, de su carne y de sus huesos" [6] y nos manda que "llevemos a Dios en nuestro cuerpo" [7]. Este contacto y unión son la vida eterna. Si, cuando tenemos en nuestras manos el Santísimo Sacramento, se abrieran nuestros ojos como los de Cleofás en Emaús, veríamos que más allá de este contacto Sacramental y sustancial nada hay más íntimo que la unión con Él en la luz de la gloria.

Tales son las razones que han iluminado a los Doctores de la Iglesia para conocer que no puede concebirse ni oficio más alto, ni poder más grande que el oficio y el poder del Sacerdote. En el orden de las acciones divinas esta altísima dignidad coloca al Sacerdote, por lo que respecta al poder de la Consagración, en el primer rango después de la Madre de Dios, Tabernáculo viviente del Verbo Encarnado; y por lo que hace a la administración o guardianía del Santísimo Sacramento, en el primero después del Señor San José, Padre Putativo y custodio del Hijo de Dios. ¿Qué más puede concederse al Sacerdote? ¿Qué obligación de aspirar a la perfección puede haber mayor que la obligación que induce un poder tal, un tal oficio y un tal contacto viviente con el Verbo hecho carne? San Juan Crisóstomo dice que la mano que consagra debe ser más pura que los rayos de la luz solar; y si la mano del Sacerdote ha de ser tal, ¿cuáles deberán ser los ojos que miran de hito en hito la Divina Presencia, velada pero cuasi transparente, y los labios que dicen: "Éste es mi Cuerpo", y los oídos que oyen nuestra propia voz al pronunciar estas palabras de una nueva creación de Dios? Mas si tan grande debe ser la santidad del cuerpo, ¿cuál deberá ser la pureza del alma del Sacerdote, de su entendimiento con todos sus poderes, facultades, memoria, imaginación, de su corazón con todos sus afectos y deseos, de su conciencia con todos sus juicios discrecionales y mandos soberanos, y de su voluntad con todas sus inflexibles resoluciones y severo reinado sobre toda su vida interior y exterior? — Cierto, que el Sacerdocio es por su propia naturaleza, exigencias justísimas y obligaciones sagradas, una regla esencial y el más alto estado de perfección divinamente instituido por nuestro Señor mismo. El Sacerdocio tiene, por su propia naturaleza, jurisdicción sobre el Cuerpo místico de Cristo, esto es, sobre las almas de aquellos que han sido reengendrados del agua y del Espíritu Santo. San Pablo dice: "Nosotros somos el buen olor de Cristo para con Dios, respecto de aquellos que son salvos y respecto de aquellos que perecen. Para los unos, olor de muerte para la muerte; mas para los otros,

[6] Ephes., V, 30.
[7] I Cor., VI, 20.

olor de vida para la vida. Y para estas cosas, ¿quién es asaz suficiente?" [8]. Esto es, ¿quién no temerá? ¿Qué cosa puede haber más formidable que estar entre los vivos y los muertos, cargados con el Oficio Sacerdotal para dar cuenta de las almas encomendadas a sus cuidados? Ser Rey de un pueblo o Jefe de un ejército cuando está en peligro la vida mortal de los hombres, es temible. ¿Cuánto más lo será una superioridad cuyos efectos son eternos? ¿Qué santidad, qué caridad, qué humildad, qué paciencia, qué prudencia, qué firmeza, qué equidad, son suficientes para tan altos ministerios? Si las relaciones que existen entre un Sacerdote y su Divino Maestro, por lo que hace al Santo Sacrificio de la Misa, exigen tanta perfección espiritual, ciertamente que las relaciones de maestro, guía y juez de los hombres, no exigen menos. El Sacerdote está puesto *exercere perfectionem*, esto es, para manifestar en sí mismo la perfección y para formar las almas de los hombres según la misma ley y semejanza. Debe, pues, él primero ser perfecto.

Los títulos con los cuales estas relaciones se comprueban, son muchos y manifiestan cuán múltiples son las obligaciones que de ellas se derivan. Aun en la Antigua ley los sacerdotes, que pudiéramos llamar típicos o figuras, se nos representan como pescadores [9], cazadores [10] y pastores [11]. En la Nueva, se les llama pescadores de hombres [12] y pastores [13] del rebaño. Pero son todavía más que esto.

Son administradores o dispensadores puestos en la casa de Dios para dar a cada uno alimento,

8 II Cor., II, 15, 16.
9 Jer., XVI, 16.
10 Ibid.
11 Ezech., XXXIV, 23.
12 Marc., I, 17.
13 Pet., V, 2. 4.

en tiempo oportuno, esto es, para guiar y gobernar la familia de Dios.

Son también embajadores de Dios [14], revestidos de amplísimos poderes para tratar y concluir contratos en su nombre, y tienen las credenciales de la Divina embajada y en ellas expresas las condiciones que han de proponer a los hombres para reconciliarlos con Dios, y el poder o facultad discrecional de juzgar y decidir quiénes caben y quiénes no dentro de los términos y condiciones de su comisión. Los Sacerdotes son cooperadores [15] con el mismo Dios en el campo del mundo y en la viña de la Iglesia. Los Sacerdotes son aradores [16] y sembradores [17] y vendimiadores [18]. El Sacerdocio tiene el oficio de roturar el campo baldío de las naciones y destruir las raíces de incredulidad [19] que entorpecen el movimiento del arado. "Yo te he puesto como carro nuevo que trilla armado con dientes semejantes a los de la sierra: tú has de trillar las montañas y hacerlas saltar en pedazos, y reducirás como a polvo los collados; tú los aventarás y el viento se los llevará" [20]. Ellos son sembradores que arrojan la semilla de la palabra sobre toda clase de tierras y sobre todas las aguas [21]. Ellos son los que van a sembrar con lágrimas en medio de un mundo vano y moribundo, y vuelven después llenos de alegría con las manos henchidas de manojos de espigas [22]. Pero todos estos títulos, aunque tan expresivos, no son más que ideales y figurados. Hay otros que nos tocan más de cerca, más do-

14 II Cor., V, 20.
15 I Cor., III, 9.
16 Ibid., IX, 10.
17 Marc., IV.
18 Joan., IV, 38.
19 Heb., XII, 15.
20 Isai., XLI, 15, 16.
21 Ibid., XXXII, 20.
22 Ps. CXXV, 5, 6.

mésticos, por decirlo así, y que se aproximan más a nuestra vida y necesidades.

Los Sacerdotes son coedificadores con Dios en la fundación de la Iglesia, y en levantar el templo del Espíritu Santo sobre el único fundamento que Cristo, su principal Maestro, puso. Son padres de todos los que han sido reengendrados del agua y del Espíritu Santo, pero de un modo especial y con una relación más íntima y eterna, lo son de aquellos a quienes han bautizado. San Pablo escribe a los Corintios: "Aun cuando tengáis diez mil pedagogos o instructores en Cristo, pero no tendréis muchos padres, porque yo os engendré con Cristo Jesús por medio del Evangelio" [23]. Este título es el más sencillo y el más inteligible a todos, ancianos y jóvenes, doctos e indoctos. La relación de padre e hijo es universal en el orden de la naturaleza, y viene a ser una especie de instinto espiritual en el orden de la gracia. El título de padre es el primero, el principal, el más alto, el más poderoso, el más persuasivo, el más honroso de todos los títulos de un Sacerdote. Reciba en buen hora del mundo y de todas las autoridades más encumbradas muchos nombres, de las Escuelas de la Ciencia muchos grados literarios, del derecho Eclesiástico muchas dignidades; mas ninguno de esos nombres tiene una significación tan profunda ni tan alta como el de padre, ninguno de esos grados y dignidades ha de existir más allá de la tumba por toda una eternidad como existirá la paternidad espiritual del Sacerdote. El mundo ha como ahogado el hermoso nombre de padre con profusas adulaciones, y algunos Sacerdotes han consentido en esta especie de decapitación, aceptando de buen grado el pomposo tratamiento del mundo. Con el título

[23] I Cor., IV, 15.

se oscureció primero la conciencia de la relación de padres e hijos, se olvidó después y al fin se perdió o desapareció. El lazo más apretado de confianza y caridad mutua entre el Sacerdocio y los fieles se ha aflojado por esta causa, y en su lugar ha nacido en muchos la distancia y desconfianza recíproca.

Los Sacerdotes son también jueces de los hombres. Los judíos prohibían a todo aquel que no fuese padre ejercer el oficio de juez, porque comprendían que la administración de justicia debe estar templada con la compasión. Mas para ser juez espiritual, algo más que una compasión natural es necesario. El juez espiritual necesita poseer la caridad de Dios, de quien procede toda paternidad en el Cielo y en la tierra. Un juez debe ser justo, y en la justicia va incluída la misericordia. San Gregorio el Grande, explicando la Jerarquía celeste o angélica, dice que "los Tronos" son los justos, en quienes Dios vive y reina como en el sitial de su soberanía. Nuestro Divino Maestro dijo: "Los que me habéis seguido, cuando el Hijo del hombre se sentare sobre el trono de su Gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" [24]. Esto se dijo a los Apóstoles y a los Obispos, los cuales suceden ahora a aquéllos en el juicio espiritual del mundo. Todo Obispo en su trono, rodeado de sus Sacerdotes, atando o desatando judicialmente las almas de los hombres con el poder de las llaves, es el juez árbitro que nos puede hacer favorable el juicio del último día de los tiempos.

Finalmente, los Sacerdotes son médicos. A los Sacerdotes de la Antigua ley estaba encomendado el discernir entre lepra y lepra, así como a los

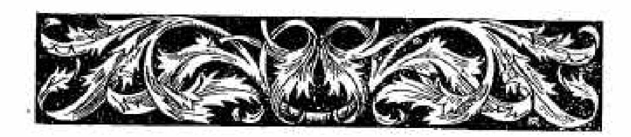
[24] Matth., XIX, 28.

Sacerdotes de la Nueva ley les está encomendado el discernir entre pecado y pecado. Y para este ministerio dos cosas sobre todo son necesarias, ciencia y caridad: la ciencia de Dios, la ciencia de los Santos, la ciencia del conocimiento de sí mismo; y la caridad, que, aunque no ha de quebrar la caña cascada, ni apagar la mecha que humea, sin embargo, jamás ha de callar, cuando se trate de una enfermedad que puede ser mortal, o cuando el pecado venial puede degenerar en grave, y el achaque que sufre el alma llevarla a la muerte.

Con sobrada razón pregunta San Pablo: "Para todas estas cosas ¿quién será bastante?" Conservarse en comunicación tan íntima con el Verbo hecho carne; velar sobre las almas por las cuales Él derramó su preciosa Sangre; tener a su cargo la salvación de las mismas, de tal manera que si somos infieles a nuestra vocación, su sangre será requerida de nuestras manos; todo esto ciertamente demanda en el Sacerdote una santidad personal proporcionada a la grandeza de la obra de guiar las almas de los extraviados senderos del pecado a los de la penitencia, y de la penitencia a la perfección. Y ¿cómo podrá guiar a otros por un camino quien jamás ha andado por él? Enseñan algunos teólogos que uno puede ejercitar la perfección, es decir, enseñar a otros el ser perfectos sin serlo él mismo, y las imperfecciones aun de los más perfectos son muchas como lo saben todos y nadie mejor que los mejores Sacerdotes. No obstante, para ejercitar en la perfección a otros, se requiere que el Sacerdote posea algún grado de perfección, siquiera sea el ínfimo. ¿Pero habrá Sacerdote de corazón tan poco generoso que se contente con el grado ínfimo de la perfección? No pensaba así San Pablo, cuando decía: "No pienso haber tocado el fin

adonde me dirijo; pero una cosa puedo decir con toda verdad, y es que, olvidando las cosas de atrás, y avanzando a las que están delante, corro sin cesar para ganar el término de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús" [25].

[25] Philip., III, 13, 14.



CAPITULO III

Las tres relaciones del Sacerdocio

Tiene el Sacerdote tres clases de relaciones, cada una de las cuales le obliga a la perfección interior de su espíritu.

I. La primera le liga con el Grande y Sumo Sacerdote, de cuyo Sacerdocio es participante. Él es nuestra fuente de santidad; y es también al propio tiempo nuestra ley de obligación. A aquellos que elevó cerca de sí en el Sacerdocio de la Antigua ley, les dijo: *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum* [1]. La increada Santidad de Dios exige santidad en todos los que se le acercan. Ante la zarza que ardía sin quemarse en el monte Oreb mandó Dios a Moisés que se descalzase, porque la tierra que pisaban sus pies era santa [2]. Un hombre no santo, si aspira al Sacerdocio, busca la muerte eterna, porque "¿quién podrá habitar con los ardores o fuegos sempiternos?" [3]. La santidad, la pureza, el celo, la justicia de Dios, son como llamas de un horno en el cual las almas

[1] Lev., XI, 44, 45.
[2] Exod., III, 5.
[3] Isai., XXXIII, 14.

puras han de purificarse más y más; pero las impuras serán consumidas; *porque Dios es un fuego consumidor* [4]. Sólo aquellos que se han conformado con el Sumo Sacerdote de su salvación, y de veras desean ser perfectamente santificados en cuerpo y alma, podrán estar en su presencia; porque para éstos hay en la Santidad de nuestro Sumo Sacerdote un poder de asimilación que perfecciona la obra por Él comenzada en ellos cuando por primera vez los llamó a esta altísima dignidad. Cuando Isaías vió en su gloria al Señor de Sabaoth, no tuvo conciencia de otra cosa en presencia de Él sino de su falta de pureza; mas uno de los Serafines tomó del altar un carbón encendido, y lo aplicó a los labios del profeta y quedó limpio de sus pecados [5]. Cuanto más se acercan las almas puras a Dios, tanto más quedan purificadas. No hablemos de los grados de santidad a que subió el alma de nuestra Madre Inmaculada, mientras vivió sobre la tierra, por la unión con su Hijo Divino, antes y después de la Ascensión; porque ella fué singular, o excepcional en todas las cosas, como que había sido concebida sin pecado, y santificada más que los más altos Serafines. Pero fijemos un momento nuestra atención en la santidad de San Juan y San Pedro después que fueron llamados por nuestro Santísimo Redentor para que le siguiesen. La conciencia de su indignidad hizo exclamar en cierta ocasión a San Pedro: "Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador" [6]. El milagro de la pesca le abrió los ojos para conocer el poder de Jesucristo; mas no fué ese poder sino la Santidad de Jesucristo la que le hizo temer el estar en su presencia. Los tres años que estuvieron los

[4] Heb., XII, 29.
[5] Isai., VI, 6, 7.
[6] Luc., V, 8.

Apóstoles al lado de nuestro Divino Maestro, les sirvieron de preparación para el Sacerdocio. ¡Cuántas imperfecciones tenían! pero poco a poco fueron desapareciendo, y se consumieron en la ardiente llama de la Santidad de su Divino Maestro, a quien tenían siempre presente. ¡Ah! Ellos respiraban una atmósfera de santidad y de perfección. Tardos de corazón para creer, difíciles para comprender, apresurados en hablar, terrenos en sus pensamientos, queriendo en todo ser los primeros, contendiendo entre sí sobre quién sería el más grande o principal; a pesar de todo, la majestad de su Señor los subyuga, su amor triunfa de sus corazones; y día tras día el hombre viejo va muriendo en ellos, y el nuevo, que es Jesucristo, va creciendo hasta dominarlos por completo. La obra de la purificación adelanta cada día; y es cabalmente la Divina presencia el fuego purificador que va acrisolando a los Hijos de Leví, como se acrisolan el oro y la plata, a fin de que puedan ofrecer sacrificios al Señor en justicia [7]. Uno de ellos, sin embargo, era demonio, no desde la niñez quizás, sino desde el tiempo en que su alma impura estuvo en contacto diario con la Divina Pureza. La maldad de ese ser desgraciado creció poco a poco, fué subiendo por grados, tal vez insensiblemente, por la constante oposición a la Santidad de Jesús. Judas fué ordenado Sacerdote estando en pecado; y después de haber hecho la primera Comunión, Satanás entró en su alma. Durante tres años respiró una atmósfera de santidad sin ser santificado. Todo cuanto debía servirle para la salvación de su alma, se convirtió en ocasión de caídas y más caídas; y la vida del mundo le llevó por sola su culpa a la muerte eterna.

7 Malach., III, 3.

La relación en que un Sacerdote se encuentra respecto de su Divino Maestro, es, sin más excepción que la ausencia de la presencia sensible, la misma en que se encontraban los Apóstoles, es decir: tan personal, real y continua, como la de ellos. Tenemos un Señor en los Cielos [8]. Y nuestra dependencia de Él descansa en el testimonio de nuestra conciencia y no en el de la vista corporal; así como en este mundo rendimos muchas veces pleito homenaje a un Soberano a quien jamás hemos visto. San Pedro dice a este propósito: "A quien sin haberle visto amáis, en quien ahora también, aunque no lo veis, creéis, y creyendo os gozaréis con alegría inefable y glorificada" [9], es decir, llena del deseo y gusto anticipado de la eterna bienaventuranza. Y no es imaginación creer que en nuestros ministerios lo mismo en las primeras horas del día que en las últimas de la noche, lo mismo en la barca que en la orilla, está siempre con nosotros, y que ni un momento nos deja ni damos un paso sin Él, ora estemos en el hospital, o en el hogar del pobre, o a la cabecera de un moribundo, ora vayamos por los campos, o por las calles llenas de gente, o por los montes, buscando sus ovejas descarriadas. Ni es ilusión creer que las palabras que habló las está ahora hablando a nosotros, o que cada palabra que nosotros hablamos, resuena en sus oídos. Cuando Jesucristo vivía sobre la tierra, y los discípulos le rodeaban, los ojos de éstos no estaban siempre fijos en Él, y menos estaban sus palabras y pensamientos dirigidos siempre a Él. Ellos veían todo cuanto estaba a su alrededor en las calles y en los campos, en la tierra y en el mar; y sus pensamientos se multiplicaban y vagaban de una cosa en otra, si así lo podemos decir; y hablaban

8 Ephes., VI, 9.
9 I Pet., I, 8.

unos con otros con la santa libertad de compañeros y hermanos; y a la vez estaban firmemente persuadidos de que su Divino Maestro estaba en medio de ellos, y que no sólo oía sus palabras, sino que leía sus pensamientos y respondía a sus preguntas aun antes de que se las hiciesen. ¿En qué, decidme, excepto la parte sensible, difieren nuestras relaciones de las suyas? ¿No son tan reales para nosotros Nazaret y Belén, y Jerusalén, y Cafarnaum y Betania, como si las hubiéramos visto? Para todos los que tienen fe y conocimiento de la palabra de Dios, todas estas cosas son tan reales y verdaderas, como la existencia del mundo, que se mueve diariamente en torno suyo; y esta conciencia de semejante relación es un continuo despertador y regulador perpetuo de la vida del Sacerdote fiel.

La segunda relación entre nuestro Divino Maestro y el Sacerdote es de una índole especial. Jesús está siempre presente en medio de sus pastores hasta la consumación de los siglos, esto es, hasta que reúna todos sus escogidos, y se cumpla el eterno decreto de su predestinación, y pase el tiempo de gracia y de prueba del hombre. Como Cabeza de la Iglesia, Él está en todo miembro viviente de su Cuerpo místico. Pero como Cabeza de la Iglesia, está en la gloria del Padre; y de la diestra del Padre no se separará hasta que venga otra vez para juzgar a los vivos y a los muertos. Nuestra relación con Él en el Cielo es sin embargo una dependencia Divina y muy real, aunque común con todos los fieles. El Sacerdote tiene otra que es peculiar a él, como ya lo hemos dicho, en la custodia de la Divina Eucaristía, en la que está su Divino Maestro sacramentalmente presente. *Mundamini qui fertis vasa Domini.* Si los que llevaban los vasos del Señor estaban obligados a guardar pureza del alma, ¿cuál será la

obligación del Sacerdote, que lleva en sus manos al mismo Señor? El encomendar a uno alguna cosa es señal de confianza; el ser encomendada esta cosa por el mismo Dios que conoce la fragilidad de nuestros corazones, es señal de una confianza especial; el tener encomendada la presencia del mismo Verbo Encarnado es la prenda más grande de la más absoluta confianza. ¡Qué vocación tan alta es la del hombre que es llamado a ser Sacerdote! ¡Qué integridad y limpieza de corazón no demanda! ¡Dichosos nosotros si nuestro Divino Maestro halla en cada uno lo que vió en Natanael! un corazón en que no había dolo de ningún género. Cuando el Señor vivió en carne mortal no se confió a los hombres, porque Él sabía muy bien lo que había en el hombre [10]. ¿Es posible que viese lo que había en nosotros cuando se nos encomendó a sí mismo en su presencia Sacramental? Una prueba de confianza, aun en cosas terrenas, es bastante para ganar todo el corazón de un siervo para su Señor. ¿Cuál deberá ser, pues, la fidelidad, la exactitud, la lealtad, la devoción de nuestros corazones en la decente custodia del Augustísimo Sacramento, su Persona Divina y su Dignidad delante de los hombres? El Santísimo Sacramento consagra el tabernáculo, el Altar, el santuario, la casa del Sacerdote. La zarza ardía en Oreb; pero el Sacerdote y cuanto le rodea está envuelto y como compenetrado de las irradiaciones e influencias divinas del Adorable Sacramento a él encomendado. ¿Podrá perder ni por un solo momento la conciencia de esta relación divina? No será posible, es cierto, estar actualmente y sin interrupción pensando en cosa tan santa. Aun los discípulos, cuando cogían y desgranaban las espigas de trigo, o ad-

10 Joan., II, 24, 25.

miraban la fábrica del templo, o la higuera seca y marchita, tenían sin duda otros pensamientos, pero siempre quedaba uno que era como el principal y que a todos dominaba, y que les traía de continuo a la memoria la presencia del Divino Maestro. Así podría suceder y así debería sucedernos a nosotros. Un Sacerdote jamás debe ir a un lugar adonde su Maestro Divino no iría, ni ocuparse en cosa en que su amado Maestro no se ocuparía. Habla el Sacerdote en la mañana palabras todopoderosas, y por algunos momentos ha estado en contacto el más íntimo con el Verbo Encarnado. La conciencia de cosas tan grandes no la debemos llamar simple memoria o recuerdo de algo que pertenece al tiempo pasado, sino de algo sumamente trascendental que no puede pasar, y que debe regir y modelar toda la vida del Sacerdote durante todo el día. El pensamiento de que a la noche, antes de entregarse al descanso, ha de volver a la presencia de su Divino Maestro para darle cuenta de cómo ha empleado todas las horas del día, cuáles han sido todas sus acciones, debe ser un aviso y un freno para vigilar sobre sus sentidos, su corazón y sus labios. El amor de un amigo, aun ausente, es capaz de dirigirnos y guiarnos; ¿con cuánta más razón la presencia del Amigo Divino deberá regular y aun elevar nuestra vida? San Gregorio exclama: "¡Oh admirable condescendencia de la Divina Bondad! No somos dignos de ser siervos, y somos llamados amigos. ¡Qué gloria para el hombre ser amigo de Dios!" [11].

Hay todavía una tercera relación, la cual es de ordenación divina, y, cuando una vez ha sido establecida, se hallará de nuevo en la eternidad; hablo de la relación entre el Sacerdote y las al-

[11] In Joan., XV, 14, 15; tom. I, p. 1445.

mas encomendadas a su cuidado. Esta relación puede formarse de dos maneras: o bien por la asignación hecha por el Prelado de una parte del rebaño, del cual viene a ser Pastor; o bien por la elección voluntaria de aquellas almas que se ponen bajo su dirección como Confesor. En ambos casos surge una verdadera relación de consecuencias eternas. Hablando de la primera de estas dos relaciones, la segunda, en la debida proporción, está incluída en ella, y no es por consiguiente necesario que la tratemos separadamente. El deber un hombre mirar en alguna manera por la salvación de otros, es relación de un orden divino. Por derecho natural, los padres de familia tienen este deber respecto de sus hijos, mientras que éstos son menores de edad e incapaces de cuidar de sí mismos. Después de algunos años la autoridad del padre llega a su término y cesa. En todo tiempo, es verdad que tiene ciertos límites, porque nunca los padres tienen autoridad sobre la conciencia de los hijos; o lo que es lo mismo, no pueden imponerles su voluntad cuando es contraria a la voluntad y ley de Dios, ni están los hijos en conciencia obligados a obedecer a sus padres, cuando les mandan algo contrario a la ley de Dios. Pero en el orden sobrenatural es voluntad de Dios que el odio de hermanos de Caín sea sustituído con el amor fraternal de Pastores. "¿Soy yo guarda de mi hermano?" [12], es la voz del mundo. "Yo soy el buen Pastor" [13], es la voz de nuestro Divino Maestro, que da a sus Pastores la norma de su vida. En la antigua ley mandaba Dios que un centinela vigilase sobre el pueblo en tiempo de guerra. Si el centinela, viendo venir la espada del enemigo, daba aviso con la trompeta, enton-

[12] Gen., IV, 9.
[13] Joan., X, 14.

ces, si alguno no miraba por sí mismo y perecía, su sangre caía sobre su cabeza, y el centinela quedaba libre. Mas si el centinela viese venir la espada y no avisase, en este caso he aquí la divina sentencia: "Yo exigiré su sangre de las manos del centinela" [14]. A nadie puede hacerse responsable de la vida de otro, excepto por mandato del Señor y Dador de la vida. Un deber se impone al centinela, y se le obliga a cumplirlo o a responder con la propia vida si no lo cumple. Es decir, que responderá de su fidelidad en avisar, mas no del resultado de su aviso. Tal es también el cargo del Pastor de almas. El Señor de todo el rebaño confía una parte de él al cuidado del Sacerdote, y éste ha de responder con su vida por la de sus ovejas; y por esto dice San Gregorio que tiene tantas almas propias un Pastor cuantas son las ovejas de su rebaño. ¿Y quién pudo ponerle sobre los hombros tan pesada carga, sino Aquel que puede decir: "Todas las almas son mías"? [15]. Existe, pues, entre el Pastor y las ovejas, por institución divina, una relación mutua de autoridad y de sumisión. ¿Pues qué hombre tiene autoridad sobre otro, si no es o por derecho natural, o por directa disposición de la ley sobrenatural de la gracia? Donde no hay autoridad, no puede haber obligación de someterse. "Todo hombre debe llevar su carga" [16]. Pero las cargas de muchos han sido puestas por mandato divino sobre el Pastor de almas. Éste es responsable no de los efectos de sus desvelos y cuidados, sino tan sólo del fiel cumplimiento de su deber. Cuando él ha puesto su corazón y sus fuerzas, y su tiempo, su vida y aun la pérdida de ésta, si es necesario, al servicio y por la salvación de sus ovejas, puede estar tran-

[14] Ezech., XXX, 2-6.
[15] Ezech., XVIII, 4.
[16] Gal., VI, 5.

quilo y lleno de esperanza. De la sangre de los que perezcan no se le pedirá cuenta. ¡Qué celo, pues, qué abnegación de sí mismo, qué generosidad y paciencia, qué humildad y caridad no serán necesarias para saber sobrellevar la iniquidad del pecador, y las cavilosidades y asperezas de carácter que con frecuencia se encuentran aun en los buenos! El Pastor debe ir siempre delante de su rebaño; de otro modo éste no puede seguirle. Él debe haber aprendido antes y practicado lo que ha de enseñar, y ha de enseñarles menos con palabras que con obras. El ejemplo es la palabra viva que convierte, mantiene y santifica los corazones de los hombres. *Summa dicere et ima facere*, es una abominación a los ojos de Dios y de los hombres. La parábola de la viga y de la mota debería estar escrita en los muros de todo Seminario y en la conciencia de todo Sacerdote. Son terribles las palabras que San Pablo dice al Sacerdote que lo es tan sólo por la ordenación y no por la santidad: "Tú que te glorías en Dios y que conoces su voluntad, e instruido por la ley, apruebas lo que es más útil; tú que confías poder ser guía de ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los incipientes, maestro de los niños, poseyendo la forma de la ciencia y de la verdad en la ley; tú, pues, que enseñas a otros, y a ti mismo no te enseñas, que predicas que no se debe robar, y tú robas; que no se debe cometer adulterio, y tú lo cometes" [17]. Médico, cúrate a ti mismo. "¿Cómo puede un Sacerdote, pregunta San Gregorio, curar a otros teniendo una úlcera en la cara?" [18]. Un Sacerdote tiene que ser *aut forma gregis aut fabula;* o el ejemplo, o el hazmerreír. *Ira est non gratia, cum quis ponitur supra ventum nullas*

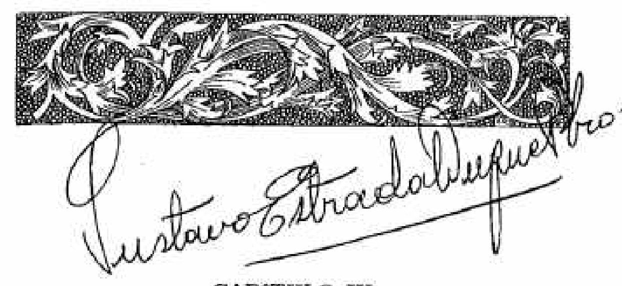
[17] Rom., II, 17-22.
[18] Reg. Past. P. I, c. IX.

habens radices in soliditate virtutum [19]. ¿Qué medida de perfección espiritual, qué medida de santidad hay proporcionada a un oficio tal, a una tal carga, a una tan grande responsabilidad? "Por tanto, la santidad del Sacerdote debe ser no una santidad común a todos, sino singular en su especie; una santidad que tiene su conversación en los cielos; una santidad que se ofrece a sí misma como una oblación y sacrificio a Dios en olor de suavidad; una santidad por la que el Sacerdote se convierte en fuente de luz, de bendición, de mérito y de vida eterna para las almas; una santidad que es perfecto dechado para los fieles, en palabras y conversaciones, en caridad, en fe y castidad" [20].

Estas tres relaciones del Sacerdote son otros tantos motivos para aspirar a la más alta conformidad con nuestro Divino Maestro, y a la más íntima unión con Él. Y estos motivos no son requeridos o exigidos tan sólo por razones de generosidad, gratitud y amor, esto es, libremente; sino que contienen en sí mismos, e imponen al Sacerdote deberes de estricta obligación, de los cuales se va ahora a tratar.

[19] Petr. Bles. *Canon Episcopalis.* Opp. p. 450 2.
[20] *Parvum speculum Sacerdotis*, cap. VII, p. 250.





CAPÍTULO IV

De la obligación que tienen los Sacerdotes de adquirir la Santidad

Hasta aquí hemos tratado del Sacerdocio en cuanto está investido del poder más grande que jamás haya concedido Dios al hombre. Esto bastaría para probar qué santidad tan grande exige del Sacerdote; no una santidad proporcionada a poderes tan grandes, porque esto es imposible, sino una oblación entera de sí mismo. Esto prueba también que al Sacerdote se le concede en la Ordenación una gracia correspondiente, adecuada al cumplimiento de todos sus deberes, lo cual demuestra juntamente que el estado del Sacerdocio es el más elevado en sus poderes, obligaciones y gracia; y que es estado de perfección instituido por Cristo nuestro Señor para ser la luz del mundo y la sal de la tierra.

Hemos visto también que el Sacerdocio es uno, y que todo Sacerdote tiene parte en él, puesto que participa del Sacerdocio del Hijo Encarnado; y que es, por consiguiente, semejante a Él, y que esta semejanza o configuración es impresa por un carácter indeleble en el alma.

¿Qué obligación más estricta a la perfección puede hallarse que la que exige esta participación divina?

Hemos visto además que un Sacerdote está ligado con tres relaciones, cada una de las cuales demanda perfección de pureza, caridad y humildad. Esta relación la tiene, primeramente, por multitud de deberes con su Divino Maestro; está, en segundo lugar, ligado con su Presencia Sacramental; y lo está, en tercer lugar, con los miembros de su Cuerpo místico, sobre los cuales ejerce jurisdicción de vida o muerte.

¿Qué santidad puede concebirse proporcionada a tales relaciones de intimidad, confianza y responsabilidad entre el Sacerdote y su Maestro Divino?

I. Es teológicamente cierto, que se requiere perfección interior espiritual como precedente indispensable para recibir las sagradas Órdenes. San Alfonso declara que tal es el sentir de todos los Padres y Doctores de la Iglesia [1]. Hay dos

[1] San Gregorio Nacianceno puede tomarse como ejemplo. Describe éste la perfección espiritual antes de la ordenación del Sacerdote con las siguientes palabras: "Yo, pues, conociendo estas cosas, y además que nadie es digno de nuestro Gran Dios y del Sacrificio y del Sumo Sacerdote, sino el que primero se ofreció a sí mismo a Dios *hostia viva y santa* y mostró un *obsequio razonable*, grato y aceptable, y ofreció a Dios *Sacrificio de alabanza* y un corazón contrito, que es el único Sacrificio que el Dador de todas las cosas nos pide; ¿cómo yo me atrevería a ofrecer aquel Sacrificio externo, aquel antitipo de los grandes misterios? ¿Cómo llevar el hábito y nombre de Sacerdote antes de haber purificado las manos con santas obras... antes de haber acostumbrado los ojos no a ver las cosas caducas y dañosas, sino las cosas criadas en cuanto que me sirvan de escalón para admirar a su Creador... antes que estuviesen afirmados mis pies sobre las piedras, perfectos como de ciervos, y que mis pasos se encaminasen según Dios, de modo que ni poco ni mucho ni de ningún modo se desviasen del camino... antes que todos los miembros se convirtiesen en armas de justicia, y se despo-

clases de hombres llamados por el Señor para ser Sacerdotes. Unos inocentes, como San Juan, San Felipe Neri y San Carlos Borromeo, que crecieron desde sus más tiernos años en la gracia que santifica y en la perfección interior. Otros son penitentes, como San Pablo, que persiguió el nombre de Jesús; San Agustín, que se desvió en su juventud de los caminos de la ley del Señor; Santo Tomás Cantuariense, que había vivido en medio del torbellino del mundo sin apartarse de Dios, aunque con no pocas imperfecciones. Los antecedentes de estas dos clases de Sacerdotes son muy desemejantes; su fin, no obstante, es uno y el mismo. Suben al Altar por caminos muy diferentes; pero se encuentran delante de él con un solo corazón y una sola alma, conformes con la perfección del Grande y Sumo Sacerdote.

Esta perfección interior espiritual no consiste en un estado de impecabilidad, porque ¿quién hay que no tenga pecado? sino primeramente, en una especie de libertad del poder del pecado, de tal manera, que quiera el Sacerdote de buena voluntad antes morir que cometer un pecado mortal; y en segundo lugar, en un tan grande

jasen del ropaje viejo de la mortalidad, esto es, como tragada por la vida y cediendo el lugar al espíritu?" (Orat. II, c. XCV, t. I, pp. 56, 57.)

San Gregorio exige del candidato para el Sacerdocio antes de la Ordenación una oblación de sí mismo, el obsequio de su razón y voluntad, espíritu de oración y de contrición, santidad de vida, separación de las criaturas, adoración del Criador, estabilidad en la gracia, santificación de todo nuestro cuerpo, mortificación de las pasiones y el reinado del Espíritu Santo en el alma.

Y en otro lugar: "Esto sé también, que en la Antigua ley estaba mandado que ningún Sacerdote contaminado en el cuerpo, o mientras estaba separado de los Sacrificios, pudiese ofrecer la oblación perfecta sino el perfecto (τελείους) solamente, lo cual era un símbolo, pienso yo, de la perfección del alma." (Orat. II, c. XCIV, t. I, p. 56.)

temor y horror al pecado, que de buen grado sufriría cualquier dolor o pérdida, antes que ofender a Dios con una culpa venial deliberada; y en tercer lugar, que por una elección hecha con alegría de corazón y deliberación perfecta escoge vivir en espíritu de pobreza, humildad, trabajo y cruz, es decir, la suerte de su Divino Maestro, hasta tal punto, que aun dado caso que pudiera gozar del mundo y salvar su alma, quiera más bien y prefiera parecerse a Cristo en sus tristezas interiores y en los muchos senderos o caminos por los cuales le precedió cargado con la Cruz. Tal estado junto con el reinado del amor de Dios y de las almas, aun cuando queden todavía en el alma los ímpetus de la humana debilidad y los movimientos indeliberados y faltas de la naturaleza, es la perfección interior espiritual que los Padres y Doctores de la Iglesia piden a aquellos que se acercan para recibir el Sagrado Orden del Presbiterado.

San Alfonso de Ligorio dice que todos sostienen que el estado de gracia no es disposición suficiente para la Ordenación, por más que el ordenando esté unido a Dios por medio de la gracia. La unión con Dios, por consiguiente, no es bastante para recibir el Sacerdocio. La unión con Dios, es decir, el estar libre de pecado mortal, basta sin duda alguna para recibir la Sagrada Comunión. Semejante Comunión no es mala, pero puede ser que no sea devota y tal vez un sí es no es peligrosa. Si esta disposición de estar exento de pecado, puede ser bastante para un simple fiel, no lo es para un Sacerdote que ha de consagrar y recibir el Cuerpo y Sangre del Señor y distribuir a otros el Pan de vida. El modo de pensar del mundo en este particular ha descendido tanto, que algunos creen que una bondad que supere algo, nada más, la bondad común,

se requiere como bastante preparación para el Sacerdote; esto es, que aquel que ha recibido el Orden del Presbiterado y el carácter del Hijo de Dios, y que está rodeado de todas las relaciones sobrenaturales de que antes hemos hablado, debe ciertamente tener una regular bondad, pero quizá sin exceder el común nivel de los demás hombres, de ninguno de los cuales pueden afirmarse o exigirse las obligaciones divinas y especialísimas que del Sacerdote. Tan superficial y ligera bondad difícilmente puede considerarse como el distintivo del discípulo de un Dios Hombre que fué crucificado.

El Episcopado ha sido definido así: "El Orden que tiene poder espiritual para gobernar y propagar la Iglesia de Dios por la perpetuidad de la sagrada Ordenación" [2]. El principal oficio, pues, o deber del Obispo es escoger, probar, amaestrar, y de esta manera formar en los caminos de la perfección la juventud que ha de ser admitida un día al Sacerdocio. Desde los doce años de edad, como manda el Concilio de Trento, deben ser educados en el Seminario los aspirantes al Sacerdocio, después de haber sido agregados ya al estado clerical por medio de la sagrada tonsura. Desde los doce años hasta los veinticuatro están bajo la vigilancia particular del Obispo, porque, aunque otros trabajen bajo su dirección, él debe ser la cabeza y el alma de su educación, de tal manera que un Concilio de Toledo llama al Seminario *Episcopalis præsentia*. En cuanto es concedido a la humana fragilidad, estos jóvenes van creciendo en los senderos de la virtud hasta alcanzar la perfección interior de sus almas. Los demás que vienen a la hora de nona o undécima deben recorrer las siete gradas por las que se sube al altar. Si el tiempo de su formación es más

[2] Ferrante, *Element. Juris Canon*., p. 39.

breve, no por eso se les pide menos; al contrario, se les exige más; y hasta tanto que no lleguen a esa interior perfección del espíritu, suben poco a poco hacia el Augusto Sacrificio. El fervor de la conversión, y la reparación por medio de la penitencia, abrevian en ellos el tiempo que la inocencia de los que nunca han tenido que llorar pecados propios, quizás recorre más lentamente. El fervor de San Pablo y de San Agustín nacía de la *sævitia in se ipsos*, la ira contra sí mismos, que es la perfección de la penitencia. San Gregorio dice que un soldado que ha huído cobardemente al comenzar la batalla, vuelve muchas veces al combate y pelea con mucho más valor que los que nunca desampararon su puesto. Unos y otros, inocentes y penitentes, deben haber alcanzado la perfección interior espiritual antes de arrodillarse para recibir la imposición de las manos, de las que les ha de venir la unción santa y el carácter del Sacerdocio eterno.

Es además necesario no olvidar nunca que el Sacerdote se ordena *ad exercendam perfectionem*, esto es, no sólo para ser perfecto, sino para que con su vida y con la acción e influencia de su vida en palabras y en obras sobre otros, manifieste e imprima en ellos la perfección de Dios nuestro Señor. El Sacerdocio fué instituído para perpetuar tres cosas: el testimonio de las verdades de fe, la administración de los Sacramentos de la gracia, y la mente o las intenciones o deseos de Nuestro Señor Jesucristo. Los deseos de Nuestro Señor Jesucristo no se limitan tan sólo a que sea conocido de los hombres en palabras, sino en el poder viviente de un alma conforme con su alma. "Vosotros sois la luz del mundo", significa, que así como la luz se manifiesta a sí misma con los rayos que salen de ella, así el Sacerdote debe brillar por la luz de una vida

santa, expresión o revelación de un alma santa. "Vosotros sois la sal de la tierra", significa la posesión personal de la santidad, que resiste a la corrupción, y la comunicación de la misma resistencia a otros por el contacto y la influencia. Ejercitar, pues, la perfección, es obrar conforme a las reglas y espíritu de perfección; es obrar, hablar, juzgar, pensar como un hombre perfecto. Ejercitar la perfección es ser y hacer lo que es perfecto en la vida personal y sacerdotal en todo lo que dice relación a la piedad, humildad, caridad y propia abnegación. *Ejercitar*, es obrar, practicar, efectuar. Es una palabra de mando y energía, de dominio de sí mismo y fuerza interior que se traduce en resultados exteriores.

Los escolásticos disputan sobre si un Sacerdote que es imperfecto en sí mismo, podrá ejercitar la perfección. Es cierto este axioma: *Extra statum perfectionis perfecti multi, intra statum perfectionis multi imperfecti*. Sin embargo, San Agustín dice: *Nemo potest dare quod non habet*.

Si se nos dijera que Judas predicó el Reino de los Cielos; que la Verdad tiene su propio y vital poder; que aun el pecado mortal en el Sacerdote no impide el *opus operatum*, esto es, la gracia del Sacramento; que todo Sacerdote puede enseñar a otros a ser humildes, caritativos, puros y piadosos; que si el terreno es bueno y buena también la semilla, no importa que sea tal o cual la mano que la siembra; todo esto es verdad: el amor y compasión de Cristo nuestro Señor a las almas, no le permite que los fieles sean defraudados por los malos Sacerdotes, o por los imperfectos que entraron en el Sacerdocio sin la perfección interior espiritual que se necesita para la Ordenación, o que, si la tuvieron, la perdieron después. Todo esto es mucha verdad; pero esto no es *exercere perfectionem*. Ese Sacerdote no ejercita o no hace

brotar al exterior lo que no tiene: es la gracia y la verdad que vienen de Jesucristo, quien produce sus efectos propios por medio del Sacerdote para su propia condenación. Obra éste de un modo semejante a las *gratiæ gratis datæ*, que se dan para la santificación de otros, pero que no causan la santificación de aquellos por quienes son dispensadas. No quiere decir esto que la Iglesia enseñe que es el Sacerdocio de nuestro Divino Maestro una *gratia gratis data*. Es un Sacramento que santifica a los que lo reciben, y derrama sobre ellos una gracia perenne y abundantísima que se les da para que produzca en los mismos muchos sazonados frutos de perfección.

Toda esta doctrina se halla precisamente declarada en el Pontifical Romano. En el primer prefacio para la Ordenación de los Sacerdotes, avisa el Obispo a los candidatos, que deben subir a un grado tan alto como es el Presbiterado con gran temor, y que deben procurar con cuidado "de poseer una sabiduría celestial, integridad de costumbres y una madura observancia de la justicia", dice más: "que Nuestro Señor, al escoger los setenta discípulos y enviarlos a predicar delante de Él, les enseña con palabras y con obras, que los Ministros de la Iglesia deben ser perfectos en el amor de Dios y de los hombres y fundados en virtud. Encárgales que guarden en toda su conducta la integridad de una casta y santa vida". Y finalmente, les manda lo siguiente: "Entended bien lo que ahora estáis haciendo: imitad (la santidad) de que ahora sois revestidos, de modo que al celebrar el misterio de la muerte del Señor, mortifiquéis todos los vicios y deseos malos en vuestros miembros. Que vuestra doctrina sea la espiritual medicina del pueblo de Dios. Que el olor de vuestra vida sea el consuelo y la delicia de la Iglesia de Cristo, y que por la predicación y el ejemplo edifiquéis la casa, que es la familia de Dios" [3].

En el segundo prefacio pide además: "Renovad, Señor, en ellos el espíritu de santidad, para que puedan recibir de Vos el oficio de la segunda dignidad, y ser, por el ejemplo de su vida, la regla de la vida cristiana. Que sean prudentes colaboradores nuestros, y que el ejemplo de toda justicia brille en ellos" [4].

Asimismo el Concilio de Trento manda que los Clérigos muestren visiblemente en el tenor de vida, por su vestido, sus modales, su modo de andar, sus palabras, y en todas las cosas, gravedad, modestia y piedad, evitando hasta las más pequeñas faltas que en ellos no serían pequeñas; de modo que "todas sus acciones inspiren a todos veneración" [5].

Estas palabras expresan el ejercicio de la perfección en el sentido más estricto de la palabra, la cual perfección abraza estos dos extremos: 1.°, que el Sacerdote manifieste la práctica de la perfecta caridad en su propia vida, y 2.°, que la difunda, digámoslo así, en los demás por la impresión de la misma ley de la caridad.

Por fin y en pocas palabras: debe ser evidente que la interior perfección espiritual requerida como condición para la Ordenación, y consiguientemente como un requisito esencial para el ejercicio de la perfección en los demás, impone al Sacerdote, después de ordenado, la más estricta obligación de perseverar por todos los medios necesarios en tan perfecta vida.

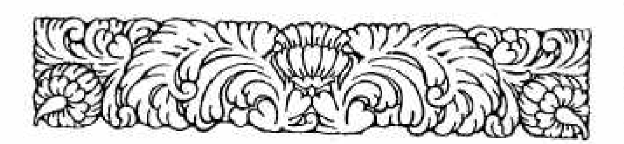
¡Dichoso el Sacerdote que persevera en la oblación de sí mismo hecha el día que fué ordenado! ¡Oh, el más desgraciado de todos los hom-

[3] Pontif. Rom. In Ordinat. Presbyt.
[4] Ibid.
[5] Sess. XXII. De Reform., c. I.

bres el Sacerdote que cae de tan grande altura! A él pueden aplicarse aquellas terribles palabras del Señor: "Tengo algo contra ti porque has perdido la primera caridad" [6], o estas otras: "¡Ojalá que fueras frío o caliente! pero como eres tibio, y no frío ni caliente, comenzaré a vomitarte de mi boca" [7], o también: "Tú tienes nombre de vivo y estás muerto" [8]. Si el estado del Sacerdote fuese estado *perfectionis acquirendæ,* más fácilmente podrían adquirir el fervor perdido. Mas no, no es así, sino que es estado *perfectionis exercendæ, conservandæ, et amplius augmentandæ.* Ha tenido la más grande vocación, la mayor después de la Divina Maternidad de María Santísima y del cargo y autoridad de San José, que se haya concedido a hombre alguno; y con ésta la gracia más amplia, porque es proporcionada a tan alta vocación. San Pablo dice a todos y a cada uno de nosotros: "Sé un ejemplo para los fieles en tus palabras, en el trato con ellos, en la caridad, en la fe, en la castidad. No tengas en poco la gracia que hay en ti, que se te fué dada por la profecía, con la imposición de las manos del Presbiterado. Medita en estas cosas, ocúpate todo en ellas, *hæc meditare, in his esto,* a fin de que tus progresos (esto es, tu crecimiento en santidad) sean manifiestos a todos. Mira por ti y por la doctrina, sé diligentísimo en ambas cosas, porque haciéndolo así, te salvarás a ti mismo y a aquellos que te oyen" [9]. Aquí vemos el *exercitium perfectionis in se et in aliis,* el ejercicio de la perfección personal y pastoral, primero en su propia vida, y después en sus acciones con relación a sus ovejas. *Ut perfectus sit homo Dei* [10].

[6] Apoc., II, 4.
[7] Ibid., III, 15, 16.
[8] Ibid., III, 1
[9] I Tim., IV, 12-16.
[10] II Tim., III, 17.

Los tres últimos capítulos y el presente tienen todos un solo fin, a saber, demostrar por cuántos y cuán obligatorios títulos el Sacerdote debe llevar una vida perfecta. La idea de obligación está tan ligada con las leyes, cánones, votos y contratos, que si pudiera demostrarse que éstos no existen, era preciso suponer que no existía tal obligación. Pues no cabe la menor duda que todas las leyes, cánones, votos y contratos imponen obligaciones a los que están sujetos a ellos. Esto no quiere decir que todas las obligaciones del Sacerdote estén determinadas por leyes, cánones, votos o contratos. Estas obligaciones son distintas y anteriores a todos estos lazos o ligaduras, llamémoslas así. La fe, la esperanza, la caridad, la contrición, la piedad, todas estas cosas ligan el alma, con obligaciones las más persuasivas y las más estrictas. La ley de la libertad lo liga por amor, gratitud y generosidad. Comparados con ésta podría decirse con verdad que todos los lazos son como la letra que mata y aquélla el espíritu que vivifica. Estos lazos de Nuestro Señor Jesucristo comprenden a todos sus discípulos, y de un modo especial a los Sacerdotes. En éstos, las obligaciones surgen de su participación en el eterno Sacerdocio de Cristo, en el carácter sacerdotal, en su especial configuración o semejanza con el Divino Maestro, en los poderes divinos de la Consagración y absolución; y en sus relaciones personales con Jesucristo, con su presencia Sacramental y con su Cuerpo místico. Si todo esto no exige de los que aspiran a ser Sacerdotes perfección interior espiritual antes que sean ungidas sus manos para poder ofrecer el Santo Sacrificio y antes que el yugo del Señor sea puesto sobre sus hombros, ¿qué puede Dios haber ordenado jamás, o qué puede el corazón humano concebir, que obligue al hombre a la perfección?



CAPÍTULO V

Medios para adquirir la perfección

San Pablo dice: "Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan para el bien, a aquellos que según su voluntad han sido llamados santos. Porque los que conoció en su presciencia los predestinó también para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo, y de esta manera sea Él el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó. Y a los que llamó justificólos también. Y a los que justificó, los glorificó" [1], esto es, concediôles la gloria de adopción como hijos de Dios. Tal es el fin de nuestra predestinación como cristianos; y los medios para llegar a ese fin son la vocación, la justificación y la adopción. Y estos medios con las gracias del Espíritu Santo que las acompañan, son proporcionados y adecuados a la consecución de la conformidad con el Hijo de Dios en esta mortal vida y en la eterna. Las obras de Dios jamás dejan de cumplirse en lo que depende de Dios. Si no se cumplen alguna vez, es por culpa nuestra. A toda alma reengendrada en Cristo se le dan las

[1] Rom., VIII, 28-30.

gracias suficientes para alcanzar la santidad. Todos somos llamados a ser santos, no en la misma medida o grado, porque "una estrella se diferencia de otra estrella en la claridad de gloria". Los caminos y vocaciones del hombre son sinnúmero, por lo que hace a las diversas medidas y variedades; pero a cada uno se le da la gracia que necesita para alcanzar el fin para el cual fué llamado y en las circunstancias todas del camino por el que lo ha de alcanzar.

Esta ley soberana del Espíritu Santo la describe San Bernardino de Sena con palabras que son harto conocidas [2].

Entre todos los que han sido predestinados para ser conformes con la imagen de Jesucristo, ocupan el primer lugar los que tienen parte en su Sacerdocio y carácter. Han sido llamados para ser semejantes a Él, a fin de que sean los representantes de su persona y las imágenes de su alma. A ellos, pues, han sido dados todos los medios proporcionados y necesarios para la más exacta conformidad con Él.

Estos medios dados al Sacerdote son de dos clases: unos de carácter general y otros de carácter particular. Al presente hablaremos sólo de los primeros, y nos reservaremos para el siguiente capítulo, el tratar, o mejor, meramente enumerar los segundos.

Los medios generales son tres: la gracia Sacramental del Presbiterado, el Sacerdocio mismo y el oficio Pastoral.

El primer medio para adquirir la santidad

[2] "Omnium singularum gratiarum alicui rationali creaturae communicatarum generalis regula est quod, quandocumque divina gratia eligit aliquem ad aliquam gratiam singularem, seu ad aliquem sublimem statum, omnia charismata donet quae illi personae sic electae et ejus officio necessaria sunt atque illam copiose decorant." (Serm. de S. Joseph, t. IV, p. 231.)

Sacerdotal es la gracia Sacramental del Presbiterado. Unos dicen que va aneja al carácter; otros, que nace de él. Todos los Sacramentos confieren gracia santificante. Mas así como cada Sacramento ha sido instituido con distinto fin, así también tiene cada uno una gracia especial conforme al fin distinto a que se endereza. Santo Tomás habla en la materia con las siguientes palabras: "Así como las virtudes y dones añaden a la gracia llamada común cierta perfección ordenada expresamente para los actos que son propios de los poderes (del alma), así también la gracia sacramental añade a la gracia que llamamos común, un auxilio divino, *auxilium divinum*, para alcanzar el fin del Sacramento" [3]. Pero este auxilio divino no se da todo de una vez, sino que se comienza a dar, como cuando se abre una fuente de la cual nace un arroyo que después se multiplica o crece en muchos arroyuelos, o *auxilia* en tiempo de necesidad, lucha, peligro o tentación.

Es, pues, de fe que en la Ordenación no se concede sólo la gracia santificante (salvo que la barrera del pecado se interponga) proporcionada al estado Sacerdotal, sino que se concede además un auxilio divino distinto, especial, adecuado, continuo y múltiple, que pone en aptitud al Sacerdote para cumplir todas las obligaciones del Sacerdocio. Todo Sacerdote tiene tres caracteres, y por consiguiente tres clases de gracia Sacramental, como hijo, como soldado, como Sacerdote. De parte de Dios nunca faltan estos auxilios divinos. Si hay quiebra, del Sacerdote es únicamente la culpa. Son sus pecados, su negligencia, su pereza o insensibilidad o falta de cooperación a los auxilios divinos, lo que le empuja y hace

[3] Summ. Theol., P. III, q. LVII, a. 2.

caer para que no cumpla con los deberes de su vocación, de la cual se aparta. San Pablo se hace esta pregunta: "Para estas cosas ¿quién será suficiente?", y responde diciendo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta."

Es de fe divina que Dios no manda cosas imposibles. Y también que a aquel que hace buen uso de la gracia que tiene, se le da más gracia. El Sacerdocio es verdaderamente un alto estado y una obra ardua. El hombre puede laudablemente huir de él por motivos de humildad, de desconfianza de sí mismo y de un santo temor. Mas una vez que el carácter indeleble ha sido impreso en su alma, el vacilar, el dudar, es asemejarse a Pedro cuando temía zozobrar en el mar alborotado con los vientos y olas encrespadas; nuestro Señor reprendió su cobardía, diciéndole: "Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?" Estas palabras debieran estar resonando continuamente en nuestros oídos. Si comenzamos a sumergirnos es porque hemos empezado a dudar. Y comenzamos a mirar aquí y allá, atrás y adelante, y a pensar que la salvación, y la paz, y la santidad se han de buscar en este o aquel estado, o en cualquiera parte, menos en el que nos hallamos. Esto no es más que falta de fe humilde. Con sólo que correspondiéramos a la gracia que tenemos, no caeríamos nunca, y al corresponder a la gracia ésta se aumentaría o doblaría o multiplicaría diez veces en recompensa de la humildad y fidelidad, y del sencillo abandono y confianza en nuestro Divino Maestro. No hay hombre que tenga tantos talentos con que *negociar hasta que vuelva su Señor*, como tiene un Sacerdote. Y no hay hombre por consiguiente que pueda atesorar para sí mismo recompensa mayor. Sólo de la Virgen Santísima puede con verdad decirse que correspondió a todas las luces

y a todas las inspiraciones y gracias del Espíritu Santo, y de tal modo y con tanta prontitud y perfección, que el aumento de gracia no puede medirse, y por eso se dice que fué inmensa. Sin embargo, todo Sacerdote, aunque muy inferior a Ella, a causa del pecado original y tantas faltas y caídas, y a causa también de nuestra tardía e imperfecta correspondencia a gracias tan grandes e innumerables, todo Sacerdote, repetimos, puede ganar y atesorar en sí y para sí una gran copia de santificación, que puede ir creciendo durante toda la vida, hasta formar un cúmulo ingente al fin de ella.

Si llegare a suceder que alguno por el pecado o por su tibieza impidiere o perdiere la gracia de la Ordenación al principio de la vida, podría hacer revivir esa gracia por medio de una verdadera conversión a Dios. Si en el curso de su vida perdiese el fervor, o tal vez la vida espiritual, el Sacramento de la Penitencia le devolvería la gracia perdida, y por la contrición reviviría la gracia Sacramental. ¿Por qué, pues, se ha de desesperar? La esperanza honra a nuestro Divino Salvador. Esperemos, pues, mucho, con gran confianza y perseverancia hasta el fin.

II. En segundo lugar, el mismo Sacerdocio es una fuente de santificación para el Sacerdote. Es un freno, y una guarda, y un puerto de refugio contra las maquinaciones del mundo. Es un impulso, y como regulador de aspiraciones. Es un constante empuje, llamémosle así, para subir de grado en grado y siempre ascendiendo hacia la unión con Dios. El Sacerdote ha sido escogido de entre la masa de los demás hombres, para la mayor gloria de Dios; y en toda su vida Sacerdotal, como en los Vasos del Templo está escrito: *Sanctificatus Domino* [4]. A este fin deben dirigirse

[4] Zach., XIV, 21.

todos sus actos personales. Las palabras del Salmista deben ser todo verdad en boca del Sacerdote: "Una sola cosa he pedido a Dios, y ésta procuraré: que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para que vea la delicia del Señor y visite su templo, porque Él me escondió en su Tabernáculo" [5]. Esa "única cosa" de la vida del Sacerdote es vivir cerca de nuestro Señor en el Altar, llevar la llave del Tabernáculo y ser como un discípulo, *ad latus Domini*, al lado del Señor. El título *alter Christus* es un motivo de alegría y una reprensión. Si estamos identificados con nuestro Señor, Él vive y reina en nosotros. "La caridad de Cristo nos impulsa", es decir, su amor para con nosotros nos urge para que le amemos y le sirvamos con nuestra vida interior; porque Él murió por nosotros con este fin, "para que no vivamos para nosotros mismos". "Con Cristo estoy enclavado en la Cruz; y vivo yo, mas ya no yo, sino que vive Cristo en mí" [6].

Si la presencia de Jesucristo penetra toda nuestra alma; si se apodera del entendimiento, de la voluntad y de los afectos de nuestro corazón, Él vive en nosotros y nosotros en Él viviremos una vida sobrenatural. Toda nuestra libertad se conservará, a pesar de todo, perfecta; pero su voluntad y sus inspiraciones reinarán en nosotros. Pensaremos sus mismos pensamientos, hablaremos sus palabras, practicaremos sus acciones. ¿Qué abundancia de dulzura y suavidad ha de derramar sobre toda nuestra vida semejante conducta, si como Sacerdotes podemos decir: "Vivo yo, mas ya no yo, sino que Cristo vive en mí"? El mundo nada tendrá que ver ya con nosotros; ni le buscaremos, ni le temeremos. La con-

[5] Ps. XXVI, 4, 5.
[6] Gal., II, 19, 20.

ciencia de nuestra predestinación y vocación, y justificación, y adopción, y de nuestra segunda y más alta vocación, y de un modo especial y en una cierta medida conforme con la imagen del Hijo por la participación en su Sacerdocio, ha de ser como un constante acicate que nos haga correr en pos de toda perfección.

Finalmente, el oficio Pastoral es en sí mismo una escuela de perfección. Porque, ante todo, es una vida de abnegación de sí mismo. Un Pastor tiene tantas obligaciones que cumplir como almas que salvar. El bueno y el malo, el enfermo y el sano, el joven y el anciano, el prudente y el necio, el mundano y el que hace profesión de virtud, que no siempre es modelo de discreción, el penitente y el impenitente, el que se convierte y el que no se convierte, el caído y el que vuelve a caer, el endurecido y el presumido, todos deben ser objeto de los desvelos y vigilancia del Sacerdote. A ninguno ha de olvidar y mucho menos echarlo fuera; en ningún tiempo ha de dejar de estar a la mira de todos, pues a todos ha de ayudar, en todos tiempos y por todos los medios posibles. San Felipe Neri solía decir que un Sacerdote no debía tener tiempo propio, y que muchas de las más consoladoras conversiones ocurren fuera de tiempo, en momentos importunos. Si se les despide, porque han venido fuera de tiempo, o a la hora de la cena, o en ocasiones semejantes, tal vez se pierden para siempre. Después, las pruebas a que se ve sometido su carácter, paciencia y dominio de sí mismo para sobrellevar a los de condición extraña y poco considerada que vienen a él; y las peticiones que se le hacen superiores a sus fuerzas, llamándole de día y de noche a la cabecera de los enfermos y de los moribundos, viniendo uno tras otro, a veces en los momentos en que va a tomar un corto reposo; las cansadas

y continuas importunidades del pueblo, y de las cartas, hasta el sonido de la campanilla, o el llamar a la puerta, es una constante molestia que es muy difícil llevar con paciencia, si se ha de cumplir exactamente con lo que piden; todas estas cosas hacen la vida del Pastor o del Párroco tan molesta, y por más extraño que parezca, tan aislada, como si viviera en un desierto. No hay cilicio que mortifique tanto el cuerpo, como esta vida de perpetua abnegación de sí mismo mortifica la voluntad. Pero cuando la voluntad está mortificada, el siervo es semejante a su Señor; y su Señor es el dechado de toda perfección. *Si ergo dilectionis est testimonium cura pastionis, quisquis virtutibus pollens gregem Dei renuit pascere, Pastorem summum convincitur non amare* [7].

A esto hay que agregar que el oficio de Pastor es la más alta escuela de caridad; y la caridad es la perfección de Dios y del hombre. La caridad fué la que le movió a ser Pastor, y la caridad le obliga a dar la vida por sus ovejas. Entre el principio y el fin de su vida la caridad es como el motor constante que le empuja, mantiene y consume todas las fuerzas de su vida. Sabe que es él mismo *vicarius charitatis Christi*. Toda acción del Pastor fiel es ejecutada habitualmente, virtualmente o actualmente a impulsos de la caridad. Y como en toda acción, desde la más grande hasta la más pequeña, la caridad se convierte en actos, ésta se va aumentando por crecimientos, llamémoslos así, derramados en el corazón por el Espíritu Santo, caridad de Dios. "Dios es caridad, y el que vive en caridad vive en Dios y Dios en él" [8]. Mas donde Dios habita, allí está la santidad, porque si bien caridad y santidad son cosas

[7] S. Gregor. in Reg. Past., P. I, c. V.
[8] I Joan., IV, 16.

distintas, de hecho son inseparables, yendo y viniendo, creciendo y menguando en intensidad juntas, a la vez, del mismo modo que la luz y el calor, que jamás pueden partirse o separarse.

Pudiéramos sacar las mismas consecuencias haciendo la aplicación a otras virtudes como la humildad, la pureza, la piedad, la generosidad y otras semejantes, que están en continuo ejercicio y en continuo crecimiento en la vida de los Sacerdotes y de los pastores de almas. Sin embargo, debemos notar que la mortificación y la caridad son las condiciones de toda perfección; y esto basta para probar que es de todo punto necesario practicarlas sin interrupción, porque así lo exige la vida de Sacerdote y de Pastor.

Por lo que respecta a otros medios de perfección, bastará por ahora indicar algunos, porque más adelante tendremos que fijar nuestra atención en ellos.

Es el primero la ley y obligación de la castidad con todas las salvaguardias y santidades que encierra.

El segundo, la vida y espíritu de pobreza que sujeta al Sacerdote a ciertas reglas en lo tocante a las rentas Eclesiásticas que posee, y aconseja al Pastor de almas con voz muy alta en todo lo que se refiere a la administración y al patrimonio que pueda tener.

El tercero es la obediencia a la Iglesia, a su Prelado, a la ley, a la disciplina, a la voz viva de la autoridad, que puede ser tan minuciosa y extenderse a tantas cosas como puede desear todo el que tenga buena voluntad de obedecer.

Estas tres obligaciones son medios de perfección. A los cuales pueden añadirse:

Cuarto, el hábito de orar y meditar, que es el hábito de la contemplación.

Quinto, la Misa diaria con la preparación y

acción de gracias convenientes y las varias relaciones u obligaciones del Sacerdote con respecto al Santísimo Sacramento, distribución del Pan de vida a su grey, bendiciones, procesiones, y exposiciones y visitas personales al Augustísimo Sacramento.

Sexto, el Confesonario. El Sacerdote que es fiel y paciente como padre, médico y juez de las almas, aprende más en las historias vivas del pecado y del arrepentimiento, de la contrición y conversión, de la santidad y de la perfección, cosas todas que enseña el Confesonario, aprende, repetimos, más que en todos los libros juntos que tenga en sus estantes.

Séptimo, la predicación de la Divina Palabra, para la cual es vitalmente necesaria la meditación y el estudio de todos los días de la Sagrada Escritura. San Agustín dice que "aquel predicará mejor o peor que haya hecho mayores o menores progresos en la Divina Escritura" [9].

Octavo, las siete visitas que hace todos los días a la corte celestial en el Oficio Divino.

Nono, la Regla o método de vida que se le dió y que empezó a practicar en el Seminario, la cual, en bosquejo al menos, ha venido a formar una segunda naturaleza, dirigiendo, corrigiendo, aconsejando y ordenando su vida de unión con Dios.

Por último, la ley de una santa libertad, la más alta y la más estricta de todas las obligaciones, de la cual hablaremos después.

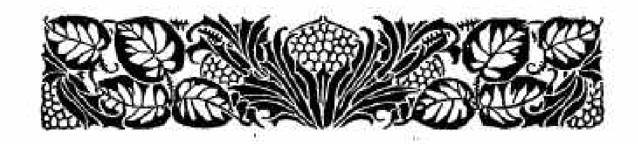
Con tanta abundancia de medios para confirmarse a sí mismo en la perfección interior espiritual con la que fué ordenado, y para ir adquiriendo continuamente una conformidad mayor con el alma y la vida de su Divino Maestro, no es

[9] De Doctr. Christ., lib. IV. 5.

posible que el Sacerdote pierda un solo grado de humildad, caridad y santidad, a no ser por culpa suya. Dios ha hecho por nosotros más de lo que nosotros pudiéramos pedir o pensar. Y "los dones y vocación de Dios son sin arrepentimiento" [10], es decir, que no hay en el Señor cambio de mente o propósito para con sus Sacerdotes, a quienes Él ha escogido para que sean sus representantes y para ser como Él "la luz del mundo" y "la sal de la tierra".

[10] Rom., XI, 29





CAPÍTULO VI

El fin del Sacerdote

El fin del hombre es la gloria de Dios. El fin del cristiano es una gloria más grande de Dios. El fin del Sacerdote es la mayor gloria de Dios.

I. La obra más grande de Dios en los seis días de la Creación fué el hombre. San Pablo dice que "la mujer es la gloria del hombre"; pero que "el hombre es la imagen y la gloria de Dios" [1]. Las obras de Dios van subiendo por una escala ascendente de la creación de la luz a las criaturas inanimadas e inorgánicas, y de éstas a las orgánicas y animadas, y de éstas, por fin, a las racionales. No había nada más grande después de Dios que el hombre, excepto los santos Ángeles, inteligencias puras, espirituales, simples e inmortales, impecables y resplandecientes, santificados e iluminados por el Espíritu Santo. El hombre fué hecho un poco menor que los Ángeles porque su naturaleza espiritual estaba vestida de un cuerpo formado del lodo y del polvo de la tierra, y sujeto, por consiguiente, a las inocentes im-

[1] I Cor., XI, 7.

perfecciones de una naturaleza terrena. Sin embargo, era la imagen de Dios. Su memoria, entendimiento y voluntad son imagen de las tres Personas coiguales e indivisibles de la Santísima Trinidad. Era, pues, la gloria de Dios, en un sentido que excede a todas las demás criaturas, porque ninguna otra podría darle la λογικὴν λατρείαν el *obsequium rationale*, la obediencia de la razón y de la fe, y servirle como hijo y como amigo.

Y el hombre, cuando fué criado, estaba coronado de gloria y honor. Su naturaleza era su gloria, porque reflejaba las perfecciones de Dios. La luz de la razón era su corona radiante con el conocimiento de Dios y de sí mismo. Y Dios le puso sobre todas las obras de sus manos. Dióle soberanía y señorío, es decir, la facultad de usar y disfrutar de las criaturas por donación que de ellas le hacía Dios, pero limitada por la ley de las perfecciones Divinas. Esto era una garantía de que no habría exceso de autoridad fuera de las intenciones y dominio que Dios había delegado al hombre.

El hombre, por consiguiente, fué el primer producto, o sean las primicias, digámoslo así, de la primitiva creación.

II. Mas lo que fué el primer Adán respecto de las criaturas, esto fué el segundo entre los hombres. El primer hombre fué tan sólo hombre en la naturaleza y perfección; unido, es cierto, con Dios, pues en él moraba el Espíritu Santo, pero sin salir en manera ninguna de los límites de la humanidad. El segundo Adán es Dios Encarnado, y nuestra humanidad quedó deificada en Él. La humanidad era igual a la nuestra, pero sin pecado, y fué formada de la sangre purísima de María Inmaculada, pura y bendita como la virgen tierra antes de haber entrado en ella el pecado. La Encarnación era la nueva creación

de Dios. San Pablo escribe así: "Dios, que mandó a la luz saliese y resplandeciese de en medio de las tinieblas, ha brillado en nuestros corazones para dar la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" [2].

Él era en dos sentidos la imagen de Dios, a saber: la eterna imagen del Padre como Dios y la imagen reflejada de Dios como hombre. El original y la copia o semejanza estaban unidos en Él y la gloria de su rostro es la luz del mundo. "Dios, que había hablado muchas veces y en muchas maneras a los padres en otro tiempo por los profetas, últimamente, en estos días nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, y por quien hizo también el mundo" [3]. Todas las luces de la naturaleza y de la razón y la continua revelación hecha por los Profetas y Videntes fueron creciendo hasta la plena y final revelación de Dios por Jesucristo, "el esplendor de su gloria y la figura de su sustancia" [4]. Toda justicia, santidad, sabiduría, misericordia, humildad, caridad, bondad y ternura, fueron reveladas en la persona de Jesucristo.

Jesucristo, por consiguiente, es el primer fruto o primicias de la nueva creación.

III. Santiago escribe: "De su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como las primicias de sus criaturas" [5]; que es lo mismo que decir, que aquellos que han sido reengendrados del agua y del Espíritu Santo son los primeros frutos o las primicias entre las naciones. La palabra ἀπαρχή significa como el principio de la cosecha, cuando la primera ga-

2 II Cor., IV, 6.
3 Heb., I, 1, 2.
4 Heb., I, 3.
5 Jac., I, 18.

villa madura ya y atada se levantaba en alto delante del Señor como las primicias del campo [6]. Así es entre las Naciones el cuerpo de Cristo la sociedad de los reengendrados, quienes, mediante un nuevo nacimiento, han resucitado de muerte espiritual, a la vida espiritual, y son por ende participantes de la Inmortalidad. Ellos son miembros de una Cabeza Divina que "es el primer fruto de los que durmieron" [7]. Y en Él han resucitado y han sido hechos participantes de los poderes del mundo futuro. San Pablo dice que tenemos "las primicias del espíritu" [8]. San Pedro describe o representa al pueblo cristiano "como una generación escogida, un Sacerdocio real, una nación santa, un pueblo de adquisición, cuyo oficio en este mundo es declarar las virtudes de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" [9]. Y en otro lugar se dice que somos "las primicias para Dios y para el Cordero" [10], es decir, para una mayor gloria de Dios.

Si, pues, los reengendrados son las primicias del mundo, los Sacerdotes de Jesucristo son las primicias de los reengendrados. Si las primicias son para una más grande gloria de Dios, las primicias de las primicias serán para su mayor Gloria. El ser escogido entre los escogidos, electo entre los electos; ser participante del Sacerdocio del Hijo Encarnado, de su carácter y de sus poderes; ser el testigo visible de su alma y de su perfección; ser *aliorum perfectores*, tener por oficio hacer a otros perfectos; estar consagrado para ofrecer continuamente al Señor como Víctima de los pecados del mundo; y ofrecerse a sí mismo junto con Él a Dios, y, además, ofrecernos

[6] Lev., XXIII, 10, 11.
[7] I Cor., XV, 20.
[8] Rom., VIII, 23.
[9] I Petr. II, 9.
[10] Apoc., XIV, 4.

a nosotros mismos para la obra que Él nos ha encomendado; después de esto, ¿qué más hay que hacer por la gloria de Dios, excepto el culto eterno y la perfección de la corte celestial? El Sacerdote está puesto para continuar la obra de su Maestro. Sabemos que la obra de nuestro Maestro Divino fué salvar y santificar a los hombres. El Sacerdote es escogido y llamado y consagrado para hacer visible y sensible la vida, la mente, la palabra y la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo. San Bernardo dice: "Alimenta (las ovejas) con la mente, con los labios, con las obras, con el espíritu de oración, con la exhortación de tus palabras, con el ejemplo de todas tus acciones." Cuando dijo nuestro Señor: "Como mi Padre me envió, así os envío yo a vosotros", quiso decir, que sus Sacerdotes debían perpetuar en el mundo no sólo la verdad y los Santos Sacramentos, sino también su propia mente y semejanza y vida. Y para esto nos dió todos los auxilios necesarios. Él escogió y enseñó y educó e hizo semejantes a sí a sus Apóstoles con una acción directa e inmediata. Él escoge, llama y conforma consigo mismo a sus Sacerdotes ahora, no menos que al principio, aunque su acción sea mediata, es decir, por medio de la Divina tradición, y por la acción de su Cuerpo místico, que forma Él mismo en caridad. San Dionisio Areopagita, o quienquiera que fuese el Autor, se expresa así: "El que habla de un Sacerdote, habla de un hombre el más venerando, el más enteramente divino y el más diestro en toda ciencia sagrada" [11], esto es, en la ciencia de Dios. San Ignacio Mártir llama al Sacerdote "el punto más culminante de bondad entre los hombres" [12].

Este es, pues, un axioma en la ley y espíritu

[11] *De Caelest. Hierarch.*, c. I.
[12] Ep. ad Smyrn. recensio longior, c. IX.

de la vida Sacerdotal, que un Sacerdote está destinado a la mayor gloria de Dios.

De aquí se deduce como consecuencia necesaria, que las siguientes palabras de San Pablo deben estar grabadas en el corazón de todo Sacerdote: "Tengo todas las cosas por pérdida, a causa del eminente conocimiento de Jesucristo, Señor mío, por el cual todo lo he perdido, y lo tengo por basura, con tal que gane a Cristo y le conozca, y la virtud de su resurrección, y la comunicación de sus aflicciones, siendo hecho conforme a su muerte; si de alguna manera puedo llegar a la resurrección, que es la de los muertos. No que la haya ya alcanzado o que sea perfecto, mas voy siguiendo, por si de algún modo podré alcanzar aquello para lo que fuí escogido de Jesucristo. Hermanos, yo no juzgo haberlo ya alcanzado. Pero una cosa hago, y es que, olvidando lo que queda detrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo, según el fin propuesto, al premio de la soberana vocación en Cristo Jesús" [13]. Estas palabras del Espíritu Santo expresan el fin, la aspiración y los esfuerzos del Sacerdote fiel, que siempre trabaja por ir adelante, y va siempre subiendo más y más en la vida de Dios, es decir, la vida celestial del conocimiento y poder de la Cruz y de la conformidad con el Hijo de Dios. No se puede añadir una palabra a éstas sin debilitar su fuerza. No hay grado de santidad o perfección a la cual el Sacerdote no deba aspirar. Proponerse un blanco o medida inferior al más alto, es descender de la alteza de nuestra vocación. "No adelantar en la virtud o no despojarse del hombre viejo para vestirse del nuevo, sino consumirse lentamente en el mismo estado, nosotros lo miramos como vicio" [14]. San

[13] Philip., III, 8-14.
[14] S. Gregor. Naz., Orat. IV, § 124, t. I, p: 147:

Gregorio de Nisa dice: "Nadie se queje al ver lo arduo y peligroso que es hacer cambiar el curso de la naturaleza, sino que trabaje en mudarse siempre a sí mismo de bien en mejor, transformándose de gloria en gloria, siendo mejor cada día y no pensando jamás que ha llegado ya a los límites o confines de la perfección. Porque ésta es verdadera perfección: jamás quedarse estacionario sin avanzar a lo que es más perfecto, y no fijar límite alguno a la perfección" [15]. San Bernardo dice también: "Jacob vió a los ángeles que subían y bajaban por la escala. ¿Vió tal vez a alguno que estuviese quieto o sentado? No es posible estar quieto cuando se está asido a una endeble escala, ni puede cosa alguna estar en un ser mientras se respira esta incierta y mortal vida. No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en pos de otra que hemos de hallar en la vida futura. Es necesario que subáis o bajéis. Nadie está cierto de que es bueno si no ansía ser mejor; y desde el momento que cese la voluntad de querer ser mejor, entonces comienza a dejar de ser bueno." Y si este aviso es verdadero para cualquier cristiano, ¿qué será tratándose de los Sacerdotes? El mismo San Bernardo añade: *Solus Deus melior seipso esse non vult, quia non valet* [16].

Si tal es nuestro fin, ¿cuál es nuestro estado?

I. Del Sacerdote pecador nada tenemos que decir. Después de la caída de los ángeles, nada ha habido tan espantoso como la prevaricación de Judas; y después de ésta, nada tan horrendo como la caída de un Sacerdote. *Mane eras stella rutilans; vespere conversus es in carbonem.* A la mañana, semejante a una estrella en la plenitud

[15] S. Gregor. Nys., Orat. *De Perfect. Christ.*, t. I, p. 298.
[16] S. Bern., Epist. XCI, 2, 3, tom. I, p. 265.

de su resplandor; a la tarde, negro y muerto como un carbón. Y esto puede suceder no sólo por los pecados de la carne, que para los ángeles eran imposibles, sino del espíritu, por ejemplo, los contrarios a la caridad, a la piedad y a la humildad. El pecado de Judas fué como está escrito, un pecado del espíritu que terminó en la venta y traición de su divino Maestro. ¡Oh! no, no estamos libres de pecado mortal siendo sólo castos y puros. San Jerónimo dice: *Perfidus Judæus, perfidus Christianus, ille de latere, iste de calice sanguinem Christi fundit.*

II. Del Sacerdote mundano pocas palabras es necesario decir. Si el amor del Padre no puede hallarse en aquel que ama al mundo, entonces la castidad y la pureza no nos salvarán; porque si "la concupiscencia de los ojos" o "la soberbia de la vida" habitan en nosotros, estamos ya muertos: *nondum apparuit judicium et jam factum est judicium* [17]. El carácter distintivo de los últimos días de los tiempos, es que "habrá hombres amadores de sí mismos" y "amadores más del placer que de Dios" [18]. Semejantes Sacerdotes podrán aparecer intachables a los ojos de los hombres, pero de temer es que amen las cosas que son propias, "y no las cosas que son de Jesucristo" [19].

III. Del Sacerdote tibio ¿qué podemos decir? Las principales señales de tibieza son: vivir sin método o Regla de vida, decir la santa Misa por costumbre, con poca preparación y poca acción de gracias, cansarse del Confesonario, huir de él siempre que se puede, ser falto de puntualidad e irregular en acudir a sentarse en el Sagrado Tribunal. Esta clase de Sacerdotes se encuentra mejor entre las gentes del mundo que en-

[17] S. August., Tract. XII, in Joan.
[18] II Tim., III, 2, 4.
[19] Philip., II, 21.

tre sus hermanos los Sacerdotes. Los hábitos del mundo, el porte, las conversaciones y vida muelle del mismo, están más conformes con sus gustos. Vive, es verdad, en una Casa Misión o parroquial, pero ésa no es su Casa. Su casa o su hogar está donde está su corazón, y su corazón está en el mundo. Él está listo para toda clase de entretenimientos que hay entre las gentes del mundo, sean hombres o mujeres, pero no siempre tan pronto para acudir a la cabecera de un enfermo, o para oir una relación desagradable, o recitar el Oficio Divino. En las alegrías es muy exagerado, y en las tristezas excesivamente abatido. En materia de prudencia y circunspección, no es un modelo ni mucho menos; por el contrario, incauto y muchas veces ciego, no viendo lo que ven todos cuantos le rodean; sólo él no puede o no quiere ver. Tiene afición al dinero y se alegra cuando las oblaciones y los regalos abundan [20]. Puede dar mucho tiempo a las cosas del mundo, y de hecho lo encuentra para todo lo que quiere. Habla mucho y sabe manejar a maravilla la sátira. Este estado no se halla lejos de aquella tibieza que San Bernardo define así: "breve y rara compunción, pensamientos sensuales, obediencia sin devoción, hablar sin circunspección". De estos pecados dice también: "Nadie diga en su corazón que estas cosas son pequeñas; no cuido mucho de corregirme de ellas; no va mucho en que yo esté de asiento en estos pecados veniales y realmente mínimos. Esto es, carísimos, impenitencia; esto es, blasfemia contra el Espíritu Santo, y blasfemia sin remisión" [21]. Otra

[20] "Quis est in vobis, qui claudat hostia et incendat altare meum gratuito?" (Malach., I, 10.)
[21] "Nemo dicat in corde suo, levia sunt ista; non curo corrigere, non est magnum si in his maneam venialibus minimisque peccatis. Hoc est enim, dile-

vez dice: "No desprecies estas cosas porque son pequeñas, antes bien témelas, porque son muchas." El Concilio de Trento dice: "Eviten los Sacerdotes las faltas pequeñas, que en ellos son grandes." Una mancha en el vestido de un simple fiel apenas se nota, pero una mancha en el alba del Sacerdote es cosa que ofende a la vista de todo el mundo.

Sería de gran utilidad para nosotros, recordar todos los días y dondequiera que nos hallásemos, el pensamiento de que hemos sido escogidos por Dios, y estamos consagrados a su mayor gloria. La vida y medida de perfección que es bastante para un simple fiel, no lo es para un Sacerdote. A todos dice San Pablo: "Ora comáis, ora bebáis, o ya hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios." Si tal es la regla que deben observar los fieles, ¿cuál será la obligación del Sacerdote?

ctissimi, impoenitentia; haec blasphemia in Spiritum Sanctum et blasphemia irremisibilis." (Serm. I. De Sanctis, t. III, p. 2066.)





CAPITULO VII

Peligros del Sacerdote

Todo cuanto hemos dicho hasta aquí levanta al Sacerdote a un estado tan alto que, después de considerada dignidad tanta, el primer pensamiento que ocurre, y del cual vamos a tratar ahora, es, de los peligros a que está expuesto. Si cae, ¡qué grande ha de ser su caída! Para sostenerse sobre el pináculo del templo y no caer, se necesita un contrapeso y una fidelidad sobrenatural. Es bueno, y aún necesario, que no sólo contemos, sino que pesemos los peligros que nos rodean.

Todos recordamos sin duda con qué santo temor nos preparamos para nuestra ordenación y con qué gozo y cuán llenos de esperanza recibimos el indeleble carácter del Sacerdocio; con qué desagrado de nosotros mismos despertamos la mañana siguiente o poco después, viendo que éramos los mismos que habíamos sido antes. Este encuentro o choque, llamémosle así, de aspiraciones devotas y henchidas de esperanza con la fría y triste realidad de la conciencia del estado de nuestra alma, vino a ser como un viento penetrante y frío que hirió la primera florescencia

de un árbol frutal. Pero el efecto fué bueno y saludable. Nos excitó y avisó hasta con temor. Entonces comprendimos mejor el sentido de estas palabras: "Hijo del hombre, yo te he puesto como centinela de la Casa de Israel; y oirás la palabra de mi boca, y se la anunciarás de mi parte. Si diciendo yo al impío: de cierto morirás, tú no se lo anunciares, ni le hablares para que se aparte de su camino impío, y viva; aquel impío morirá en su maldad, mas la sangre de él de tu mano la demandaré. Mas si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su perverso camino: él ciertamente morirá en su maldad, más tú salvarás tu alma"[1]. Con esta carga terrible que pesa sobre él, entra el novel Sacerdote en el desempeño de su ministerio pastoral. Desde ese momento comienzan para él los peligros. San Juan Crisóstomo, después de haber hablado de las pruebas por que pasan los Obispos y los Sacerdotes, como están expuestos a ser acusados por malas lenguas y gentes descontentadizas, que los acusan de cosas contradictorias, y, quiéralo o no lo quiera el Sacerdote y el Obispo, siempre se han de dar por ofendidos de ellos, dice: "El Sacerdocio requiere un alma grande, porque el Sacerdocio tiene muchas y amargas penas que devorar, y necesita tener innumerables ojos de todos lados"[2]. Aquí se nos da un aviso. Examinémoslo con alguna detención.

I. El primer peligro que amenaza a un Sacerdote que comienza la vida Sacerdotal, es la falta de todos aquellos apoyos que tanto y por tantos años le sostuvieron mientras vivió en el Seminario. Así como al botar un buque al agua, luego que es desprendido de las amarras, desciende al

[1] Ezech., III, 17-19.
[2] Hom. III, in Act. Apost., t. IX, p. 29.

fondo, para conservarse en adelante por sí solo a flote; de la misma manera el Sacerdote, al salir del Seminario y entrar en el campo o parte de la viña del Señor en que ha de trabajar, no ha de depender en adelante sino de Dios, mediante su pronta y constante buena voluntad. El orden, método y distribución de tiempo y de trabajo; el sonido de la campana desde las primeras horas de la mañana y durante todo el día hasta el último toque de la noche; el ejemplo e influencia mútua y la amistad en la misma religiosa vida; y lo que es más, los maduros consejos y solícita caridad de los Superiores; todas estas cosas conservan la vigilancia y la perseverancia de los jóvenes dedicados a la carrera Eclesiástica, hasta el día en que, revestidos del carácter Sacerdotal, dejan aquellos antiguos y sagrados muros, y la puerta se cierra detrás de ellos. Ya están en medio del torbellino del mundo; ya son del siglo como lo fueron los Apóstoles, es decir, viven en el mundo, por el bien del mundo, pero no son del mundo, sino que están en guerra con él; de todos los hombres, son los menos seculares, a no ser que se vuelvan mundanos y que la sal pierda su sabor, en cuyo caso merecen el nombre de tales en toda su extensión y son de veras seculares o seglares.

Despréndese de lo que acabamos de decir, que el primer peligro del Sacerdote que empieza a vivir en el mundo, es la pérdida de cuanto antes le rodeaba, y que hasta entonces le había servido para sostenerle en el buen camino. Por primera vez siente el peso de sí mismo que le oprime como una carga. Experimenta la sensación penosa de la soledad por una parte, y por otra la idea halagadora de una libertad ilimitada. Todo depende de su libre voluntad y elección. La distribución de las horas del día, sus ocupaciones, sus

deberes, hasta la hora de celebrar, y los días que se ha de sentar para oír sus confesiones, sus visitas, sus amigos, los tiempos de recreación, todo está sujeto y subordinado a su voluntad. Es muy cierto que esa libertad, usando bien de ella, convierte todas las cosas y cada uno de los días en oro; pero mal empleada, ha de acabar, por necesidad, en pobreza espiritual, confusión y peligros. Porque una vida de libertad ilimitada viene acompañada de tentaciones de muchas clases. Hasta la misma atmósfera que respira, está cargada de peligros. Pocas personas se bastan de tal modo a sí mismas, que no deseen y procuren oír el metal de otra voz, pero no una voz cualquiera, sino una voz simpática a sus oídos y a su corazón. El Sacerdote al salir del Seminario necesita de esa voz compasiva y de esa amistad, y muchas veces la busca en la sociedad. Él no conoce todavía el carácter, las inclinaciones, las costumbres de los que le rodean o la reputación de las familias que le invitan para que las visite. Muchas veces le sucederá encontrarse, antes de tener esa noticia, comprometido con amistades que él no hubiera escogido, y con invitaciones que, con un poco más de energía y decisión, habría declinado. Los pueblos son naturalmente muy hospitalarios y se compadecen del aislamiento y soledad del Sacerdote y tienen verdadera complacencia en verle sentado a su mesa. A veces las gentes mejores son las menos circunspectas y las más importunas en sus amables invitaciones. ¿Cómo podrá un joven sin experiencia librarse de estos lazos tan dulces y de unos halagos que le llevan sin sentir a la vida muelle, a la falta de puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, a ser amante de las comodidades, y para decirlo en una sola palabra, a la disipación? La vida del Sacerdote puede preverse

cuál haya de ser, por estos principios. Ha vivido poco, ha empleado un tiempo muy breve en el ministerio para saber si gana o pierde experimentalmente.

II. Otro peligro para el Sacerdote viene del espacio de tiempo, que ha transcurrido después de su ordenación. Empezó su carrera Sacerdotal, quiero decir, el ejercicio del ministerio sagrado con todo el fervor primero del carácter impreso en él el día de su ordenación. La práctica de los deberes del Sacerdocio, suponiéndole fiel y fervoroso, debieron añadir un nuevo brillo a su carácter y vida Sacerdotal. Pero pronto "el oro fino se oscureció". Pronto, desgraciadamente, se aclimató con cuanto le rodeaba. Tal vez se encuentra entre antiguos Sacerdotes que, aunque buenos, se han vuelto un poco laxos e indolentes. Su primera caridad se entibia, y los antiguos hábitos reviven. Es el mismo que era antes; tal vez vuelven los hábitos antiguos con la fuerza de la reacción. Comenzó con la firme resolución de elevarse hasta observar muchos consejos de un espíritu elevado, pero ya apenas permanece a la altura del nivel de los mandamientos. Sus buenos propósitos no han sido retractados, pero no los cumple muchas veces, y sobreviven como intenciones o promesas condicionales que se hizo a sí mismo, con cierta latitud y un ancho margen para las excusas de imposibilidad en su observancia. En teoría se guarda de abajar expresamente el blanco de sus acciones, pero en la práctica lo va abajando y con remordimientos menores cuanto más es el tiempo que pasa.

Este Sacerdote puede ser que todavía guarde la letra de su Regla o Plan de vida, y que observe la distribución de su *horarium*, pero el espíritu interior ha bajado. Hace pocas cosas con intención actual, muchas con intención virtual y las

más con intención habitual. Nunca deja de decir Misa ni se ausenta del Confesonario, ni omite asistir a un solo enfermo a que se le llame, mas el espíritu o alma con que hace todas estas cosas ha descendido bastante. Es puntual y exacto por costumbre y por un hábito que por grados va haciéndose inconsciente. En el rezo del Oficio Divino mucha parte de él la dice sin atención mental. Pasa un salmo y otro salmo sin advertir lo que va rezando, y cuando lo ha concluído, ni un solo verso se ha fijado en su memoria. Lo mismo le sucede con los misterios del Rosario; y hasta en la Santa Misa le origina distracciones frecuentes el memento de los vivos y de los muertos. Los pensamientos vuelan de acá para allá como si fuese dos hombres o tuviese dos conciencias. La celebración o acción material de la Misa es quizá sin falta, pero los pensamientos intrusos se sobreponen a la percepción de las palabras. Otro tanto le pasa en el Confesonario: oye con la mente divagada y absuelve distraídamente. Aún más; a la cabecera de los enfermos o moribundos es materialmente exacto en dar los últimos Sacramentos, pero sin una palabra viva de consuelo o de fortaleza, de contrición o de confianza. Y sin embargo, un Sacerdote de esta clase puede ser bueno en su corazón, ejemplar en su conducta; pero tiene tanto de bueno como de seco y frío, o como dice San Judas: *nubes sine aqua*, nube sin agua. No hay en él alivio para los que están cansados o sedientos o que buscan en él las aguas de vida y de consuelo y no las encuentran.

III. Otro peligro para el Sacerdote es tener demasiado que hacer. Nadie piense que una vida muy ocupada no puede ser una vida santa. La vida más ocupada puede estar llena de piedad. La santidad no consiste en hacer cosas que no

son comunes a los demás, sino en hacer las cosas comunes con un fervor no común. No ha habido vida más abundante en trabajo, con sus correspondientes interrupciones, que la vida de nuestro Señor y de sus Apóstoles. Se veían literalmente asediados por las multitudes, y "eran muchos los que iban y venían y no tenían tiempo aun para comer" [3]. Sin embargo, una vida muy ocupada necesita un hábito puntual y constante de oración. No es piedad ni caridad en el Sacerdote abreviar el tiempo de preparación para la Misa o de acción de gracias después de la Misa, porque el pueblo le está esperando. Primero debe acompañar a Dios y después servir a su prójimo. La hora y media de la Misa del Sacerdote es suya y no suya. Son las primicias del día. Pertenece de derecho a Dios. Él tiene el *usufructo*, no el *dominio* de ella. Ni puede enajenarla. Y el que lo haga, pronto se verá forzado a decir: *Vineam meam non custodivi*. Y la oruga y la carcoma harán su obra furtivamente, pero seguramente.

El tener demasiado que hacer, nos lleva muchas veces a no hacer nada bien. Todo se hace de prisa y someramente. No es de manera ninguna perdido el tiempo que se dedica a la oración mental y a la unión con Dios. Toda palabra que sale de un alma unida a Dios, hace más bien que cien palabras salidas de los labios de una persona árida y seca por la excesiva carga de trabajo que ha echado sobre sus hombros. El constante exceso de actividad intelectual y corporal, tiende a formar un carácter rutinario, exterior y muy poco o nada espiritual. El que así obra, se hace traición a sí mismo en el Confesonario y en la predicación. ¡Cuántas veces hemos oído decir: "Mi Confesor es un santo, pero jamás me dice

[3] Marc., 17, 31.

una sola palabra fuera de la penitencia y la absolución"! Y ¿quién de nosotros no sabe lo superficial que es el origen de que mana el fácil arroyo de una predicación brillante, fría, abstracta?

IV. Hay todavía otro peligro en la vida del Sacerdote, que es el reverso del anterior, es a saber, el tener poco que hacer. Si, como hemos visto, el ejercicio del Sacerdocio y del cargo Pastoral, son de suyo medios de santificación, síguese por legítima consecuencia, que en la misma medida en que se suspenda o no se practique ese ejercicio, deberán ser las pérdidas que el Sacerdote experimente. Mas las pérdidas no revisten tan sólo la forma privativa, sino también la positiva y muy positiva. La razón última de la inercia y falta de aptitud de muchos Sacerdotes, muy capaces por otra parte de grandes esfuerzos y de hacer cosas indudablemente grandes, consiste en que no se encuentran en circunstancias propicias, o no se ven obligados a desplegar mucha actividad, la cual pondría de relieve sus facultades intelectuales y su aptitud, quizás nada comunes. Hay dos cosas que ponen en evidencia las grandes dotes que muchas veces permanecen ocultas. Primera, una gran fuerza de voluntad que hace al hombre independiente de estímulos exteriores para trabajar con brío. La otra, es la tasa o medida que le impone su obligación y su responsabilidad. Pocos tienen esa fuerza de voluntad, y muchos una tasa o medida muy corta para poner en ejercicio sus aptitudes. A veces sucede que algunos, que siendo estudiantes o simples clérigos daban grandes esperanzas, y de quien era lícito esperar grandes empresas en bien de la Iglesia, se encuentran por necesidad colocados en esfera tan reducida, que tienen muy poco que hacer para cumplir con sus obligaciones. Semejante esfera es demasiado limitada para su

celo. Pero ¡cuidado! que al decir esto no debemos olvidar las palabras de San Carlos: "que una sola alma es diócesis bastante para un Obispo". Al contar por números, perdemos de vista el valor de cada una de las almas y la recompensa de salvarlas, aun cuando una sola se salvase para siempre. Esta obra daría que hacer bastante en una feligresía pequeña. Mas esta convicción necesita de mucha reflexión y de mucha fuerza de voluntad. Efecto de la inactividad en la mayor parte de los hombres es la flojedad y amor a las comodidades. Una misión o parroquia pequeña se convierte en un *Valle del Sueño*, y el Sacerdote con harta frecuencia en un *comedor de adormideras* [4]. En primer lugar, se pierde el tiempo, y por consiguiente también se pierden o malgastan las facultades y talentos; así como los músculos no ejercitados se debilitan, así el cerebro y la voluntad se vuelven inertes y torpes. Un hombre vigoroso y activo sabrá trabajar como abeja industriosa su panal. Jamás el tiempo parece pesado en sus manos. Trabajará cuando nadie haga cosa alguna para él. Los Sacerdotes que tienen tan sólo a su cargo un número pequeño de almas, pueden hacerse teólogos y autores, y servir a la Iglesia en una esfera mayor con sus escritos que con su actividad. Tiempo desocupado y tranquilidad son dos condiciones necesarias para los estudios sagrados. Y, como dice San Agustín:

[4] Alude el Emmo. Autor en las palabras inglesas que hemos traducido, *Valle del sueño*, a la leyenda de Washington Irving que lleva este título (*Sleepy-Hollow*, en castellano *Valle del sueño*), en que se describe un valle a orillas del Hudson, llamado del sueño por lo estacionario, perezoso y lento de sus moradores holandeses; y con el *lotus-eater* (*comedor de adormideras*) alude a una composición del poeta laureado Tennyson que lleva este título *The Lotos-eaters*. No estamos seguros de que la palabra inglesa *lotos* signifique propiamente lo que decimos en castellano *adormidera*, pero es cierto una planta de esa especie y propiedades. (N. del T.)

Quamobrem otium quærit charitas veritatis; negotium justum suscipit necessitas charitatis. Quam sarcinam si nullus imponit, percipiendæ atque intuendæ vacandum est veritati [5].

Para esto es necesario tener amor al estudio o conciencia delicada y voluntad firme. Es cosa muy común que aún las personas buenas sucumban a una vida cómoda, la cual, aunque sea sin pecado, es muy semejante a la de aquel siervo del Evangelio que escondió su talento en un lienzo. Cuando una persona no tiene bastante en que trabajar o que estudiar para ocupar su mente, sufre con la monotonía y está inquieta por variar de ocupación. Se cansa de no hacer nada, y desea algo que le interese. No lo encuentra en su casa y va a buscarlo fuera. Primero divaga su imaginación y luego él sigue a la imaginación. Su vida viene a ser una vida sin ningún provecho y toda disipada, esto es, errática y desbarajustada, llena en todo de cansancio y tedio que acaban por invadir hasta sus obras y deberes religiosos. Un Sacerdote puede ser casto y moderado en todas las cosas; mas si se deja dominar del tedio, éste será la pendiente que le lleve a la pereza, y la pereza es uno de los siete pecados que matan el alma. El tener demasiado que hacer es para la mayor parte de los hombres más seguro que el tener poco que hacer.

V. Hay todavía otro peligro al cual lleva directamente el anterior, que es la tibieza. A un Obispo dijo Nuestro Señor: "No eres frío ni caliente. Ojalá fueras una de las dos cosas; pero porque no eres ninguna, comenzaré a vomitarte de mi boca" [6]. No es arrojado por completo, pero ha comenzado a serlo; y si el Sacerdote no se conoce a sí mismo, esto sucederá por fin. Un Sacerdote tibio es el hombre más digno de compasión. Cuando el Sacerdocio comienza a no serle dulce y suave, comienza también a disgustarse de él y acaba por ser amargo para su boca. La constante repetición de las mismas acciones y de las mismas obligaciones, viene a hacerlas mecánicas y automáticas. *Sancta sancte*, como dice el Concilio Cartaginense. Mas cuando las cosas santas dejan de ser alimento y consuelo del alma, se convierten en yugo que agarrota y en carga que oprime. Semejante clase de Sacerdotes fácilmente omiten la celebración de la Misa, y no tienen gran pena por esto.

No se crea que por eso dejen de predicar muy buena doctrina sobre la vida espiritual y con la misma elocuencia que en otros tiempos mejores. Mas el corazón no va al unísono con las palabras; y para todo el que tenga oidos hay algo que suena a hueco en todo lo que dicen. Leen las vidas de los santos y sienten deseos de asemejarse a ellos. Lo procuran de algún modo, pero luego desfallecen. Conservan una percepción intelectual de cierta santidad típica muy elevada, la cual tienen habitualmente en los labios, hasta llegar a formar, sin darse cuenta, una especie de hipocresía intelectual, engañándose unas veces a sí mismos, lo cual es peligroso, o, lo que es peor, teniendo conciencia de que es ficticia toda esa virtud. Tales hombres se mueven y agitan en el vacío. Hay desfallecimiento en el corazón y preparación bastante para una caída. Las siguientes palabras de Isaías son tan temibles como verdaderas: "Tu iniquidad será, por consiguiente, para ti como portillo en un alto muro y que está para caer, y se pregunta por él, porque la destrucción de él vendrá repentinamente y cuando nadie piensa." Muchas veces acaece que, la caída de un

[5] S. August., *De Civ. Dei.*, lib. XIX, c. 19, t. VII, p. 426.
[6] Apoc., III, 15, 16.

Sacerdote es motivo de admiración de todo el mundo, a excepción de una o dos personas que lo han conocido, y de su propia conciencia que estaba en el secreto de la caída. Y tales caídas suelen ser terribles, y a veces para no levantarse más. El "alto muro" de la casa de Israel viene abajo con estrepitosa ruina; cuanto de más alto cae, más sin esperanza de remedio es la caída. Como el Profeta añade: "Y será hecho pedazos como se quiebra de un fuerte golpe una vasija de un alfarero; y no será hallado ninguno de sus pedazos en que se pueda llevar un ascua de un hogar, o sacar un poco de agua de una poza" [7]. Cuando los Ángeles cayeron, cayeron para siempre, porque no hubo para ellos redención. Cuando un Sacerdote cae, podrá levantarse, porque su Maestro es muy misericordioso. Pero el hecho es que desde que Satanás cayó como un rayo del cielo, no hay caída comparable con la caída de un Sacerdote.

[7] Isai., XXX, 13, 14.





CAPÍTULO VIII

Auxilios especiales del Sacerdote

A veces solemos decir, o por lo menos internamente lo sentimos: "Si yo hubiera sabido lo que es ser Sacerdote, jamás me hubiera atrevido a recibir los Sagrados Órdenes. Tengo todos los peligros que tienen los demás hombres y muchos además que son exclusivamente peculiares del Sacerdote, el cual está en puesto elevado y tiene el cuidado de las almas, de las cuales ha de dar cuenta a Dios. El mundo y el demonio tienen un odio y una inquina especial contra el Sacerdote. ¿Qué bienes me proporciona mi vida? No soy mejor que mis padres, y si caigo, mi caída será grande y tal vez irreparable. *Grandis sacerdotis dignitas, sed grandis ruina.*" Semejantes pensamientos vienen muchas veces a nuestra mente o por sugestión del tentador o por culpa de nuestro propio corazón. Pero, a menos que queramos engañarnos a nosotros mismos, es preciso confesar que ideas más verdaderas y justas surgen también en nuestra mente; y entonces decimos: "Tengo los peligros de otros hombres, es verdad, pero tengo también más gracias que ellos. Ellos tienen la gracia Sacramental de hijos

y de soldados, y yo tengo la gracia Sacramental del Sacerdote. Si los peligros del Sacerdote son grandes, su gracia Sacramental es más grande que sus peligros. El Sacerdote tiene ayudas o auxilios generales y particulares en el ejercicio del Sacerdocio, que son más que suficientes para todos y cada uno de los deberes, peligros y tentaciones."

Hemos hablado ya de las ayudas o auxilios generales del Sacerdocio y del oficio de la cura de almas, ahora vamos a tratar de los auxilios especiales que rodean al Sacerdote durante todos los días de su vida.

I. El primero y superior a todos, es la Misa diaria. "Cuando vino la mañana, Jesús estaba a la orilla." Comienza el día con la presencia de Jesús; el Altar es la orilla del Verbo Eterno, y Jesús viene al reclamo de nuestra palabra. En el Santo Sacrificio de la Misa le reconocemos, y sin embargo, nuestros ojos están velados. Aparece en otra forma. No lo podemos ver, pero sabemos que es el Señor. Él nos prepara el Pan de vida, y Él mismo nos lo da. Aunque empleáramos toda la vida en prepararnos, un solo contacto Divino con su Presencia, sería recompensa abundantísima de todas nuestras oraciones y penitencias y purificaciones del Corazón [1]. Mas Jesucristo viene a nosotros, no una sola vez en la vida, sino todas las mañanas. Cada día comienza con Él. Si la primera hora del día se pasase en presencia —tal que no pudiésemos dudar de ella aunque no los viésemos—, de nuestro Ángel de Guarda o de nuestro Santo Patrón, todo el día sería para nosotros de mucho recogimiento y pensamientos y sentimientos muy elevados. La repetición y familiaridad podría al fin amortiguar el sentimiento vívido de una cercanía tal del mundo sobrenatural, y hacer que no nos diésemos cuenta de ella. Pero el Santo Sacrificio de la Misa es mucho más que todo esto. Es la presencia personal del Señor, de los Ángeles y de los Santos; y sin embargo, a causa de la familiaridad con la excesiva condescendencia de su grande humildad, podemos perder poco a poco algo de la viveza de esta impresión. El Concilio de Trento nos enseña que la presencia de Jesucristo es sobre las leyes y orden de la naturaleza [2]. Allí está como Dios y como hombre, en su realidad personal y sustancial; y cuando llevamos en nuestras manos el Santísimo Sacramento, estamos en contacto con el Criador, Redentor y Santificador del mundo. El Concilio dice también que está presente, no como en un lugar, sino como es en sí, una sustancia [3]. En el orden divino no hay tiempo ni lugar. Estamos en contacto con el Verbo Eterno; y este contacto es real y sustancial y personal de su parte y de la nuestra. Nosotros le vemos cara a cara con los ojos de la fe; y visión mejor no hay más que la de los bienaventurados, a la cual, aunque a través de un velo, somos admitidos después de la Consagración. *Nobis quoque peccatoribus*, también a nosotros los pecadores es concedida en el Santo Sacrificio de la Misa alguna participación y amistad con los Santos y Mártires de la corte celestial. Desde la Consagración hasta la Comunión, estamos con Jesús tan verdaderamente como lo estaban Cleofás y su compañero en el camino de Emaús y con más conocimiento que ellos; porque aunque nuestros ojos están vendados, nuestra inteligencia no lo está. Le vemos en otra forma. Pero

[1] San Gregorio Nacianceno dice: "Una vida la más larga no sería larga preparación para el Sacerdocio." (Orat. II, § LXXII.)

[2] Catech. Trid. ad Paroch., P. IV, c. 2.
[3] Ibid., P. II, c. IV, 29.

le conocemos el rato que le vemos. Y le hablamos como a nuestro Señor, nuestro Maestro, nuestro amigo; y con un habla interior nos responde con palabras que no es dado al hombre hablar. Su permanencia en nosotros es por breve tiempo, pero ese breve tiempo encierra un abismo de luz y de paz. Decimos Misa todos los días de nuestra vida, pero jamás llegamos al límite de este misterio de su personal aproximación a nosotros, porque no puede fijarse horizonte a la multitud y abundancia de la dulzura [4] que derrama por todos lados como un inmenso Océano. Y toda esta dulzura está escondida en el Augustísimo Sacramento, para todos aquellos que le buscan con un santo temor. Y antes que se separe de nosotros por un poco de tiempo para volver de nuevo a la mañana siguiente, toma y nos da su precioso Cuerpo y su Sangre, como lo hizo cenando aquella noche de despedida, y como hizo en Emaús al desaparecer de su vista. Se fué, pero por poco tiempo. Luego se le volverá a ver en medio de sus discípulos; como el Catecismo del Concilio dice que "Jesús, habiendo amado a los suyos mientras vivía en el mundo, al fin señaladamente los amó; para no estar ausente por siempre de los suyos, nos dió, por un admirable consejo de su sabiduría, una prenda de su amor superior al orden y condición de la naturaleza" [5], esto es, su perpetua presencia velada a nuestros ojos. Cuando el Arcángel San Rafael se separó de Tobías y de su hijo, de modo que ya no le vieron más, "estuvieron postrados sobre sus rostros durante tres horas" [6]. ¿Cuál deberá ser nuestra acción de gracias después de la Misa?

Si no hablo de la Comunión es porque no lo

4 Psalm. XXX, 20.
5 Catech. Trid. P. II, c. IV, 2.
6 Tob., XII, 21, 22.

creo necesario. Todo Sacerdote sabe de ella más de lo que se puede decir con palabras. Porque el color y la dulzura no se pueden ver o sentir con la inteligencia sola, sino que se conocen por el gusto y por la vista: por eso dice el Espíritu Santo: "Gustad y ved cuán suave es el Señor" [7]. Debemos gustar primero y ver después; pero esto se hace por medio de una vista interior que no necesita de luz material y que no tiene los límites de los sentidos. En toda Comunión nos hacemos carne de su carne y hueso de sus huesos; y, si nuestros corazones son puros, también somos hechos corazón de su corazón, alma de su alma, voluntad de su voluntad, espíritu de su espíritu. Nuestra pobreza no está en Él, sino en nosotros. Si nuestros corazones estuvieran preparados, como podrían y deberían estarlo, la gracia Sacramental de una sola Comunión bastaría para santificarnos en cuerpo y alma. Las virtudes que tienen su origen en la presencia de nuestro Señor, y vienen a nuestros corazones, no tienen otra medida que nuestra capacidad o disposición para recibirlas, y esta capacidad tiene por medida nuestra preparación tanto remota como próxima, esto es, nuestra preparación antes de subir al Altar y nuestra habitual unión con Dios. Nuestro Señor dijo: "En aquel día conoceréis que estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros" [8]. "En aquel día", es decir, "cuando esté en la gloria del Padre, y el Espíritu Santo haya venido. Entonces conoceréis que estáis por la Comunión sustancial de mi Cuerpo y de mi Sangre en mí y yo en vosotros." Esta conciencia de la Presencia Divina que habita dentro de nosotros y que nos circunda por fuera, es una recíproca comunicación prometida en estas palabras. Esto

7 Ps. XXXIII, 9.
8 Joan., XIV, 20.

es lo que San Pablo quiso decir cuando escribía: "Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive Cristo en mí." Él viene a ser el Guía de todas nuestras facultades y potencias, elevándolas por la unión con Él. Como cada latido de nuestro corazón y cada respiración es prevenida y sustentada por su fuerza creadora, así también previene Él todos nuestros pensamientos, palabras y obras. Nuestra libertad y nuestro obrar son perfectos por la unión con Él. Él es el Presidente, el Agente Divino que nos ayuda en todo, para que hagamos su voluntad; pero nos pide toda nuestra obediencia personal. Nosotros vivimos, y obramos y hablamos con nuestra propia libertad; pero nuestra libertad está guiada y guardada por su gracia y poder. Él vive en nosotros y nosotros vivimos por Él. ¿Qué clase de auxilio puede faltar al Sacerdote que tiene sus complacencias en decir todos los días Misa? Ésta lo contiene todo. *Nutrit, praeservat, reparat, delectat et auget.* Es nuestro alimento, nuestro amparo, nuestro refrigerio, nuestra delicia, nuestra fuerza siempre creciente.

II. La segunda ayuda de la vida del Sacerdote es el Oficio divino. Siete veces al día suben los actos del culto Divino de la Iglesia esparcida por todo el mundo hasta el trono de Dios. La Iglesia que milita, que sufre, adora como los Bienaventurados en el Cielo a la Beatísima Trinidad, con una voz incesante de oración y de alabanza. La Iglesia toda es el Santuario, y el Oficio Divino el Ritual del coro sobre la tierra, que se une con las alabanzas, acciones de gracias y doxologías o glorias, que son el Ritual del coro de los cielos. Todo Sacerdote tiene su asiento en este coro y hace día tras día siete visitas a la Corte celestial.

El Oficio Divino es una parte de la Divina Tradición. Es un testigo perpetuo de Dios y de la fe. Ha sido compuesto, es verdad, por manos de

hombres, pero aquellos hombres eran Santos, y su obra fué llevada a cabo bajo la dirección y guía del Espíritu Santo. La forma del Ritual habrá sido obra de manos humanas; pero los materiales de que está compuesto son palabras del Espíritu Santo. Los salmos y las Sagradas Escrituras de los hombres inspirados en la Antigua y en la Nueva Ley y los escritos de los Santos, todo está mezclado de manera que forma un tejido admirable de oraciones y de alabanzas, de culto y de testimonio del Reino de los Cielos y de la Comunión de los Santos. La perpetua revolución anual de las solemnidades y fiestas, el invierno y la primavera, el estío y el otoño, traen continuamente en pos de sí toda la verdad revelada. Los Profetas y los Apóstoles, los Evangelistas y los Santos nos hablan con voces que jamás mueren; y a nuestra vista está continuamente dando vueltas la historia entera del Reino de Dios.

Un alma piadosa preguntó en cierta ocasión a San Pedro Damiano: "¿Por qué decimos *Dominus vobiscum*, como si muchas personas estuviesen presentes, siendo así que no hay nadie, sino que estamos solos?" El Santo respondió: "Porque nunca estamos solos. Estamos siempre dando culto a Dios en unión con la Iglesia esparcida por todo el mundo y pedimos que la presencia del Señor esté con todos los fieles que hay sobre la tierra." — Decimos: "El Señor sea con vosotros", porque estamos adorando a Dios en nombre de toda la Iglesia visible y en compañía de todos aquellos cuya unión con nuestro Señor es ya perfecta. Hacemos estas siete visitas al mundo de la luz y recitamos el Oficio Divino, porque la Iglesia nos lo manda bajo pena de pecado mortal. Estamos obligados al rezo, por dos razones: primera, por la gloria de Dios, y segunda, por nuestra propia santificación. La sabiduría de

la Iglesia y el amor que tiene a sus Sacerdotes le ha movido a imponerles esta grave obligación. La Iglesia toma del tiempo del Sacerdote el que se necesita para rezar el oficio, es decir, una hora y media o dos horas. Este tiempo ya no pertenece al Sacerdote, sino a Dios y a la Iglesia. El Sacerdote no puede enajenarlo, porque no es suyo; sino que por obediencia y bajo pecado grave está obligado a emplearlo en su propia santificación. El rostro de Moisés estaba resplandeciente después que hubo hablado con Dios; y nuestros rostros deben brillar, o nuestros corazones por lo menos deben arder y resplandecer interiormente con la luz de la Corte celestial. Cuando decimos las horas "nos acercamos al monte Sión, y a la ciudad del Dios viviente, a la celestial Jerusalén, y a la compañía de muchos millares de Ángeles, y a la Iglesia de los Primogénitos, cuyos nombres están escritos en el Cielo, a Dios el Juez de todos, y a los espíritus de los justos consumados" [9]. ¿Cuál, pues, deberá ser la piedad habitual, espíritu de recogimiento, humildad en palabra y en espíritu, de quien siete veces al día está en el coro con los Santos y en la presencia de Dios? Después de la Misa, ¿qué auxilio más poderoso para la perfección Sacerdotal que éste?

III. Hay un tercer auxilio especial para el Sacerdote, que es la oración mental. El Oficio Divino es oración vocal; sin embargo, la sola recitación llena el alma de abundante materia para la oración mental. La vida del Sacerdote es la *vida mixta* de Cristo nuestro Señor, y para enseñanza nuestra. Cristo pasaba los días trabajando y las noches en oración. La vida del Sacerdote es a la vez contemplativa y activa, y estos

9 Hebr., XII, 22, 23.

dos elementos no pueden separarse sin daño y sin peligro. *Haec meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus.* Las cosas sobre que Timoteo debía meditar, y en las cuales debía vivir, eran todas las verdades y preceptos de la fe, y más especialmente "la lectura, exhortación y la doctrina", esto es, el depósito de la revelación en toda su plenitud y en cada una de sus partes. Al leer, nuestra alma reposa sobre un libro; al meditar, nuestra inteligencia y nuestro corazón descansan en Dios. La oración es un acto vital de fe y de deseo, que tiene por objeto alcanzar un conocimiento más perfecto de Dios y una unión más íntima con Él de afectos y de resoluciones, esto es, de corazón y de voluntad.

El primer efecto de la oración mental es el conocimiento de los objetos de la fe, esto es, del mundo que no se ve, como si fuera visible, y de las cosas futuras, como si estuvieran presentes; es decir, una percepción clara y fija de cosas que no se ven, como si fueran sensibles y palpables, y de cosas futuras, como si ya hubieran sucedido. Leemos de Moisés que soportó la ira de Faraón como si estuviese viendo a Aquel que es invisible. Todo el terror del rey de la tierra desapareció al sentir la Presencia Divina detrás del trono que sobrepujaba a toda majestad humana. San Pablo dice que andamos por fe y no por visión; pues bien, los objetos de la fe son eternos y los objetos de la vista pasan. El mundo invisible es la sustancia o la realidad; el visible, la sombra. Para las almas que no son sobrenaturales, este mundo de agitación, deslumbrador, brillante, es algo palpable y por consiguiente creen que tiene algo también de real; el mundo que no se ve es impalpable, y aunque no puede negarse su real existencia, sin embargo, no ejerce una influen-

cia o una acción imperante sobre tales almas. Gran número de gentes viven como si no fuese una verdad ese mundo invisible y como si ese mundo futuro no hubiera de llegar jamás para ellas. No meditan. Dicen sus oraciones, pero no son oraciones mentales. El alma no descansa en la realidad, no tiene aspiraciones o no reposa en Dios, en la gloria de la Beatísima Trinidad, en la hermosura de la Sacratísima Humanidad, en la inmensa felicidad de la Madre de Dios, en el descanso y gozo de los Santos, en la sociedad y comunicación que tenemos ahora con ellos, en la parte de herencia que se nos ha prometido hemos de tener en su alegría y dicha para lo por venir, en la presencia de Jesús con nosotros siempre; y cómo habita el Espíritu Santo en las almas limpias y humildes, y sobre todo, en el alma del Sacerdote puro y humilde, del pastor fiel y fervoroso. Si conociéramos todas estas cosas como el comerciante conoce el mercado y todas sus mercancías, o el prestamista sus libranzas o pagarés o sus montones de oro, entonces sí viviríamos en este mundo, pero no seríamos de este mundo como todos cuantos han resucitado ya con Cristo [10], y son "benditos con Él en las celestes moradas" [11]. El conocimiento de las cosas invisibles y celestiales es medio mejor que todas las reglas exteriores para defender de peligros y fortalecer al Sacerdote. Es una luz interna y una fortaleza que lleva consigo en todo tiempo y en todo lugar, sustentando la gracia Sacramental de su Sacerdocio; y éste es un auxilio Divino y que nunca falta en todo peligro o necesidad.

IV. Otra ayuda y poderosa en la vida del Sacerdote es la predicación de la palabra de Dios

10 Col., III, 1.
11 Eph., I, 3.

a otros. San Pablo escribió: "Dios me envió no para bautizar, sino para predicar el Evangelio." El Concilio de Trento enseña que la predicación es el principal deber u oficio de los obispos [12], y si ésta debe ser la principal ocupación del Obispo, ¿con cuánta más razón lo habrá de ser del simple Sacerdote? Si Isaías temía hablar en nombre de Dios, porque tenía labios impuros [13], ¿qué juicio debemos formar de la santidad y dignidad del predicador? Si un profeta con dificultad se atrevió a predicar en nombre de Dios, ¿qué diremos de los oradores de púlpito? Lo que ha sido ordenado para que les sirva de ayuda, viene a ser ocasión de caer. El ser escogido para que Dios les envíe a predicar a los hombres en su nombre, ir como legados *a latere suo*, a predicar la penitencia y el perdón de los pecados, enseñar el camino de la santidad y de la perfección en su nombre, con sus propias palabras y con su autoridad, ¿quién se atrevería a semejantes cosas, si la necesidad no le obligase? Hablar en nombre de Dios fríamente, descuidadamente y sin la debida ciencia, sin una exquisita preparación, ¡qué temeridad! ¡cuánto peligro! Predicar fastuosamente, con arrogancia y deseo de exhibirse, con vanidad e insustancialidad [14], ¡cuánto provoca la ira de nuestro Divino Maestro! ¡qué escándalo para las almas! El hombre simple, humilde y sencillo descubre luego instintivamente quién es el que se predica a sí mismo; y hasta los mundanos, acostumbrados al lenguaje lacónico y preciso de la vida agitada de los negocios, luego, luego conocen al primer golpe de vista al orador falso y rutinario. A un orador sincero le oirán, aunque sea algún

12 Sess. XXIV, de Ref. c. IV.
13 Isai., VI, 5.
14 San Agustín dice de los tales: "foris tumescit, intus tabescit".

tanto rudo y áspero [15]. Cuantas menos palabras haya propias y más de Dios, tanto más seguro es que se impondrá al auditorio y obtendrá el respeto de todos. Sienten que tiene derecho para hablarles, y que les habla en el nombre y con palabras de Dios, de su Divino Maestro. Sienten también que no se acuerda de sí mismo, sino que piensa sólo en la misión que Dios le ha encomendado y en el bien de las almas que tiene delante de sí. Les enseña lo que Dios primero le enseñó a él. Ha orado con este fin, y ha meditado mucho sobre la materia de que se ha de hablar: la verdad ha descendido de su entendimiento y de su conciencia a su corazón y de la abundancia de éste habla. El Sabio dice: "La lengua del prudente está en su corazón, y el corazón del necio está en su boca", y en verdad que es un corazón muy frívolo. Si de cada palabra ociosa que el hombre habla, ha de dar cuenta el día del juicio [16], ¿cuál será la cuenta que hemos de dar de tantas palabras que hemos dicho todos los días y por espacio de tantos años y en nombre de Dios? Si las siguientes palabras de Dios por boca del Profeta deben ser tan verdaderas tratándose de nosotros como de él mismo: "¿No es mi palabra fuego, y como martillo que hace saltar en pedazos las rocas?", ¿qué juicio se formará de nuestro torrente de palabras frías, ligeras, interminables, acompañadas de muy pocos pensamientos, y éstos desenvueltos con una retórica vacía y con frases inútiles, porque son ineficaces, e ineficaces porque son nuestras? ¿Qué corazón hemos inflamado? ¿Qué corazón duro hemos ablandado? Y si nada hemos conseguido, ¿no tendremos nos-

[15] San Jerónimo dice: "Multoque melius est a duobus imperfectis rusticitatem habere sanctam quam eloquentiam peccatricem." (Epit. ad Nepot., t. IV, p. 263.)
[16] Matth., XII, 36.

otros la culpa porque no aprendimos primero de Dios lo que habíamos de enseñar a los otros? Si así lo hubiéramos hecho, el Señor nos hubiera dado palabras y sabiduría, a la cual nuestros mismos adversarios no hubieran podido resistir o contradecir. La mejor preparación antes de predicar, es la oración. Debemos ciertamente meditar lo que hemos de decir, y hacer meditaciones de nuestros sermones; pero no sermones de las meditaciones, porque las meditaciones tienen por objeto nuestra propia santificación, y es indudable que no podremos herir el corazón de otros por otro camino mejor que cuando les enseñamos lo que antes hemos experimentado en el nuestro. Por esta razón el ejercicio de la predicación de la palabra de Dios nos debe tener y mantener siempre como oyentes a los pies de nuestro Divino Maestro; y al exponer las verdades divinas, natural cosa es, si secundamos las inspiraciones de la gracia, que esas mismas verdades causen una poderosa reacción en nosotros mismos. De este modo, imprímense profundamente en nuestro entendimiento, conciencia y corazón; sostienen y vigorizan poderosamente nuestra voluntad, llenan toda nuestra alma, conservándose vivas en nuestra memoria las meditaciones de muchos años, que ya pertenecen al pasado, con las nuevas y continuas adquisiciones de esta luz celestial, y hacen descender especiales bendiciones sobre el corazón del predicador. *Qui inebriat, inebriabitur et ipse.* El que ha refrigerado abundantemente las almas con el agua de vida, será a su vez también refrigerado él mismo. Al que regó, le caerá el riego sobre sí al exponer la palabra de Dios: El Sacerdote que predica después de haber orado, está unido con la fuente del agua de vida, aplica sus labios al mismo manantial, y él mismo se admirará muchas

veces de los pensamientos felices que le ocurren y que jamás había tenido, y de las palabras que parece ponen en su boca. Cúmplese aquí aquella promesa: "Recibirá de mí, y manifestará lo que hubiere recibido a vosotros." *Ille plus dicit qui plus facit*, pocas palabras de un santo Sacerdote hacen más que muchas de humana elocuencia. Es, pues, la predicación una ayuda constante y sobrenatural para adquirir la perfección sacerdotal y pastoral.

V. Un auxilio más, y será el último que enumeremos, es el Confesonario. San Gregorio el Grande dice que los Sacerdotes son como el baño de bronce que había a la entrada del templo, con cuyas aguas se purificaba el pueblo antes de penetrar en el Sagrado recinto. Aunque reciban, digámoslo así, sobre su alma los pecados del pueblo, se mantienen, sin embargo, siempre limpios [17]. Jesucristo tomó de la mano al leproso, y le dijo: "Sé limpio." El Sacerdote está en contacto con los pecadores y se conserva limpio. Pero necesita velar y orar, *ne lepra possit transire in medicum*.

Estudiamos la teología moral en los libros, pero no hay libro, tan lleno de enseñanzas como el Confesonario. La primera vez que un Sacerdote se sienta en el Sagrado Tribunal, con dificultad se le podrá olvidar. De ambos lados llegan alternativamente a sus oídos voces que parecen las unas bajadas del cielo y las otras salidas del infierno. Oímos primero la confesión de un pecador, negro como la noche; después, la confesión de un niño que conserva la inocencia bautismal; luego se acerca un penitente verdaderamente contrito, al cual sigue un alma ignorante de sí misma y de su grande iniquidad; des-

[17] Reg. Past., l. II, c. 2.

pués de esta alma se llega un pobre, sencillo y humilde de corazón; y después gentes mundanas, intrigantes y mentirosas de profesión. Toda la obra de los Salmanticenses no enseña tanto al Sacerdote como lo que aprende diariamente en el Confesonario. Si tiene humildad bastante para aprender, el Confesonario le enseñará cinco grandes verdades.

Primera: conocimiento de sí mismo, trayendo cosas a la memoria, y mostrándole como en un espejo lo que él es en las vidas de los pecadores.

Segunda: contrición en la tristeza o arrepentimiento de los penitentes que no se consuelan.

Tercera: delicadeza de conciencia en la inocencia de aquellos cuyo ojo, siendo simple, y todo su cuerpo estando lleno de luz, se acusan de omisiones y faltas contra la voluntad divina, que nosotros cometemos quizá todos los días sin darnos cuenta, ni advertirlo.

Cuarta: aspiración de deseo de la perfección en aquellas almas fervorosas, cuyo único anhelo y cuyos únicos esfuerzos son, aun en medio de familias sobrecargadas e inquietas, subir más y más alto en la unión con Dios.

Quinta: acusación de sí mismo, de su falta de adelantamiento en la virtud y perfección, a la vista de la generosidad y fidelidad de aquellas almas, que están como impedidas, atadas por todos lados, y sin embargo, en humildad, abnegación, caridad y unión con Dios, nos sobrepujan a nosotros, que tenemos todos los dones del tiempo y de la gracia, que son necesarios para arribar a la perfección.

Mas si queremos aprender todos estos preciosos documentos, debemos tratar el Sacramento de la Penitencia, como trataríamos el del Bautismo, teniendo presente su carácter Divino y los poderes que confiere. La primera parte de las

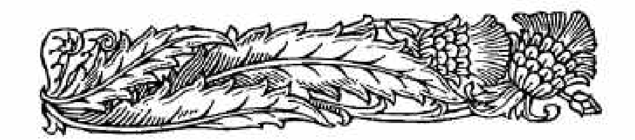
obligaciones que el Sacerdote tibio descuida o abandona, es el Confesonario. A veces oye las quejas que los penitentes inconscientemente le dan. A veces se cansa de estar largas horas sentado, y habiéndoselas con el rudo y con el recalcitrante y repulsivo. A veces oye y da la absolución sin haber proferido una sola palabra, porque nada le ocurre que decir, parte por falta de la devoción interna y de piedad, y parte porque no ha atendido bastante a la confesión.

Y no obstante, es un hecho que si el Sacerdote cumple debidamente con los oficios de padre, juez y médico en el Confesionario, es éste para él uno de los auxiliares más directos y más poderosos de su propia santificación.

¿Qué puede faltar, pues, al Sacerdote para mantenerse a la altura de la perfección de que estaba adornado al acercarse a recibir la Sagrada Ordenación? Estas cinco gracias Sacerdotales: la Santa Misa, el Oficio Divino, la práctica de la oración mental (esto es, una vida de contemplación), la predicación de la palabra de Dios, la absolución de los pecadores y la dirección de las almas en el Confesonario; todas estas cosas influyen directa, poderosa y profusamente en la vida y en el alma del Sacerdote. Jamás puede excusar falta alguna de comisión u omisión, o el ceder en algo a cualquiera tentación, o faltar en alguno de sus deberes, sin que tenga la conciencia de que pudo muy bien obrar de otra manera, conformándose con la Santidad del Sacerdocio. Tal excusa sería una acusación contra Dios nuestro Señor, de que le mandaba cosas imposibles, o le exigía el cumplimiento de muy difíciles deberes, como un amo cruel, no proveyéndole de medios o ayudas convenientes y en abundancia. Es una tentación y defecto muy común, echar la culpa al estado y a las circunstancias de que

estamos rodeados, y figurarnos que seríamos mejores en otro estado o género de vida. Si, aun haciendo un uso leal y completo de los medios que nos rodean, faltamos, faltaríamos también en cualquier lugar y en cualesquiera condición y circunstancias en que nos halláramos. Porque si los peligros del Sacerdote son grandes, los auxilios especiales con que cuenta son mayores.





CAPÍTULO IX

El cargo Pastoral como fuente de confianza

Es cosa fuera de toda duda que las ayudas del Sacerdote son más grandes que sus peligros. Pero no hay que oponerse a razones con el temor y la congoja, cuando estos afectos se apoderan de nuestras almas. Y la consideración de tantos años de responsabilidad, la conciencia de nuestra propia debilidad, la sutileza y fuerza del pecado, el pensamiento de nuestro lecho de muerte, todas estas cosas gravitan y muy pesadamente a veces sobre nosotros. La vista diaria del pecado, la ruina o el naufragio espiritual de muchos que estaban muy cerca de nosotros, que empezaron y aun perseveraron largo tiempo bien; la caída de Sacerdotes que fueron nuestros condiscípulos y nuestros colaboradores o amigos íntimos; el recuerdo de cuántas veces estuvimos muy cerca del precipicio y nuestros pies habían empezado ya a resbalar, todo esto mantiene vivo un sentimiento de temor en el alma del Sacerdote, y este temor viene del Espíritu Santo. *Configе timore tuo carnes meas* debe ser nuestra oración coti-

diana. Hemos visto ya muchos motivos de confianza. Vamos a examinar uno más; y éste es el oficio o cargo Pastoral.

San Pedro negó tres veces a su Maestro: tres veces le preguntó Jesús si le amaba y tres veces le dió el cuidado Pastoral de su rebaño. Este cargo, pues, es una señal de perdón, una prueba de amor, una prenda de salvación. Esta prenda no se dió exclusivamente a Pedro. Por medio de Pedro llega a todos nosotros. El cuidado Pastoral que nosotros recibimos por medio de él, es para nosotros también una prueba de nuestro amor, una prenda del amor de Jesús y una garantía de salvación.

I. Porque en primer lugar, ser Sacerdote, como ya lo hemos visto, es la más alta predestinación. El Sacerdote es llamado y consagrado para la mayor gloria de Dios. Él es la primicia de las primicias de la nueva creación. Es llamado para estar lo más cerca posible de nuestro Divino Redentor y ser cooperador suyo en apartar a los escogidos de este mundo malo y perverso. En el Sacerdote se encuentran reunidas todas las pruebas más seguras de ser aceptos a los ojos de Dios, que el mismo Dios ha dado jamás al hombre. Pedro el Bloisense dice: "El Sacerdote tiene la primacía de Abel, el patriarcado de Abraham, el gobierno de Noé, el orden de Melquisedec, la dignidad de Aarón, la autoridad de Moisés, la perfección de Samuel, el poder de Pedro, la unción de Cristo" [1]. Todas estas cosas son otros tantos sellos que penden de la escritura de su promesa de salvarnos. No son, no, meros títulos, sino realidades. El buen Pastor dijo de sus discípulos: "Mis ovejas oyen mi voz; y yo las conozco, y me conocen a mí. Y les doy

[1] Serm. LX ad Sacerdotes opp., p. 373.

la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie podrá arrebatarlas de mi mano. Lo que mi Padre me ha dado es mayor que todo; y nadie podrá arrebatarlas de la mano de mi Padre" [2]. Si caemos en pecado saliendo de entre aquellas divinas manos, nos perdemos a nosotros mismos. No hay poder que sea bastante para hacer esto contra nuestra voluntad, mientras nuestra voluntad y la de Dios sean una misma. "Si Dios pensara matarnos, no hubiera aceptado un holocausto y unas libaciones ofrecidas con nuestras manos, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni nos hubiera dicho las que están por venir" [3]. Toda prueba de aceptación de nuestras obras, toda luz y gracia, nuestra perseverancia año tras año, un día y otro día, prendas son de nuestra salvación. "Ya no os llamaré más siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Os he llamado amigos, porque todo cuanto he aprendido de mi Padre, os lo he hecho conocer. Vosotros no me elegisteis, sino que Yo os elegí, para que vayáis y deis fruto" [4]. El haber sido escogidos por Dios entre todos los demás hombres, es por sí mismo una revelación de sus designios de salvarnos. El llamarnos primero siervos para ser después sus amigos; el admitirnos al conocimiento de su obra y de su voluntad; el hacernos conocer también las comunicaciones del Padre; el habernos escogido cuando nosotros no pensábamos en Él; el habernos hecho capaces de servirle, todas y cada una de estas cosas, señales de la gracia son, prendas seguras son para nosotros de que su voluntad de salvarnos es firme y constante, con tal que nosotros no nos hagamos traición a nosotros mismos.

[2] Joan., X, 27-29.
[3] Judicum, XIII, 23.
[4] Joan., XV, 15, 16.

II. En segundo lugar, ser Pastor es poseer la más abundante fuente de gracia. Hemos visto ya cuán grande es el auxilio que nunca falta de gracia Sacramental, proporcionado a nuestras necesidades, deberes y peligros; y también la gracia inherente al estado en que nos hallamos. No necesitamos insistir más en este punto; sin embargo, hay dos cosas en el ejercicio del cargo Pastoral que nos ayudan de un modo especial cuando trabajamos en nuestra propia santificación. Estas dos cosas son: el aumento continuo de la caridad y el ejercicio constante de la propia abnegación.

"Dios es caridad: y el que vive en caridad, vive en Dios y Dios en él" [5]. Y Dios es la vida del alma. Donde esta vida existe, como no sea por el pecado de nuestra infidelidad, la segunda muerte nada puede. Dios jamás reclamará sus dones. Él no quiso la muerte ni aun del pecador. Él le arguye diciendo: "¿Por qué moris?" [6]. "Y no queréis venir a mí para que tengáis vida" [7]. El que ama a Dios tiene la mejor y más segura prenda de vida eterna.

Así razona San Pablo. Su conversión, su llamamiento, su apostolado, su misión, todas estas cosas eran prendas del amor de Dios, y de la inmutabilidad de este amor de parte de Dios. Pero nuestro amor para con Dios puede crecer todos los días de nuestra vida. Todo acto de piedad para con Dios recibe un aumento de amor. Toda verdadera oración del corazón enciende más y más la llama de la caridad. Todo acto mental de contemplación y adoración trae consigo un crecimiento de amor al alma del pequeñuelo y del humilde, aún en medio de la vida más ocu-

[5] I Joan., IV, 16.
[6] Jerem., XXVII, 13.
[7] Joan., V, 40.

pada y sobrecargada de trabajo. ¡Cuánto más en la vida del Sacerdote y del Pastor, cuya ocupación toda en los pensamientos, palabras y obras es en Dios y por el Reino de Dios! Toda Misa que decimos, toda recitación del Oficio Divino, puede ser un acto que nazca del amor de Dios, y que haga recrecer a nuestro corazón nuevas avenidas de amor Divino. El aumento de caridad en nuestra unión con Dios puede ir creciendo en cada momento. Toda aspiración, todo deseo, todo acto interno de obediencia, paciencia, sumisión y amor grande de Dios, nos une más estrechamente en amor con Él, y con ese amor ensancha nuestro corazón, convirtiendo nuestra esperanza en confianza, y acelerando nuestra carrera. *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum* [8]. Cuanto el corazón más se dilata, tanto más crece el amor de Dios, y cuanto éste crece, tanto más se dilata el corazón.

Mas dondequiera que haya amor de Dios, allí hay amor de nuestros hermanos; donde hay fuente, ha de haber arroyo. Como el arroyo mana de la fuente, así el amor de Dios produce necesariamente el arroyuelo del amor al hombre. Por eso dice San Juan: "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos" [9]. Nuestro amor para con ellos prueba nuestro amor a Él; y el que ama a Dios, vive en Dios, y ha pasado de la muerte a la vida; porque Dios es nuestra eterna vida, y Él permanece en nosotros aún ahora. El ejercicio continuo del amor fraternal para con todo el mundo, para con nuestro rebaño, nuestros parientes, nuestros amigos, y para con nuestros enemigos, en toda la extensión de la caridad, es una escuela de perfección y perseverancia.

8 Psalm. CXVIII, 32.
9 I Joan., III, 14.

Esta vida de caridad es tanto más perfecta, cuanto que exige de nosotros una mortificación mayor de nosotros mismos. ¡Oh! la vida del Sacerdote es la abnegación de sí mismo cada día y a cada hora. Hemos sido llamados para morir a nosotros mismos, a nuestros deseos, voluntades y gustos, para estar a las órdenes y aún a las meras indicaciones de todo el mundo, buenos y malos, razonables y no razonables, haciéndonos todo para todos para salvarlos a todos [10]. Es, sin embargo, bien triste que el resultado de todos nuestros trabajos sea que pocos se han de salvar. Y no obstante, por esos pocos debemos morir a nosotros mismos, y salir de nosotros mismos, y prescindir o renunciar a todo derecho y reclamación sobre nosotros mismos, por la salvación de los escogidos, La palabra *expropriatio* está llena de un sentido profundo, y que merece estudiarse. No nos pertenecemos a nosotros mismos, hemos perdido el dominio o propiedad de nosotros mismos, y hemos sido comprados con la sangre preciosísima de Cristo. Tal es el sentido de las palabras de San Pablo cuando dice: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo nuestro Señor, y nosotros siervos vuestros por Jesús" [11]. El estar del lado de nuestro Maestro contra el pecado, el mundo y el demonio, no es obra nuestra, sino de Aquel que nos ha predestinado y llamado a su Santo servicio. Su voluntad, y no la nuestra, sino en cuanto hemos sido prevenidos por su gracia, nos ha colocado en este puesto de honor. "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" [12].

III. Finalmente, el ser puesto y enviado para salvar a otros, significa una de dos cosas: o la

10 I Cor., IX, 22.
11 II Cor., IV, 5.
12 Joan., XV, 16.

suerte de Judas o la suerte del amado discípulo. Podemos representar uno de los dos papeles. Podemos, pues, desconfiar mucho de nosotros mismos, y preguntar: "Señor, ¿quién soy yo?" Si amamos a los pobres, no tenemos por qué dudar, pues a Judas le importaban poco los pobres, y si amamos a nuestro Señor, no podemos tampoco dudar, porque Judas le vendió. No somos tampoco el discípulo amado, porque él era inocente, nosotros pecadores; pero somos discípulos, y somos amados, y nuestra suerte o elección está llena de señales de salvación. San Vicente de Paúl decía: "¡Oh, Jesús! ¿por qué vinisteis a la tierra? Por el amor a tu prójimo. ¡Pobre Sacerdote! ¿qué es lo que te puso en este trance de padecer frío y hambre y cansancio, y estar tan solo en el mundo, y expuesto a los vientos y a los malos temporales y al riguroso invierno? El amor de las almas." Mas ¿quién nos dió este amor? Es un sexto sentido, que pocos tienen, y que muchos no pueden comprender. El Sacerdote ha sido escogido para manifestar la perfección en sí mismo, y para ejercitarla en otros. No sólo se salva a sí para salvar a otros, sino que además se santifica para santificarlos [13]. Es puesto como luz para dar luz, como sal para preservar de la corrupción, como buen olor de Cristo, semejante al incensario entre los vivos y los muertos. Si después de todo es malo, grande debe ser su infidelidad al Espíritu Santo.

¿Qué motivo, pues, de confianza puede echar de menos el Sacerdote? Se halla como sitiado de las señales del amor y del poder de Dios. La voluntad de parte de Dios de salvarle en la eternidad, se le ha hecho conocer por pruebas y prendas tales, que les falta poco para ser una revelación directa y personal. Esta fuerte e inmutable confianza es un motivo para ofrecerse a sí mismo a grandes cosas, y para negarse a sí mismo en las pequeñas. La esperanza es fuente de alegría, y la alegría es fuente de fortaleza. El abatido y tímido es débil e indolente. El que está lleno de esperanzas y que confía mucho, es enérgico y animoso. El miedo no honra a nuestro Divino Maestro. La esperanza es un don del Espíritu Santo, infundido en el Bautismo, y madurado con el ejercicio. San Pablo dice que somos salvos por la esperanza, y pide "que el Dios de la esperanza os llene de toda alegría y paz en el creer, a fin de que abundéis en la esperanza y en el poder del Espíritu Santo" [14].

Los trescientos hombres de Gedeón, que bebían con la mano, eran de más valor en la batalla que la multitud que bebía de bruces, y que los veintidós mil medrosos y tímidos que se retiraron [15]. La proclama que resuena este día en toda la línea del ejército que aspira al Sacerdocio, es la siguiente: "¿Quién hay que sea medroso y apocado de corazón? Dejadle ir y que se vuelva a su casa, no sea que haga flaquear de miedo el corazón de sus hermanos, una vez que él está poseído de temor" [16]. Cuando un Sacerdote está puesto por Nuestro Señor en orden de batalla, no debe temer. Si él es fiel, la mano de su Divino Maestro será el yelmo de salvación sobre su cabeza.

En tiempo de angustia y temor, y cualquier clase de desaliento, podemos decir: "Dios lo sabe

13 "Nosotros debemos primero ser purificados, y después purificar a otros; estar llenos de sabiduría y hacer sabios a otros; ser luz y dar luz; estar cerca de Dios, y aproximar a otros a Dios; ser santificados y santificar; guiar a otros por la mano, y aconsejarles con ciencia." (S. Greg. Naz. Orat. II, § LXXI.)

14 Rom., XV, 13.
15 Judic., c. VII, 3, 7.
16 Deuteron., XX, 8.

todo, y sin embargo, me ha escogido para ser Sacerdote. Él me ha llamado y justificado, y adoptado para que entre en la gloria de sus hijos. Él me ha sellado con la marca de sus soldados, y señalado con el carácter de sus Sacerdotes. Él me ha guiado y guardado en la juventud y en la edad viril, y me ha preservado de mil peligros hasta el presente día, contribuyendo poderosamente a mi perseverancia con la siempre presente e indeficiente ayuda de las muchas gracias que me da en todo tiempo de necesidad. En todo nuevo ataque que se dirige contra mí, yo sé que Él quiere mi salvación." ¿Qué ha dejado de hacer que pudiera para salvarme? Una cosa no hará jamás; jamás me privará de mi libre albedrío. Y éste es mi único peligro. Si yo libremente me hago traición a mí mismo, o me olvido de Él, entonces pereceré; empero, si mi voluntad está unida a Él, me guiará y guardará no sólo de mis enemigos exteriores, sino hasta de mí mismo. Con tal que yo no tenga voluntad de entristecerle, y sí una firme determinación de mantenerme unido a Él, Él me guardará hasta la muerte. "El fundamento de Dios está firme, el cual tiene este sello. El Señor conoce a los que son suyos, y apártese de la iniquidad todo el que tome en sus labios el nombre del Señor"[17].

Nuestro mismo estado, pues, es el motivo más sólido de confianza.

El estado y los trabajos de Sacerdotes y Pastores de almas, si somos fieles a nuestro Divino Maestro, son bendecidos en todas partes por la Universal Iglesia. En los países del Antiguo Continente, donde el mundo es poderoso y abunda la corrupción de costumbres, y la fe y la piedad son débiles, aquellos a quienes está encomendada

[17] II Tim., II, 19.

la cura de almas, tienen mucho que sufrir. El vigilar sobre una vida que agoniza y se pierde, es el más triste oficio de amor y paciencia. Las naciones y los pueblos del Antiguo Mundo han estado bajando por espacio de trescientos años, unos rápidamente y con violencia; otros despacio e insensiblemente; pero sin detenerse, de la luz y orden de la fe. Reformas espurias han engendrado la revolución, y la revolución ha profanado las soberanías y los estados de la Cristiandad, dejando la Iglesia aislada, como lo estuvo al principio de su fundación. El Pastor del rebaño de Cristo tiene muchas amarguras que devorar, a causa de las almas que corren desaladas a la perdición, y por los ultrajes que se hacen a la Iglesia. Es cosa terrible ver como un pueblo católico o cristiano vuelve las espaldas a la luz. Sin embargo, los Pastores fieles tienen la conciencia tranquila, sabiendo que están del lado de Dios, y que pelean por la causa de Dios. En medio de todas sus penas, sienten en su corazón esta profunda alegría, que nadie les podrá quitar. San Juan Crisóstomo dice: "La guerra que han de sostener los monjes es grande, y sus trabajos muchos; con todo, si se comparan sus cuidados con los del Sacerdocio bien desempeñados, se hallará una diferencia tan grande, como la que hay entre un hombre particular y un rey"[18]. Y sus consuelos son en la misma proporción.

Si todo esto es verdad tratándose de los antiguos países de la Iglesia, ¿cuánto más será esto verdad tratándose de Inglaterra? [a]. Entre nosotros, la Iglesia es vieja y nueva. Somos un puñado, pero separado del mundo, y de las Cortes, y de la atmósfera corrompida del Patronato y de la Protección seculares. La verdadera protección

[18] *De Sacerdot.*, l. VII, 5.
[a] Recuérdese que el Autor es inglés. (N. del T.)

de la Iglesia es su propia independencia, y su verdadero poder es su propia libertad. Somos Pastores de un rebaño que desciende de mártires y confesores, y su fervor no se ha extinguido en su posteridad. Somos de un modo particular Pastores de los pobres, porque los ricos se han ido, y la inmensa prosperidad de Inglaterra está en manos de quienes no nos conocen. Pero vivir en medio de los pobres fué el género de vida de nuestro divino Salvador, y asemejarse a Él es una prenda de sus cuidados y de su amor. No tan sólo somos pastores de los pobres, sino pobres a la vez nosotros. La pobreza es la condición del Sacerdocio en este país, el más rico del mundo. Aquí estamos unidos los unos a los otros, en mutua caridad y servicios mútuos. Nuestro pueblo está unido a nosotros con un amor generoso y recíproca confianza; y nuestros Sacerdotes están unidos entre sí y con sus Obispos. Ellos están unidos unos con otros con lazos de amor fraterno tan íntimo y estrecho, si no más, como puede hallarse en cualquier país de la Unidad católica. Si todas estas cosas están con nosotros, ¿qué habrá contra nosotros?





CAPÍTULO X

Valor del tiempo del Sacerdote

Después de la gracia, el tiempo es el don más precioso de Dios. Y sin embargo, ¡cuán poco aprovechamos ambas cosas! Decimos que el tiempo hace muchas cosas. Que nos enseña muchas lecciones, nos desprende de muchas necedades, nos fortifica en las buenas resoluciones y cura muchas heridas. Y sin embargo, nada de eso hace el tiempo. El tiempo no hace nada. El tiempo es únicamente la condición de todas las cosas que Dios hace en él. El tiempo está, como si dijéramos, preñado de la eternidad. Según el uso que hagamos de él, así seremos. Cada día tiene sus oportunidades, cada hora sus ofertas de gracia. El Concilio de Sena aplica estas palabras: "Mira, que estoy a la puerta y llamo", a la acción continua del Espíritu Santo sobre el corazón. Esto es verdad respecto de toda alma viviente. Las almas fieles tienen durante toda la vida y todos los días de ella esta invitación constante y esta ayuda para ganar para sí mismas una recompensa más grande en la eternidad. Según lo que el hombre sembrare así será lo que recoja, tanto en cantidad como en calidad. Todos los

hombres tienen su tiempo de siembra y su tiempo de recolección, en el tiempo y para la eternidad. Si perdemos la siembra, perdemos la cosecha. Tal vez se nos conceda otro tiempo de siembra y también de cosecha. Pero será otro. El tiempo que se perdió, se perdió para siempre.

Ahora bien; si el tiempo es de tanto valor para todo el mundo, ¿no lo será de un modo particularísimo para un Sacerdote? ¡Dichoso el que pueda dar buena cuenta del tiempo! Muchos parece que no tienen ni aun idea de su valor. Algunos nunca piensan en él. Algunos son tan indolentes que se les escapa de entre las manos antes de moverse para emplearlo bien. Otros son tan flojos que a sabiendas lo malgastan. Otros son tan desordenados e informales, que el tiempo se consume a sí mismo. Éstos siempre están de prisa y siempre llegan tarde, nunca están listos, nunca preparados.

En las Sagradas Escrituras se hacen dos preguntas que un Sacerdote haría muy bien en no olvidar jamás adonde quiera que vaya. Una de éstas la hizo Dios a Elías que se estaba lamentando sin moverse sobre el monte Oreb: *Quid hic agis Elia?* ¿Qué haces aquí, Elías? Esta pregunta debería bastar para conservarnos siempre lejos de muchos lugares y para apresurar nuestra despedida de muchos más. La otra pregunta es de Nuestro Señor Jesucristo: "¿No sabíais que yo debía ocuparme en las cosas que son de mi Padre?" Esto podríamos tener presente cuando buenos y caritativos amigos nos invitan a estarnos con ellos, o cuando nuestra debilidad nos hace buscar recreación, o afectuosas simpatías, o trabajar fuera del surco que cada uno de nosotros tiene que abrir con el arado. ¿Quién puede medir el valor del tiempo de un Sacerdote? Si el tiempo de cualquiera vale tanto como la eter-

nidad, el tiempo del Sacerdote, vale tanto como la eternidad no sólo propia, sino de las multitudes que conoce y que no conoce. Trataremos, pues, de medir su valor.

I. La primera medida del valor de nuestro tiempo es la santa Misa. Las primicias del tiempo del Sacerdote pertenecen a Dios y son ofrecidas todas las mañanas en el Santo Sacrificio de la Misa. La media hora de preparación y la otra media hora de acción de gracias, jamás debieran emplearse en otra cosa; porque no son nuestras, de modo que podamos disponer de ellas. He aquí la primera medida de nuestro tiempo. Durante él hablamos con Dios, nos comunicamos con nuestro Divino Maestro y damos gracias a la Beatísima Trinidad. ¿Cuál deberá ser el ferviente uso de las restantes horas del día así comenzado? Su fragancia y fervor debe aparecer en nosotros durante todo el día, compenetrando todas nuestras obras con cierto sabor de nuestra íntima ocupación con el Divino Maestro que está en los Cielos, y enseñándonos a ser tan avaros del tiempo, como impacientes por su pérdida, y velando en guardarlo para que nadie nos lo robe, tanto como el mundo procura que no le roben el dinero. Dios estima tanto el tiempo que nos lo da en cierta manera tasadamente, esto es, día por día, hora por hora, momento por momento. Y nunca nos da un momento sin quitarnos el último. Jamás tenemos dos horas o dos momentos de una vez. Cada momento durante el día podemos, si queremos, renovar la intención con que dijimos Misa por la mañana. Podemos renovar nuestras oraciones y acciones de gracias por lo menos con jaculatorias. Todo el día debería estar virtualmente como informada o perfumada nuestra alma del aroma suavísimo de la Misa y Comunión.

II. La segunda medida del valor del tiempo, es la ciencia que el Sacerdote adquiere con el uso puntual del tiempo.

Labia Sacerdotis custodient scientiam. Mas ¿cómo podrán los labios del Sacerdote guardar la ciencia de Dios y de las almas, si no es hombre dedicado a estudios sagrados? La teología de nuestros primeros años se oscurece pronto por la pérdida de la memoria y con el polvo de una vida muy ocupada. Por consiguiente, ¡cuán precioso es todo momento que puede robarse de la vida activa para volver los ojos a libros que en otros tiempos hemos manejado para ir más lejos y penetrar más profundamente en los estudios que antes hicimos! Es bueno tener ciertos libros siempre abiertos para leerlos en cada momento que pueda aprovecharse. Debería haber aun en la vida más ocupada algunas *horæ subsecivæ*. Nosotros las llamamos generalmente horas de vagar o de respiro. Son las horas que se cortan como si fuesen una cosa material, a hurtadillas de las ocupaciones y deberes principales de cada día. Prueba mejor no puede hacerse para conocer si un Sacerdote estima el valor del tiempo. Algunos lo hacen todo que parece que no hacen nada, y otros no hacen nada y parece que lo hacen todo. Al Sacerdote que de veras estima su tiempo, rara vez le falta para lo que tiene que hacer. Una persona amante de la exactitud puede ordenar las horas del día de tal manera, que sea libre para tomar algo de ellas y aprovecharse de algunos intervalos entre las obras y obligaciones que se van sucediendo unas a otras. Libros que traten de materias serias y continuadas, requieren una hora de atención tranquila; otros no tan serios pueden leerse a tiempos cogidos como al vuelo; y los hay que pueden leerse en cualquier momento. Un estudiante muy aplicado decía a un amigo suyo, que procurase tener "libros de cinco minutos". Muchos libros pueden leerse en un año dedicando nada más que cinco minutos de lectura cada día. Lo que se necesita es el hábito de atención y la firme resolución de no pasar adelante sin entender lo que leemos, aunque no se trate más que de una sola página o de una sola sentencia. Tal vez habrá quien diga que esto es apurar el tiempo del Sacerdote con demasiada severidad. No obstante, si nos preguntáramos a nosotros mismos cuánto tiempo damos todos los días a la lectura de libros que no son necesarios, a periódicos, a largas conversaciones, a visitas que no son ni propias del oficio Pastoral ni provechosas, y el que se nos va en resolver qué leeremos o qué haremos, y si luego diéramos de mano a todo esto; el más fervoroso encontraría fácilmente que se le había robado mucho tiempo, que mucho había malgastado y no poco empleado mal.

III. La tercera medida del tiempo es lo que podríamos hacer en él, si lo empleáramos en el Confesonario. No hay señal más segura del fervor de un Sacerdote que el amor al Confesonario. Es el primer deber que el Sacerdote tibio rehuye y evita. Sentarse largas horas, un día y otro día, y una noche y otra noche, sin impacientarse y sin perder la calma y el buen humor, es señal segura de amar las almas. No necesitamos intentar medir el valor comparativo del predicar y oír confesiones. Son cosas inconmensurables. Cada una tiene su carácter peculiar. Pero hay muchos que tienen un gran celo y prontitud para predicar, y son tardos y perezosos para sentarse en el Confesonario. Porque no hay exhibición de sí mismo, ni entusiasmo natural, ni sutil atractivo personal en sentarse por largas horas a oír pecados y aflicciones, y muchas veces la incon-

siderada charla de personas generalmente desconocidas. Es lo mismo que pescar con un solo anzuelo. Muchas horas de espera son recompensadas por una sola conquista. Ésta es por excelencia la ocupación del Pastor, es a saber, el cuidado de las almas. Este cuidado exige en el más alto grado abnegación de sí mismo, vencimiento de las debilidades de carácter y amor generoso de las almas, especialmente de los pobres.

Pero ¿qué uso de tiempo puede compararse con aquel que se emplea en el cuidado y dirección de las almas? [1]. Sabiendo que tenemos el poder de atar y desatar y que en el Confesonario las almas que están próximas a perecer para siempre, son llamadas a penitencia y los penitentes son llevados más lejos, a la perfección; que los inocentes son conservados en su unión con Dios, y que Dios es glorificado en los que se salvan y en los que se condenan, sabiendo, repetimos, todo esto, el primer deseo del Sacerdote debería ser dar al Confesonario el mayor número de días y de horas que pudiera. En lugar de encontrar en él cansancio, tedio, debería el Confesonario ser su consuelo. En vez de abreviar las horas o disminuir los días destinados a oír confesiones en la Iglesia, debería aumentarlos, si es posible, y animar a sus hermanos en la cura de almas, a hacer lo mismo.

Mas no sólo es en la Iglesia donde se prueba la paciencia y caridad de un Confesor. Todo cuanto se ha dicho tiene una aplicación particular cuando se trata del cuidado de los enfermos, y de la buena voluntad que debemos tener y mostrar de procurar tiempo para instruir, consolar

[1] "Porque en verdad, esto me parece a mí el arte de las artes y la ciencia de las ciencias, dirigir el más variado y variable de los animales." (D. Gregor. Naz., Orat. II, XVII, t. I. p. 21.)

y animar a los enfermos, sobre todo, cuando están próximos a la muerte. Los enfermos y los moribundos con dificultad pueden pensar por sí mismos. La pesada carga del cuerpo que sufre, o muere, entristece y amortigua el alma. En esos momentos de tristeza y miedo, es cuando la voz del verdadero Pastor consuela y anima a los que están destituidos de todo socorro humano. Sus palabras e insinuaciones de fe y esperanza, contrición y confianza en las promesas de Dios, y los nombres santísimos de Jesús, María y José llenan el alma que no puede pensar por sí misma, de luz, de paz y de consuelo. No basta administrar los últimos Sacramentos maquinalmente. Son también necesarios los últimos consuelos y la última compasión del buen Pastor, que conoce sus ovejas y es conocido de ellas, como su sostén y solaz en el último trance y paso de esta vida a la eternidad.

IV. Otra medida del valor del tiempo es lo que se puede hacer con él en la oración. Cuando San Pablo dijo: "Orad sin intermisión" [2], no usó de ninguna exageración retórica. Quiso decir que estuviésemos siempre y en cualquier lugar hablando con Dios, por medio de aspiraciones, deseos y conformidad de nuestra voluntad con la Divina. Los que viven unidos con Dios, acordándose que está presente, y ofreciendo toda su vida a Él, no sólo oran cuando hablan con Dios, sino cuando trabajan por Él. *Laborare est orare.* Toda la vida de un Pastor de almas debería ser una vida de comunicación con Dios. El valor del tiempo empleado en la oración se puede medir de dos maneras: primera, en las respuestas que cuando oramos recibimos, y segunda, en la reacción que la oración obra sobre nosotros mismos.

[2] I Thes., V, 17.

Por lo que hace a las respuestas, ¿quién puede decir lo que pierden los que oran poco, y cuánto aprenden los que habitualmente hablan con Dios? El trabajo del Sacerdote y del Párroco es tan expresamente sobrenatural, que buscamos en él resultados sobrenaturales, y los buscamos en cuanto tales de Dios. La conversión de los pecadores y la salvación de las almas contiene virtualmente todo el trabajo, o toda la ocupación de nuestro Ministerio espiritual, y son cosas tan distintamente divinas en su origen, y sobrenaturales en los medios, que las pedimos como dones, no como resultado de nuestra propia laboriosidad. No puede dudarse que la fecundidad de la vida de algunos Sacerdotes encargados de la cura de almas, y la esterilidad de otros, depende en gran parte, y se mide por las oraciones de uno y otro. Los que más oran, recibirán más; los que poco oran, recibirán menos. No necesito hablar de cada una de estas cosas. Nada hay que no podamos pedir absoluta o condicionalmente, así como nada hay bueno que no esté dispuesto el Señor a darnos, porque el derramar sus dones sobre nuestras almas constituye sus delicias. Pero lo que nos da una medida pronta y segura del valor del tiempo es la reacción que en nosotros obra la oración. Somos lo que somos delante de Dios, y no más, ni mejores ni peores. Y somos delante de Dios lo que nos hace que seamos nuestra comunicación con Él. Nuestros rostros brillan, o están opacos u oscurecidos, según que están más cerca o más lejos de Dios por medio de la oración. Un alma tranquila recogida, alegre y llena de confianza es la recompensa de la oración. Un espíritu inquieto, errante, triste y tímido es el resultado de no orar como se debe. En verdad que nuestra oración nos da la medida del estado de nuestra alma; y como seamos nosotros, será

el trabajo o empresa que traigamos entre manos. Un Sacerdote que ora mucho hará en una hora lo que otro Sacerdote que ora menos hará con dificultad en muchos días. Las palabras del Sacerdote unido con Dios, tienen una vida, un calor, una energía y una persuasión que los dones naturales no pueden dar. Nosotros hacemos poco, porque oramos poco; y porque oramos poco, somos lo que somos. Si el tiempo que perdemos, si las horas que nos roban, se empleasen en hablar con Dios, en vez de hablar con el mundo, todo cuanto hacemos sería de más alto precio por lo que hace al espíritu, más profundo en cuanto a los resultados y más duradero en sus efectos.

V. La última medida del valor del tiempo del Sacerdote es el fin por el cual existe.

El Sacerdote ha sido llamado a estado tan alto para enseñar la verdad y dar testimonio de ella en representación de su Divino Maestro; y esta grande obra debe llevarla a cabo principalmente por el ejemplo visible de su vida, y por la consciente e inconsciente influencia de su alma. ¡Ay de aquel que fuese hallado testigo falso en el más pequeño de los mandamientos de Dios, o en la influencia de su vida interior y exterior! Y será grande su peligro e infidelidad, aun en el caso de que sea tan sólo testigo ambiguo, equívoco u oscuro. Sería semejante a un anuncio puesto junto a un camino público y que nadie pudiera leer. Y tendrá que responder delante de Dios de las almas que perezcan por sus faltas.

El Sacerdote debe ser también luz del mundo. Pero si su alma y su vida muestran tan sólo una luz opaca o incierta, ¿quién podrá fiarse para tomarle por guía?

El Sacerdote debe ser también la sal que purifica el alma y la vida, y la sociedad entera. Mas si no es puro en sus acciones, palabras o

pensamientos, el contacto con él puede más bien perjudicar que ayudar a los que se le acerquen. Su influencia nunca es negativa. Siempre da o quita, gana o pierde para sí y para otros.

Nadie hay que no pueda ver cuán grande es el peligro del Sacerdote que vive y trabaja en medio del mundo. Ha de trabajar en el mundo, entre el trigo y la cizaña. Los malos son muchas veces sus enemigos menos peligrosos, porque se presentan francos; pero los buenos, que con frecuencia son imprudentes, ligeros o tibios, le hacen estar menos en guardia sobre sí mismo, a causa de la virtud y bondad que ve en ellos, y le hacen desmerecer y bajar en el concepto público antes que él se dé cuenta. Le hacen perder el tiempo con sus frecuentes visitas; le acosan con invitaciones para que vaya a sus casas; lo embrollan con sus palabras y lo sitian con lo que llaman buena sociedad, esto es, con el tratar gentes de todas clases, a quienes ha de recibir bien, asistiendo a las recreaciones o entretenimientos que le proponen, los cuales, aunque pueden aceptarse muchas veces sin pecado, no son lo que más conviene, ni lo que está más en armonía con la gravedad del Sacerdocio. Nacen primero, fácilmente y sin saber cómo, amistades íntimas; túrbase luego la calma del espíritu con la fascinación que producen los atractivos personales de los amigos, y por fin viene a perderse el equilibrio de la vida espiritual. El trato y presencia de algunas personas vienen a ser cosas tan halagadoras, que forman parte de sus pensamientos, y una como necesidad. Una relación falsa se forma insensiblemente, libre quizás de todo pecado, pero saturada de afición no ordenada, que le aparta y le aleja de nuestro Divino Maestro, que ha de ser el único amigo del Sacerdote, a quien ha consagrado todo su corazón. ¡Cuántas redes para los pies encuentra el incauto Ministro del Señor en su camino, y cuántos hoyos donde pueda caer! ¡Cuán insensiblemente va avanzando, sin calcular bien la distancia, hasta que un abismo se abre detrás de él, y su pasado está ya muy lejos de la vista! Todas estas cosas son también medida del tiempo, no que las haya hecho el tiempo, sino que el hombre las ha hecho en el tiempo, y en el tiempo que ha perdido y malgastado, o en el tiempo que se le ha robado.

Contra todos estos males el remedio más eficaz y más seguro, es una voluntad decidida de hacer un uso prudente de todos los días y de todas las horas. Nadie debiera estar sin un doble *horarium*. La primera parte para cada día, fijando la hora de acostarse y levantarse, de celebrar la Misa y recitar el Oficio Divino, de estudiar y de escribir; el tiempo que se ha de dedicar a la salvación de las almas en el Confesonario y en las casas particulares de los enfermos y de los pobres. Y este *horarium* debe fijar la medida y cantidad de tiempo concedido a cada una de estas distribuciones del día. No haya en él capítulo alguno señalado para el mundo o la sociedad, porque la vida del Sacerdote está fuera del mundo; su casa y su Amigo están en el templo; los Santos y los Maestros que le hablan por medio de sus libros, son su compañía. Cuando el sol va acercándose al ocaso, la tarde, ved ahí la parte más valiosa del tiempo del Sacerdote. Es el único tiempo que puede llamar suyo. ¡Dichoso el Sacerdote que conoce lo que vale! y ¡desgraciado el Sacerdote que lo pierde en el mundo!

La segunda parte del *horarium* tiene por objeto fijar el modo como hemos de emplear toda nuestra vida. Un gran número de personas dedican una tercera parte del día al sueño, comprendiendo en este tiempo el de levantarse y

acostarse; tres horas próximamente consagran a la Misa y Oficio Divino: ¿quién puede decir cuánto a las oraciones particulares y lecturas espirituales, al estudio, al Confesonario, al cuidado de las almas y a todo lo que debe completar la medida del tiempo? Al mundo y a la sociedad algunos Sacerdotes dan poco; muchos dan demasiado. Si pues vivimos setenta años, habremos empleado más de veintitrés años en dormir, y como unos siete en la Misa y en el Oficio Divino; que componen unos treinta de los setenta. ¿En qué se han empleado los otros cuarenta años? ¡Cuán útil sería para nosotros oír en todo lugar donde nos hallemos las palabras: *Quid hic agis, Elia?*, y a toda hora del día: "No sabéis que yo debo ocuparme en las cosas que son de mi Padre"!





CAPÍTULO XI

Las penas del Sacerdote

Dos veces leemos en los Santos Evangelios que Jesucristo lloró, y una tan sólo que "se regocijó en el Espíritu Santo" [1]. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro y sobre Jerusalén cuando alcanzó a ver la ciudad desde el Monte de las olivas. Se regocijó su espíritu cuando dió gracias a su Eterno Padre por haber revelado los misterios de su Reino, no a los sabios y prudentes del mundo, sino a los humildes y pequeñuelos. Nuestro Señor fué el hombre de dolores; y el Sacerdote debe en este respecto ser semejante a Él, porque el discípulo no ha de ser más que su Maestro. Los treinta y tres años de penas interiores no hicieron a nuestro Divino Maestro moroso o melancólico o de sombrío continente. Los frutos del Espíritu Santo estaban en Él en toda su plenitud; y fruto es del Espíritu Santo caridad, gozo, paz [2]. Jamás se vió semblante que irradiase en más alto grado un amor y una alegría Divina como en Jesucristo. Y nosotros no nos pareceremos a nuestro Maestro,

[1] Luc., X, 21.
[2] Galat., V, 22.

si nuestro semblante está triste y el acento de nuestra voz es gemebundo. Sin embargo, es muy cierto que el Sacerdote debe ser varón de dolores. Si tiene la intuición de la fe para ver los pecados del mundo y es compasivo de corazón para sentir el estrago de muerte que causan en el alma y en el cuerpo, participará necesariamente de las penas y dolores de nuestro Divino Redentor.

I. El primer motivo de pena del Sacerdote es la conciencia de su propia indignidad.

Las palabras de San Pablo que voy a copiar deberían estar grabadas en la mente de todo Sacerdote: "Doy gracias a Aquel que me ha confortado, a Jesucristo nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo sido antes blasfemo, y perseguidor e injuriador; sin embargo, alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia en la incredulidad. Mas la gracia de nuestro Señor abundó en gran manera con la fe y caridad que es en Jesucristo. Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Mas por esto hallé misericordia, para que en mí, el primero, mostrase Jesucristo su extremada paciencia, como dechado de los que habían de creer en Él para la vida eterna"[3]. Estas palabras prueban que no se contaba a sí mismo entre los siervos fieles; que tenía conciencia de su grande indignidad pasada, que se le perdonó porque obró con ignorancia; que no conocía a nadie por más pecador que a sí mismo; y que precisamente por esto fué elegido para ser un testimonio vivo de la paciencia de Jesús y una prueba de la suprema gracia de salvación, de la cual nadie debe desesperar.

[3] I Tim., I, 12-16.

¿Qué Sacerdote volviendo la vista a su pasado no se admira de haber sido llamado al Sacerdocio? ¿Cuántos de nuestros compañeros de la juventud eran bajo todos conceptos más dignos que nosotros? Ellos nunca cometieron la multitud de pecados, necedades, imprudencias de que nosotros tenemos conciencia de nosotros mismos. Hicimos muchas cosas sabiendo bien que no las debíamos hacer; vemos ahora muchas faltas con una claridad que entonces no teníamos por nuestra propia culpa. De nadie sabemos tanto malo como de nosotros mismos; no tal vez de infracciones de la letra de la ley, pero sí de grandes pecados contra el espíritu de ella, en medio de grandes gracias espirituales. El amor, el perdón, la esperanza, la confianza, la salvación que predicamos a otros, todas estas cosas deben verse primero en nosotros mismos. Si la misericordia de Dios no fuese infinita, no sólo no seríamos Sacerdotes, pero ni existiríamos quizás.

"¿Qué hombre conoce las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que habita en él?"[4]. Los que nos conocen a la mayor parte de nosotros, conocen bien poco del mundo de nuestra vida interna que llega hasta las más antiguas reminiscencias. Nuestra vida entera la tenemos como suspendida delante, como si estuviera presente, y la abarcamos con una sola mirada; es a saber, la infancia, la niñez, la juventud, la edad viril, la vemos distinta, pero seguida, la vemos toda y en un solo momento; hay en ella luces de gran resplandor que descienden de Dios, y hay manchas muy negras que apagan la luz que sube de nosotros mismos. ¿Cómo es posible que haya sido yo elegido para ser Sacerdote? Conozco más pecados de mí mismo, que de ninguno de mis compañeros de

[4] I Cor., II, 11.

la niñez, los cuales, sin embargo, no fueron llamados para estar tan cerca de Dios. ¿Es que tal vez vió el Señor que no podía salvarme por otro camino? ¿que no sirvo para batallar con el mundo o quizás ni aún para vivir en el mundo? ¿que sin los auxilios y preservativos de la vida del Sacerdote y de estado tan santo hubiera sucumbido al fraude o a la violencia o a la fascinación del mundo? Cuando recuerdo lo que era, ¿cómo puedo atreverme a tomar en mi boca las palabras de Dios? Cuando predico contra el pecado, ¿por qué no me dicen: "Médico, cúrate a ti mismo"? Cuando hablo de las faltas de los demás, oigo que me dicen: "Tienes una viga en tu ojo", y como dice San Gregorio: *ulcus in facie*. Cuando hablo del reinado del amor de Dios en el corazón del hombre, y cuando hablo de generosidad, y del sacrificio de sí mismo, sabiendo quién soy, mi impaciencia de ayer y mi tibieza de hoy, una voz se levanta del fondo de mi alma que grita: "Tú eres un sepulcro blanqueado." Todo Sacerdote que se conoce a sí mismo sabe que hay muchas cosas muy propias para desanimarle, entristecerle, abatirle; pero ninguna de estas cruces es tan pesada como el conocimiento de su propia indignidad. San Gregorio Nacianceno dice de sí: "Esto me tiene en un lugar muy bajo a mis propios ojos y me hace ser humilde; de modo que sería mejor oír "la voz de la alabanza", que tenerme por maestro de cosas más allá de lo que alcanza mi poder; es a saber, la majestad, la sublimidad, la grandeza (de Dios), las naturalezas puras que con dificultad aprehenden el esplendor de la Divinidad, a quien un abismo oculta, cuya morada secreta es la oscuridad, siendo luz purísima e inaccesible a la multitud; que está en todas las cosas y fuera de todas las cosas; que es todo hermosura y sobre toda hermosura; que ilumina y se escapa a la penetración más sutil y a la sublimidad del alma, excediendo siempre la medida en que es comprendido, y levantando al que le ama a lo alto, huyendo de él; y cuando parece haberle aprendido como escurriéndose de sus manos" [5].

¿Quién no se acuerda del día de su Ordenación, y no ha dicho: "¿Quién me diera que yo fuese como en los meses antiguos según los días en que Dios me guardaba, cuando resplandecía su antorcha sobre mi cabeza, cuando Dios en secreto moraba en mi tienda?" [6].

II. La segunda clase de penas del Sacerdote es producida por los pecados de los malos. La pena principal y que duró toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo, provenía del contacto de su Santidad Divina con los pecados del mundo. Viendo el desfiguramiento y afeamiento de la creación de Dios, dijo: "¡Oh justo Padre, el mundo no te ha conocido!" El mundo no conoce a su Hacedor. Es un profundo desprecio de la Majestad Divina no conocerla. Y sin embargo, por los que no sabían lo que hacían, oró Cristo en la Cruz. Pero ¿quién hay de aquellos que están a nuestro cargo que no conozca a Dios? En esta materia aún la más grosera ignorancia tiene algo de afectada. Si alienta en nuestro pecho el Corazón del Divino Maestro; y vemos pecados por todos lados en torno nuestro, pecados de la carne y del espíritu, la devastación y estragos causados por Satanás en hombres, mujeres y niños; semejante vista debe sernos motivo constante de amarguísima pena. En la medida que odiamos el pecado y amamos la salvación de las almas, en la misma debe sernos sensible, y personalmente aflictiva la muerte espiritual de nuestro pueblo. El maltrato y la ingratitud pueden llevarse en paciencia. Todo cuanto las gentes digan

5 Orat. II. § LXXVI, p. 49.
6 Job, XXIX, 2-4.

o hagan contra nosotros, no es cosa de mucho peso. El Sacerdote tiene que ser *signum cui contradicetur;* es el blanco adonde todas las hondas y las piedras de falsas y malas lenguas asestan sus tiros; y por más que esto no puede hacernos daño, el ser uno odiado, mofado y ridiculizado, es como cortar hasta la carne viva y con derramamiento de sangre. A pesar de todo, estas cosas no producen gran pesar. Podrán a lo más causar algún resentimiento, pero el resentimiento hace que no se sienta tanto la pena. La pena de que hablamos proviene de amor, compasión, lástima de las almas. Esta pena es señal de que existe alguna semejanza con el buen Pastor. Así escribía San Pablo a los Corintios que se volvían contra él: "Con el mayor gusto me ocupo, y me ocuparé en vuestras almas, aunque amándoos yo más, vosotros me améis menos" [7]. Nuestro Señor había dicho antes: "Si el mundo os aborrece, sabed que antes me ha aborrecido a mí que a vosotros" [8]. El ser, pues, aborrecidos es una contraseña de nuestra fidelidad.

Vivimos teniendo la vista de almas, que están muertas, continuamente delante de nosotros. La perspectiva de un montón de huesos descarnados es horrorosa, pero lo es todavía mucho más la vista del letargo y la deformidad de las almas que están muertas espiritualmente. Mas se necesita una como espiritual intuición para verlo; y por eso hay personas que pueden vivir en medio de almas perversas, sin darse cuenta de ello; y aun nosotros, que debemos ser las primicias del Espíritu, comprendemos esto tan sólo según la medida de nuestro discernimiento.

Las personas de mala vida, son homicidas de almas. O directamente, o al menos con la peste

[7] II Cor., XII, 15.
[8] Joan., XV, 18.

del mal ejemplo, hacen caer al inocente, o volver atrás al penitente. Podemos ver con nuestros propios ojos extenderse la plaga de casa en casa, y de alma en alma. El reino del pecado y la sombra de la muerte asientan sus reales sobre almas y sobre familias que hemos cuidado con exquisita vigilancia, pero en vano. Parece a veces que Satanás está en todo visiblemente, que se palpa su presencia, y que se siente su poder en la destrucción de años de trabajo. En todas las familias ha de haber enemigos de Dios manifiestos y declarados, y también clandestinos y ocultos. De todos éstos dice San Pablo: "De los cuales os he dicho muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la destrucción, cuyo Dios es su vientre, cuya gloria es en su confusión, que no piensan más que en las glorias de la tierra" [9].

III. Pero además de los pecados de los malos, el Sacerdote tiene que sufrir la tibieza de los buenos. Que sean tan buenos, y no mejores; tan iluminados, y tan lejos de obrar conforme a la luz que tienen; que hagan tantas buenas obras, y que dejen de hacer tantas otras; que tengan tan pocas faltas, y también tan pocas virtudes; que sean tan irreprensibles, y tan poco dignos de alabanza; de tan buenos sentimientos, y de tan pocas buenas obras; tan prontos para dar, y tan mezquinos en sus dones; tan exactos en sus devociones, y tan poco devotos; tan piadosos y al mismo tiempo tan mundanos; tan solícitos en alabar las obras buenas que hacen otros, y tan distantes de procurar parecerse a ellos; tan llenos de censuras de inercia y de la inconstancia y de las omisiones, faltas y tibieza de los demás, y ellos mismos tan poco generosos y tan faltos de

[9] Philip., III, 18, 19.

energía y actividad; todas estas cosas son paradojas espirituales y contradicciones que afligen y entristecen al Sacerdote con perpetuo desengaño. Cuando busca quien le ayude no lo encuentra; cuando piensa que puede fiarse, ve burlada su confianza; cuando cree haber dado con un apoyo, ve que la tierra se hunde debajo de sus pies. Hay algo en la pena que sentimos por los pecados, que nos une con Dios. Nos hace estar alerta, y nos avisa que estamos frente a frente del enemigo, y que jamás debemos despojarnos de toda "armadura de Dios". Es en verdad un batallar constante con la malicia espiritual en el más alto grado de sutileza y fortaleza; en las cuales luchas las almas perecen delante de nuestros ojos, y aun nosotros estamos en peligro. Esto fortifica y confirma nuestro ánimo y dominio de nosotros mismos. Mas las pequeñas y ligeras faltas de las personas buenas, las bagatelas y exageraciones del amor propio, la afición a las comodidades y la rebuscada insensibilidad para todo lo que es sufrimiento, penas y pecados que pululan a nuestro alrededor, todo esto nos molesta y causa enojo, pero no nos levanta. Los desengaños que nos vienen de personas buenas nos inquietan y mueven a quejarnos; y comprendemos perfectamente la aflicción de San Pablo, cuando decía: "No tengo a nadie unido tan de corazón conmigo, que con sincera afección muestre solicitud por vosotros, porque todos buscan sus propias cosas, y no las que son de Jesucristo" [10]. Por regla general, aquellos que más hablan, hacen menos; y aquellos que están siempre preguntando por qué no se ha hecho esto o aquello, son los últimos en hacer lo que es necesario. Nuestro pueblo puede dividirse en dos clases: habladores y hacedores; es-

[10] Philip., II, 20, 21.

tos últimos hablan poco, y las obras se hacen; los primeros hallan faltas en el modo como ha de hacerse la obra presente; y en la obra misma, después de hecha, encuentran siempre algo que reprender. Quejas y más quejas es la principal parte que ponen en la obra, y poco más es lo que hacen. Es triste y bien extraño por cierto, que sean tan pocos los que prestan sus servicios personales. Darán, sí, dinero, pero nunca su tiempo ni su trabajo. Para dar limosna, se necesita menos abnegación que para el trabajo personal. Y no obstante el cuidado personal de los enfermos, o de los afligidos, o de los pecadores, es de más precio a los ojos de Dios que todo el oro y la plata.

IV. Otra clase de penas del Sacerdote proviene de los falsos hermanos. Bajo este nombre han de comprenderse no sólo los apóstatas y hombres de fe dudosa, sino también los hipócritas y los violadores de secretos, y los susurrones y murmuradores y detractores, y todos cuantos andan rondando la casa del Sacerdote, y notan y observan, y traen y llevan noticias del descontento y disgusto, y quejas que se levantan contra él. Semejantes personas suelen ser pródigas en palabras de respeto y de afecto a su persona, y de una fidelidad a toda prueba. Su respeto es servil, y sus frecuentes profesiones de buena voluntad, van por lo regular demasiado lejos. ¿Quién sospecha de esta clase de personas, sin temor de incurrir en la nota de temerario y poco caritativo? Cuanto más virtuoso es el Sacerdote, más confiado suele ser. Cree que los demás son como él; detesta la simulación y piensa que los otros son incapaces de ese pecado. Por consiguiente, responde sencillamente, y sin sospechar siquiera de que haya quien pueda tergiversar la significación de sus palabras, y cuando cree que puede

hablar con santa libertad, dice al que le pregunta todo lo que éste quiere saber. Luego, luego viene sobre la cabeza del Sacerdote, a manera de ejército de mosquitos, una nube de malas inteligencias, de peores interpretaciones y de narraciones o dictámenes dados por él, completamente inexactos. ¿De dónde, por qué, acerca de quién? Nadie lo sabe; pero deshacen amistades; se reavivan resentimientos que estaban ya muertos; la parroquia se divide en bandos; la disensión separa unas de otras las familias, hasta que al fin el pobre Sacerdote cae en cuenta del día, y la persona, y las preguntas que dieron ocasión a las respuestas. Es una buena lección para lo futuro; no es la primera, tal vez, ni será tampoco la última. Y entonces, el pueblo le acusará de que es demasiado reservado y callado, como si no se le hubiera quemado hasta con cauterio. Los falsos hermanos son un gran mal, pero las falsas hermanas son una calamidad todavía mayor, en cuanto que son menos cuidadosas de oír bien, y más difíciles en guardar lo que oyen.

Todas estas cosas mortifican, pero hay otras peores que mortifican todavía más. Tal es la obra de demolición de aquellos falsos hermanos, que miran con malos ojos todo acto de autoridad, y critican toda palabra que sale de los labios del Sacerdote. Semejantes personas viven en completo desacuerdo con los que están sobre ellos. El Párroco nunca tiene razón, y no puede hacer cosa a derechas. Y claro es que semejantes murmuraciones inficionan a otros, causándoles descontento. Estas cosas, consideradas en sí mismas, son despreciables; sin embargo, pueden ser motivo bastante para poner en guerra a los feligreses con el Párroco. Cuando el espíritu de crítica llega a prevalecer, es voraz y nunca se sacia. Desaparecen la paz y la caridad, y se levanta un muro de malquerencia entre el rebaño y el Pastor, de cuyas manos reciben la absolución de la Preciosísima Sangre y el Pan de vida eterna. A primera vista, algunos podrían extrañarse de que San Pablo, después de haber hecho un catálogo bien negro, por cierto, de pecados de la carne, añada "enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas", y cierre la lista con "homicidios, embriagueces, glotonerías, y otras cosas semejantes" [11]. En verdad que los pecados del espíritu de "enemistades y disensiones", son más satánicos que los pecados de la carne, porque Satanás no tiene cuerpo; y alejan más de Dios, porque son espirituales, y Dios es caridad.

V. La última causa de pena y aflicción del Sacerdote, es la caída de algún hermano en el Sacerdocio. Tal vez se han educado juntos desde la niñez; quizás se han ordenado en el mismo día; o lo que es todavía más triste, se trata de alguno a quien ha vigilado y de quien ha cuidado con el más exquisito esmero, como lo haría un hermano mayor con otro menor. Fué algún tiempo inocente, de talento claro, sencillo de corazón, inteligencia llena de luz y facultades naturales en alto grado desarrolladas. Su principio fué lleno de esperanzas. Todos se complacían en contemplar una vida que había de ser en lo futuro de tan elevada perfección Sacerdotal y de tanta utilidad para las almas. De repente, como árbol que se parte por el medio y muestra dañado el corazón, cae por tierra; o bien, poco a poco las hojas empiezan a ponerse pálidas y marchitarse y un cierto aspecto enfermizo, que nadie puede comprender, se extiende por todo el árbol. Una tentación oculta, un entretenimiento peligroso, una intimidad no del todo pura, un anublamiento

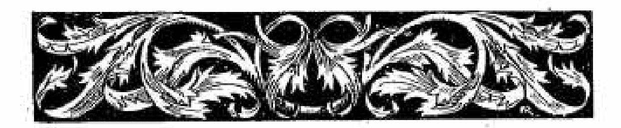
11 Galat., V, 19-21.

de la conciencia, cierta laxitud en la observancia del método de vida, algunas omisiones de la oración, alguna coincidencia u ocasión fatal, cuando la conciencia callaba, la voluntad era débil, y la tentación fuerte; entonces sucede la primera caída, después de la cual se recae una y muchas veces fácilmente. Ha pasado el golfo y entra en un mundo desconocido *ubi nullus ordo et umbra mortis*. El Sacerdote se admira de hallarse en un estado extraño y nuevo y de tener tan poco miedo. Pensó alguna vez que después de semejante caída debía de haberse muerto, pero no; ve que conserva aún toda la vida. Y Dios solo y alguna persona nada más saben la verdad, y la verdad jamás ha de publicarse. El sello de la confesión cubrirá la falta; y exteriormente es el mismo que era antes, Sacerdote y Pastor de almas. ¿Quién sabrá lo acaecido, si él no se hace traición a sí mismo? Retirarse de las obras comenzadas, dejar de ser visto y oído, llamaría la atención y despertaría la curiosidad. Sigue su camino como antes, o más bien, se deja ver y oír más que antes. Nadie sospecha nada. La piedra en el muro calla y la madera en el techo no grita; ¿quién, pues, puede saberlo? Nadie, aunque sospeche algo, puede probar cosa alguna. Seguridad significa impunidad, y la impunidad lleva a la impenitencia. Pero al fin todo llega a saberse, no tanto por averiguación de hombres cuanto por el dedo de Dios. Una impunidad prolongada da tiempo y ocasión para un largo camino de pecados reiterados, y la práctica diaria de simular piedad y de ocultar pecados, endurece la frente y el corazón. Desafía a toda clase de testigos, niega toda evidencia y persiste en engañar a todos los que pueden ser engañados. Pero el Sacerdote que le ama y lo sabe todo, no puede ser engañado; y se aflige grandemente por la

pérdida de aquella alma en la cual se imprimió indeleblemente el carácter Sacerdotal en el gran día en que fué consagrado para ser la luz del mundo y la sal de la tierra, la imagen del Hijo de Dios, el Pastor de sus ovejas. Se aflige también el Sacerdote por la condenación eterna de las almas ocasionada por la caída funesta del compañero; por el escándalo que se da a los fieles y a los que están fuera de la Iglesia; por la santidad del Sacerdocio que ha quedado mancillada; y por la Iglesia misma que ha sido cubierta de ignominia; y por nuestro Maestro Divino que ha sido una vez más vendido y entregado a traición. ¿Qué dolor puede haber mayor que éste? Todo cuanto puede decirse es: "¡Ay! ¡ay hermano mío!"[12].

[12] III Reg., XIII, 30.





CAPÍTULO XII

El Sacerdote falsamente acusado

Pudo Dios haber redimido al mundo manifestando su gloria, pero quiso hacerlo tolerando afrentas. Jesucristo fué desechado de los hombres, y éstos apartaron sus rostros de Él, como si de Él se avergonzasen. Esta herencia nos legó a nosotros. Jesús fué acusado falsamente. Nadie lo ha sido más. Fué llamado samaritano, y se dijo de Él que tenía demonio, que era hombre glotón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores, engañador, y seductor, y sedicioso, que alborotaba al pueblo queriendo hacerse rey y profeta, impostor y blasfemo. Sufrió todas las penas del pecado, excepto el mismo pecado, que no cometió ni pudo cometer jamás.

I. La falsa acusación era cosa detestable de suyo para el Señor, a causa de su infinita Santidad. El ser bautizado como si fuera pecador, era un acto de Divina Humildad. Los ojos de todos estaban fijos en Él. Fué, pues, contado como uno de los pecadores de Jerusalén. Era cosa triste y amarga aún la simple sospecha. Pero ser acusado como pecador fué una humillación infinita.

La amargura del pecado penetró su alma purísima. Experimentó el horror y la vergüenza de los que justamente son acusados. Personas inocentes sentadas en el banquillo de los reos, y aunque con falsedad, pero hábilmente acusados de crímenes atroces, nos han dicho después, que por algún tiempo sintieron el horror de la culpabilidad sobre sí mismas. Y cuanto mayor es la inocencia, el odio al mal o al crimen que se les imputa es más agudo y más intenso. Al que es de veras delincuente todo esto le causa poca pena, porque el pecado mata la percepción de la bajeza, indignidad y mortal malicia del pecado. La agonía de nuestro Divino Redentor en el Huerto de las Olivas provino de la vista y del contacto del pecado del mundo. Los pecados de los hombres antes del diluvio, los pecados de las tribus de Israel, los pecados del mundo cristiano y, sobre todo, los pecados de sus Sacerdotes, le hicieron sudar sangre. La Santidad de Dios en contacto con el pecado del mundo, le causó una tristeza mortal *usque ad mortem*. Porque si bien Dios en cuanto Dios no puede entristecerse, Dios encarnado se entristeció con los sufrimientos de su Humanidad Santísima en este mundo de pecados.

En proporción, pues, de la inocencia y pureza de la vida y corazón del Sacerdote, serán sus sufrimientos cuando sea acusado falsamente. Los que le acusan, bien poco conocen la pena que van a causarle. No tienen su delicadeza de conciencia, o la pureza de su corazón, o su celo por la gloria del Sacerdocio y del nombre de nuestro Divino Maestro. Hasta tal punto "no saben lo que hacen". Las personas inciviles, y rudas, y los vengativos, y los malévolos, y hasta los tontos e inconsiderados en su hablar, sin mala voluntad quizá de su parte, pero con gran falta de

prudencia, causan muchas veces heridas en el corazón del buen Sacerdote, que nada ni nadie puede curar. Les importaría bien poco que cosas semejantes se dijesen de ellos; y ésta es tal vez su única excusa, aunque poco honrosa.

II. Y es mucho de notar, que las falsas acusaciones contra nuestro Divino Redentor, solían venir de aquellos a quienes había hecho algún bien. Por espacio de tres años les habló con gran mansedumbre y amabilidad del Reino de Dios. Curó los enfermos, y limpió los leprosos, y abrió los ojos de los ciegos, y alimentó a los hambrientos, y resucitó los muertos. Y el pueblo le oía de buena gana, y los niños se acercaban a Él sin miedo. Salía virtud de Él que iluminaba, santificaba y consolaba. Y sin embargo, fué odiado, y alguna vez le buscaron para matarle; en otra, para echarle abajo de la cumbre de un monte. Y hablaban contra Él, y le acusaban falsamente. Le devolvían odio por amor, e injurias por su paciencia. Esto añadía una pena especial.

Todo Sacerdote debe estar dispuesto a sufrir lo mismo. Aquellos por quienes más hemos hecho, suelen ser los más desagradecidos; y a la primera reprensión, o a la primera repulsa de sus pretensiones, aunque se trate de cosas baladíes, luego empiezan a tener mala y aun pésima voluntad. Dice el proverbio, que las gentes olvidan una veintena de veces que hemos dicho *sí*, y sólo se acuerdan de una que dijimos *no*. De los diez leprosos, uno tan sólo volvió a dar las gracias; y éste era Samaritano; Sacerdotes, Levitas y Judíos pasaron junto al hombre herido, tan sólo se halló uno que le ayudase, y éste también era Samaritano. Los judíos estaban ciegos con la abundancia de luz y ahitos con la multitud de sus misericordias. Lo recibieron todo como si de derecho les perteneciera, y crucificaron al Señor

de la gloria. Pero los Samaritanos, a pesar de su austera escasez de luz y de gracia, fueron más prontos para percibir la bondad de Dios y recibir su ley. Una cosa semejante acaece con la grey que nos está encomendada. Los favorecidos llegan a hastiarse, y los que han recibido menos dones tienen más gratitud.

III. Y las falsas acusaciones vienen especialmente de aquellos que conocieron al Señor. Leemos que en alguna ocasión hasta sus hermanos no creyeron en Él. Y al fin, uno de los doce Apóstoles fué quien le vendió. Sucede con frecuencia que un Sacerdote es acusado falsamente por alguno con quien tuvo íntima amistad y a quien dispensó especiales favores. Tal vez es un alma que estaba próxima a perderse, y a la que libró de la perdición, como quien saca un ascua de en medio del fuego. A menudo acontece que, aquellos por quienes más hemos hecho, son los menos agradecidos y los más maliciosos. Porque se ha hecho tanto por ellos, piden más, y como este más no puede dárseles, se desatan en celos, envidias y deseos de venganza. No sería cosa de mucha importancia si sólo hablasen contra nosotros nuestros enemigos; mas cuando amigos íntimos que han gozado de toda nuestra confianza y que están bajo nuestro cuidado, que han vivido quizás bajo el mismo techo y se han sentado con nosotros a la misma mesa, nos vuelven las espaldas y se presentan como acusadores nuestros, es cosa muy terrible. *Inimici hominis domestici ejus.* Los cuidados y pruebas de amor que les hemos dado, la paciencia con que hemos llevado sus importunidades, todo se perdió. Una pasión de celos, envidia o apego excesivo al propio interés se ha hecho dueña de ellos. Primero se apartaron de nosotros, después se volvieron contra nosotros. Si fueran extraños y desconoci-

dos, podríamos sufrirlo mejor; pero en éstos es una ingratitud por muchos títulos. En primer lugar, nos conocen mejor que nadie. Sus acusaciones no son hijas de la ignorancia o de una equivocación. Conocen perfectamente la falsedad, porque saben la verdad; y ésta les escuece. No pueden encontrar nada contra nosotros que sea verdad; y por esto se irritan y acuden a las fraguas de Satanás a forjar mentiras. La hermana Emerich dice que Satanás preguntó en el Huerto de Getsemaní a Cristo nuestro Señor qué había hecho con el dinero que le produjo la venta de los terrenos de María en Magdala.

IV. Y las falsas acusaciones contra nuestro Divino Maestro, las creyeron no pocas personas, sino la mayor parte de los que tuvieron noticia de ellas. Los malos las creyeron fácilmente, y aun se alegraron de que fuese uno de ellos. Jesucristo los había reprendido y amonestado e irritado con su ejemplo, e impedido su comercio de iniquidad, y desbaratado sus planes, y tal vez libertado a no pocos inocentes de sus manos. Era por lo tanto motivo de alegría para aquellos hombres perversos, que Cristo quedase en cierta manera como oscurecido con las falsas acusaciones; las cuales por más que fuesen falsas, siempre dejarían alguna mancha o tizne, que nunca se quita u olvida. Sólo esto era ya bastante doloroso. Pero lo era sin comparación más el ver que los buenos le tuviesen por culpable, y le abandonasen, y se recatasen de Él, y se pasasen de largo. La inquina de las gentes inmorales era más fácil de sobrellevar que la condenación de los buenos, que siendo engañados, creían lo que habían oído contra Él. Entonces los que gobernaban y guiaban al pueblo, esto es, los Escribas y los Sacerdotes, los hombres tenidos por de estricta observancia y vasto conocimiento de la ley desaprobaban y desfiguraban su doctrina por exagerada, y su género de vida por extraño: unas veces en oración toda la noche, y otras comiendo y bebiendo con los pecadores. Este hombre, decían, si fuera profeta, debería saber tales y tales cosas; pero no las sabe; no es profeta; y si no es profeta, en este caso es impostor con ese modo de vivir, y presumido, atreviéndose a condenar hasta a los Escribas que se sientan en la Cátedra de Moisés. ¿Ha creído en Él alguno de los principales del pueblo? Si no ha creído ninguno de ellos, luego nadie debe creer en Él. Muchos buenos Sacerdotes son criticados, censurados, acusados, condenados, en voz alta o baja, y cuanto se dice contra ellos es creído y repetido. En las casas donde solía ser bien recibido, lo es ya con cierta frialdad. Los amigos que solían tratarle con sumo agrado, se contentan con verle a cierta distancia. La mentira ha hecho su obra, y no hay contradicción que la pueda desvanecer. Le sigue como una sombra, y oscurece el camino por donde pasa. Ha formado como parte de su reputación; la mayoría cree que todo es verdad. Hasta sus hermanos en el Sacerdocio lo creen. Su Obispo también lo da por cierto, y no trata de esclarecer los hechos. Los santos Ángeles saben que todo es falso. ¡Ah! El Sacerdote está predestinado a conformarse con la imagen del Hijo de Dios; y Él fué acusado falsamente, y los hombres creyeron que era verdad aquello de que se le acusaba.

V. Finalmente, nuestro Divino Maestro murió bajo la nube de falsas acusaciones. No fué justificado de las inculpaciones que se le hacían, por más que los testigos no convenían entre sí. ¿Qué importa? El Sumo Sacerdote y los Escribas le condenaron, y la multitud gritó: "Crucifícale. ¿Qué necesidad tenemos de más testigos?" Su

nombre fué infamado, y murió en la Cruz, dejado de los suyos, abandonado de los hombres y desamparado de Dios. Murió como un malhechor, en medio de dos malhechores a la vista de una multitud, que alguna vez creyó en Él como Profeta, y ahora cree que fué un blasfemo. Hasta después de su muerte, este mal nombre le sobrevive. "Aquel seductor dijo cuando vivía." La misma suerte dejó tras de sí a los que son suyos. "Dios nos ha puesto por los últimos de los Apóstoles, como sentenciados a muerte; porque somos hechos espectáculo al mundo, y a los ángeles y a los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros sabios en Cristo; nosotros flacos y vosotros fuertes; vosotros nobles y nosotros viles. Hasta esta hora padecemos hambre, y sed, y andamos desnudos, y somos abofeteados y no tenemos morada segura, y trabajamos obrando por nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; nos persiguen, y lo sufrimos; somos blasfemados, y rogamos; hemos llegado a ser como las basuras de este mundo; como la escoria de todos hasta ahora" [1]. "El discípulo no es más que el Maestro, ni el siervo más que su Señor. Si al padre de familia llamaron Belcebú, ¿cuánto más llamarán a sus domésticos?" [2]. ¿Por qué nos quejamos si se pretende mancharnos con acusaciones, y morimos bajo ellas? La inocencia, falsamente acusada, es la más estrecha conformidad con el Hijo de Dios.

Tres pensamientos que se desprenden de todo esto pueden darnos paz y fortaleza, siempre que seamos falsamente acusados. El primero es que la inocencia que sufre acusada de pecado, sufre por los pecadores. Esto es lo que San Pablo quiere significar, cuando dice: "Llenando aquellas cosas

[1] I Cor., IV, 9-13.
[2] Matth., X, 24, 25.

que faltan a la Pasión de Cristo" [3]. Los sufrimientos de la Cabeza redimieron al mundo. Los méritos infinitos de la Cruz nos han alcanzado o granjeado todas las cosas. Y los sufrimientos del Cuerpo místico, y de cada uno de sus miembros, se unen a la Pasión de Cristo, y por medio de Él ascienden, como un acto de obediencia y paciencia y oblación de sí mismo, al Padre.

El segundo pensamiento es que los pecadores nunca se hallan más cerca de su Divino Maestro, como cuando sufren inocentemente. San Pedro dice: "Hermanos carísimos: no os sorprendáis en el fuego de la tribulación que es para prueba vuestra, como si os acaeciese alguna cosa de nuevo; más gozaos de ser participantes de la pasión de Cristo, para que os gocéis también con júbilo en la aparición de su gloria. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados seréis, porque lo que hay de honor, de gloria y virtud de Dios, y lo que es de su Espíritu reposa sobre nosotros" [4]. Si estamos del lado de Cristo nuestro Señor, es preciso que padezcamos por Él y con Él. Donde está su Cruz, allí está Él. Nunca tan cerca como cuando más necesitamos de Él. La afrenta que sufrimos, y nuestras penas, y las congojas del corazón, son las prendas de esta proximidad al Señor, y de que Él abre nuestro entendimiento para que aprendamos lo que los libros no pueden enseñarnos. ¡Cuántas veces hemos leído estas hermosas frases: "Palabra fiel; porque si hemos muerto con Él, viviremos también con Él! si sufrimos, reinaremos también con Él"! [5]. El ser falsamente acusado es la última conformidad del siervo con su Señor.

El tercer pensamiento es que nuestro Divino

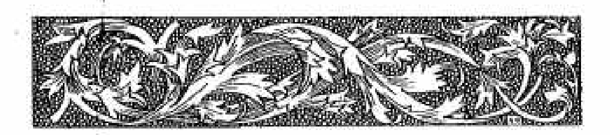
[3] Col., I, 24.
[4] I Petr., IV, 12-14.
[5] II Tim., II, 11, 12.

Maestro quiere que hagamos algo extraordinario, y está preparándonos para esta empresa por medio del sufrimiento, quitándonos los consuelos sin los que los asalariados no le sirven, purificando nuestro amor de todo resentimiento contra los que maliciosamente nos tratan, y de toda débil compasión para con nosotros mismos. Mientras no aceptemos la herencia de nuestro Maestro, cuyos tres compañeros, como dice la Beata Ángela de Foligno, eran *pobreza, dolor y menosprecio*, no seremos Sacerdotes o soldados dignos de aquel Corazón que fué atravesado con una lanza. Él da a todos sus siervos una medida de trabajos que guarda proporción con su aptitud o disposición. A algunos da una tarea fácil, a otros más difícil, a pocos la más pesada de todas. Todos los Sacerdotes están en pie en el Monte Calvario; pero unos más cerca que otros de la Cruz. Él mide la parte de la Cruz que ha de tocar a cada uno, que es la que puede llevar. A algunos toca la Cruz sólo por un momento; sobre otros cae muchas veces, y otros tienen la dicha de llevarla algún tiempo como Simón Cireneo; unos experimentan las burlas y otros gustan la hiel y vinagre; otros la desolación y pocos las falsas acusaciones con que murió. Esta amargura la gustaron San Romualdo, San Pedro Mártir, San Francisco de Sales, San José de Calasanz, San Vicente de Paúl, y otros muchos. Esto los hizo Santos, y los preparó para su obra; porque estaban llamados a hacer obras de santos. Si, pues, nosotros tenemos alguna parte en esta herencia, señal es segura de su amor y de su voluntad para emplearnos en algún modo como instrumentos de su Poder. No desmayemos, pues, jamás en semejantes ocasiones, ni temamos; ni busquemos defensores entre los hombres, ni nos valgamos de medios humanos para justificarnos. Dejémoslo

todo a Él. "Déjate todo en manos del Señor, y confía en Él, y Él hará, y pondrá en claro como la luz tu justicia, y tus juicios como el sol del mediodía" [6]. Cuando esta prueba se te ofreciere de especial servicio de Dios, dale gracias. Di: *Benedicam Dominum in omni tempore*. Bendeciré al Señor en todo tiempo: en tiempo de paz y en tiempo de guerra; en tiempo de alegría y en tiempo de aflicción; en el tiempo en que los hombres confían en mí, y en el tiempo en que desconfían de mí; en el tiempo en que hablan bien de mí, y en el tiempo en que me acumulan males que yo no conozco y falsedades que son creídas como verdades.

[6] Ps. XXXVI, 5, 6.





CAPÍTULO XIII

El amigo del Sacerdote

No puede negarse que la vida del Sacerdote es una vida de austera soledad. Desde el día en que es separado del mundo por medio de la Ordenación, son muy verdaderas respecto de él estas palabras: "Sin padre, sin madre, sin genealogía, no teniendo ni principio de días, ni fin de vida, sino semejante con el Hijo de Dios, Sacerdote para siempre" [1]. Deja casa y hermanos; su nacimiento y nombre y raza son olvidados; nadie le pregunta dónde ha nacido, ni se cuida de saber dónde morirá. Está separado del mundo, y nunca más solo que cuando atraviesa calles henchidas de pueblo, o entra en salones llenos de gente. Es verdad que tiene su rebaño, sus hermanos en el Sacerdocio, toda la Iglesia visible, y todos los Santos por compañeros. Pero todo esto no es bastante. Hay necesidad de algo que esté más cerca de nosotros que todas estas cosas. Sacerdotes hay que buscan semejante alivio en amistades y en inocentes comunicaciones de especial intimidad.

[1] Heb., VII, 3.

Ellos necesitan como todos los hombres, *solatium humanitatis*. Pero al buscarlo, o aceptarlo, caen muchas veces en un lazo. "Porque todo aquel que fué vencido, queda esclavo del que le venció" [2]. Por quienquiera que el hombre sea vencido, por el mismo es llevado en cautiverio. No hay cautiverio peor para un Sacerdote, que una imprudente afición personal. Cuando fué ordenado, dió toda su alma a su Divino Maestro, y en retorno recibió la libertad, que le puso al abrigo de toda amistad desordenada y toda afición indebida. Esta libertad consiste en un perfecto equilibrio del alma. Descansa en el amor de Dios, que reina como soberano sobre todas sus aficiones, perfeccionándolas en intensidad y ternura para todos cuantos le rodean, pero prohibiéndole apegarse de tal modo a alguno de ellos que se incline a una u otra parte el fiel de la balanza, o que pierda el perfecto equilibrio en su alma. La señal segura de haber perdido este equilibrio del alma, son las frecuentes reuniones, las muchas cartas, las visitas largas, sentir tedio en casa, buscar algo sin descanso, perder el tiempo, impacientarse de la soledad. Cuando un Sacerdote nota que las tardes se le hacen pesadas, su habitación demasiado solitaria, sus libros sin atractivo, es señal clara de que ha perdido el equilibrio. Está atado a alguna cosa o persona, y ha perdido la perfecta libertad de corazón. San Jerónimo dice: "Busque ante todo el clérigo que sirve a la Iglesia de Cristo, la significación de su nombre, y habiéndola hallado, procure con empeño ser aquello a que es llamado. Porque si *clero* en griego es lo mismo que *suerte* en latín, los clérigos son, por consiguiente, llamados así, o porque son de la suerte del Señor, o porque el Señor es su suerte, esto

[2] II Petr., II, 19.

es, la porción de su suerte o herencia. Aquel que es la herencia del Señor, o que tiene al Señor por herencia, debe vivir de tal manera que pueda llegar a conseguir estas dos cosas: poseer al Señor y ser poseído por el Señor. El que posee al Señor, y dice con el Profeta: "El Señor es mi parte", ¿puede tener algo fuera del Señor? Y si tiene cosa alguna fuera del Señor, el Señor no puede ser su parte, *pars ejus non erit Dominus.*"

"Dios habló con Abraham, como un amigo habla con otro amigo." Nuestro Señor dijo: "Yo os he llamado no siervos, sino amigos." El amigo del Sacerdote es su Divino Maestro. Y basta su amistad. Pero basta sólo para aquellos que descansan únicamente en Él. Esta amistad no puede mezclarse con otras amistades de más baja estofa. Debe reinar en nosotros como en un trono. Nuestro Señor prometió "estar con nosotros hasta el fin del mundo". Y dispuso un modo de presencia corporal "sobre todo orden de la naturaleza", de la cual manera siempre está con nosotros. El amigo del Sacerdote es Jesús en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, morando allí para siempre en medio de nosotros; y el Sacerdote le acompaña por la mañana, al mediodía y por la noche con un trato continuo y una perpetua comunicación de amor y protección por una parte; y de la otra, amor y devoción.

I. Esta Divina amistad consiste, primera y principalmente, en una perfecta conformidad de nuestra voluntad con su voluntad. La amistad se define: *idem velle idem nolle*. Esta identidad de voluntades proviene de la asimilación con Él. Si somos semejantes a Él, amaremos y aborrecemos lo que Él ama y aborrece. Las mismas cosas serán amargas o dulces para nosotros, que lo sean para Él. "Nosotros, registrando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados, de claridad en claridad, en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" [3]. Pero el Sacerdote debe ser la semejanza de su Maestro para con el mundo; y esa semejanza es una condición para la recepción de los Sagrados Órdenes. Su voluntad, por consiguiente, debe estar identificada con la voluntad del Señor. Y mientras las voluntades estén identificadas, la amistad no puede faltar. Nosotros sabemos perfectamente bien cuál es su voluntad respecto de nosotros. Él quiere "que todos los hombres se salven" [4]. Quiere nuestra propia santificación [5]. Quiere que confiemos en Él enteramente; que no sólo digamos, sino que cumplamos en todas las cosas lo que decimos: "Que no se haga mi voluntad, sino la vuestra."

Él quiere también nuestra felicidad, y esto con unas ansias divinas, que exceden a todos nuestros desordenados y vivísimos deseos. El principal y dominante deseo de todo hombre, es la felicidad. Todos sus esfuerzos se dirigen a alcanzar la felicidad, o más bien, a alcanzar aquello que confunde con la felicidad, pensando que le hará feliz. Pero la mayor parte de los hombres se engaña; no la consigue, porque no puede discernir lo verdadero de lo falso. Felicidad es santidad. No hay más que un solo camino para llegar a este fin; todos los demás son sendas que nos desvían y alejan de la felicidad. El Señor desea nuestra felicidad en la única verdadera forma y manera que existe. Si deseamos lo mismo que Él, entonces, y sólo entonces, tenemos la misma voluntad que Él. Y esta unión de voluntades, porque está fundada en Dios, es eterna.

II. La amistad no significa tan sólo unidad de voluntades, sino mútua buena voluntad de uno

[3] II Cor., III, 18.
[4] I Tim., II, 4.
[5] I Thessal., IV, 3.

para otro. *Amicus alter ego; Sacerdos alter Christus.* La voluntad de un amigo es no solamente una voluntad seria, severamente justa; es también una voluntad amable. A veces el más verdadero amigo es demasiado elevado y exigente en sus sabios consejos y modo de proceder con nosotros. Confiamos enteramente en Él, pero sentimos desmayar nuestra voluntad en su presencia. No es así nuestro Divino Amigo, sino que es amable y compasivo. Sabe nuestras enfermedades, y las arrostra con la ternura de la compasión. Sabemos que estamos en sus manos y que toda nuestra vida está ordenada por Él. Si nos castiga, es porque nos ama. Él no nos aflige voluntariamente, sino sólo porque la aflicción es necesaria; la quiere para mayor bien nuestro. Si no fuese necesaria, no nos la enviaría. Dolores o penas innecesarias, no vienen sino por nosotros. Él se aflige cuando esas penas nos sobrevienen. Sin quitarnos el libre albedrío, y por consiguiente, sin reducirnos a puras máquinas, no puede protegernos o defendernos contra nosotros mismos. Es un hecho, que toda la dosis, llamémosla así, de penas y sufrimientos que quiere para nosotros, es medida y proporcionada a nuestras necesidades. No vemos aún el fin por el cual nos aflige, o la intención que tiene. Las palabras que el Señor dijo a Pedro, las dijo también por nosotros: "Lo que yo hago, ahora tú no lo entiendes, lo entenderás después" [6].

Sabemos también, que Él quiere para nosotros todos los bienes necesarios; que nada, en el orden de la Providencia y de la gracia, nos ha de faltar para nuestro bienestar en esta vida, o para alcanzar en la otra nuestra eterna salvación. Constantemente exigimos de Dios señales

[6] Joan., XIII, 7.

de su buena voluntad, antes de confiar en Él. Pero cuando vemos esas señales, no damos lugar a la confianza. Cuando nos encontramos en aprietos y aflicciones, sin ver en torno nuestro humano auxilio, entonces es el tiempo de confiar en Él. Leemos de algunos, que en medio del abismo de la necesidad, han llamado a la puerta del tabernáculo, pidiendo un pedazo de pan. El Sacerdote tiene fácil este acceso a su Divino Maestro, en tiempo de cualquier necesidad. Es el guardián o custodio de su Señor que vive bajo el mismo techo que él, o no muy lejos del Santuario, y a Él lleva la cuenta de todos sus trabajos y cuidados, así personales como lo del oficio Pastoral. Todo cuanto le sucede, todas sus dudas y peligros y necesidades, se las representa con viveza. El Sacerdocio le asegura que está predestinado para conformarse con la imagen del Hijo, y, consiguientemente, que todas las cosas cooperarán a su bien, bajo la guía de la divina y amorosa voluntad.

III. Además, hay en la amistad un servicio mutuo; no mercenario, ni estipulado, ni que se busque a sí mismo; sino generoso, alegre y agradecido. "No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido para que vayáis y produzcáis fruto" [7]. Él era nuestro Señor antes de que nosotros fuéramos sus siervos; y Él sabía lo que había de hacer con nosotros y por medio de nosotros. Nosotros no somos dueños de nosotros mismos, sino comprados ya con precio inestimable. Todo cuanto somos y valemos a Él lo debemos. Todas las facultades y poderes de la naturaleza, todas las gracias y dones del Espíritu Santo, son de Él. Toda la vida del Sacerdote, si es fiel al ministerio del Sacerdocio y a sí mismo, es o pue-

[7] Joan., XV, 16.

de ser, y por consiguiente, debe ser un servicio a su Señor. Aun las acciones comunes de todos los días están consagradas a Él, porque somos enteramente de Él. "Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo para gloria de Dios" [8]. "Todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios y al Padre por Él" [9]. Esta intención universal, actual, virtual o al menos habitual, renovada todas las mañanas en la Misa y después de la Misa, y durante el día, especialmente en tiempo de angustia, peligro o tentación, es un servicio continuo hecho por amor y fidelidad a nuestro Divino Amigo; ¡cuánto más las acciones de nuestro Sacerdocio! La conmemoración cotidiana de Él con que comienza el día; la oblación de su Sagrado Corazón, con la adoración del mismo, para gloria de la Trinidad Beatísima; el ofrecimiento de su precioso Cuerpo y Sangre, que redimió al mundo que se constituye en propiciación continua por los innumerables pecados de los hombres, apresurando la ascensión de las almas que están en la cárcel de expiación a la visión de paz; el alimentar las multitudes con el Pan del Cielo; todos estos actos del servicio Divino son practicados en todas las Misas que decimos. El día comenzado de esta manera difícilmente puede acabar en cosas vanas y tibias y con las opacas luces del mundo. ¿Por qué la fragancia y el fervor de nuestra Misa no nos sostiene durante todo el día? Es como la clave musical, y todas las horas deberían estar acordes con ella. Toda palabra hablada en nombre de Dios; toda acción, por pequeña e insignificante que sea, hecha por amor de Cristo nuestro Señor, actualmente, o en el habitual ejercicio

[8] I Cor., X, 31.
[9] Col., III, 17.

del oficio Sacerdotal o Pastoral; todo Sacramento administrado; toda declaración de la palabra de Dios; toda alma buscada y hallada; todo pecador convertido; todas estas cosas son un servicio personal y directo que hacemos a nuestro Divino Amigo. Deben contarse entre estos servicios personales, también el uso concienzudo del tiempo, la paciencia en los trabajos, la humildad en las falsas acusaciones de que no se librará todo Sacerdote fiel. Y en tanto que nuestro día está lleno de esta clase de servicio a Él, Él está sirviéndonos siempre con una fidelidad algo más que mutua. Poco es lo que sabemos nosotros acerca del modo como nos guía y guarda y cerca, y pone su mano sobre nuestra cabeza cuando los fieros dardos de los malos se multiplican alrededor nuestro. Los peligros que nosotros conocemos son muchos, pero los que nos son desconocidos, son muchos más. Pedimos al Señor que nos libre de nuestros pecados ocultos; tenemos necesidad de pedir que nos libre de los peligros ocultos. Que sea Él para nosotros escudo que se vuelva a todos lados en nuestro derredor, ya que por todos lados somos atacados, y cuando menos pensamos que está cerca el enemigo. Rodeado todo el día por el mundo, por buenos y malos, hombres y mujeres, por personas rectas y también por intrigantes, por gentes francas y falsas, ¡dichoso el Sacerdote que puede volver a la noche a la presencia de su Maestro sin necesidad de lavarse más que los pies! ¡Cuántos que han salido a la mañana *a latere Christi* alegres y tranquilos, vuelven a la noche abatidos y tristes con muchas reminiscencias indignas de un siervo fiel y de un amigo! Sin embargo, ¡Él es siempre el mismo! Nosotros variamos y cambiamos y estamos como en tinieblas y perdemos la luz de la mañana, y nos dejamos atacar de la roña y

del orín. Pero Él no cambia en su amor, compasión y olvido de nuestras faltas. Antes de ponernos en el lecho para descansar, Él nos absuelve de las caídas y falta de cumplimiento de nuestros propósitos durante el día. Y este sentimiento de los mútuos servicios aprieta el lazo que une estrechamente a los amigos.

IV. Además, la amistad es paciente; mas aquí no hay reciprocidad con nuestro Divino Amigo. La paciencia está toda de su lado. Y su paciencia es inagotable. Su semblante jamás cambia. Su corazón está siempre lleno de amor. Cuando volvemos a Él, Él es el mismo que dejamos, porque en Él no hay variabilidad de ningún género, ni sombra de alteración. Su amor eterno es inmutable, y su corazón humano deificado, jamás podrá cambiar. Así como llevó en paciencia las disputas, y rivalidades, y ambiciones, y tardanza en creer de sus primeros discípulos, así nos sobrelleva a nosotros. Sino que ellos no eran entonces Sacerdotes, y nosotros lo somos. Después de ordenados, pronto tuvieron fortaleza y fueron levantados sobre sí mismos. Nosotros entramos en el ejercicio de nuestro Sacerdocio y cargo Pastoral, con muchas de las faltas que ellos tenían antes de haber recibido los poderes sobrenaturales. Y a pesar de todo, Él vive en medio de nosotros, en silencio y tranquilo, viendo todas nuestras faltas, como si no las viera; perdonándolas, como perdonó a Pedro, con nuevas recomendaciones para que apacentemos sus ovejas. Su paciencia también es generosa. Fácilmente se da por satisfecho. Basta una palabra de acusación propia, de reprensión propia, de reprobación de los propios actos, y todo ha pasado. No podemos ni debemos olvidar nuestras palabras y nuestras acciones indignas, pero Él las echa a la espalda. "Él no romperá la caña cascada, ni apagará la mecha que humea" [16]. Él aguarda con paciencia y con esperanza nuestro crecimiento en la perfección. Él es el que primero nos atrae a sí mismo, antes que nosotros nos resolvamos a ir a Él. Nosotros tememos y dudamos a causa de la conciencia de nuestra indignidad, hasta que un esfuerzo de la voluntad vence nuestra resistencia. Es necesario tener una conciencia robusta para examinarse de veras a sí mismo. Vemos nuestras faltas, pero no las miramos. El mirarlas, es cosa que nos inquieta y humilla. Semejante vista turba nuestra paz, cuando no debe haber paz, mientras que no seamos francos y sinceros con nuestro buen Maestro, que fácilmente nos perdonará, si nosotros no nos perdonamos tan fácilmente a nosotros mismos.

V. En la amistad hay sociedad mutua. Cuando los amigos se enlazan por el amor, se dice que están unidos, aún en el caso que estén separados el uno del otro, tanto como el Oriente y el Occidente. La conciencia de esta unión de las voluntades, y de la mutua amabilidad, y de los servicios recíprocos, y de la dulce paciencia, junta con los recuerdos de los tiempos pasados de afección y de felicidad, hace que el ausente esté presente y que aquellos que no se ven estén como si se vieran. Van y vienen cartas y menudean los recados, y sentimos que tenemos parte en todo lo que desean y sabemos que a ellos sucede lo mismo respecto de nosotros. Tal es la sociedad que forma la amistad de los hombres, aunque los amigos estén muy distantes entre sí. Es más sensible y activa, cuanto más cerca están. En una casa particular no siempre están todos juntos, pero todos saben que están bajo el mismo techo y que son uno solo en el corazón y en la

[16] Isai., XLII, 3.

voluntad. La amistad del Sacerdote con su Señor, va más allá de todo esto, en cuanto a tener conciencia de estar mucho más cerca y de gozar de una intimidad mayor. Podemos acudir a Él a cualquiera hora. Aun cuando calle, sabemos lo que quiere decir y sus designios. Él siempre nos recibe bien cuando vamos a Él. Escucha todo lo que decimos y nos consuela, con sólo escuchar nuestras palabras; porque es un consuelo, descargar nuestra alma en el pecho de un amigo, aunque no nos responda una palabra. Sabemos que tenemos sus simpatías, que siente por nosotros y con nosotros; que de todo lo que decimos toma nota, y se acuerda perfectamente; y que si ahora calla, no está lejano el día en que hemos de oír de sus divinos labios: "Entra en el gozo de tu Señor."

No hay Sacerdote, pues, que no tenga amigo. Hay siempre un amigo en quien podemos hallar perfecto e inmutable descanso. Otros amigos nos entristecen y molestan. Nuestro Divino Amigo jamás nos falta. Pero la percepción de su amistad variará en la proporción en que conservemos nuestra libertad alejada de toda inconveniente afición humana. Le debemos todo nuestro corazón desde la hora de nuestra Ordenación; y si permanecemos en este equilibrio, hallaremos que su amistad sola nos basta. Nuestra inclinación fuerte a las simpatías humanas, es quien nos impide el sentir las divinas. San Pablo dice: *cupio dissolvi et esse cum Christo.* Algunos siervos de Nuestro Señor han llegado a pedirle que detenga el torrente de sus consolaciones, pareciéndoles demasiado grandes. Estaban desprendidos de las criaturas quienes así oraban. Mas es indudable, que a medida que nos conservamos libres de toda importuna e intrusa amistad humana, que siendo cosa sensible y visible y siempre a la mano,

fácilmente roba lo que se debe a nuestro Divino Amigo, a medida de este desprendimiento, encontraremos descanso, y dulzura, y suficiencia en Él.

Si nos volvemos débiles y nos inclinamos a las amistades humanas, luego hallaremos que no encontramos descanso en parte ninguna. Toda otra cosa es demasiado estrecha para que descansemos en ella; demasiado variable para que confiemos en ella; demasiado llena de sí misma para que deje lugar para nosotros. El Sacerdote que se deja arrastrar de amistades humanas, por santas que éstas sean, experimentará bien pronto, que en vez de paz siente inquietud, en vez de consuelo, angustia y tedio continuado: *Quid enim mihi est in cœlo, et a te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum, Deus cordis mei, et pars mea, Deus in æternum* [11].

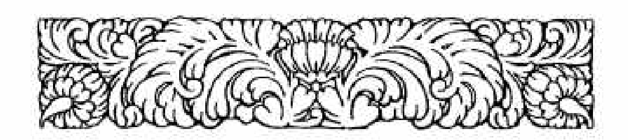
Nadie piense que el Sacerdote que tiene un solo Divino Amigo ha de ser frío u hombre sin corazón, o descuidado de sus ovejas y amigos, y del que está solo y desamparado en este mundo. Todo lo contrario. Cuanto más unido esté a su Divino Maestro, más se parece a Él. No hay hombre de tan sensible corazón, tan tierno, tan piadoso, tan desprendido, tan compasivo, como el Sacerdote cuando está sostenido con el contrapeso y balanza de la suprema amistad con Jesucristo y en absoluta independencia de toda humana afición que desordenada sea. Su alma está más expansiva y más ensanchada por las influencias del amor de Dios. Nosotros nos hallamos como estrechados no en Él, sino en nosotros mismos. Según fueren nuestros corazones, así serán las emanaciones que vengan del amor de Dios. Seremos llenos según la medida de nuestra capa-

[11] Ps. LXXII, 25, 26.

cidad. Lo que San Pablo pide para todos los fieles de Éfeso, tiene aplicación en un sentido todo verdadero respecto de los Sacerdotes y Pastores de almas: "para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura y la longura, y la altura, y la profundidad; y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento a fin de que seáis llenos de toda plenitud de Dios" [12]. No hay hombre que se parezca tanto a Jesús en sus treinta y tres años de penas internas, y compasión de los prójimos, como el Sacerdote, en cuyo corazón reina exclusivamente su Divina Majestad.

[12] Ephes., III, 18, 19.





CAPITULO XIV

El Sacerdote como predicador

El Concilio de Trento enseña que la predicación es la principal obligación de los Obispos [1]. San Pablo dice de sí mismo: "Dios me ha enviado no a bautizar, sino a predicar el Evangelio" [2]. Y ¿qué es predicar? Es hablar a los hombres en nombre de Dios. Es declarar la palabra de Dios [3]. Es ser embajadores de Cristo [4]. Es el ministerio de la reconciliación [5] el ofrecimiento de la salvación a los hombres. Porque todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Mas ¿cómo invocarán a Aquel en quien no creyeron? o ¿cómo creerán a Aquel que no oyeron? y ¿cómo oirán sin predicador? y ¿cómo predicarán si no fueren enviados? Así como está escrito. "¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz, de los que anuncian los bienes!" [6]. ¡Cuán hermosos son los pies de los mensajeros "que ca-

[1] Sess. XXIV de Ref. c. IV.
[2] I Cor., I, 17.
[3] I Joan., I, 1.
[4] II Cor., V, 20.
[5] Ibid.
[6] Rom., X, 13-15.

minan sobre las montañas", como escribe el Profeta, es decir, que bajan con un mensaje de los eternos collados!

Al principio predicaban sólo los Obispos. Las necesidades de la fe les obligaron a delegar sus facultades, su cargo principal, a los Sacerdotes. San Dionisio Areopagita los llama *iluminadores*. Eran, pues, predicadores, mensajeros y Evangelistas. No eran oradores de púlpito.

I. La predicación de los Apóstoles era la voz de su Divino Maestro, conservada en toda su majestuosa simplicidad. Las muchedumbres se admiraban de las palabras que salían de boca del Divino Maestro: "Cierto, jamás hombre alguno habló como este hombre." Y sin embargo, un niño podía entender sus palabras; eran transparentes como la luz; pocas y persuasivas. Era el entendimiento del Verbo Encarnado hablando al hombre en la lengua de los hombres. Era la misma Verdad que con voces articuladas penetraba la inteligencia de los hombres. Por lo que hace a brevedad, simplicidad, sencillez, las palabras de Jesús son un dechado para los predicadores, así como su vida un modelo para los Pastores de su rebaño. Nosotros no podemos concebir en nuestro Divino Maestro los esfuerzos estudiados de la retórica o de la gesticulación. Calma, majestad, el poder de la verdad, fueron los atributos de sus palabras dirigidas a los hombres.

Los sermones de San Esteban, San Pedro, San Pablo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, son una como prolongación de la voz Divina del Redentor. Puede con toda verdad decirse, que en ellos se cumplió su Divina promesa: "El que a vosotros oye, a Mí me oye." Lo mismo es verdad de las Epístolas de San Pablo, San Pedro y San Juan. El carácter de cada uno de ellos se revela en sus escritos; pero la brevedad, la simplicidad

y la llaneza de las enseñanzas de su Maestro, se conservan aún. La ausencia de todo lo que es artificio, de todo esfuerzo afectado para producir efecto, les vino de la conciencia de la misión Divina que desempeñaban. La necesidad que sentían de cumplir con el oficio que se les había encomendado, no les daba lugar de pensar indignamente en sí propios. San Pablo expresamente dice a los Corintios, que él no se valdrá de las artes de los Retóricos, ni de las vanas sutilezas de sus filósofos. Y ciertamente hay un poder y una grandeza indecibles en estas breves y sencillas palabras: "Y yo, Hermanos, cuando vine a vosotros, no vine con sublimidad de palabras o de sabiduría, a anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber cosa alguna entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste Crucificado. Y yo estuve entre vosotros con pusilanimidad y temor y mucho temblor; y mi conversación y mi predicación no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostración de espíritu y de virtud, a fin de que vuestra fe no consistiese en sabiduría de los hombres, sino en virtud de Dios"[1]. La pusilanimidad, y el temor, y el temblor, le provenían de la conciencia de una misión Divina de vida y de muerte. Y el temor de persuasión humana le nacía de la intuición de la fe que le decía que la fe Divina debe apoyarse en la verdad Divina, y que la sabiduría de los hombres no es la palabra de Dios. La verdad Divina tiene un poder en cierta manera Sacramental, que convierte el alma a Dios.

II. Los Apóstoles hablaban de una abundancia de luz y de fervor que les era especial e incomunicable; y aquella abundancia y plenitud tenía dos causas. Era la primera haber visto al Verbo

[1] I Cor., II, 1-5.

encarnado. "La Palabra o el Verbo fué hecho carne y moró entre nosotros" [8]. "Al que fué desde el principio, a quien oimos, vimos con nuestros ojos, miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida. Pues la vida se ha manifestado y ha aparecido a nosotros" [9]. "Nosotros no os hemos hecho conocer el poder y la presencia de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas, sino como quien contempla con sus propios ojos su Majestad" [10].

Esto daba a sus almas aquella especial viveza de aprehensión y conocimiento que se tiene sólo de las cosas que se han visto en su propia realidad. Declaraban que lo habían visto con sus propios ojos, y enseñaban lo que habían oído de los labios de su divino Maestro. Ellos no podían dudar ni vacilar, ni modificar nada, ni volver atrás, en presencia de ninguna clase de contradicción. Como decía San Pablo: "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" [11]. El trato personal con nuestro Señor, y la misión directa recibida de Él, daban a sus palabras y a su vida un peso que nada podía contrarrestar. Su predicación era como el desbordamiento, si podemos decir así, de su perfecto e inmutable conocimiento. Toda su alma, entendimiento, conciencia, corazón y voluntad, acompañaban a cada palabra que salía de sus labios. Su predicación era el testimonio vivo de un testigo de vista y de oídas. Esto les daba una eficacia que excede a toda ponderación. Las palabras impiden más bien que ayudan la acción directa y poder de la verdad, cuando es dicha sencillamente por aquellos que creen en lo que dicen. Un hombre

[8] Joan., I, 14.
[9] I Joan., I, 1, 2.
[10] II Petr., I, 16.
[11] Rom., VIII, 31.

que acaba de librarse de un gran peligro o que viene de presenciar una muerte terrible, habla pocas palabras. Si vemos que habla mucho, creemos que no siente gran cosa lo que ha visto o lo que cuenta. Los que estuvieron en el monte Calvario y pasaron allí tres horas, y los que vieron a Jesucristo después que resucitó de entre los muertos, y San Pablo que le vió, de tal suerte que le cegó su gloria, todo el tiempo que les duró la vida debieron estar íntimamente penetrados en todas sus potencias y sentidos, y aún en las fibras de su cuerpo, de la Presencia y Pasión y amor de Jesucristo. Difícil cosa debió ser el callar; porque de seguro que desearían tener cien lenguas y voces y poseer otros tantos idiomas para manifestar y publicar todos los días la Pasión de Cristo, la gloria de su Resurrección y la felicidad del Reino de Dios.

La otra causa del especial poder y eficacia de la predicación de los Apóstoles, es también incomunicable; a saber, la inspiración del día de Pentecostés: "Fueron llenos del Espíritu Santo." Las lenguas partidas de fuego eran emblema de la luz y ardoroso celo con que habían de declarar a los hombres la palabra de Dios. "¿No son mis palabras como fuego y como martillo que hace saltar las rocas en pedazos?" [12]. Tales eran las palabras de los Apóstoles, adondequiera que iban en todo el mundo.

No podemos imaginarnos a estos embajadores del Reino de Dios trabajando para componer sus discursos o estudiando las reglas y gracias del estilo literario. Los ejemplos que poseemos de su predicación en el Nuevo Testamento, son sin arte y sencillos como las producciones de la naturaleza en una floresta, que están revelando el poder

[12] Jerem., XXIII, 29.

y la hermosura de Dios. Sus palabras y escritos son grandiosos en la elevación y profundidad de los conceptos, y sentimientos, y en la belleza natural de unos y otros, semejantes a la anchura y sencillez del mar y del firmamento. Todo su ser estaba compenetrado de las acciones y verdades Divinas, de la eterna realidad, de la cual hablaban. Ellos no necesitaban preparación, ni estudio, ni aun reflexión. Hablaban como antes les había hablado su Maestro: "Hablamos lo que conocimos y testificamos lo que nuestros ojos han visto" [13].

III. Tal vez podrá decírsenos que nuestra condición y estado es tan diferente, y que estamos tan distantes de ellos, que nuestra predicación tiene por necesidad que ser el resultado de la preparación, del estudio y de los esfuerzos intelectuales. A esto puede responderse sí o no. Y primero, afirmativamente. No sólo es necesario para predicar prepararse, sino que esta preparación debe ser quizá mayor de la que el objetante pretende. Por preparación entienden muchos una composición escrita con cuidado y encomendada a la memoria. Bueno sería que todos los Sacerdotes hicieran fielmente semejante preparación. Mas la preparación que se requiere en el predicador, va mucho más lejos o arranca de más atrás y es más profunda que eso. Es la preparación no del sermón, sino del hombre. Es la preparación remota, no la próxima, la que principalmente se pide y es necesaria. El hombre predica, no el sermón; y el sermón es lo que es el hombre. San Pablo dice: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo nuestro Señor" [14].

Ahora bien; ellos que estaban llenos de los sentimientos y de la presencia de su Señor, pudieron predicar así, y no otros. La mayor parte

[13] Joan., III, 11.
[14] II Cor., IV, 5.

de los hombres se predican a sí mismos, es decir, su particular manera de sentir; y la medida y género de sus dones naturales o adquiridos, se revela y da color y señala límite a su predicación. El que es elocuente predica elocuentemente; el sabio, sabiamente; el pedante, pedantemente; el vanaglorioso, con vanagloria; el que es vacío, con vaciedad; el batallador, con arrebato; el frío, fríamente; el indolente, indolentemente. Y ¿cuánto de la palabra de Dios se oye en semejante modo de predicar? ¿Podrá decirse con verdad que estos hombres "no se predican a sí mismos, sino que predican a Jesucristo"? Si los sermones son lo que nosotros somos, debemos comenzar de muy atrás a prepararnos a predicar. Para que uno en su edad viril pueda predicar, es preciso que de niño predique, y que no deje de predicar en su juventud. Se nos podrá decir que San Agustín fué uno de los más grandes predicadores, y comenzó sin embargo en edad avanzada. Es verdad; pero San Agustín lo mismo que San Pablo, pertenecen a una especial categoría, de que hablaremos después. La Iglesia ordena en el Concilio de Trento, que desde los doce años —la sagrada edad del Divino Maestro en el templo— se tonsuren los Niños en los Seminarios, y vistiendo la sotana, "el hábito de Religión" [15], se les eduque y forme en los mismos. Hablemos primero de éstos, y digamos de una vez, que nosotros necesitamos tener en cierta proporción lo que los Apóstoles poseían en toda su plenitud. Si nosotros estuviéramos llenos, como debemos estarlo, de los hechos y verdades Divinas de la fe, jamás nos faltaría materia; y si estuviéramos unidos, como debiéramos estarlo, de corazón y voluntad con nuestro Divino Maestro jamás dejaríamos de tener ni luz ni fervor.

[15] Pont. Rom. De Clerico faciendo.

Pero volviendo a la preparación, si es el hombre el que predica, la preparación debe durar toda la vida; debe comenzar muy pronto. En la niñez debemos aprender la lengua patria, tarea no muy ardua, si los que nos la enseñan la saben; debemos también aprender desde muy temprano a hacer buen uso de nuestra razón. Nada hay tan recóndito o difícil en la Lógica, que los niños no puedan aprender en cuanto conocen la Gramática. Esta preparación remota es radical y vital. Después a su debido tiempo viene el conocimiento de la Sagrada Escritura, que explica el Catecismo; y la Teología que explana y desenvuelve la doctrina del Catecismo, convirtiéndole en la ciencia de la fe. Estas enseñanzas preparatorias no pueden adquirirse en un momento cuando son necesarias. Debe haberlas acumulado la inteligencia con un estudio continuado y progresivo.

Hay sin embargo excepciones en toda ley, aún en las de naturaleza. Entre los que ven, los hay cegatos; entre los que oyen, algunos no pueden distinguir las notas musicales; así también puede suceder que entre los que saben, algunos no puedan expresar con la palabra las ideas que tienen en el pensamiento. Mas éstas son excepciones y hay que dejarlas a un lado. Una agitación nerviosa, la falta de dominio de sí mismo, el temor, la ansiedad, el deseo de salir bien y otras causas semejantes, les hacen perder la presencia de ánimo necesaria para predicar. Entonces tartamudean y se olvidan. Sin embargo, por regla general podemos dejar sentado este principio: lo que sabemos realmente bien, lo podemos expresar con seguridad. *Verbaque prævisam rem non invita sequentur*. Pensamos con palabras y cada pensamiento se viste a sí mismo luego que surge en la mente. Si pues adquirimos el hábito de pensar, adquiriremos simultáneamente el hábito de la expresión mental en palabras, y la expresión de la lengua seguirá a aquélla naturalmente. El principal obstáculo para esto, es la falta de pensamientos. Leemos o copiamos los pensamientos de otros, que por consiguiente no son nuestros; nos los hacemos propios aprendiéndolos de memoria. Pero la memoria no es el pensamiento; y pensar y recordar al mismo tiempo, es una empresa que pocos pueden llevar a cabo. Podemos fiarnos de la memoria enteramente, o pensar enteramente; pero los dos ejercicios mentales a la vez, se impiden el uno al otro y no pueden combinarse de una manera armónica. Mientras que al hombre está pensando, la memoria se suspende; y cuando está recordando, cesa el pensamiento. ¿Qué necesidad hay de memoria cuando se habla de la abundancia de los actuales conocimientos o luces que hay en la mente? Dice el proverbio, que todo hombre es elocuente cuando habla de cosas de su oficio. Los hombres de estado, los abogados, los que están dedicados a adquirir una ciencia, los poetas, los soldados, comerciantes, cada uno en su esfera, está preparado y es elocuente a cualquier hora, aunque sea de repente. Hablan con facilidad y abundancia de pensamientos, pues éstos habitualmente versan, como es natural, sobre aquello que traen entre manos, la obra o trabajo en que se ocupan; y les es fácil sin preparación ninguna hablar en aquella materia, y hablar correctamente. ¿Por qué, pues, un Sacerdote no ha de poder hablar sin preparación, de Dios y de su Reino, de sus verdades y de sus preceptos? Si estuviéramos llenos de estas cosas, si las practicáramos y viviéramos según ellas, como efecto de una profunda convicción de nuestra razón y del más encendido amor de nuestro corazón, el hablar de objetos y materias tan san-

tas, sería hasta un consuelo y alivio. Jamás nos cansamos, ni nos falta materia que hablar de las personas o cosas que amamos. Así que según la perfección con que practicamos las máximas de la fe, o vivimos de las verdades eternas, o nos penetramos de la malicia del pecado, o amamos la salvación de las almas, o tenemos los peligros de caer, así también será mayor o menor la facilidad o dificultad que encontremos en exponer tanta diversidad de materias con sencillez y simplicidad. El deseo de ser elocuentes y de brillar como oradores, es la causa de la deficiencia, vanagloria e insustancialidad que se nota en muchos predicadores [16]. Con sólo que nos olvidáramos de nosotros mismos y procuráramos hablar seriamente de Dios, encontraríamos menos dificultad en predicar, y el pueblo nos oiría con gusto, porque creerían que sentimos lo que decimos. El pueblo es muy despierto para comprender, o si se quiere mejor, para sentir si el Sacerdote habla con el corazón o sólo con los labios. Las Homilías de los antiguos Padres están escritas sin género alguno de pretensiones y llenas de las Sagradas Escrituras [17]. Puede citarse a San Juan Crisóstomo como florido; pero mal se deducirá de ahí que convenga a la oratoria del púlpito una declamación vana y pomposa. Además, el estilo de San Juan Crisóstomo es el estilo de San Pablo; y su alma era tan semejante a la del Apóstol, que se ha creído escribía y hablaba con su especial asistencia. En todos tiempos los predicadores han tenido la tentación de exhibirse a sí mismos. Se cuenta que estando predicando en cierta ocasión San Bernardo, el diablo le dijo:

[16] "Conturbatus quia siccatus, siccatus quia exaltatus." (S. Aug., Serm., 131, t. V, p. 642.)

[17] San Jerónimo dice: "Sermo sacrarum scripturarum lectione conditus est. Nolo te declamatorem esse et rabulam." (Epist. ad Nepot., t. IV, p. 262.)

"Lo has hecho admirablemente." San Bernardo le contestó: "Ni por ti comencé, ni por ti lo dejaré." Leemos también en la vida de San Vicente Ferrer, que habiendo de predicar una vez en presencia del Rey de Francia, preparó de un modo particular su sermón. El discurso le salió mal. Al día siguiente predicó con poca preparación. El Rey le dijo: "Ayer oí a Fray Vicente; hoy he oído al Espíritu Santo." Tal vez puede decirse con verdad, que lo que se ha dado en llamar Oratoria del púlpito vino con la resurrección del paganismo llamada impíamente el *Renacimiento*. No parece sino que perdieron los hombres la cabeza con la vanidad literaria. El deseo de imitar a los oradores Romanos en el estilo, y en la dicción, y en la declamación, acabó con la sencillez de los Predicadores cristianos, y formó una raza de retóricos pomposos, fríos, pretenciosos y a su modo grandilocuentes. El mal, puesto en actividad se extendió y descendió muy bajo. Los Santos trabajaron en vano contra tamaña calamidad; San Ignacio con su enérgica sencillez, San Felipe Neri con su explicación diaria de la palabra de Dios, San Carlos Borromeo con su *virilis simplicitas*, su viril simplicidad. La inundación lo arrasó todo y contra ella fué inútil toda la oposición. El mundo entero corre en pos de los Oradores sagrados. Halagan los oídos y no turban mucho las conciencias; producen emociones, pero no mudan las voluntades. El mundo no experimenta muchas bajas con semejante predicación, ni es humillado, ni se siente herido. No hemos tenido, es verdad, la dicha incomparable de ver a nuestro Divino Maestro, ni de oír su voz; mas si por medio de la fe y de la oración mental nos formamos una idea la más exacta posible de su Divina Presencia, su verdad, su voluntad y de nuestra misión de hablar en su

nombre, fácilmente nos sentiremos penetrados de la conciencia de nuestro deber; veremos un mundo invisible a los ojos de los mundanos; tocaremos la realidad de este mundo espiritual; y de la abundancia de semejantes pensamientos Divinos hablará nuestra lengua. Necesitamos, no hay duda, una preparación diligente y aun minuciosa de lo que vamos a decir; pero, teniendo ideas claras y un plan bien formado en nuestro entendimiento, las palabras fluirán naturalmente y expresarán con lucidez nuestro pensamiento. Para conseguir esto necesario es que preceda una preparación conveniente del asunto que hemos de tratar, y que se haya hecho uso de no poca tinta y papel para analizar y dividir lógicamente, para definir bien los términos y las proposiciones. Después conviene que este esqueleto o sinopsis se medite mucho y se imprima, no precisamente en la memoria, sino en el entendimiento, de tal manera que el conjunto con todas sus partes y su enlace esté presente a la mente, no tanto por la memoria, cuanto por el discurso. Esta clase de preparación requiere más que se piense mucho y trabaje intelectualmente, que no el escribir un discurso bien compuesto y aprenderlo de memoria. La diferencia entre estos dos procedimientos consiste en lo siguiente: el sermón escrito es lo que pensamos cuando escribimos; el sermón hablado es lo que pensamos en el momento de hablar; es nuestra actual convicción del entendimiento y el actual modo de sentir de nuestro corazón; es por consiguiente algo real y esa realidad la perciben los oyentes. ¡Dichosos aquellos que con semejante ejercicio intelectual y moral, se identifican con la Palabra de Dios y la hablan como propia!

No seremos ciertamente inspirados, pero sabemos que no tienen límites las luces y las gracias que Dios da a los que se las piden. Él nos dará *os et sapientiam*, boca y sabiduría al hablar de Él al mundo entero. Él está llevando a cabo sus designios por medio de nosotros. Nosotros no sabemos a quién se envía el mensaje. Sucede muchas veces que después de muchos años sabemos por primera vez, que tal día y en tal parte una palabra nuestra hirió una conciencia, o conmovió un corazón, o causó impresión en una voluntad y llevó un alma a Dios. Y jamás sabremos en este mundo todo lo que Dios habrá hecho sin tener nosotros noticia de ello. Por consiguiente, "arroje (el predicador) el pan sobre las aguas que corren, porque después de mucho tiempo lo volverá a encontrar" [18]. Después de haber tenido la preparación o preparaciones de que hemos hablado, la última será ir a arrodillarse delante de Nuestro Señor oculto en el Augustísimo Sacramento, y hacer la señal de la Cruz en los labios en honor de la Sagrada Boca que habló como no habló jamás hombre alguno, ofreciéndole nuestra confusión, si a Él place humillarnos con que no nos salga el sermón como quisiéramos; y pidiéndole que se haga su voluntad por medio de su misma palabra, que suya es, aún en nuestra boca. "El que a vosotros oye a mí oye", nos da alguna participación en la promesa que hizo en profecía a sí mismo. "Mi espíritu que está en ti y mis palabras que yo he puesto en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos... desde ahora y para siempre" [19]. Por consiguiente, "en la mañana siembra tu simiente y por la tarde no cese tu mano; porque no sabes que nacerá pri-

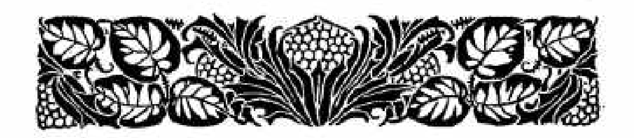
18 Eccles., XI, 1.
19 Isai., LIX, 21.

mero si esto o aquello; y si lo uno y lo otro a una, será mejor" [20].

Con estas palabras delante de nuestros ojos ¿qué juicio formaremos del Sacerdote que coge un antiguo sermón, por ejemplo, de la Encarnación para predicar el Domingo de la Santísima Trinidad, o de la maledicencia para el día de Navidad, o de la felicidad del cielo en la Cuaresma: o lo que es todavía peor, que sube al púlpito, sin preparación ninguna, ni remota, ni próxima; sin meditar y sin orar; que escoge de momento el texto, fiado en la afluencia de su palabra y en su largo catálogo de lugares comunes sobre materias de piedad? ¿Podrá haber en el alma de semejante Sacerdote temor de Dios, sentimiento de la santidad de Dios, de la cuenta estrecha que debe dar de toda palabra ociosa; o amor de las almas, o deseo de promover la gloria de Dios, o conciencia de que con este proceder contrista al Espíritu Santo?

[20] Eccles., XI, 6.





CAPÍTULO XV

La libertad del Sacerdote

¿Tiene más libertad un Sacerdote que un simple fiel? A primera vista contestamos que sí, porque la dignidad del Sacerdote le colma de privilegios sobre todos los demás hombres, y le constituye su juez, censor y guía. Además, él es Rector de su Misión o Parroquia y tiene gran independencia en muchas cosas; es dueño absoluto de su propia casa, de su tiempo, de sus hábitos, y, exceptuando lo que toca al cumplimiento de sus deberes espirituales, en todo lo demás puede disponer y ordenar su vida como mejor le plazca. Puede ir donde quiera, estarse allí todo el tiempo que quiera, escoger sus amistades. No hay nada durante todo el día que acorte o turbe su libertad; y una libertad de esta clase fácilmente degenera en licencia. El Sacerdote es independiente por completo de todo el mundo, excepto de su Obispo, y su Obispo suele estar generalmente a mucha distancia. Si alguna cuestión se suscita, él es juez en propia causa; decide y se aplica la ley a sí mismo. Ésta es una libertad grande verdaderamente y no poco peligrosa, mucho más sin duda alguna que la de un simple fiel.

No obstante, el Sacerdote tiene obligaciones de que están libres completamente los laicos. Él está obligado de una manera particular por tradición Divina de fe y de moral, no sólo a observar la ley de Dios, sino a hacerla observar a otros. Está ligado también por la disciplina de la Iglesia, por leyes Pontificias, que parte son comunes y universales y parte locales de la diócesis a que pertenece. Pero, además de esto, está ligado por tres principales obligaciones; esto es, por el precepto de castidad, que es equivalente a un voto. Y esta obligación envuelve separación y abstención de todo cuanto pueda afectar la pureza interna del alma o apartar el corazón del Sacerdote del supremo amor de su Divino Maestro. Él no puede tener afición alguna desordenada. Está sujeto también al espíritu de pobreza, y por consiguiente, a una vida en espíritu de pobreza. Podrá poseer un rico patrimonio y tener un pingüe beneficio; no está obligado por los cánones a dar su patrimonio a los pobres; puede emplearlo en provecho de sí mismo y de su casa; pero no todo lo que es legal es conveniente o Sacerdotal. De su beneficio puede tomar para la congrua sustentación, pero todo lo demás debe emplearlo en usos piadosos. Podrá ser rico; mas si quiere vivir como Sacerdote, debe vivir como pobre. Y si vive como rico, aunque no cometa pecado, por lo menos es cierto que no vive como su Maestro. Y el siervo no ha de ser más que su Señor. Según los grados de amor que tenga al Señor, así serán los deseos de asemejarse a Él, y de escoger el modo de vida que se asemeje al suyo.

En tercer lugar está ligado con la obediencia. Las cosas en que ha de obedecer están determinadas por las leyes generales de la Iglesia y las particulares de su diócesis; pero la obligación de obedecer le viene de la promesa que al ordenarse

hizo en manos del Obispo; y el motivo por que ha de obedecer es el amor de nuestro Señor y de las almas.

Además de estas obligaciones, que se adquieren por contrato espontáneo al recibir el Presbiterado, hay una ley y una obligación que comprende a todo miembro del cuerpo místico de Cristo, y más que a todos a los principales miembros del Cuerpo, que son los Obispos y Sacerdotes de Cristo, es a saber: la ley de la libertad. Santiago dice: "Así hablad y así haced, como que empezáis a ser juzgados por la ley de libertad" [1]. Esta ley es anterior a todas las otras leyes, lazos o votos; es universal, y obliga a toda alma regenerada; es suprema, y no tiene más límite en cuanto manda, que el poder que tenemos para cumplirla.

San Pablo escribiendo a los Gálatas, llama a la ley de Moisés ley de servidumbre, y al Evangelio ley de libertad. Escribiendo a los Romanos, dice que la ley de servidumbre es ley de pecado y de muerte. Pero Santiago le da una significación más alta.

I. Esta ley de la libertad, es primeramente la ley de Dios, escrita en nuestros corazones al tiempo de nuestra regeneración. Por nuestro primer nacimiento vinimos al mundo en la esclavitud del pecado y de la muerte. El conocimiento de la ley de Dios y aún de la existencia de Dios, estaba oscurecido en nosotros. Por medio de nuestra regeneración, recibimos del Espíritu Santo las virtudes de la fe, esperanza y caridad. El Bautismo fué llamado φωτίσμος y los bautizados iluminados [2]. El conocimiento de Dios y de su ley nos fué restituido. La voluntad que había quedado herida y debilitada por el pecado original, quedó

1 Jacob., II, 12.
2 Heb., X, 32.

libre de la esclavitud de debilidad y restituida a su libertad. Esto es lo que Dios había prometido, cuando dijo: "Éste es el testamento que yo haré con ellos después de estos días, dice el Señor. Daré mis leyes en sus corazones, y en sus almas las escribiré" [3].

Con nuestra regeneración fuimos hechos hijos de Dios. Con la infusión y permanencia del Espíritu Santo, la voluntad es elevada y fortalecida para hacer la voluntad de Dios. Por el primer nacimiento estaba privada del Espíritu Santo, y por el segundo la voluntad es investida una vez más de fuerza sobrenatural. "A los que lo recibieron dióles potencia de ser hijos de Dios." La debilidad de la voluntad y la fuerza de la pasión trajeron la voluntad al estado de esclavitud. La voluntad es siempre libre, pero esta libertad se encuentra como seducida o sobornada por las afecciones o apetitos inferiores para hacerse traición a sí misma. Con nuestra regeneración entramos a la libertad de los hijos de Dios. San Pablo escribe así: "No hay, pues, ahora condenación para aquellos que son en Cristo Jesús, que no andan según la carne; porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús, los ha librado de la ley del pecado y de la muerte" [4]. Están libres de la culpa del pecado original, de su poder y seducciones. El peligro principal que hay en el pecado es el halago y sutileza. El pecado alucina y engaña al alma; la alucina y atrae por el deseo, la engaña con la disimulación. No hay obligación de un hijo de Dios que los reengendrados no puedan cumplir, si en ellos hay voluntad. Tienen las dos cosas que son para esto necesarias: el poder y la libertad. Ved ahí, pues, el primer paso en el camino de la libertad de los hijos de Dios.

[3] Heb., X, 16.
[4] Rom., VIII, 1, 2.

Están libres de la muerte eterna. No tiene derecho ni poder contra ellos, ni puede recobrar semejante poder, a no ser que ellos se hagan traición a sí mismos.

II. Además de la ley de la libertad, es la voluntad elevada por el amor de Dios. Servir a Dios es reinar. Amar a Dios es gozar de perfecta libertad. *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas* [5]. *Charitas Dei diffusa est, in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis* [6]. Donde está el Espíritu de Dios, allí está la libertad; porque el Espíritu de Dios es amor, y donde hay amor, hay libertad. Ni puede haber libertad donde no hay amor. Donde no hay amor de Dios, el amor de las criaturas, y de la más baja de todas las criaturas, el amor de sí mismo, es el que reina. No hay esclavitud más grande que ésta. El amor de las criaturas trae consigo los celos, los disgustos, los resentimientos y tentaciones de muchas clases. El Sacerdote que ha perdido su libertad por una afición desordenada es verdaderamente esclavo. Depende para ser feliz de algo inferior a Dios, de algo que es mudable, incierto y transitorio. San Agustín describe el estado de su alma antes de haberla hecho libre el amor de Dios, como una esclavitud de cadenas de hierro, no forjadas por manos de hombre alguno, sino por su voluntad de hierro.

Mas después, cuando fué redimido y restituido a la libertad de hijos de Dios, dijo: "Ama y haz lo que quieras", porque nuestra voluntad es entonces la voluntad de Dios. No tenemos otra voluntad que la suya, y al hacer la voluntad de Dios, hacemos la nuestra; porque amor es voluntad y voluntad es amor. *Pondus voluntatis amor*. Según lo que amamos es lo que queremos. El amor

[5] II Cor., III, 17.
[6] Rom., V, 5.

inclina a la voluntad, y le da impulso y peso. Por el amor es como nos adherimos a Dios. *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est* [7]. Esta unión es la unión de la voluntad. Y es conocida de nosotros mismos, y mostrada al mundo por muchas señales seguras y aún evidentes. Primero, cambia todas nuestras intenciones en la vida. Antes teníamos por blanco muchas cosas inferiores a Dios; cosas falsas, malas y peligrosas, o cosas inocentes y lícitas, pero inferiores a Dios. Estábamos llenos de estas cosas, y ordenábamos nuestra vida de modo que pudiéramos poseerlas. Ahora tenemos ya otras miras completamente nuevas. Nuestras aspiraciones no se detienen en este horizonte visible en que vivimos, sino que lo rebasan. El Reino de Dios, y Dios mismo; la vista clara de Dios, y la unión con Él; ved ahí los polos sobre que gira nuestra alma.

Cuales son los deseos de nuestro corazón, tal es el empeño que ponemos en cuanto emprendemos; esto es, los móviles que impulsan y dirigen nuestra vida, y las ocupaciones de cada día. En un tiempo ayudamos tan sólo a las cosas puras, inocentes y lícitas de este mundo (no hablamos ahora de las malas y pecaminosas); suspirábamos por muchas cosas de las cuales vivíamos, y en las cuales nos ocupábamos, empleando una buena parte de nuestra savia y de nuestras fuerzas en esta tarea, hasta que una luz superior vino a iluminar nuestras almas, y el amor de Dios prendió fuertemente en nuestro corazón. Desde este momento feliz la frágil navecilla de nuestra alma tuerce su proa a obras más grandes y más perfectas. La salvación de las almas, la dilatación de la fe, la extensión del reino de Dios, la santificación de su nombre, el reinado de su adorable

[7] I Cor., VI, 17.

voluntad en todo cuanto nos rodea; éstos vienen a ser los grandes negocios que absorben nuestros pensamientos y agotan nuestros esfuerzos. Dejamos de pertenecer al número de los que buscan lo suyo, y formamos parte de los que buscan "las cosas que son de Jesucristo" [8].

A estos nuevos propósitos y nuevos intereses, se agregan nuevos gustos; esto es, una nueva e interior percepción de contento y gusto en las cosas, que en tiempos pasados eran para nosotros desabridas o sin atractivo; por ejemplo, la oración, la lectura de los libros sagrados, la Santa Misa, la soledad del Santuario, cuando estamos solos en su presencia; o cualquiera otra cosa que nosotros podemos hacer, por pequeña que sea, por amor del Señor; o un acto de abnegación, cuando podemos hacer un esfuerzo mayor en su servicio. Éstas son cosas del Espíritu de Dios, las cuales el mundo juzga necedades, porque las examina tan sólo con el entendimiento y con los sentidos. Todo, pues, aquello de que antes huíamos, ahora nos atrae. Cruces, aflicciones interiores, malos tratamientos, pérdidas de bienes, que son como pequeñas astillas de su Cruz y un como gustar algo de los acerbos dolores y sufrimientos que formaban su suerte, vienen a ser para nosotros prendas de su amor, y pruebas de nuestra fidelidad para con Él.

III. Finalmente, la ley de la libertad es la voluntad que se convierte en ley de sí misma. "La ley no se hizo para el justo" [9], sino para el desobediente. "El amor es el cumplimiento de la ley" [10]. "Aquel que ama a su prójimo, ha cumplido con la ley" [11]. El amor se anticipa a los

[8] Philip., II, 21.
[9] I Tim., I, 9.
[10] Rom., XIII, 10.
[11] Ibid., XIII, 8.

mandamientos. El amor hace instintiva, y pronta y cumplidamente lo que la ley fuerza a hacer al que no quiere.

San Juan dice: "Todo aquel que es nacido de Dios no hace pecado, porque su simiente está en él, y no puede pecar porque es nacido de Dios" [12]. Es decir, el Espíritu Santo, el Santificador, habita y reina en él; y toda su nueva naturaleza, que es espiritual y sobrenatural, detesta y abomina todo pecado en todas sus formas y atractivos. Sin violencia y sin hacer injuria a toda su alma, no podría pecar; y el pecado por consiguiente no sería contra Dios solamente, sino contra su propia voluntad. Si se presenta a su voluntad esta disyuntiva, o cometer un pecado mortal, o morir, de muy buen grado preferiría morir. Si tuviera que elegir entre cometer un pecado venial deliberado y perder la vida, antes la querría perder que cometerlo. Si se le mandase escoger en esta vida una de estas dos suertes, teniendo igual esperanza de salvarse; vivir sin cruz, o vivir con cruz, escogería esto segundo para más conformarse con nuestro Divino Maestro, y para agradecerle tanto como sufrió por nosotros, y para corresponder con amor a tanto amor.

La ley de la libertad, pues, es la que movió a Dios *liberrimo consilio* por su más libre determinación y sabiduría a crearnos [13], y a dar a su Hijo por nuestra Redención. Esta libertad movió al Hijo a tomar sobre sí nuestra humanidad y a ofrecerse de su voluntad por nosotros en la Cruz. *Oblatus est quia ipse voluit.* La ley de la libertad fué la que movió a la Santísima Trinidad a predestinarnos, llamarnos, justificarnos y glorificarnos por medio de la adopción de hijos; a llamarnos al Sacerdocio; a hacer de nosotros las primicias de las primicias del Espíritu. Así como todas las cosas son para su gloria, así nos ordenó para su mayor y aun máxima gloria. Todo esto fué sin necesidad o violencia. Es obra sola y exclusivamente de la libre voluntad de Dios; porque la voluntad de Dios es su sabiduría, y su amor en un acto perfectísimo, y su sabiduría y su amor son su ley. Él es su propia ley. Ley y libertad son cosas distintas, pero indivisibles. Y esta ley de la libertad se manifestó al mundo en el Verbo Encarnado. En Jesucristo vemos una voluntad que es ley para sí misma; y todos los que son semejantes a Él, según la medida de su semejanza con Él, vienen a ser su propia ley en el uso de su libertad. Esta ley deja tras sí todos los mandamientos literales, a la manera que el hombre sabio se olvida quizás del alfabeto, y el hábil cantor, de la escala de música. Es una ley que ata más que los mismos mandamientos. Mueve el corazón y urge la conciencia e impulsa la voluntad, como aguijada por continuo acicate. Por esta ley seremos juzgados todos; pero sobre todos, por ésta han de responder los Sacerdotes [14].

Debemos, pues, vivir ahora según esa ley. Podrá ser que en toda nuestra vida jamás hayamos hecho cosa mala, pero ciertamente que hemos podido hacer muchas cosas buenas. Hemos tenido para ello poder y libertad. Y aún más: nunca hemos dejado de hacer el bien, porque fuera de veras imposible hacerlo; y nunca lo hemos hecho, que no pudiéramos hacerlo mejor. Porque correspondemos a pocas gracias de las muchísimas que recibimos, y con fidelidad imperfecta, y

[12] I Joan., III, 9.
[13] Conc. Vat., Const. dogm. de fid. cath., c. I.

[14] "Si reddenda est ratio de iis quæ quisque gessit in corpore suo, quid fiet de iis quæ quisque gessit in Corpore Christi, quod est Ecclesia? (Inter opera Stí. Bernard. *Ad Prælatos in Concilio.*)

con esfuerzos que tienen muchas intermitencias. Y todo esto es faltar a la ley de la libertad.

¿Qué razón o motivo, pues, falta para obligar al Sacerdote a tener las más elevadas aspiraciones? Estamos obligados por la ley natural a obedecer a nuestro Hacedor, con todas las potencias y afectos de todo nuestro ser; por la Redención estamos obligados a glorificar a nuestro Redentor, porque Él nos compró para sí mismo. Por el bautismo de la Regeneración estamos obligados a obedecer al Espíritu Santo como hijos de Dios; por la fe estamos obligados a obedecer a la ley revelada de Dios; por la esperanza, a valernos de todos los medios conducentes para alcanzar la vida eterna; por la caridad, a amarle *super omnia* con toda nuestra alma y fuerzas. Esto es verdad en todos. Mas los Sacerdotes están obligados más que todos los demás hombres, por su predestinación más alta, por la abundancia de mayores gracias, por la unción y carácter del Sacerdocio, por su participación en el carácter y Sacerdocio, del Hijo de Dios, por la misión y cargo que les ha encomendado, y por las promesas que le han hecho, por el amor que deben profesarle como discípulos y amigos, por gratitud y por generosidad; por todos estos motivos deben usar de su libertad, no de mala gana o como constreñidos, sino con alegría, gozo y oblación de sí mismos, y hasta con abnegación y sacrificio del modo más franco y sencillo, si fuere necesario, con el fin de servirle de la manera más perfecta en salvar las almas por quienes Él murió. "Todas las cosas son lícitas para mí", mas no por eso he de hacer o me he de gozar en todo lo que es lícito, porque "no todas las cosas convienen". No todas me han de hacer adelantar en los caminos de mi salvación, de mi santificación, de mi perfección Sacerdotal. "Todas las cosas son lícitas, pero no

todas edifican." Si yo, por ejemplo, incito o animo a alguno para que haga, con peligro de su alma, algo que no es peligroso para mí; si yo contribuyo a que decrezca su fervor en perseverar en los buenos propósitos o que no sean tan altas sus aspiraciones, o si con la influencia de mi ejemplo deshago lo que he estado enseñando a hacer a otros, o les doy escándalo, entonces el uso de mi libertad, por más lícita que sea de suyo, no sólo no será conveniente, sino que será un obstáculo para su salvación y aun más para la mía.

¡Dichoso el Sacerdote que ofrece toda su libertad a su Divino Maestro y la limita generosamente en todas sus comunicaciones y relaciones en este mundo! Si hemos de llegar a esta altura de perfección, necesitamos tener continuamente en nuestros oídos las palabras *Quid hic agis, Elía?* Al Sacerdote a quien se ve pocas veces en medio de la sociedad, es a quien todo el mundo querría tener a su lado en la hora de la muerte. San Jerónimo dice: *Si quis sæpe invitatus ad convivia non recusat, facile contemnitur.* Nuestro Señor es verdad que fué a casa de Simón y a las bodas de Caná, pero en todas partes era el Hijo de Dios. Iba impulsado por motivos de verdadera caridad. Si hacemos de la libertad por amor al Señor el mismo uso que Él hizo de ella por nosotros, viviremos en el mundo para salvarlo, pero viviremos también fuera del mundo para salvarnos a nosotros mismos. Los Sacerdotes y los Párrocos tienen una necesidad especial de protección; y también una especial promesa de que serán guardados mientras hagan uso de su libertad por amor del Señor, con generosa abnegación de sí mismos. "Oh Padre Santo, guarda en tu nombre a los que tú me has dado. Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre. Los que me diste yo los guardé y ninguno ha

perecido, sino el hijo de perdición. No te ruego que los quites del mundo, sino que los libres de mal[15].

Nuestro Señor hizo uso de su libertad para morir por nosotros; e hizo esto para redimirnos y ganar nuestros corazones. Nosotros hacemos uso de nuestra libertad para vivir para nosotros mismos. San Pablo describe los días peligrosos de los últimos tiempos, haciendo un catálogo de pecados, sobre todo espirituales, y los enumera diciendo que habrá hombres "amadores de sí mismos", "amadores de los placeres más que de Dios"[16]. En otro lugar dice: "que todos buscan las cosas que son suyas, y no las que son de Jesucristo"[17]; es decir, que son pecadores que quebrantan los mandamientos de Dios; o gentes apegadas al mundo, en quienes no hay el amor del Padre, o que se buscan a sí mismos, que tienen algún fin en todo cuanto hacen, ya sea con miras ambiciosas, o ya sea procurando mezquinas ganancias; o egoístas que con un espíritu sectario no se cuidan para nada del bien y provecho de los demás, es decir, la fraternidad de Caín, que fué el primero que dijo: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" Se contentan con tener un asiento en la Iglesia y oír algunas confesiones, y en esto acaba el cuidado de las ovejas o de la grey que les está encomendada. Perecerán las almas en torno de ellos, pero a ellos no les importa.

Finalmente, entre aquellos que se buscan a sí mismos hay glotones espirituales que buscan intensamente las consolaciones y goces de la Religión, que olvidarían muy pronto, si no fuesen mimados como niños. Los que buscan las cosas

[15] Joan., XVII, 11, 12, 15.
[16] II Tim., III, 4.
[17] Philip., II, 21.

que son de Jesucristo, son las almas inocentes y los penitentes, los desinteresados, los que se niegan a sí mismos, los buenos soldados que llevan con paciencia los trabajos grandes y las cruces, en su celo por la salvación de las almas, por la Iglesia y por el Sacerdocio. Los primeros hacen uso de la libertad en provecho propio; los segundos, en obsequio de su Divino Maestro. A una de estas dos clases debe pertenecer todo Sacerdote; pues no es posible la neutralidad cuando se atraviesa de por medio el deber; y no hay estado medio entre ser fríos y calientes, sino la tibieza.

Cinco son las señales por las que conoceremos si hacemos un uso prudente y generoso de nuestra libertad.

I. La primera es no estar contento hasta volver al Señor amor por amor. Él nos ha amado con un amor eterno antes que nosotros existiéramos, y con un amor personal, cuando vinimos a este mundo, y con un amor de redención, cuando fuimos reengendrados por medio del Bautismo, y con amor de amistad, cuando tuvimos la dicha de conocerle y amarle. ¿Qué amor podemos ofrecerle en retorno, sino un amor sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas? ¿Cómo podemos estar satisfechos de nosotros mismos, cuando leemos: "Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema *Maran Atha*"?[18]. Y en otro lugar: "Ninguno puede decir, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo"[19]. El amor del Señor y su servicio, son cosas altas y serias.

II. La segunda señal es el celo por Él; esto es, un constante y encendido deseo de emplear todo el tiempo, todas las facultades y medios que estén a nuestro alcance, en el cumplimiento de

[18] I Cor., XVI, 22.
[19] Ibid., XII, 3.

su voluntad, en la difusión de su doctrina, por el honor de su nombre, por el servicio de su Iglesia, por la salvación de las almas.

III. La tercera es tristeza con Él y por Él, a causa de los pecados cometidos por los que no le conocen y, aún más, por los que obran contra la fe, contra la unidad de la Iglesia, contra su autoridad, contra su amor siéndole ingratos, contra su persona perpetrando sacrilegios, contra su cuidado Pastoral, dando escándalos que son causa de la condenación de las almas por quienes Él dió la vida. La vista de las almas que perecen dentro y fuera de la Iglesia, debe ser para los que tienen un poco de amor y de celo, un motivo constante de pena.

IV. La cuarta es generosidad en darnos a nosotros mismos y en dar de mano a nuestra libertad en todo cuanto podamos hacer, o sacrificar por su amor, consumiéndonos y dejando que otros nos consuman en bien de los escogidos [20].

V. La quinta es alegría en las cruces, las cuales pueden ser de tres clases: Primera, las que hemos merecido por nuestras faltas, por nuestras imperfecciones, y por nuestros pecados pasados. Segunda, las que no hemos merecido, como falsos testimonios, desprecios, y odios enteramente gratuitos. Tercera, las cruces voluntarias, esto es, motivadas por cualesquiera actos o restricciones de nuestra libertad, que pueden ofender a aquellos que condescienden demasiado con la suya.

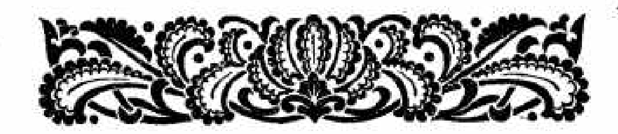
Las corrientes del mundo cristiano en nuestros tiempos se precipitan buscando una clase de libertad que acaba en licencia. Tal es el espíritu de la época, y la marcha de retroceso de nuestros días. Nos hemos acostumbrado de tal modo a una vida cómoda y muelle, que interpretamos

20 II Cor., XII, 15.

aún las palabras del Espíritu Santo hasta el punto de dejarlas como sin color y que parecen metafóricas. ¿Quién toma ahora como regla de vida aquella palabra: "Nunca Dios permita que yo me glorie sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo; por el cual el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo"? [21]. ¿Qué señal hay de crucifixión en nuestra vida, intachable tal vez, pero cómoda? O aquéllas: "Estoy enclavado con Cristo en la cruz; y vivo yo, mas ya no yo, sino Cristo vive en mí. Y lo que vivo ahora en carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí" [22].

¿Qué señales de los clavos hay en nuestra vida libre, y qué señal de que Cristo reina en nosotros y por nosotros en todas nuestras palabras y acciones? No parece sino que leemos la ley de la libertad al revés. "Hablad y obrad como aquellos que, si no pecan voluntariamente, no necesitan negarse a sí mismos en cosa alguna", en vez de decir: "Hablad y obrad como aquellos que desean restringir su libertad en todas las cosas, a fin de conformarse con el Hijo de Dios, que se negó a sí mismo por amor nuestro.

21 Galat., VI, 14.
22 Ibid., II, 19, 20.



CAPÍTULO XVI

La obediencia del Sacerdote

Hemos visto cuál es la libertad del Sacerdote. Mientras no traspase las obligaciones que imponen el Sacerdocio y la disciplina de la Iglesia, tiene tanta libertad como cualquier otro hombre. Pero si hace uso de su libertad como los demás hombres, no puede decir a sus súbditos: "Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo" [1]. Un sacerdote que vive tocando los límites de su libertad, es un sacerdote laxo; y un sacerdote laxo es un hombre infeliz. Está cercado por todas partes de restricciones, y éstas le ahogan, porque no las ama. Tiene sobre su cuello el yugo del Sacerdocio, que le pesa, porque este yugo no es su alegría. El hombre más dichoso del mundo es el austero o estricto Sacerdote, para quien el yugo del Sacerdocio es suave, y sus restricciones mucho menores que las limitaciones que él se ha impuesto de su propia libre voluntad. Ahora pregunto: ¿Qué diferencia hay aun entre los buenos, entre Sacerdote y Sacerdote? Todos tienen igual-

[1] I Cor., IV, 16

mente los tres caracteres de hijos, de soldados y de Sacerdotes de Jesucristo, y todos tienen en la medida y proporción convenientes las gracias sacramentales que fluyen de esas tres fuentes. ¿En qué se diferencian pues? La diferencia parece consistir en el uso, que el uno hace y el otro no, de los siete dones del Espíritu Santo que hay en ellos. Las virtudes de la fe, esperanza y caridad son hábitos; mas los dones son las facultades o poderes con que obran y se perfeccionan estas virtudes. Tres de los dones, el temor, la piedad y la fortaleza, perfeccionan la voluntad; cuatro perfeccionan la razón; el entendimiento y la ciencia perfeccionan la razón especulativa; el consejo y la sabiduría perfeccionan la razón práctica. Estos siete dones, cuando se desarrollan en toda su perfección, hacen santos a los que los poseen; desarrollados parcialmente, y de una manera no igual, constituyen las diferencias de santidad que se ven en la Iglesia; es decir, hacen a los hombres buenos cristianos, pero no perfectos. Según la medida en que se hace uso de ellos, así dan un carácter particular al alma. Unos Sacerdotes son excelentes para dar un consejo, otros para ver sutilezas intelectuales, unos sobresalen en la piedad, otros en la fortaleza, y así sucesivamente. No es frecuente ver los siete dones igualmente desarrollados en el mismo carácter, porque esto forma las almas santas, y las almas santas son pocas.

Esta doctrina nos da la clave para explicar la gran variedad que existe entre los buenos Sacerdotes. Algunos son prudentes, pero no doctos; otros son doctos, pero no piadosos; otros piadosos, pero no alentados. Ahora bien: los teólogos nos dicen que la pérdida de estos dones es lo que hace a los hombres necios. Cuando la razón y la voluntad no están sino imperfectamente

desenvueltas, lo manifiesta bastante a las claras todo el carácter o tenor de vida. Algunos etimologistas hacen derivar la palabra *stultitia* de *stupor* y dicen que *stultitia* es *luxuriæ filia*, o sea la resultante o producto natural de una vida muelle e indulgente. Vemos hasta en los buenos Sacerdotes, cuando su vida, aunque regular e intachable, es una vida sin esfuerzos, holgada y cómoda, una cierta tendencia a la inercia, y pesadez de espíritu.

Lo mismo sucede con los hombres del mundo. La vanidad intelectual, la indocilidad o independencia en materias prácticas y especulativas, les viene del poco caso que hacen de los dones de entendimiento y consejo. Los hombres de ciencia están de un modo particular expuestos a estos raquíticos y torcidos hábitos intelectuales. Pero nosotros nada tenemos que ver con ellos; estamos hablando de los Sacerdotes, esto es, de nosotros mismos. La razón por la cual los sacerdotes son a veces pretenciosos, vanos, amigos de burlas y críticas, y su predicación ni convence ni persuade, tal vez reconozca la misma causa. Así como la pérdida de los siete dones produce estupor o estulticia de la mente, por lo menos en las cosas espirituales, así el impedir su desarrollo, y la negligencia en ejercitarlos produce insensibilidad y falta de delicadeza. El temor santo es el principio de la sabiduría. Es un don grande, y nos libra del mal; pero sin la piedad seremos por lo menos fríos y duros con los demás. La piedad filial es el cariñoso y tierno afecto de hijo; pero sin la fortaleza podrá degenerar en demasiado blanda e inconstante. Si estos dones que perfeccionan y gobiernan la voluntad, están como obstruidos y debilitados en la acción, el Sacerdote será un débil apoyo de aquellos que necesiten su auxilio. De la misma manera si su

razón práctica está torcida u oscurecida, no será un maestro de mucha confianza para su rebaño, y si su razón especulativa se halla anublada, será un guía inseguro para el inocente, el penitente y el que vacila.

Hay cinco cosas que fomentarán en nosotros y desarrollarán la operación de estos siete dones del Espíritu Santo.

La primera es el espíritu de penitencia; ésta hace desaparecer los obstáculos y dificultades que impiden y frustran la obra del Espíritu; la segunda es un estudio constante de la Sagrada Escritura, porque en ella habla y perfecciona su propia obra en nosotros el Espíritu Santo; la tercera es la oración vocal, pidiendo luz al principio del día, al comenzar nuestro estudio, o cualquiera obra de importancia; la cuarta es la oración mental, por la cual nuestra unión con Dios, y el sentimiento de su presencia en nosotros, se conservan vivos; la quinta y última es espíritu de docilidad, sintiendo que dependemos de Dios y que sin Él no tenemos ni luz, ni norte, ni guía, ni fuerza, ni refugio, ni seguridad; prestándole oído cuando habla a nuestras conciencias y estando prontos a obedecerle en cuanto oigamos su voz. Un alma dócil está diciendo siempre: "Mi corazón está preparado, mi corazón está preparado." "Hablad, Señor, que vuestro siervo oye." Estos cinco hábitos desarrollarán continuamente los siete dones en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad, y formarán en nosotros el hábito de la obediencia mental o de entendimiento, el *rationabile obsequium*, sin el cual un Sacerdote no puede ser *alter Christus*, o la semejanza de Cristo.

Procuraremos, pues, ver con más cuidado en qué consiste esta obediencia mental o de entendimiento.

I. Primero consiste en una obediencia amorosa a la Iglesia. Obediencia sin amor es una máscara, no una realidad viviente. Obedecer porque es necesario obedecer, por temor a las penas o censuras, no es bastante. La obediencia de Nuestro Señor en su bautismo es nuestro ejemplo. ¿Por qué siendo Él Dios, e Hijo sin mancilla de Dios, fué bautizado con el bautismo de los pecadores? ¿Por qué siendo Él el mayor, fué bautizado por el menor, el Señor por el siervo? ¿Por qué fué bautizado en presencia de sus enemigos, cual si fuese, como ellos pensaron que lo era, pecador y amigo de pecadores? Lo fué porque debía cumplir toda justicia; para que la humildad y la obediencia a su Eterno Padre fuesen perfectas. ¿Qué disculpa, pues, podrá hallar el Sacerdote para desobedecer? La regla, o la ordenación, podrá decir, es innecesaria, molesta, expuesta a mala inteligencia, y que emana de una autoridad parcial o mal informada. Supongamos que todo esto es verdad; sin embargo, el deber y la gracia de la obediencia no han cambiado en nada, y un espíritu dócil obedecerá. Los que critican a la autoridad no son modelo de docilidad. Aunque obedezcan, pierden el mérito de la obediencia; y si desobedecen, tendrán que dar cuenta a Dios. El espíritu que había en Jesucristo era espíritu de obediencia; y el espíritu de la Divina Cabeza se extiende por todo el cuerpo de Cristo. El axioma *sentire cum Ecclesia*, significa también creer con la Iglesia, esperar con la Iglesia, amar con la Iglesia, y por consiguiente obedecer con la Iglesia. El Sacerdote es, ante todo, *vir obedientiarum*, hombre de muchas obediencias. Obedece al Padre como hijo, al Hijo como Sacerdote, al Espíritu Santo como discípulo, a la Iglesia como a madre, al Obispo como a testigo visible y representante de todas estas cosas, el

cual, en nombre de Dios, recibe su obediencia en la persona de Jesucristo. Semejante obediencia eleva al Sacerdote. Es la acción más noble de su voluntad. Nada importa que la materia de la obediencia, o bien la cosa mandada, sea de mucha o de poca importancia. La misma autoridad corre, por decirlo así, por todos los mandamientos y leyes de disciplina, y nos habla por la voz viviente de Aquel a quien hemos prometido obediencia. La prudencia es deber del que manda, el nuestro obedecer. La obediencia de entendimiento no discute ni pone dificultades, no critica. Obedece; y en su obediencia encuentra el Sacerdote la presencia del Señor que le bendice. La falta de esta obediencia de entendimiento arguye la falta del don de sabiduría.

II. Otra señal de la obediencia de entendimiento o docilidad, es la devoción a los Santos. Ellos son nuestros modelos. Sus consejos, sus palabras, sus deseos son nuestra regla y también nuestra reprensión. San Felipe Neri nos recomienda que leamos autores que tengan una S. delante de su nombre. Ellos fueron algún tiempo lo que somos ahora nosotros; débiles, contrariados, tentados, penitentes y aun pecadores. Nosotros seremos en adelante, si perseveramos hasta el fin, lo que ellos son ahora. Sus ejemplos nos vienen como de molde en cualquier estado de nuestra vida y en cualquier parte de nuestro combate espiritual. Han sido puestos por Dios en nuestro camino, en todas edades y condiciones, para que sean nuestros guías y nuestros admonitores. En sus vidas vemos puestos en práctica, y como vivos y animados, los mandamientos, los preceptos y los consejos. Todo Sacerdote devoto tiene sus patronos. Un Sacerdote que no tenga comunicaciones íntimas con sus Santos Patronos, podrá con dificultad ver convertido en un hecho

en sí mismo el orden sobrenatural en que vivimos y nuestra comunión con "los espíritus de los justos consumados" [2]. No basta que el Sacerdote tenga devoción a María Santísima. Ella no es propiamente patrona de ninguno, porque es la Madre de todos. El lazo que a Ella nos une, es necesario, no voluntario. No podemos tener a Dios por Padre, sin tener a la Iglesia por Madre; y no podemos tener a Dios por nuestro Padre, si no tenemos a la Virgen Sacratísima por nuestra Madre. No la escogemos por Patrona. Somos sus hijos desde que recibimos el Bautismo, antes de conocerla, según la Consanguinidad sobrenatural de la Encarnación. Así también difícilmente podemos decir que escogemos a San José; porque él es Patrón de toda la Iglesia. Nosotros, pues, somos sus hijos legales mediante la Maternidad de la Inmaculada Virgen María. Nuestros Patronos son de nuestra elección. Y sería extrañamente irreflexivo el Sacerdote que no estuviese en comunicación y de varias maneras "con la Iglesia de los primogénitos cuyos nombres están escritos en los cielos" [3]. El día o lugar de nuestro nacimiento, nuestras caídas, nuestras faltas, nuestras necesidades, nuestras obras, todo esto nos trae a la memoria a muchos, que en su milicia sobre la tierra, fueron probados como lo somos nosotros. Acudir a los Santos es indicio de alma dócil y reverente; no hacer caso de ellos es prueba de indocilidad y de presuntuosa confianza en sí mismo. La devoción y el ferviente recurso a los Santos, es parte del don de piedad. Es aquel afecto del alma por el cual adoramos a la Santísima Trinidad con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas; porque amor y culto es el mismo afecto, ya el objeto sea infinito

[2] Heb., XII, 23
[3] Ibid

e increado, ya sea finito y creado. Pero estos actos de caridad distan entre sí infinitamente en el motivo y en la medida. El culto de Dios no tiene medida en nosotros, excepto nuestra naturaleza finita, a causa de su inmensidad. El culto de los Santos es finito, porque son criaturas. El amor del prójimo comienza por nuestros parientes y va subiendo continuamente de la tierra al Cielo, desde nuestro propio hogar hasta la corte celestial. Esto fué perfectamente dicho por uno que vió la verdad en parte, y dijo: "que la escuela más alta de mutuo respeto es la Iglesia Católica". Él vió que el respeto de los hijos para con sus padres, de los súbditos para con sus superiores, del pueblo para con sus Sacerdotes, de los Sacerdotes para con los Obispos, de los Obispos para con la cabeza de la Iglesia, es una sola virtud del alma, que no se distingue más que en la medida y otras variedades accidentales. En sí mismo considerado, todo es un solo hábito de piedad filial. El Sacerdote que tiene devoción a los Santos, difícilmente será irrespetuoso y tenaz, o criticón y murmurador de sus Superiores. Francia ha sido como apestada y afligida con el espíritu de mofa contra toda autoridad sagrada y secular. Inglaterra se ha librado hasta el presente de esta calamidad. Pero en todas partes encontraréis susurrones, murmuradores, críticos, censores y malas lenguas que no perdonan a nadie y menos a aquellos a quienes debieran respetar, si no por lo que son, al menos por el cargo que desempeñan. Y los tales en su pecado llevan la penitencia: porque no hay Sacerdote más criticado que el que critica a sus hermanos, ni que se ponga más en ridículo que el que ridiculiza a sus Superiores. El espíritu de maledicencia y de crítica en un Sacerdote, es señal segura de la ausencia del don de piedad.

III. La tercera señal de la obediencia de entendimiento, es el respeto a los teólogos. Es cierto que no incurrimos en la nota de herejía, sino cuando negamos o impugnamos alguna verdad de fe; pero podemos incurrir en la nota de error, temeridad, ofensa a los oídos piadosos al rechazar opiniones que no pertenezcan a la fe divina o católica. El espíritu privado, que cuenta trescientos años de edad y que ha sido erigido en ley y hasta en Religión, ha inficionado la atmósfera en que está obligada a vivir y respirar la Iglesia Católica. Es verdad que la doctrina de los teólogos, aunque sea unánime, no por eso es materia de fe divina; pero el consentimiento de los mismos crea una tradición intelectual contra la que nadie puede oponerse sin incurrir en la nota de temeridad. Seríamos temerarios si nos atreviésemos a levantarnos contra cualquiera de ellos; y algo más que temerarios si nos pusiéramos enfrente del sentir unánime de todos. La interpretación unánime de los Padres, constituye una regla para fijar el sentido de las Sagradas Escrituras contra los juicios particulares. La doctrina unánime de los teólogos es el máximum o grado más alto de certeza humana en materias de verdad revelada y no revelada. Si nos fiamos de nuestra razón individual, ¿no es más justo que nos fiemos de la razón colectiva de los teólogos? Si pensamos que la luz del Espíritu de verdad nos guía, ¿no debemos pensar que el mismo Espíritu los guía a ellos? Y ¿no es la unanimidad el resultado de la asistencia, por decirlo así, colectiva del Espíritu Santo, y una especie de iluminación convergente? La luz combinada y unida de todos, apaga nuestro espíritu aislado, como el sol del mediodía hace que todas las luces más pequeñas sean invisibles. La costumbre de enseñar a otros engendra también la costumbre de formar opinión propia y de adherirse demasiado a ella. Se nos pone a enseñar para afirmar y aseverar, y ésto nos lleva a aferrarnos en nuestro modo de pensar. Los lectores de dogma fácilmente se hacen dogmáticos. Los Sacerdotes suelen encontrarse con menos contradicción que los demás, y muchas veces lo llevan con menos paciencia. Los que viven en el mundo, por ejemplo en los tribunales o en los Parlamentos, efecto de la constante contradicción que experimentan, están familiarizados con la cortesía y la indulgencia. Frecuentemente son un ejemplo y una reprensión para nosotros. La ausencia del don de consejo es lo que nos hace ser tan amantes de nuestro juicio propio y tan poco sufridos.

IV. Otra señal de la obediencia de entendimiento es cierto temor y recelo de introducir o admitir novedades en la doctrina, o en las prácticas, o en materias de devoción. La Teología o la ciencia de Dios es la tradición divina que viene corriendo desde el principio, siempre esparciéndose y levantándose en su unidad y simetría, hasta la perfección. Se compone de cosas viejas y nuevas, pero las nuevas son, como dice San Vicente de Lerins, *non nova, sed nove.* El cuño del Imperio Romano, del Bizantino y del Británico, tienen nuevas y varias imágenes o inscripciones, pero el oro es en todos uno y el mismo. Así las definiciones de la verdad podrán ser nuevas, pero la verdad es vieja. Es este mar inquieto del entendimiento humano que arroja a la orilla lodo y oscuridad, lo que obliga a la Iglesia a hacer nuevos diques y a guardar la fe con nuevas definiciones. Mas hay algunos espíritus que se cansan de las verdades antiguas, de los términos antiguos, de las frases antiguas, de los antiguos modos de enseñar, de las oraciones y devociones antiguas. Necesitan el aicate

de la novedad; nuevos colores, nuevas formas, nuevos modos de exponer las doctrinas antiguas. Sucede con las doctrinas lo mismo que con las modas; es necesario que estén cambiando continuamente. Los críticos y los escritores, los profesores y los predicadores, tienen muchas veces el prurito de la originalidad. Parecerse a los primeros padres en la fe, es cosa vulgar; presentar planes nuevos, nuevos caminos de exponer verdades antiguas da reputación. Y sin embargo, sólo a la Iglesia es dado modificar la terminología sagrada de la fe. Sólo ella puede "sacar de su tesoro cosas nuevas y viejas". Todas las demás innovaciones no son otra cosa que salirse del camino trillado, el cual, porque es trillado, es seguro y es trillado porque por él han andado nuestros padres en la fe. Esto que es tan gran verdad tratándose de materias teológicas, lo es evidentemente más cuando se trata de la interpretación de la Sagrada Escritura. El amor a la novedad anda buscando con afán nuevos sentidos; y el espíritu de crítica no consiente freno. Vivimos en unos tiempos de libertad intelectual sin límites. Los Sacerdotes leen sin escrúpulo y sin que les ocurra duda alguna, libros y escritos que caen bajo las reglas del Índice. El hábito de independencia intelectual se forma fácilmente. Estamos rodeados de Gnósticos y Agnósticos; de aquellos que, según su propio testimonio, son más sabios que la Iglesia, y de aquellos que miden lo que puede saberse por lo que ellos saben. Los católicos no quisieran a sabiendas prestar oídos a estas escuelas del error; y sin embargo, participan continuamente y sin advertirlo de sus erróneos principios y consecuencias, en el contacto diario que tienen con el mundo. Estarán en guardia para no dejarse engañar de una falsa Teología y de una falsa interpretación de los

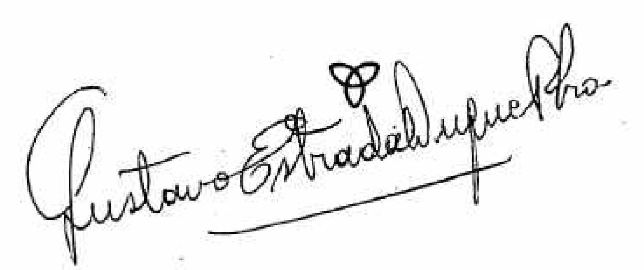
Libros Sagrados, pero tratándose de Filosofía ya no toman precaución ninguna, sino que prestan ambos oídos y aplican su entendimiento a las aberraciones de los modernos metafísicos. Creen que como en Filosofía no hay herejías, nada hay que temer. Pero se engañan, porque una falsa Filosofía socava la fe, un solo error filosófico, semejante a una viga carcomida, puede aflojar y poner en peligro todo el edificio de la Teología. El Sacerdote, más que otro alguno, debe estar en guardia sobre sí mismo, porque él es guía y maestro de los fieles. Es en extremo peligroso admitir y propagar el más pequeño error intelectual. Debemos vivir alerta contra lo que se alaba y glorifica como "pensamiento moderno". El pensamiento del mundo moderno está alejándose cada vez más de Dios. El amor a la novedad es uno de sus signos característicos, y el solo correctivo adecuado es el *donum scientiæ*, el don de la ciencia o de la sabiduría, que ve a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios. Con esta luz podemos atravesar sin dudas ni temor el mundo entero de las ciencias abstractas o aplicadas.

V. Resta todavía un signo más que añadir, es a saber, la desconfianza de sí mismo en todas sus formas, especialmente en los juicios intelectuales y morales. Para adquirir esta desconfianza de nosotros mismos, nos basta recordar tres cosas: primera, cuántas veces nos hemos equivocado en nuestras opiniones; segunda, cuán poco hemos leído; tercera, cuán poco hemos estudiado. Leer es una cosa, estudiar es otra. Ningún Sacerdote de buena conciencia cerrará sus libros; ninguno que sea prudente, tratándose de materias graves, responderá sin consultarlos: ninguno que desconfíe de sí mismo, se atreverá a publicar cosa alguna sin que su libro haya sido revisado por

otros ojos y otras inteligencias; cuanto más, mejor. Antes de enseñar debemos saber aprender; y antes de guiar a otros hemos de aprender a obedecer. Esta desconfianza de sí mismo nace del temor filial, es decir, el temor de ofender a Dios o en su ley o en su verdad por alguna negligencia, por alguna palabra ociosa.

A los Sacerdotes de un modo muy particular pueden aplicarse aquellas palabras de San Juan: "Vosotros tenéis la unción del que es solo Santo, y sabéis todas las cosas." Y entre estas cosas son, ante todo y sobre todo, el conocimiento de Dios y el conocimiento de sí mismos, del cual nace el desconfiar de sí. De nuestro Divino Salvador, en cuyo Sacerdocio tenemos parte, profetizó Isaías: "El espíritu del Señor reposará sobre Él; el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de bondad. Y Él será lleno del espíritu de temor del Señor" [1]. Todos los Sacerdotes reciben esta unción; y según la medida en que estos siete dones sean fomentados por una voluntaria obediencia, será la conformidad del Sacerdote con nuestro Divino Maestro.

[1] Isai., XI, 2. 3.





CAPÍTULO XVII

Las recompensas del Sacerdote

El Profeta Isaías predijo del Hombre de dolores que tendría sus consolaciones en medio de sus sufrimientos: "Porque su alma ha trabajado, Él verá y será lleno" [1], esto es, Él verá el fruto de sus trabajos y lágrimas, aun sobre la tierra. Lo mismo sucede con sus siervos. En medio de todas sus penas y angustias, de sus ansiedades y tristezas, el Sacerdote tiene multitud de consuelos; aun en esta vida tiene grandes recompensas y premios. Dios no quiere ser vencido en generosidad. Todo el que dejare cualquier cosa, por su amor, recibirá el ciento por uno. Lo que San Pablo dice a todos los fieles, es de un modo particular verdadero respecto de los Sacerdotes. Aquellos que se despojan de todo por Cristo, en la misma proporción en que han quedado pobres se harán ricos: *nihil habentes et omnia possidentes* [2]. "Todas las cosas son vuestras, y vosotros de Cristo, y Cristo, de Dios" [3]. Los derechos

[1] Isai., LIII, 11.
[2] II Cor., VI, 10.
[3] I Cor., III, 22, 23.

terrenos y legales de los ricos no impiden en manera alguna el gozo de los fieles. "Del Señor es la tierra y la plenitud de la misma"[4]. Y por medio del "Heredero de todas las cosas", nosotros las heredamos todas. El Cielo, la tierra y el firmamento fueron hechos antes que existiesen leyes humanas sobre propiedad. El Sacerdote que no tiene más que lo suficiente para sustentarse, goza sin carga o sin responsabilidad de todas las obras de la naturaleza en todo su esplendor y suavidad; y esto en un grado quizás más alto que los que son señores de la tierra. La hermosura del mundo es herencia común y nadie goza más íntimamente de esta herencia, que aquellos que mediante el *donum scientiæ* ven a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios[5]. El mundo entero para ellos es como la zarza que ardía en el monte Oreb. La presencia y la gloria de Dios las hallan en todas partes. "Todas las cosas" son de ellos; incluyendo en esto toda la revelación de Dios y toda la regeneración del hombre. El Sacerdote comienza el día en el altar dentro del velo que separa del pueblo al Santo de los Santos, circundado de la presencia Divina y de la Corte celestial. La visión de la fe, consciente e inconscientemente, viene a formar en él una segunda naturaleza. Él ve siempre el mundo que es invisible. Su belleza, su encanto y su fragancia es perceptible para él íntimamente. El incienso de la Santa Misa en la mañana, y de la bendición de la tarde, es como un olor que viene de los collados eternos. Un Sacerdote cuya alma esté llena de este mundo, debe sentirse muchas veces, si no siempre, sin espíritu y abatido. Por el contrario, el Sacerdote cuya alma esté llena del mundo de la eternidad, estará siempre, habitual y virtualmente, y muchas veces actualmente, lleno de luz, paz y contento. La promesa del Señor hecha por el Profeta se cumple en él: "Y te dará reposo el Señor siempre" aún en medio de los desórdenes de este mundo tempestuoso, "y llenará tu alma con esplendores", *implebit splendoribus animam tuam*, en medio de las tinieblas será lleno de los esplendores del mundo de la luz. "Y serás como huerto de regadío", por el orden y hermosura que en él pondrá Dios, y regado con arroyos continuos, "y como fuente de aguas, cuyas aguas nunca faltarán"[6]. Él recibirá, no tan sólo los arroyos de la "fuente de agua viva", que es Dios, sino que él mismo será una fuente perenne, de la cual saldrán arroyos, no sólo hacia dentro de su alma, sino también exteriormente a todos los que le rodean; arroyos de luz, de caridad, de consolación y de salud salvadora; porque la gracia sobrenatural del Sacerdocio y los siete dones del Espíritu Santo, serán siempre y en todas partes, y en toda necesidad y trabajo, *fons aquæ salientis in vitam æternam*[7].

[4] Ps. XXIII, 1.

[5] "Fidelis homo cujus totus mundus divitiarum est, et quasi nihil habens omnia possidet inhærendo tibi cui serviunt omnia." (S. August., *Confess.*, lib. V, 4.)

Esto sólo sería una abundante recompensa para el más fervoroso Sacerdote que se ha empleado durante una larga vida en la salvación de los escogidos. Pero hay otros premios todavía.

I. Y el primero es la alegría del Pastor por las almas de sus ovejas. Las relaciones del Pastor con sus ovejas son de tres clases: conocimiento mutuo, afecto de amor mutuo, y oficios mutuos de caridad. El mutuo conocimiento consiste en saber el número, el nombre y las necesidades de las ovejas, una por una, y en ser conocido de todas como padre, amigo y guía; el mutuo amor

[6] Isai., LVIII, 11.

[7] Joan., IV, 14.

consiste en amarlas a todas por Dios, por ellas mismas, como herederas de la eterna vida, y sus hijas espirituales en Jesucristo; y los oficios mutuos de caridad, en emplear con ellas sus cuidados, trabajo, tiempo, fuerzas, salud, y, si necesario fuese, la misma vida; y en que los fieles le presenten el homenaje de amor filial, generosidad y obediencia. Cuando el Pastor y el rebaño están así unidos, cúmplense perfectamente las palabras de San Juan: "No tengo yo mayor gozo de otra cosa, que de oír que mis hijos caminan en verdad" [8]. Según el grado en que el amor de las almas reine en el corazón del Sacerdote, éste comprenderá semejante alegría y la alegría será en la misma medida que su amor. Empero el amor de las almas es como un sexto sentido. Algunos tienen tan poco de este sexto sentido que parece más bien que carecen de él en absoluto, mientras que otros tienen tanto, que les absorbe en algún modo toda la vida. Algunos Sacerdotes tienen verdaderamente amor a las almas, pero tan flojo y manso, que les proporciona muy poco gozo y escasa recompensa en sus trabajos. Mas aquellos en quienes ese sagrado fuego arde de veras, experimentan tres distintos goces tan diversos entre sí que no pueden compararse, y al mismo tiempo semejantes, porque todos nacen de la misma fuente.

El primero es el gozo por las almas inocentes, esto es, por los niños que aún conservan pura y fresca la gracia bautismal; aún mucho más por aquellos que han llegado a la juventud y a la mayor edad en uno y otro sexo, sin haber perdido la inocencia de los primeros años de su vida. No puede haber vista más hermosa en este mundo que la de un alma en gracia de Dios. En el Reino del Padre brillarán como el sol [9]; ya en este

[8] III Joan., 4.
[9] Matth., XIII, 43.

mundo delante de Dios llevan su imagen y semejanza de manera que su resplandor no es eclipsado por nube alguna de culpa voluntaria. Estas almas felices son los limpios de corazón que ven a Dios, y los pacíficos que son llamados hijos de Dios. La humildad, pureza, sinceridad y caridad de estas almas en todas las relaciones de la vida, y no menos en las que las unen con aquel que ha sido su guía desde la juventud, y también su padre y amigo en Dios, son para el Sacerdote el sello y la señal de que su obra ha sido acepta a los ojos de nuestro Divino Maestro.

Otra recompensa grande de todos los cuidados, ansiedades y trabajos, la encuentra el Sacerdote en la conversión de los pecadores, y la vuelta de las almas a Dios. El gozo del buen Pastor por la oveja perdida será medido por dos cosas: el peligro del alma y el trabajo de buscarla. A veces sucede que un alma que ha perseverado largo tiempo en la inocencia, cae como un rayo del cielo. Ayer estaba en unión con Dios; hoy está separada y muerta. Toda la gracia de la niñez y de la juventud desapareció, y el brillo de la hermosura de esa alma se ha apagado y muerto. Y un alma muerta, lo mismo que un cuerpo muerto, pronto empieza a descomponerse. Un solo pecado levanta la compuerta, y la rapidez de la fétida corriente es extraordinaria. Una vez caído, se adquiere la facilidad, no por hábito, que no existe aún, sino por un nuevo y extraño impulso antes desconocido. Después viene una continuación atolondrada en el pecado, y en seguida la desesperación hace al alma ciega y sorda. Todo Sacerdote ha pasado, o pasará más pronto o más tarde, por esa pena, y se acordará muy bien de las oraciones y esfuerzos que hizo y de las esperanzas que concibió y los desengaños que sufrió, quizás por muchos años, antes de hallar al alma perdida,

y devolverla de nuevo a Dios. San Agustín trae el ejemplo de tres que habían muerto y volvieron otra vez a la vida de la gracia. La hija de Jairo, recién muerta y antes que comenzara la descomposición; el hijo de la viuda, muerto y llevado a enterrar, muerto y ya pronto a descomponerse; Lázaro, muerto y después de haber estado cuatro días en el sepulcro, envuelto en una sábana, y cubierto el rostro con un lienzo, imagen del pecado que es mortal, habitual y ciego. La alegría por estas resurrecciones de la muerte, nadie puede calcularla sino el Sacerdote que "ha recobrado sus muertos por resurrección" [10].

Finalmente, hay otro consuelo, aunque lleno de pena y ansiedad; cuando aquellos que han caído una y otra vez, una vez y otra vuelven a levantarse y a ser recobrados. Es un gozo mezclado de temor. Porque aquellos "de quienes hemos tenido compasión con temor", "sacándolos del fuego" siguen siendo por largo tiempo, quizás para siempre, una causa de constante temor. Sin embargo, cuando el Pastor ha hecho todo lo que puede por esas almas, debe estar tranquilo y con esperanza. Si las almas no quieren ser redimidas, él no puede salvarlas: Dios mismo respeta la libertad que creó y les dió. Ellas pueden destruirse a sí mismas. Así que va pasando la vida, y el trabajo del Sacerdote en medio de sus ovejas le ha llevado a estar en contacto con buenos y malos, inocentes y penitentes, puede mirar alrededor y extender la vista a todas partes como hace el labrador en los últimos días del verano cuando las mieses están en sazón, que vuelve su vista una y otra vez hacia los sembrados. Ve el añublo y el pulgón, y aquí y allí muchas plantas echadas a tierra por la lluvia y el viento, pálidas y enfermizas; sin

[10] Heb., XI, 35.

embargo, el campo está lleno de vida, y el sol brilla sobre las doradas espigas que dentro de poco estarán listas para caer debajo de la hoz del segador. Y en medio de tantas penas puede alegrarse como se alegran los labradores al tiempo de la recolección: *Lætabuntur coram te, sicut qui lætantur in messe* [11].

II. Otra recompensa del fervoroso Sacerdote es la gratitud de su rebaño. Él puede decir: "Por tanto, muy amados y deseados hermanos míos, gozo mío y corona mía" [12]. Mas, aun cuando yo sea inmolado sobre el sacrificio y víctima de vuestra fe, me huelgo y me doy el parabién con todos vosotros. Y vosotros también gozaos y dadme el parabién a mí por esto mismo" [13]. "Nos habéis conocido en parte, que somos vuestra gloria, así como también vosotros la nuestra para el día de nuestro Señor Jesucristo" [14]. "Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o nuestro gozo, o corona de gloria? ¿Por ventura no sois vosotros ante nuestro Señor Jesucristo en su venida?" [15]. "Por cuanto ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor. Y en efecto, ¿qué hacimiento de gracias podemos dar al Señor por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios?" [16]. Cuando cuenta sus ovejas, puede decir siempre: *corona mea et gaudium meum*. Cuando pasa revista a los pecadores e impenitentes y a los hogares, que ha trabajado con empeño por salvar, se acordará de cuánto ha luchado y orado, cuánto "ha trabajado toda la noche" por su salvación en medio de las tinieblas, teniendo apenas un pequeñísimo rayo de espe-

[11] Isai., IX, 3.
[12] Philip., IV, 1.
[13] Ibid., II, 17, 18.
[14] II Cor., I, 14.
[15] I Thess., II, 19.
[16] Ibid., III, 8, 9.

ranza, después de todo "sin pescar nada", dispuesto a echar de nuevo las redes a la menor insinuación de nuestro Divino Maestro, y otra vez lanzarse a lo profundo del mar, del cual, a pesar de sus luchas y oraciones, no ha conseguido salvar a esas almas. Esto nos sucederá, como sucedió a nuestro Divino Maestro, en nuestros trabajos cotidianos. Cuando miramos a esas almas rebeldes, participamos de las tristezas interiores de Nuestro Señor; cuando, apartando la vista de ellas, la fijamos en las mieses blancas ya para la cosecha, Él nos hace participantes de su alegría en los Cielos.

Hay cinco clases de personas en el pueblo, que recompensan al Sacerdote de sus penas en esta vida. Primera, toda alma penitente tiene una historia que está llena del pecado del hombre y del amor de Dios. Algunos se habían casi ahogado en el mar de la culpa, otros fueron arrancados de en medio de las llamas. No los habíamos conocido antes, vinieron a nosotros por casualidad. Aborrecían, como suelen, el confesonario, cuando se acercaron a él; pensaron escaparse de nuestras manos, y he aquí que, sin saber cómo, cayeron en la red que se había puesto para ellos, no por nosotros, que nada sabíamos, sino por la mano de Dios. El volver las almas a Dios y ver brillar de nuevo en ellas la semejanza de Dios, libres ya de las tinieblas del pecado, y velar por su perseverancia en el camino de la vida, es una recompensa que excede a todos los trabajos.

Después de éstos vienen los afligidos.

San Bernabé tenía un título más glorioso que una corona. Él era *Filius Consolationis*, hijo de la consolación de Israel y mensajero de alegres nuevas de cosas buenas; y esto era así porque estaba "lleno del Espíritu Santo", era discípulo del Paráclito, del Divino Consolador. El ministerio del Sacerdote es de dos clases. Es médico para curar el pecado y la tristeza; estas cosas son diversas aunque inseparables, y cada una necesita un tratamiento diferente. Muchos que pueden sobrellevar el pecado no saben habérselas con los afligidos. El tratar con pecadores a veces nos hace duros, como si sus penas fuesen cosa imaginaria. Pero es un hecho que nadie puede ser *hijo de consolación*, que no haya conocido el dolor por sus propios pecados, dolor en la penitencia, dolor por los pecados de otros, dolor por los desastres que la muerte ha causado en el mundo. La Bienaventuranza que dice: "dichosos son los que lloran, porque ellos serán consolados", es una promesa de que Dios los ha de consolar, no sólo por medio del Espíritu Paráclito, sino por todos aquellos que están destinados a ser "hijos de consolación", los Sacerdotes y los Pastores de almas, que tienen parte en el oficio, las ternezas y simpatías del Sumo Sacerdote, hombre de dolores y fuente de toda consolación.

Y después de los que lloran viene una multitud de Niños.

Entre los muchos motivos de gozo que tiene un Sacerdote fiel a sus deberes, debe contarse el que nace del amor y alegría de los Niños. Por la fe infundida en el Bautismo, reconocen en el Sacerdote cierta Paternidad espiritual. Los Niños andan alrededor del Sacerdote no sólo por un instinto natural, efecto de la amabilidad del Sacerdote para con ellos, sino también por cierto instinto sobrenatural, como si se tratara de persona que les pertenece de derecho. El amor de los Niños al Sacerdote, es el más desinteresado amor que existe sobre la tierra, y mientras conserven la inocencia, se encuentran como ligados a él por una confianza que echa fuera todo temor. El más tímido y medroso viene a él a buscar

consuelo y protección. Se lo dicen todo; sus esperanzas y sus temores, sus penas y sus faltas, con una confianza ilimitada, descansando en su amor y en sus cuidados. No hay Sacerdote que tenga un contento y gozo tan grande, como el que ama sus escuelas y forma a su vista y con sus desvelos los Niños que después han de servir cerca del altar. Es una de las señales de la semejanza con su Divino Maestro.

Después de los Niños vienen los pobres. El Sacerdote es el limosnero de Dios. Si no tiene nada propio, recibe limosnas de mano de su Maestro y las distribuye a los pobres. El anciano, el desvalido y el que carece de todo, vuelven a él los ojos como a su última esperanza. Lo que Job dijo en su profunda humildad, no hay Sacerdote que se atreva a repetirlo; y sin embargo, todo Sacerdote desearía que se dijese de él después de muerto: "El oído que me oía llamábame dichoso, y el ojo que me veía daba de mí testimonio; porque había librado al pobre que gritaba y al huérfano que no tenía quien le ayudase. La bendición del que iba a perecer venía sobre mí, y consolé el corazón de la viuda. Me vestí de justicia y revestíme de mi equidad, como de manto y de diadema. Ojo fuí para el ciego y pie para el cojo. Padre era de los pobres; y me informaba con la mayor diligencia de la causa que no entendía" [17]. El más pobre de los pobres no debe temer acercarse al Sacerdote, porque el Sacerdote no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a sus ovejas y todos tienen derecho a sus servicios en la caridad de Jesucristo. El ser amado de los pobres es la señal más segura que puede tener un Sacerdote de que no es desemejante de su Maestro. Porque el pueblo le oía con gusto. El

[17] Job, XXIX, 11-16.

amor de los pobres es una gran recompensa. Cuando el mundo se muestra ceñudo y hostil, el Sacerdote se refugia entre sus pobres. Casi todos los grandes dignatarios de la Iglesia y del Estado estaban contra Santo Tomás de Cantorbery, pero los Sacerdotes pobres y el pueblo pobre estuvieron siempre con él.

Finalmente, hay una clase de personas que no puede acercarse al Sacerdote todos los días como los demás, es decir, los enfermos y los moribundos. Las dos principales obras del Párroco, son: preparar a los Niños para los combates de esta vida y a los enfermos para el último combate de la muerte. La escuela y el cuarto del enfermo son los dos principales campos de la caridad y fervor del Sacerdote. La enfermedad pesa terriblemente sobre el corazón y la mente. Los enfermos están tristes muchas veces y oprimidos por el peso de sus pecados, de los cuales les acusa la conciencia muy alto, del dolor de lo malo que han hecho y de lo bueno que han dejado de hacer, y la debilidad no les deja echar de sí esta carga tan pesada. Con frecuencia dicen que no pueden orar, y que no pueden pensar, y que pueden tan sólo estar acostados y sufrir. He ahí el tiempo en el cual el Sacerdote debe pensar por ellos y poner en actividad sus pensamientos. Si es "fuente de aguas que nunca dejan de correr", entonces refrescará el alma que está seca por el sufrimiento y angustiada con los dolores del espíritu. Lo que se dice de los enfermos puede aplicarse con mucha más razón a los moribundos. En las horas últimas de la vida la voz de un buen Sacerdote es como la voz de un mensajero que viene de Dios, esto es, de Dios mismo. Pronunciar el Nombre Santísimo de Jesús al oído, y sugerir actos de fe, esperanza, caridad y contrición, he aquí lo último del cuidado Pastoral. Los sufri-

mientos santificados de los enfermos y la muerte casi santa de los moribundos; las acciones de gracias del enfermo y del alma que sale de esta vida, aunque sea con frases entrecortadas, o con el brillo fugaz de una mirada tranquila y llena de agradecimiento, son recompensas superiores a todos los bienes terrenos.

Cuando los penitentes, y los afligidos, y los Niños, y los pobres, aman y rodean al Sacerdote, éste tiene las más seguras señales del amor de su Divino Maestro. Los amigos especiales de Jesús son sus amigos, y en Él ven ellos al siervo y al Señor.

III. La última recompensa o premio del buen Sacerdote es una buena muerte. Una conciencia tranquila en caridad con todo el mundo, es el testimonio de la obra de Dios en él. El Sacerdote puede decir: "Estando muy cierto de esto que el que comenzó en mí la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" [18]. *Ipse perficiet*. "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos" [19]. No sólo creemos y esperamos, sino que sabemos. Sabemos que donde hay un arroyo debe haber una fuente o manantial. Sabemos que el amor de los hermanos nace del amor de Dios. Todo el que ama a Dios está unido con Él, y la segunda muerte no tiene poder sobre aquellos que son de Dios. El buen Sacerdote dirá: "No me remuerde la conciencia de cosa alguna; sin embargo, no por eso me creo justificado. El que me justifica es el Señor" [20]. Espero su sentencia. No obstante, "si mi corazón no me reprende, entonces tengo confianza en Dios" [21].

18 Philip., I, 6.
19 I Joan., III, 14.
20 I Cor., IV, 4.
21 I Joan., III, 21.

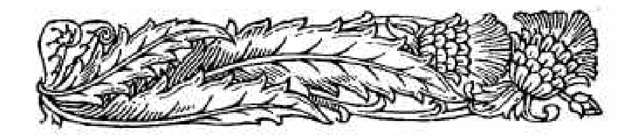
Y cuando su hora llegue, de todas las familias y de todos los corazones entre sus ovejas, y de muchos de sus hijos espirituales esparcidos por todas partes, veréis levantarse multitud de incesantes oraciones. Nadie muere tan santamente o rodeado de un amor tan intenso y ardiente, como un Pastor de almas. Su vida ha sido una vida de caridad para los convertidos, los afligidos, los Niños, los pobres, y no pueden pagarle tantos servicios de otro modo mejor que con oraciones, y sus oraciones pueden mucho delante de Dios. Ellos rodearán su casa en sus últimos momentos. Y la presencia de Jesús le consolará de una manera particularísima en esos supremos instantes. Él vivió íntimamente unido a su Divino Maestro y en constante comunicación con Él por tantos años; y ahora Él viene a llamarle al eterno descanso y a la recompensa sobremanera grande, a la gloria y a la corona que le será dada.

Durante el tiempo de espera y de expiación se ofrecerán por Él todos los días oraciones y Misas. Como él hizo con los demás, así sus feligreses harán con él. Luego viene el pasar a la eterna gloria que será proporcionada a los méritos adquiridos en esta vida; y el mérito se mide por los grados de caridad. Él amó a Dios en esta vida, ahora le verá en la otra con una intensidad incomparablemente mayor en la Visión Beatífica, y como vivió en caridad con todo el mundo, así será su felicidad en la Comunión de los Santos. Añádase a esto la gloria accidental, la siempre creciente felicidad y alegría por los pecadores que se arrepienten y por las almas que perseveran, después de su muerte, pero debido a los esfuerzos de su vida. Aunque muerto, hablará; la herencia de sus desvelos y trabajos seguirá viviendo. La memoria de su nombre se extenderá, y después de muchos días, cuando él se encuentre en el Reino Eterno,

las primeras semillas arrojadas por él irán brotando continuamente. El mal que hacemos nos sobrevive y se reproduce por sí mismo: así por la bondad de Dios sucede con el bien. Las semillas arrojadas en el surco, y sembradas junto a la corriente de las aguas por la mañana y por la tarde llegarán a sazón y serán recogidas por otras manos; pero el premio será nuestro. Si tales son las recompensas del Sacerdote que experimenta en esta vida y que suben hasta la corte celestial, ¿con cuánto amor debemos abrazar nuestro ministerio? El cargo Pastoral debe ser amado en todas partes, porque es el testimonio y la prueba de que amamos a nuestro Divino Redentor. Es también la más perfecta escuela de caridad, la más exquisita abnegación de sí mismo, el más generoso sacrificio de todas las cosas y de nosotros mismos por la salvación de las almas. Es además la fuente más abundante de santificación, y, como nosotros vivimos en el ejercicio continuo de la caridad, todo acto puede tener su crecimiento y aumento. Si el oficio Pastoral debe ser amado en cualquiera parte, en Inglaterra debe serlo de un modo particular. Somos Pastores de los pobres, y nosotros mismos somos pobres, separados de las cortes y de los honores, tenidos en poco y como echados a un lado en libertad Apostólica, vivimos de la fe y trabajamos independientemente de toda autoridad humana, estrecha y vitalmente unidos a la Silla de Pedro y con la Iglesia esparcida por todo el mundo; hijos de Mártires, de Santos, de Confesores de toda edad, desde San Agustín hasta nuestros días. Sus nombres y su memoria están en las ciudades y en los campos de Inglaterra. Como sucedió en los tiempos primitivos del Cristianismo en que la Iglesia comenzó la práctica del culto en las casas particulares de los fieles, hasta que llegó el tiempo de salir de las cata-

cumbas, y de las leyes penales, a la luz del día, así ha acaecido entre nosotros. Esto une a los Pastores y a los fieles en Inglaterra con una dependencia mutua y una caridad primitiva, que el mundo no ha podido aún apagar con su seco aliento. ¡Dichoso el Sacerdote que ama el ministerio de Pastor, y vive de él y en él enteramente, cumpliendo un día y otro día los pequeños y menospreciados oficios de caridad que su cargo requiere, y colocando en el cielo, sin darse cuenta de ello, el polvo de oro de una vida humilde, que tiene solamente por mira la eterna recompensa de la gloria!





CAPÍTULO XVIII

La casa del Sacerdote

El Concilio cuarto Provincial de Westminster decretó lo siguiente ([a]):

I. "Sean los presbiterios (o casas de los Sacerdotes) verdaderas moradas de paz y de caridad, de sobriedad, de modestia, ejemplo insigne en todo para los fieles, de modo que el adversario no tenga nada malo que decir de nosotros" [1]. Que la sencillez sea su ornamento; que nada en ella se encuentre en el mueblaje o adorno, que se parezca a lujo, o que indique afecciones mundanas. Que no haya pinturas indecorosas, o que representen inepcias, o cualquiera otra cosa en que no convenga se fijen los ojos del Sacerdote; sino que en todas las piezas debe haber un crucifijo, o imagen de la Madre de Dios o de los Santos, o pinturas que representen la vida de nuestro Divino Salvador o la Historia Sagrada.

El menaje de la casa del Sacerdote debe ser sencillo y sólido; sencillo, esto es, bien diferente

([a]) Véase lo que sobre el particular advertimos en el Prólogo Dedicatoria. (N. de los E.)
[1] Tit., II, 8.

del de tantas casas particulares que llama la atención por lo caprichoso y caro; y sólido, porque debe durar por generaciones de Sacerdotes que se suceden los unos a los otros. En cuanto fuese posible debería ser igual o semejante en todas las piezas de la casa. La igualdad es parte de la caridad fraterna. San Pablo avisa a los Corintios que tienen casas donde comer y beber que no avergüencen a los que no las tienen [2]. Si un Sacerdote tiene dinero, y el otro no, es acto de caridad en el que es más rico haberse en tal caso en el menaje de casa y cosas semejantes de un modo parecido al que es más pobre. Los contrastes o comparaciones hieren; y son una tentación para los que tienen dinero.

La exclusión de pinturas inconvenientes y menos honestas no necesita comentario. La presencia del crucifijo en todas partes y de pinturas sagradas es lo más saludable por cuanto que es una lección espiritual para nosotros mismos, y como un testigo callado para el mundo. La casa del Sacerdote no puede asemejarse a la del simple fiel, sin que parezca por lo menos que nos avergonzamos de nuestro Divino Salvador.

El Concilio de Cartago dice: "Tenga el Obispo menaje, mesa, y comida barata y pobre, y procure la autoridad de su dignidad en el mérito de su fe y vida" [3]. Si esto se prescribe a los Obispos, lo mismo debe entenderse de los Sacerdotes.

II. "Obsérvese regularidad en todas las cosas. Que los Sacerdotes digan la Misa a una hora fija. Y aunque siempre debe estar dispuesto el Sacerdote para oír confesiones, que sea puntual sobre todo en ir al confesonario, o al menos estar en la Iglesia en los días y horas señalados, no

[2] I Cor., XI, 22.
[3] Conc. Carthag.: Véase el Conc. de Trento, Sess. XXV, C. I, de Reformat.

sea que por falta de orden y método resulte escándalo y daño para las almas. Guardad orden, y el orden os guardará a vosotros."

La falta de puntualidad, especialmente en los días de trabajo, es una falta harto frecuente y de que se quejan comúnmente los fieles, especialmente los que viven de alguna profesión o están dedicados al comercio, los cuales se ven privados de oír Misa, so pena de experimentar graves perjuicios. Cuántas almas se pierden por la asistencia irregular al confesonario, o por rehusar oír confesiones fuera de las horas señaladas, al tiempo de la comida, o de la recreación, o de la cena, jamás se sabrá en este mundo. Debemos temer el dejar de oír una confesión cuando se nos pide; a no ser que anticipadamente sepamos con conciencia cierta que no hay necesidad. Pero de esto ¿quién puede estar seguro?

III. "No vivan mujeres en la casa del Sacerdote sin permiso del Ordinario. Las Maestras de Escuela y sus ayudantas, siendo personas de más fina educación y carácter, y por consiguiente, más expuestas a ser el blanco de las lenguas de los calumniadores, no debe permitirse de manera ninguna que vivan en la Casa parroquial con los clérigos, excepto el caso en que haya alguna razón especial que deberá ser conocida del Obispo y aprobada por escrito por él. Que los sirvientes que atienden al Sacerdote sean de bastante edad, modestos, prudentes y de una vida irreprensible, atestiguada por la experiencia, cumpliéndose así las prescripciones de los Cánones [4]. Procuren los Sacerdotes por todos los medios posibles, guardarse de ciertas mujeres dominantes y despreciadoras de los pobres de Cristo, amigas de sembrar discordias y de murmurar, las cuales son verda-

[4] I Conc. Westm., Dec. XXIV, 4.

deramente la peste de una Parroquia o Misión. Además prohibimos a los clérigos permitan a las maestras y a sus ayudantas o a las criadas de la casa, que se sienten con ellos a la mesa."

Esta cláusula está bastantemente clara y no necesita comentario alguno.

IV. "Ningún Sacerdote resida en casa alquilada o particular sin el previo consentimiento del Obispo" [5].

V. "Quienquiera que esté al frente de una Iglesia, sea con el carácter de simple Misionero o con el de Superior de la Misión, está obligado a ser como mayordomo del Señor, a quien está encomendada una parte de su viña. Sea, pues, útil y fiel operario, en todas las cosas laborioso, acordándose de que la salvación o peligro del capitán de un buque y de la tripulación son los mismos. Donde haya, pues, dos o más Sacerdotes en una Misión, uno de ellos solamente, con independencia de los demás, pero no del Ordinario, ejerza el ministerio que le está encomendado, y que los demás dependan de él. Los Sacerdotes Coadjutores o Vicarios reciban las facultades del Obispo; mas para guardar el debido orden, les mandamos que no hagan uso de estas facultades, sino bajo la dirección del Rector de la Iglesia, por lo cual, insértense las siguientes o semejantes palabras en la fórmula de las facultades: "con dependencia del Rector de la Iglesia a que estáis agregado" [6]. El Sacerdote que hace de jefe de una Iglesia, es el único que tiene la mayordomía o administración. Él depende tan sólo del Obispo, y sus coadjutores de él. Esto se expresa en las facultades de cada uno. Al Sacerdote principal, pues, pertenece la decisión de todas las cuestio-

[5] Synod. Thurles., *De vita et Hon. Cleric.*, p. 16, p. 33.
[6] Conc. Westm., Dec. XXV.

nes; y el Concilio ordena y manda *(praecipimus)* a los Sacerdotes coadjutores que usen sus facultades con dependencia, esto es, obediencia a él.

VI. Al Rector o cabeza está encomendada la Iglesia y el pueblo, las escuelas y la Casa parroquial, todos los bienes de la Misión, y por fin, hasta la Clerecía que sirve a la Iglesia; por consiguiente, él solo exclusivamente debe rendir cuentas al Obispo de todas estas cosas. Más aún: por ley o por costumbre, todos los Párrocos y sus coadjutores deben vivir en la casa Misión o parroquial; y ésta es la casa del Rector, todo el tiempo que está desempeñando el oficio de tal, y tiene las facultades de su diocesano. A él únicamente pertenece el derecho de administrar y regir su casa; y no es tan sólo derecho, sino obligación; "si alguno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo podrá tomar el cargo de la Iglesia de Dios? [7]. Que él vea de qué espíritu es él mismo, y cómo la caridad y el respeto mutuo debe verse constantemente entre los Sacerdotes. Sea, pues, como el más antiguo de los coadjutores, no como quien pretende dominar en el Clero, sino como el padre de todos, o más bien, el hermano mayor. Porque deben formarse y educarse como siervos del Buen Pastor, que a su debido tiempo han de ser dignos y capaces de dirigir una Misión o parroquia. Además, aunque el cuidado de las almas esté encomendado principalmente a los Superiores de la Misión, los Sacerdotes que le ayudan no piensen que están libres de carga tan grande, porque tienen obligación, si bien con dependencia del Superior, de ayudarle en la predicación, en oír confesiones, en enseñar el Catecismo a los Niños, en visitar a los enfermos y administrarles los Sacramentos, y en cumplir con todos los demás ministerios propios de un misionero".

[7] I Tim., III, 5.

En este párrafo se establecen los siguientes principios:

1.° Que el Superior o Sacerdote que hace de Rector o Párroco es el responsable de toda la Misión, Iglesia, pueblo, Escuela, Presbiterio, bienes y Clerecía. Sobre el último punto necesitamos decir algunas palabras más. El Superior es responsable de sus hermanos en el Sacerdocio, de su vida personal, Sacerdotal y Pastoral. Él debe hablar y responder al Obispo por ellos. Y ellos están obligados a reconocer esta responsabilidad. Y como se conduzcan con él, así se conducirán con ellos el día de mañana sus coadjutores.

2.° Que todos deben vivir bajo el mismo techo. Los Sacerdotes que viven solos se encuentran en condiciones anormales, en un modo de ser que no es eclesiástico, ni propio de Sacerdotes, estado que tiene grandes riesgos y que no está libre de muchos inconvenientes. La libertad de vivir solos no es saludable; y la pérdida del aprendizaje diario de la propia abnegación cuando se vive con otros, es una gran pérdida, es la privación de muchos bienes.

3.° Que el Superior está ligado con más apretados lazos de caridad y consideración para con aquellos que están a sus órdenes, y éstos a su vez están obligados a él por los deberes que marca la obediencia, el amor fraternal y el mutuo respeto entre sí, como si fueran hijos de reyes, y sobre todos a su Superior.

4.° Que un Presbiterio o casa parroquial debe ser un Seminario Pastoral, para mantener viva la educación de los jóvenes, y perfeccionarlos con la madurez de la edad viril del Sacerdocio, a fin de que algún día ellos, cuando sean antiguos y Superiores, formen y eduquen a los Sacerdotes jóvenes que les serán encomendados.

5.° Aunque el Superior tiene la cura de almas

principalmente, ellos también son responsables, aunque con dependencia del Superior, de todo lo que se hace, de todo lo que sale mal y de todo lo que se omite de los ministerios parroquiales.

VII. La *mensa* o mesa común es la señal y prenda de la caridad fraternal, la cual se debilita cuando media la ausencia. Si ésta sobreviene muchas veces, deshace o relaja enteramente los vínculos de caridad. Por consiguiente, rara vez salgan fuera de casa a comer, mucho menos con frecuencia; "teniendo qué comer y con qué cubrirnos, estemos contentos" [8].

Según los grados de caridad fraternal que tengamos, entenderemos mejor o peor lo que significa y lo que vale la *mensa communis*. Cuanto menor sea el aprecio con que miremos las prescripciones sobre la mesa común, tanto más debemos sospechar, o más bien estar seguros, de que nuestro amor fraterno está escaso de fervor y oscurecido. La perfecta igualdad de la fraternidad cristiana se reconoce y se sostiene con el desprecio y abnegación de sí mismos, en virtud de la cual, los que son más acomodados, o tienen parientes ricos, o muchos amigos, se niegan a sí mismos por amor a aquellos que carecen de todas estas cosas. Es un peligro para el Sacerdote "tener muchas casas donde comer y beber", y es un bien para otros no tener ninguna.

Aquellas Casas de Misión o parroquiales son las más dichosas en las que todas las cosas, hasta donde es posible, son comunes, donde cada uno está contento con su *honorarium*, y la parte que le corresponde de las ofrendas del tiempo Pascual, y de todas las limosnas que van a un acervo común, evitando así inconvenientes parcialidades del pueblo, y a veces tentaciones de los mismos Sacerdotes.

[8] I Tim., VI, 8.

VIII. "Sería mucho de desear que la recreación común de los Sacerdotes se tuviese por regla general, más bien en casa todos reunidos, que fuera. ¡Qué hermoso y qué agradable es ver a los hermanos vivir juntos en armonía! Porque estar presentes a la recreación común, contribuye a afianzar y estrechar los lazos de caridad, y da un día y otro día ocasiones de ejercer esa gran virtud en palabras y obras."

A los hombres difícilmente se les conoce hasta que ellos se desenvuelven a sí mismos. Las relaciones oficiales se hacen a distancia y con artificio; pero en la recreación aparece el hombre a través del Sacerdote. En ninguna otra parte se prueban más ni mejor la humildad, caridad y verdadera amabilidad. El orgullo, las maneras altivas, las miradas desdeñosas, la petulancia, el desprecio de lo que piensan que es indigno de ellos, el espíritu de crítica, y el hábito de rebajar a los que son inferiores en nacimiento, cultura, educación, todas estas cosas se descubren, como en sus ensayos descubre el químico los cuerpos, en la recreación; esto es, en la comunicación íntima que hay en la mesa común o después de la comida. La recreación es la picota del orgullo; señala al ofensor, y le levanta muy alto para que todos le vean y le arrojen piedras.

IX. "Absténganse los Sacerdotes de dejarse ver en lugares que no son propios de un Eclesiástico, de asistir a partidas de caza clamorosa con caballos y galgos, a bailes públicos y juegos prohibidos, y a aquellas reuniones o fiestas de familia que se prolongan hasta las altas horas de la noche [9]. Prohibimos severamente, además, a todos los Eclesiásticos ordenados *in sacris*, asistir a representaciones cómicas en los teatros públi-

[9] Conc. Westm., Dec. XXV, 2.

cos, o en los lugares que sirven para la ocasión del teatro público, imponiendo a los transgresores la pena de suspensión, en la cual se incurre *ipso facto*. Esta censura ha estado hasta el presente en vigor en Inglaterra, y está reservada a los Ordinarios respectivos."

¡Ojalá que tan sabia y sana tradición de nuestros primeros padres jamás viniese a menos! El teatro en su tiempo era elevado, gracioso y puro, comparado con la moderna escena y su decaimiento moral.

San Cipriano, escribiendo a Donato, denuncia los teatros como: *poenitenda contagia... Adulterium discitur dum videtur, et lenocinante ad vitia publicae auctoritatis malo* [10]. San Juan Crisóstomo llama a los padres que llevaban a sus hijos a los teatros [11], παιδοκτόνους, esto es: asesinos de sus hijos. Se nos dirá que esto se refiere al teatro gentil. Pero en el año 1596 el Concilio de Aquileya decretó: *Ad spectacula comaediorum, sive ad bancos circulatorum et buffonum in plateis, qui alias exemplum esse debent maturitatis et prudentiae accedere et assistere Clericos non decet* [12]. El Concilio de Trento manda lo siguiente: El Sacrosanto Sínodo ordena que todas aquellas cosas que en otros tiempos han sido decretadas por los Pontífices y Sagrados Concilios concernientes a la vida, dignidad, cultura e instrucción de los Clérigos, se conserven, así como también los decretos relativos al juego, festines, bailes, dados, diversiones y escándalos de toda clase; del mismo modo que lo relativo a la prohibición de los negocios seculares [13].

X. "Teniendo a la vista el axioma de oro de

[10] S. Ciprian., Ep. I, P. 4, edit. Rigalt.
[11] Homil. *Contr. lud. et teat.*, opp. t. VI, 274.
[12] Conc. Aquil., c. XI.
[13] Sess. XXII, c. 1.

la vida sacerdotal dado por el Apóstol: "Todas las cosas son lícitas para mí, pero no todas convienen" [14], y esta otra: "Todas las cosas me son lícitas, mas no todas edifican" [15], encaminen los Sacerdotes todas las cosas al bien de los demás, y a conseguir mayores gracias del Señor. No vayan fácilmente o muy frecuentemente a los lugares de concurso público y recreación, aun en la suposición de que sean muy respetables, no sea que por el tiempo que pierden se hagan sospechosos de tener poco espíritu Sacerdotal. Salvo el caso de que los deberes de la necesidad o caridad demanden otra cosa, retírense a prima noche a la casa parroquial. Poca cosa es abstenerse de lo malo; si aspirando a dones mayores, no sabemos usar con moderación de las cosas lícitas y con edificación" [16]. Nosotros, pues, pedimos entrañablemente en el Señor a nuestro amado Clero que guarde las predichas prohibiciones no sólo en cuanto a la letra de las mismas, sino también en cuanto al espíritu interpretándolas piadosamente.

Sobre estas *minora moralia* pocos comentarios pueden hacerse so pena de quitarles su fuerza propia. Hay un punto, sin embargo, sobre el cual creemos deber llamar la atención. Se nos exhorta a que observemos estas prohibiciones *secundum spiritum*, como quienes somos de presente juzgados en presencia de nuestro Divino Maestro "según la ley de la libertad", y no sólo esto, sino *pie interpretantes*, leyendo su más íntimo sentido con un deseo amoroso de cumplirlo, y si podemos, ir más lejos de lo que la letra requiere. El siervo perezoso e infiel, el envidioso y frío de corazón, se mueve alrededor de la letra y anda a

[14] I Cor., VI, 12.
[15] Ibid., X, 23.
[16] "Habent sancti viri hoc proprium ut quo semper ab illicitis longe sint, a se plerumque etiam licita abscindant." (S. Greg. M., Dialog., lib. IV, c. XI.)

caza de opiniones probables para evadirla, *littera occidit.* Y así nuestro generoso Maestro es no generosa, sino mezquinamente servido.

XI. "Un espíritu difícil y moroso, es muy impropio del Sacerdote que trabaja en medio del pueblo; una alegría modesta, con tal que se manifieste en tiempo oportuno, no sólo no es vituperable, sino muy digna de alabanza. Alabamos, por consiguiente, a aquellos Misioneros que, siguiendo los ejemplos de los santos, procuran apartar a la juventud a ellos encomendada de las representaciones peligrosas, proporcionándoles recreaciones inocentes. Al hacer esto cuiden de recrear, no de relajar la mente; y mientras entretienen a otros no se hagan daño a sí mismos. Lo cual debe observarse de un modo particular cuando se trata de Asociaciones de mujeres. Hagan cuanto puedan para que las recreaciones de éstas sean presididas más bien por señoras, a fin de no dar la menor ocasión de hablar a las lenguas murmuradoras. Supriman los Sacerdotes el abuso introducido en algunas partes de dar bailes para reunir fondos en beneficio de las escuelas, o de otras obras de piedad."

"Por lo que hace a las recreaciones públicas llamadas *excursiones*, con pena hemos oído muchos males que de ahí vienen. Creemos, pues, que deben ser más bien suprimidas que promovidas. Sin embargo, para que no parezca que somos excesivamente difíciles en cosas de suyo lícitas, exhortamos a los Pastores de almas a que se abstengan de promover excursiones antes de haber obtenido permiso para esto del Vicario General."

XII. "El vestido de los Eclesiásticos debe ser tal que los distinga enteramente de los laicos, y que no se confundan de manera ninguna con los ministros heterodoxos. Sea, pues, de color negro u oscuro; y nunca bajo el pretexto de viajar vuelvan a la ignominia del vestido seglar, del cual han quedado libres. Recomendamos la clase de vestido que comenzó a usar hace pocos años el Clero secular. En casa, claro es que deberán llevar indispensablemente la sotana, o si quieren, el balandrán (que los italianos llaman *zimarra*) y el bonete."

XIII. "A estos decretos, este cuarto sínodo juzga conveniente en el Señor se hagan algunas adiciones. Ordenamos, pues, que todo Sacerdote deberá llevar alzacuello romano, no sólo cuando ejercita el Sagrado Ministerio, sino siempre, a fin de que pueda ser conocido de todos como Sacerdote. Decretamos también que la costumbre de Roma la observen todos los Eclesiásticos, esto es, de no dejarse la barba ni siquiera sobre las mejillas."

XIV. "Y si algún Sacerdote llevare el traje clerical tan disimulado (salvo algún caso muy raro aprobado por el Ordinario), que no pueda ser reconocido por todos como Sacerdote perteneciente al Clero de esta Provincia, o que sea sospechoso a los fieles, o tal que les cause escándalo, no se le permita ni celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, ni asistir a los Divinos Oficios dentro del Santuario o Presbiterio."

XV. "Nuestros antiguos Padres, reunidos en en el Concilio de Londres el año de 1248, decretaron que dejar el traje clerical es un abuso muy grande y que prueba un espíritu ligero, con lo que se da motivo a que digan que el Señor es objeto de befa, el honor del Clero se oscurece, y la dignidad Clerical se rebaja. Cristo, cuando sus soldados llevan otros uniformes, es abandonado; el honor y la gloria de la Iglesia quedan manchados cuando el ojo observador no puede distinguir a primera vista al laico del Clérigo, el cual por este camino viene a ser piedra de escán-

dalo, y despreciado por todos los verdaderos creyentes."

XVI. "El Obispo de Calcedonia, el segundo Obispo que fué de Inglaterra y Escocia, después de la destrucción de la Jerarquía en estos reinos, exhortaba a nuestros Predecesores, compañeros de Mártires y ellos mismos Confesores de la fe, con estas palabras: Conténtense los misioneros con el alimento que les pongan delante. No pidan nada extraordinario, a no ser que la falta de salud lo exija. En el vestido no usen cosa que tenga sabor de vanidad o muy costosa; absténganse de dar grandes risotadas y de toda clase de gesticulación que indique ligereza, sabiendo ciertamente, como dice el Eclesiástico, que el vestido del cuerpo, y la risa de los dientes, y el andar del hombre, muestran lo que es.

"Eviten la ociosidad como la fuente más segura de las tentaciones al mal; por esta causa tenga cada uno un ejemplar, por lo menos, de la Sagrada Escritura, en la cual medite siempre.

"No disputen o contiendan entre sí, especialmente con los Sacerdotes más antiguos, a los cuales es justo muestren la reverencia y el honor que les es debido, a fin de que con su ejemplo enseñen a los seglares cómo se han de comportar ellos con los Sacerdotes.

"Guárdense del hábito de contradecir y objetar a lo que dicen los demás, como se acostumbra a hacer por vía de ejercicio en las escuelas, porque esto, en la comunicación íntima de las personas, es en extremo odioso.

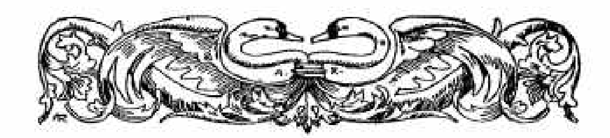
"No sean fáciles en creer lo malo que oigan de sus hermanos en el Sacerdocio y de los fieles, ni lo publiquen de manera ninguna, ni presten oídos a los murmuradores."

Después de todas estas enseñanzas tan sabias y de tanto peso, tan altas por sus fines, como

pequeñas o menudas por lo que respecta a la dirección, una sola palabra tenemos que añadir. Bueno será que tengamos también al menos el Sagrado libro de la Divina Escritura y lo hagamos objeto constante de nuestras meditaciones. San Carlos Borromeo llamaba a la Sagrada Escritura el vergel del Obispo. Pocos pasean por él y menos se dedican a cultivarlo. Y por esto se predica mucha palabra de hombre y poca Palabra de Dios. Santa Teresa de Jesús decía que una de las causas principales de los males de su tiempo era la ignorancia de la Santa Escritura. *Sal etenim terræ non sumus, si corda audientium non condimus. Quia dum nos ab orationis sanctæ usu cessamus, sal infatuatum est* [17]. ¿Por falta de quién es esto, sino de los Sacerdotes que no estudian, y por consiguiente no enseñan la Palabra de Dios al pueblo? ¿Tendremos razón para preguntar: "Señor, por ventura soy yo ése"?

[17] S. Gregor. M. in Evang., t. I, pp. 1396, 1399.





CAPITULO XIX

La vida del Sacerdote

El cuarto Concilio Provincial ha descrito también en el duodécimo decreto, cuál debe ser la vida del Sacerdote, con las siguientes palabras:

I. "Los que no son santos no deben poner las manos en las cosas santas [1]. Todos los fieles de Cristo, como testifica San Pablo, son llamados para ser Santos [2]. Mas los Sacerdotes deben subir a la perfección de la santidad. "Porque aquel que por la necesidad de su posición está obligado a enseñar cosas muy altas, por la misma necesidad está también en la obligación de manifestarlas en sí mismo" [3]. El aviso es terriblemente fuerte: "Nadie debe temerariamente ofrecerse a sí mismo por guía de los otros en la luz divina, que en todas las cosas de su estado y profesión no sea muy semejante a la Divinidad" [4]. Pues los que son elegidos para los ministerios divinos, alcanzan una dignidad real y deben ser perfectos en virtud [5].

1 Conc. Carthag.
2 I Cor., I, 2.
3 S. Gregor., *Cura Pastor.*, P. II, c. III.
4 *De Eccle. Hierarch.*, c. V.
5 D. Thom., I, IV, *Sent. Suppl.* ad B. 1, quæst. XI.

"Así nos lo enseña la Iglesia Católica en su solemne Ritual y en el propio acto de conferir las Sagradas Órdenes del Presbiterado. Así como Dios mandó a Moisés "que escogiese setenta hombres de entre todo el pueblo para que fuesen sus ayudadores, sobre quien el Espíritu Santo distribuiría sus dones", así Nuestro Señor Jesucristo escogió Sacerdotes de segundo orden para ayudar a los Apóstoles, esto es, a los Obispos Católicos, a fin de que Él pueda enseñar a su Iglesia con la palabra y con el ejemplo, para que los ministros de su Iglesia sean perfectos en fe y palabras, es a saber, fundados en la virtud de las dos clases de amor de Dios y del prójimo" [6]. Los Sacerdotes son escogidos por Dios, a fin de que, haciéndose recomendables por una sabiduría celestial, por una moral pura, y continua observancia de toda justicia, y la guarda de los diez Mandamientos de la ley de Dios, puedan ser, "mediante los siete dones del Espíritu Santo, justos y maduros en ciencia y en los actos de su vida; y, guardando en sus costumbres la integridad de una vida casta y santa, el modelo más acabado de toda virtud brille y resplandezca en ellos" [7].

II. "Entiendan, pues, los Sacerdotes que en ellos se presupone la santidad: Que para la recepción de las Sagradas Órdenes, no basta de manera ninguna tener tan sólo la gracia Santificante, sino que, además de ésta, se requiere la perfección interna, como lo prueba el unánime consentimiento de los Padres y Doctores, que a una voz la reclaman y exigen [8]. No cualquier grado de santidad se juzga proporcionado para la perfección Sacerdotal [9] por la Iglesia de Dios,

6 Pontif. Rom. in Ordinat. Presbyt.
7 Ibid.
8 S. Alphonsus Lig., *Theolog. Moral.*, *de Sac, Ord.*, l. VI, 57.
9 S. Gregor. Naz., *Orat.*, II, LVII.

sino aquel que tenga cierta semejanza con la del Sumo Sacerdote Jesucristo Nuestro Señor. Porque el Sacerdote está puesto a la vista del mundo, para ser imagen viva de la vida de Jesucristo, trabajando en la soledad y en las estrecheces de la pobreza, y sufriendo juntamente la contradicción de los hombres."

Esto nos enseña tres cosas: primera, que la perfección interior se requiere antes de la Ordenación, y como una condición precisa e indispensable para las Sagradas Órdenes; segunda, que el estado del Sacerdocio es estado de perfección; tercera, que el Sacerdote está obligado a mantenerse en ese estado y perseverar en él hasta el fin de la vida.

La perfección del hombre la define San Bernardo por estas palabras: *Hæc hominis est perfectio similitudo Dei*. Pues bien; Dios es caridad. Luego la perfección esencialmente consiste en esta *gemina Dei et proximi dilectione*. La perfección esencial es una cualidad de la persona. El estado en que la persona se encuentra es el medio de adquirir la perfección.

La perfección de la caridad está determinada por su extensión; que puede considerarse, primero, con relación a las personas, tanto de los amigos como de los enemigos, y segundo, con relación a las acciones, esto es, al cumplimiendo de los Mandamientos y de los Consejos.

El nuevo Mandamiento, *mandatum novum*, que es doble, incluye todos los Mandamientos y todos los Consejos.

Esta perfección personal no significa un estado en que no haya pecados, sino que es compatible con la debilidad humana, y las caídas que son consecuencia de esa debilidad, y en las cuales no hay una voluntad deliberada de pecar.

San Bernardo dice: *Indefessum proficiendi studium, et jugis conatus ad perfectionem perfectio reputatur.*

Studere perfectioni esse perfectum est: profecto nolle proficere deficere est [10].

Tal es la naturaleza de la perfección a que somos llamados. Y a ésta debe haber llegado antes de la Ordenación, como enseña el Concilio, todo el que desea abrazar el Sacerdocio.

III. "Por esta razón la dignidad del Sacerdocio se deriva de dos fuentes. Los Sacerdotes son los compañeros amados de Jesús, y reciben una parte de la propia misión, que Él recibió del Padre. "Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros" [11]. Pues ellos son partícipes en el Sacerdocio de Cristo, y ejercitan con Él las dos jurisdicciones, una sobre su Cuerpo natural, y la otra sobre su Cuerpo místico.

"En virtud de las Sagradas Órdenes están diputados "para los más altos ministerios, con los cuales se da culto al mismo Cristo en el Sacramento del Altar; para el cual culto, se requiere una santidad mayor que la que exige el estado religioso" [12]. Además, los Sacerdotes son amigos a quien Él dijo con amor familiar: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque vosotros sabéis todas las cosas que he hecho en medio de vosotros" [13]. Y por cuanto en la dispensación de gracias de redención está dispuesto que los siervos de Dios reciban la ayuda o auxilio del Espíritu Santo según la altura de su dignidad, o la difícil carga de su ministerio, a nadie ciertamente se conceden en más abundancia que a los amigos y que tienen parte en el Sacerdocio y misión de Jesús nuestro Salvador."

10 Epist. CCLIV, t. I, p. 534.
11 Joan., XX, 21.
12 S. Thom., *Summ. Theol.*, 2, q. 184; a. 6.
13 Pontif. Rom., C. 1.

Hemos visto cuánta santidad se requiere por las muchas relaciones en que un Sacerdote está con la persona de su Divino Maestro. Aquí nos dice Santo Tomás que la santidad que pide el estado del Sacerdocio es mayor que la de ningún otro estado de cuantos hay sobre la tierra. Y así como esta santidad la exige el estado en sí mismo, así es indudable que la gracia y auxilio del Espíritu Santo son siempre proporcionados y siempre presentes para ayudarnos. Constantemente estamos predicando al pueblo que si caen, no es Dios el que les falta, sino que ellos son los que caen, porque quieren; que tienen siempre y en todas partes la gracia necesaria según su estado en todos los aprietos y peligros. ¿Con cuánta más razón, verdad y justicia se podrá decir eso de nosotros, Sacerdotes, si caemos? Nosotros estamos en primera línea para ser ejemplo de que basta para todo la gracia del Señor. Por ende no tiene excusa el Sacerdote que busca la causa de sus imperfecciones fuera de sí mismo.

IV. "¡Qué amor tan grande de Dios y de las almas debe arder dentro de nosotros, y en qué fuego deben abrasarse nuestros corazones!" La llama del Pastor, dice San Bernardo, "es la luz que ilumina al rebaño". En el corazón del Sacerdote debe vivir y reinar el Sagrado Corazón de Jesús, principio y fuente de amor y de fervor. Nuestros Misioneros abrasados en el celo de la salvación de las almas, se esforzarán mediante la exposición de la doctrina católica al pueblo que les está encomendado en ganar para Dios almas que procuren observar en toda su plenitud y en todos los grados de santidad la ley santa del Señor. Líbrense, por Dios, de tomar las tinieblas por la luz; y de pensar que es bastante que procuren guardar a los fieles de Cristo de cometer pecados mortales.

San Pablo dice a todos los cristianos que están muertos y que su vida está escondida con Cristo en Dios [14]. Les manda, pues, que sus pensamientos sean del cielo. Les manda también que sean perfectos [15], que olviden las cosas que están detrás, y que se extiendan a las cosas que están delante, en atención al precio de su salvación.

San Judas dice: "Pero vosotros caminad, edificándoos a vosotros mismos sobre el cimiento de vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos a vosotros mismos en el amor de Dios" [16]. San Pablo dice también a los Efesios: "que él desea puedan comprender con todos los Santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura y la profundidad del amor de Cristo... para que sean llenos de la plenitud de Dios" [17]. Y con todas estas enseñanzas ante nuestros ojos, oigo que algunos dicen que semejante perfección es para los Sacerdotes, monjas y personas encerradas; mas por lo que respecta a los demás, es justo y es bastante que procuren guardarse de pecado mortal. Entiendo que pocos usarán este lenguaje; pero muchos obran como si lo usaran, y como si éste fuera su credo. ¡Oh! ¡cuánta gloria roban a Dios nuestro Señor! ¡Oh! ¡de cuántos grados de santidad son privadas las almas! Por el número sin número de pecados veniales que éstas cometen son responsables los que así obran. ¡Ay! ¡cuántos caminando al borde de la línea divisoria, pasan de pecados veniales a mortales, y por consiguiente, efecto de una dirección tan imperfecta, cuántas almas se exponen a perderse para siempre!

El cuarto Concilio Provincial prosigue enseñando de la manera siguiente:

[14] Col., III, 1-3.
[15] II Cor., XIII, 11.
[16] Judæ, 20, 21.
[17] Ephes., III, 18, 19.

V. "Siendo muy cierto que el Espíritu Santo distribuye sus dones de muchas maneras inescrutables para nosotros, y que los fieles son llamados unos con preferencia a otros, a diferentes grados de perfección, no basta que el Sacerdote sepa distinguir científicamente entre lepra y lepra, si no puede discernir también entre espíritu y espíritu; de otro modo, daría tal vez oído al espíritu humano y aun diabólico, creyéndolo espíritu de Dios, y él sería inducido a error e induciría a otros a lo mismo. Pues algunas veces no sólo las personas de una inteligencia más cultivada, sino aun los rudos y sencillos entre el pueblo, son llamados a una perfección más alta de santidad. De aquí se deduce que el Director de almas debe saber discernir y conocer los ascensos o elevaciones del alma a Dios, y los grados de oración al menos por los libros, si ya no por experiencia propia, a fin de que pueda confirmar a los principiantes en la vía purgativa, dirigir a los que adelantan en la iluminativa, y llevar adelante a los más perfectos ayudándolos a subir a cosas más altas en la vía unitiva. *Labia enim Sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus quia angelus Domini exercituum est* [18]. En todo rebaño algunas almas ha de haber, que llamadas por Dios a seguir la vida de los Consejos Evangélicos, buscan la ciencia de la vida espiritual de los labios del Sacerdote. Prestémosles, pues, auxilios, no sea que en la vida oculta de Dios se hallen ovejas que van delante de sus pastores."

El *Auctor incertus* dice: Es verdaderamente motivo de gran confusión para Sacerdotes y Clérigos, que se encuentren seglares más fieles y más

[18] Mal. II, 7. San Jerónimo dice: "Si Sacerdos est sciat legem: si ignorat legem ipse se arguit non esse Domini Sacerdotem." (In Aggæum.)

virtuosos que ellos; ¿cómo no puede ser causa de confusión ser inferior a aquéllos, en comparación de los cuales es ya gran motivo de humillación aun el ser iguales? [19]. San Ambrosio dice: *Vides divisiones? Nihil in Sacerdotibus plebeium requiri, nihil populare, nihil commune cum studio atque usu et moribus multitudinis. Sobriam a turbis gravitatem, seriam vitam, singulare pondus, dignitas sibi vindicat Sacerdotalis. Quomodo enim potest observari a populo, qui nihil habet secretum a populo? dispar a multitudine? Si nihil in te adspiciat quod ultra se inveniat? Si quae in se erubescit in te, quem reverendum arbitratur, offendat? Supergrediamur igitur plebeias opiniones... ac detritae viae orbitas declinemus* [20]. En la antigua ley a todos los Sacerdotes durante el turno de servicio en el Tabernáculo, les estaba prohibido beber vino u otro licor fuerte [21]. ¡Cuánta abnegación de sí mismos conviene a los Sacerdotes de la nueva Ley, que no tienen alternativas de turnos; porque están siempre no sólo en el Tabernáculo, sino en el Santuario en presencia del trono de misericordia de la Divina Majestad!

La aspiración de los fieles a seguir los caminos más elevados de perfección, es uno de los consuelos mayores de la vida del Sacerdote. Un pueblo fervoroso supone un fervoroso Pastor. San Bernardo dice con tanta verdad: *flamma Pastoris lux gregis*. Cuando el Pastor está encendido en el fuego del Sagrado Corazón de Jesús, sus fieles caminan también en medio de gran luz. Ellos verán y aspirarán a seguir las más altas vías del Reino de Dios. Entonces el Sacerdote es para ellos *Angelus Domini exercituum*, guarda y guía.

[19] Auct. oper. Imperf. int. op. S. Joan. Chrys., Hom. VI.
[20] S. Ambr., Classis. I, Epist. XXVIII, 2, 3.
[21] Lev., X, 9.

VI. "Es verdaderamente admirable esta sentencia del Apóstol: "Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el Evangelio"[22]. Por esto leemos en el Concilio de Trento que el oficio principal de los Obispos es declarar la palabra de Dios a los hombres. Aquello que es tan principal en los Obispos, debe ser sin duda de la más alta importancia para todos. Pero no olvidemos un instante que así como la predicación sencilla y al mismo tiempo viril del Santo Evangelio es la salvación de los que la oyen, así por el contrario la declamación vana e hinchada es para los fieles escándalo y para el predicador veneno. Los misterios del Reino de Dios no se han de exponer como ejercicios Retóricos o lucubraciones literarias. El que da testimonio del Espíritu Santo no necesita de las palabras persuasivas de la humana sabiduría. Más bien, la simplicidad de la verdad divina desprecia y arroja lejos de sí la altivez de lenguaje, pues nuestra fe no estriba y descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios [23]. Cuiden, pues, los Directores de almas, y trabajen diligentemente, porque en la declaración de los misterios de la fe, y al exhortar a los fieles a la práctica de la piedad, no digan cosa que no esté como saturada de simplicidad y gravedad."

VII. "La vida del Sacerdote es ardua en verdad; no obstante, está rodeada y guardada por innumerables medios y ayudas para adquirir la perfección. Pues nuestra próvida Madre la Iglesia, al imponer sobre el Clero la obligación del rezo del Oficio Divino, encuentra y asegura para sus ministros, en medio de los múltiples trabajos de caridad, un tiempo tranquilo. Siete veces al día nos manda que subamos con el corazón y con la mente hasta el Rey de los Santos, y hasta la corte ce-

22 I Cor., I, 17.
23 Sess. XXIV.

lestial; y si por la Comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo los hombres se hacen santos, nada puede faltar a los compañeros y Sacerdotes, y amigos de Jesús, para que ellos se hagan y sean Santos, siendo confortados por la oblación diaria del Santo Sacrificio de la Misa y la participación de su Santísimo Cuerpo y Sangre. Todo en la vida del Sacerdote contribuye a este fin: la meditación diaria de las cosas divinas, el culto íntimo del Santísimo Sacramento, los estudios sagrados casi nunca interrumpidos, los ministerios de caridad que, al mismo tiempo que debilitan el cuerpo, refrescan y corroboran el alma, el hábito también de religión y dignidad, el sello real y de perfección que se imprimió sobre ellos cuando recibieron la sagrada tonsura.

VIII. "Más aún: para nosotros en Inglaterra, en la guerra por el reinado de la verdad nos concede el Señor, que se compadece de nuestras debilidades, auxilios especiales para adquirir la perfección Sacerdotal. Al Sacerdocio, con el cual son investidos los Misioneros, está encomendada la cura de almas, y consiguientemente toda clase de dones espirituales que son anexos al estado de Pastores; además, los Sacerdotes son Pastores especialmente de los pobres, que son los amigos de Jesús, "que no tienen con qué recompensarnos", y son pobres ellos mismos y se alimentan y están contentos con la limosna de los pobres. Añádase a esto también la abnegación constante y casi perpetua de su propia voluntad, en llevar las cargas de los demás, en consolar a los enfermos, en auxiliar a los moribundos día tras día y noche tras noche. Finalmente, resta la gracia característica y privilegio del juramento de los Misioneros en virtud del cual, al poner el pie en la carrera del Apostolado que van a emprender, a semejanza de la oblación de Jesucristo en la

Cruz, libremente se ofrecen a sí mismos como sacrificio vivo, diario y aceptable a Dios Padre."

El cuarto Concilio Provincial nos avisa que estamos ligados a nuestro rebaño por *multiplici et conscientiae et cordis ligamine;* por los múltiples lazos de la conciencia y del corazón.

Primero, dice: "El Misionero recibe las oblaciones de los fieles, no por otra razón sino porque es Misionero; por consiguiente, está obligado a servirlos." Los Sacerdotes Misioneros están obligados a trabajar sin descanso en la conversión de las almas que han sido puestas bajo su cuidado. Recuerden el momento solemne en que adornados con la inefable dignidad del Sacerdocio, puestos de rodillas delante del Obispo, prometieron obediencia y reverencia al Ordinario. Cuando, pues, son escogidos y enviados por el Obispo, a cuyos preceptos se sometieron voluntariamente, para desempeñar el cargo Pastoral sobre la grey que les fué encomendada, es cosa llana que tienen la grave obligación, en virtud del precepto de obediencia, de cumplir concienzudamente deber tan alto.

"Además, por gracia de la Sede Apostólica concedida hace trescientos años, se mandó que los Sacerdotes Misioneros en Inglaterra, cuyos bienes fueron robados por manos sacrílegas, pudieran ser admitidos a las Sagradas Órdenes a título de Misión, haciendo al propio tiempo un juramento verdaderamente apostólico, para bien de la Universal Iglesia —*in bonum universalis Ecclesiae* (lo cual Alejandro VII, en el Breve *Cum circa juramenti vinculum*, el 20 de julio de 1660, explicó con las debidas aclaraciones)—, a fin de que se obliguen a sí mismos para siempre, en cuanto de ellos penda, a buscar y salvar las ovejas de la nación inglesa. De este lazo tan apretado, cuando la persecución se ensañó por mu-

chos años, provino y se robusteció más y más esa admirable paciencia y constancia hasta el martirio, que es la corona y la gloria de nuestro Clero. Por esto la Santa Sede, que todavía concede a los Obispos de Inglaterra la facultad de ordenar a sus súbditos con el título arriba dicho, exhorta a nuestros Misioneros año tras año a que renueven el juramento que hicieron, en su aniversario (concediéndoles además Indulgencia plenaria), y que mediten seriamente cuán grande es la bondad que el Señor ha mostrado con ellos haciéndolos ministros de la Divina Palabra, para declarar las maravillas de su misericordia y de su poder; ¡qué corona imperecedera está preparada para ellos en el Cielo, si saben cumplir santamente sus deberes! Y por el contrario, ¡qué juicio tan severo les espera, si por su flojedad e indolencia, lo que Dios no permita, una sola alma se pierde!

"Por último, de todas estas (obligaciones) tomadas en conjunto, esto es, de la equidad, de la caridad Sacerdotal, de la promesa de obediencia, de la santidad del juramento, surge la recíproca obligación entre el Sacerdote y su Obispo por la cual felizmente están obligados a cumplir con fidelidad sus respectivos oficios, unidos en una labor común, y con mutua cooperación" [24].

IX. "Por consiguiente, si lo que Dios no quiera, sucediese que alguno faltase a la fidelidad de las múltiples gracias de este estado, entienda que aquellas faltas que en otros son leves, en los Sacerdotes deben ser consideradas como graves. Multitud de cosas que en los seglares no son siquiera faltas, son pecados en los que han recibido las Órdenes Sagradas."

Una mancha en el vestido de una persona

[24] Conc. Prov. IV, Decr. X, § 3-7.

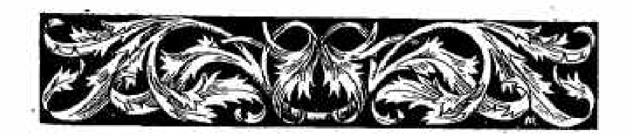
cualquiera, apenas se repara; y una pequeña mancha en un alba, no puede ocultarse.

La Iglesia debe guardar las almas de los fieles, y la Santidad del Sacerdocio, y el honor de la Fe, de la Iglesia y de nuestro Divino Maestro.

Si parece que hemos acabado con una observación dura, recuérdese cómo Cristo nuestro Señor acabó sus últimas palabras antes de ser entregado por Judas. Oró por aquellos a quienes acababa de ordenar de Sacerdotes. "Y ahora no estoy en el mundo; y éstos sí lo están, y yo vuelvo a Ti... A aquellos que me diste he guardado y ninguno ha perecido, sino el hijo de perdición" [25]. Habrá siempre trigo y cizaña creciendo juntamente hasta el día de la cosecha en el mundo y en el Santuario.

[25] Joan., XVII, 11, 12.





CAPÍTULO XX

La muerte del Sacerdote

Más pronto o más tarde, pronto realmente, porque la vida más larga es breve y corre apresuradamente a su fin, esta voz se esparcirá de nosotros: *que nos estamos muriendo*. Nos llegará nuestro turno. Nosotros que hemos vivido para asistir y ver morir a tantos, como si no hubiéramos de morir nunca, nosotros nos encontraremos postrados en el lecho de muerte al fin. ¿Nos llegará ese día de improviso? ¿Tendremos tiempo para recibir los últimos Sacramentos? Con frecuencia los Sacerdotes mueren sin ellos. Cuando un feligrés o penitente nuestro enferma, aunque sea de repente, nosotros estamos siempre cerca para velar a su lado; pero cuando nosotros enfermamos no siempre hay un Sacerdote a mano a quien llamar. Muchos Sacerdotes viven solos, separados a grandes distancias de sus hermanos. Además, los Sacerdotes se familiarizan tanto con la muerte, que muchas veces no se alarman a tiempo o no conocen el peligro. Parece extraño, y sin embargo, es muy verdadero, que el que ha preparado a tantos para la eternidad, necesite

prepararse él también. A veces tiene demasiada confianza, a veces va dando largas, y lo que él muchas veces ha dicho a otros, se verifica en él: muere sin Sacramentos.

Hay personas a quienes no gusta hablar de la muerte. Saben que nadie se muere por eso; pero lo tienen por mal agüero; como tienen por mal agüero el que se corra una vela, y el chirrido de algunos insectos. Ellos no creen verdaderamente estas cosas, pero sienten un temor que les quita la razón. No tienen alientos para hacer su testamento. Está en su cuarto listo para que se firme; mas difieren para mañana esta operación, y para pasado mañana, y así vienen a causar un gran perjuicio a la Iglesia y a inquietar a todo el mundo por morir sin testar. Tales son las debilidades del espíritu humano. Una persona buena no suele temer tanto la muerte, y las personas prudentes hablan frecuentemente de ella. San José de Arimatea había construido su sepulcro en su jardín, donde podía verlo todos los días. San Carlos Borromeo hablaba de la muerte continuamente. Si nosotros lo hiciéramos así, el pensamiento de la muerte se nos haría familiar y aun agradable, como lo es el descanso después del trabajo, y el hogar doméstico después de un gran peligro de la vida por tierra o por mar. El mismo temor de la muerte nos haría estar muy lejos de resistir, o contristar al Espíritu Santo por cualquier acto de nuestra voluntad, no conforme con la del Señor y nos enseñaría a entender las palabras del Apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*[1]. *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum*[2]. *Scio enim cui credidi, et certus sum quia potens est depositum meum servare in illum diem*[3].

[1] Philip., I, 23.
[2] Ibid., I, 21.
[3] II Tim., I, 12.

Nosotros estamos diciendo siempre: *A subitanea et improvisa morte libera nos, Domine*, y nadie tiene más necesidad; porque nuestra familiaridad con la muerte, quita la repugnancia de su vista, y puede muy bien suceder que ni temamos la muerte, ni nos preparemos para ella. A los Pastores de almas van especialmente dirigidas las siguientes palabras. A unos: "Conozco tus obras, y tu trabajo, y tu paciencia, y cómo no puedes sufrir a los malos". "Pero tengo algo contra ti, porque has perdido la primera caridad. Piensa, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras. O si no, vendré a ti y removeré el candelero de su lugar, si no te corrigieres"[4]. Y en otro lugar: "Conozco tus obras, que tienes nombre que vives y estás muerto. Sé vigilante, y fortifica las otras cosas que estaban para morir. Porque no hallo tus obras cumplidas delante de mi Dios." "Si no velares, vendré a ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré a ti"[5]. Y a muchos más de nosotros se dicen estas otras palabras: "Sé tus obras que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá que fueras caliente o frío! Mas porque eres tibio y no frío ni caliente, empezaré a vomitarte de mi boca"[6].

Y a cuántos de nosotros que tan fácilmente buscamos nuestras comodidades, la voz del Señor está siempre diciendo, y muchas veces en vano: "Por qué dices yo soy rico y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un cuitado y miserable, y pobre y ciego y desnudo. Yo te aconsejo que compres de mi oro afinado en fuego, para que seas rico, y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez, y unge tus ojos con colirio para que

[4] Apoc., II, 2, 4, 5.
[5] Ibid., III, 1-3.
[6] Ibid., 15, 16.

veas"[7]. Si se supone aquí que hay muchas muertes tristes, es porque las hay de muchas clases. Todas las muertes de los penitentes y fervorosos son buenas, y un ejemplo es bastante.

I. Primero, la muerte del Sacerdote pecador; tal vez sin Sacramentos, como si fuera un desterrado a quien se quita justamente lo que parecía tener; o quizás, y es incomparablemente más terrible, con los últimos Sacramentos, pero recibidos sacrílegamente. Después de la malicia inmutable de Satanás, la iniquidad más grande es la dureza de un Sacerdote impenitente. El Sacerdote que cae, si no se vuelve a Dios con más facilidad y prontitud que los demás, se hace más ciego y de corazón más pesado y más duro que todos los otros pecadores[8]. Se han familiarizado por espacio de tantos años con las verdades eternas, las han predicado tantas veces, han tocado tantas veces con sus manos todas las cosas y vasos sagrados, han recibido tanta abundancia de luces, avisos y llamamientos al arrepentimiento, han tenido tan profusamente la *gratia status*, pero todo en vano; de manera que su fin es semejante al de un moribundo en quien se han agotado todos los remedios, medicinas y habilidad de los mejores médicos; la muerte se ha asido de él con tanta fuerza, que el enfermo morirá infaliblemente: ¡Cuántas veces ha predicado verdades que han convertido y santificado al humilde, al limpio de corazón, al de vida pura! Pero era el muerto predicando al vivo. ¡Cuántas veces dijo Misa cometiendo tres sacrilegios, al consagrar, al comulgarse a sí mismo, y al dar la comunión a otros! Era una vida escrita por dentro y por fuera con sentencia contra sí mismo; vida de hombre indigno que se atrevía a tocar las cosas santas. *Sancta, non sancte, sed perverse, turpiter et ad mortem*. Pero llega el último instante. Un Sacerdote, un hermano le asiste; ¿qué hace su alma allí dentro? ¿Hay en ella un soplo de vida, un latido de corazón, un rayo de conocimiento propio, voluntad para arrepentirse? Tal vez fué un niño inocente, joven de muchas esperanzas, buen estudiante, un Seminarista que prometía mucho, un Sacerdote lleno de aspiraciones excelentes, y muy buenas intenciones y magníficas resoluciones. Pero había un punto débil en su corazón, algún pecado de la carne o del espíritu, alguna pasión u orgullo. Al principio quizá lo conoció, lo resistió, lo llegó a dominar; pero en una mala hora tuvo una oportunidad, una facilidad, una alucinación especial, y una debilidad mayor y una tentación más fuerte, y el enemigo que estaba en acecho se apoderó de su alma e hizo su esclavo al Sacerdote. Pasan los años y con ellos vienen nuevas faltas, recaídas y reincidencias; se desaprovechan muchas ocasiones y medios de convertirse o se los quita de las manos el pecado o locura de otros; y el pecado se arraiga tanto que no se ve cómo se pueda arrancar; y por último se adormece la conciencia. Entonces viene la muerte. *Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuæ viæ, ne me perdas illa die*.

II. Ahora nos toca considerar la muerte del Sacerdote descuidado. Éste tiene un solo enemigo, pero que es el peor de todos, traidor, que se encuentra en todas partes, y lo tiene siempre en derredor y dentro de sí; este enemigo es el mismo: una voluntad floja, complaciente, indolente.

[7] Apoc., III, 17, 18.

[8] "Quis unquam vidit Clericum cito pœnitentiam agentem?" (Auct. incertus, in Matth. Homil. XL, tom. VI, p. 167.)

"Laici delinquentes facile emendantur, clerici autem si semel mali evaserint, inemendabiles fiunt." (D. Bonav., *Pharetræ*, lib. I, c. XXII.)

No se ha buscado enemigos porque él jamás se ha empeñado bastante en cosa alguna capaz de ofender a nadie. Todos hablan bien de él. El carácter del Sacerdocio en él no tiene ningún rasgo o fisonomía visible y marcada. Él es bien recibido siempre en las visitas, es un compañero amable, un huésped de buen humor y divertido, gran lector de periódicos, y que sabe al dedillo todos los acontecimientos del día. Es lo que se llama un favorito general, que a nadie hace daño, sino a sí mismo, y esto tan secretamente que sólo Dios, su Angel de la Guarda, su confesor, y tal vez algún amigo desconocido, pero observador, puede verlo. Él no se ve, o apenas se ve a sí mismo. Jamás omite la preparación para la Misa, pero breve y hecha a toda prisa; su Misa es corta: de unos veinte minutos, y maquinal; su acción de gracias es corta también y muchas veces la omite; el Oficio Divino lo dice, fuera de los tiempos debidos, precipitadamente y con poca atención espiritual o intelectual. A veces le coge la medianoche antes de haber rezado Prima, y entonces recita el Rosario como privilegio de Misionero y sin que le haya eximido de aquella obligación el trabajo de Misionero. Y no se crea que deje de asistir a los enfermos que le llaman, aunque de cuando en cuando tiene sus descuidos, y aún en algunas ocasiones por culpa suya llega tarde. Cuando está al lado del moribundo, tiene conciencia de que está en su puesto como Sacerdote, pero fuera de su puesto como hombre. Administra los Sacramentos, y recita las oraciones como se hallan en el Ritual; después calla; no le ocurre nada que decir. Los hábitos de su vida y las corrientes de sus pensamientos van tan lejos de la muerte y de la eternidad y tienen tan poca relación con estas cosas, que casi nada le viene al pensamiento que decir. El infeliz moribundo se

ve burlado en sus esperanzas, y los amigos que le asisten se entristecen e irritan. Cuando la muerte sorprende a un tal Sacerdote, le encuentra muy poco preparado. Quizás no ha prevenido bastante que se llame a otro Sacerdote, y por consiguiente, siendo el tiempo breve, llegan demasiado tarde los últimos Sacramentos. ¡Cómo se salvará este Sacerdote de aquella sentencia: "Mi pueblo ha callado, en cuanto a oraciones y alabanzas porque no tenía ciencia, a causa de la negligencia de su Pastor; porque tú desechaste la ciencia, yo te desecharé a ti para que no ejerzas mi Sacerdote"! [9].

III. Veamos ahora cuál será la muerte del Sacerdote laxo. La laxitud se diferencia del descuido o negligencia en esto. Un Sacerdote descuidado, flojo, perezoso, puede conservar en su alma el alto ideal del Sacerdocio, y aun deducir teorías estrictas de la noción del deber. Sin embargo, vencido por la negligencia o pereza, no las pone en práctica. Mas el Sacerdote laxo pone la mira muy baja y reduce cuanto puede sus obligaciones. Defiende todas las opiniones que favorecen a la libertad humana, y mira las estrictas como rigor y Jansenismo. Se apoya mucho en aquella primera parte de la sentencia de San Pablo: *Omnia mihi licent*, y pasa de largo sobre la segunda: *sed non omnia ædificant*. Sostiene que hay tan sólo dos estados, el de la libertad y el de los tres votos; que el de la libertad es para aquellos que no aspiran a ser perfectos, y el de los votos para aquellos que tratan de alcanzar la perfección. A los que están bajo su dirección espiritual, los encamina a dos cosas: a evitar el pecado y a no ser demasiado severos; a evitar el pecado por supuesto; pero también a evitar la

[9] Oseas, IV, 6.

demasiada estrechez, porque ésta es causa de escrúpulos, y ata demasiado la libertad. Esta clase de Sacerdotes se dispensan a sí mismos en muchas cosas, diciendo: "Yo no soy religioso", y "yo no soy nada más que un clérigo secular". Nunca les faltan varias opiniones, y doctores cuyo testimonio engendra probabilidad. Para todo cuanto quieren, tienen *communis opinio et sine periculo tenenda*. Jamás se sabrá, hasta que los secretos de los corazones sean manifiestos, qué destrozos hacen semejantes Sacerdotes en la vida espiritual de aquellos cuyas conciencias dirigen, o hasta dónde alcanza su influencia. El efecto inmediato de esta laxitud, es desanimar a los fieles que viven en el mundo para que no aspiren a la perfección cristiana. Y sin embargo, todos los cristianos están llamados a ser perfectos en cualquier estado en que vivan. Ellos procuran, es verdad, conservar al pueblo lejos del pecado, pero dejándolo al bajo nivel de la vida común, inofensivos, pero "sin hambre y sed de justicia". Tal género de vida, si es que puede mantenerse sin pecado, está muchas veces expuesto a las ocasiones del pecado. Porque mientras no hay pecado manifiesto, el amor a la libertad nos tira al mundo y a todas sus laxitudes. Pero el mundo está cubierto de una red de ocasiones, como sudario de muerte que se extiende y cubre a todas las naciones. Por uno que escape de estas redes, veinte caen presos entre sus mallas. Ahora bien; el Sacerdote que de esta manera instruye y dirige otras almas, de seguro que él primero usa de esa libertad que da tan generosamente. Y no hay duda, que así como el Sacerdote austero goza de gran paz y contento en la restricción de su libertad, así por el contrario el Sacerdote laxo goza muy poco de ambas cosas en medio de la libertad que se concede a sí mismo. Pero la Teología no

puede a la larga sostener sus fueros contra la conciencia; alguna vez, más pronto o más tarde, comienza a sospechar y ver que ha perdido el fervor y los deseos de perfección, y la "multitud de dulzuras" que Dios tiene guardadas para los que le temen. Él ha convertido en yugo el Sacerdocio, que debía haber sido ley de libertad. Cuando el Sacerdote que hemos descrito, muere, tiene poca tranquilidad en su conciencia, o gozo, o confianza. No ha sido generoso con su Divino Maestro, y en su último aprieto comprende demasiado tarde que aquellos que más se han negado a sí mismos por amor suyo, son los más semejantes a Él; y que son los más libres de todos, aquellos que han ofrecido su libertad haciendo sacrificio todos los días aún de cosas lícitas. ¡Triste vista retrospectiva cuando la vida se acaba! *Erubescet aliquando reus videri qui semper fuerat judex.*

IV. Después del Sacerdote laxo vamos a examinar al Sacerdote mundano, al hombre verdaderamente seglar o secular en el nombre y en el espíritu. Por fin se convence de que ha servido a un amo a quien no debía servir; que al querer servir a dos Señores, "recogió salarios, y los puso en saco roto" [16]. El mundo pasa para él dejándole con las manos vacías, y por lo que hace a la vida eterna, que se abre delante de sus ojos, muy poco es lo que ha ganado. No hablo yo de los Sacerdotes mundanos de los tiempos pasados, sino de los Sacerdotes tales como pueden ser infestados del espíritu mundano de este siglo diecinueve. Las ambiciosas rivalidades y contiendas de otros tiempos, cuando los Sacerdotes eran cortesanos y la Iglesia era rica y muy honrada, ciertamente pasaron ya. Pero el mundo tiene otra clase de

[16] Aggæus, I, 6.

lazos para los Sacerdotes; la popularidad, la adulación, el placer, corrompen y arruinan a muchos. Estas cosas hacen que el Sacerdote sea muy amante de la sociedad, de las comodidades, de la disipación, de los entretenimientos, de los manjares exquisitos, de las conversaciones alegres, de los placeres refinados, de la literatura y de la música, de las artes y de los caprichos del lujo. El efecto natural de todo ésto, es hacer la vida parroquial triste y monótona, cansadas las horas de confesonario, repulsivas las visitas de los enfermos y de los pobres, desabrido el estudio de los libros sagrados, fastidioso y sin interés el trato con sus hermanos en el Sacerdocio. El mundo ha robado el corazón a este pobre Sacerdote. ¡Infeliz! No puede estar mucho tiempo en su cuarto solitario, ni en compañía de sus hermanos, ni en el Santuario, ni en los ministerios de su Sacerdocio. Se le encuentra de ordinario fuera, en alguna casa particular, o con algún amigo, o con alguna persona de mucha intimidad. Y cuando a este Sacerdote le llega la última hora, no puede menos de echar sus cuentas y hacer el *horarium* de su vida. "¿Cuántas horas he pasado yo junto al altar, y cuántas en medio del mundo? ¿cuántas en la cabaña del pobre, y cuántas en el palacio del rico? ¿cuántas en enseñar a los Niños, consolar a los afligidos, o asistir a los moribundos? y ¿cuántas en charlar de sobremesa, o en lujosos salones? ¿Cuántas horas he malgastado en ir de aquí para allí, de casa en casa, donde nunca oía ni yo pronunciaba el Santo Nombre de Dios? ¿Cuánto tiempo he empleado en predicar la Palabra Divina, fin principal del Sacerdocio? ¿Cuántas horas he dado a una amistad particular, y cuántas a la oración hablando con Dios?" Haz un cálculo de todas estas horas, cuenta los días y aun años que componen, y considera qué cifras

terribles tienes delante de los ojos. Pero ya están hechas las cuentas en el libro de los Divinos recuerdos. ¡Ah! si el Sacerdote mundano hubiera puesto toda la energía y cuidado que puso en el mundo, en trabajar en su propia perfección, hubiera sido un Santo [11].

V. Finalmente —porque es preciso acabar—, vamos a considerar la muerte del Sacerdote fervoroso. El mundo nunca le conoció, o pasó inadvertido para él y como eclipsado por los Sacerdotes que hacen la corte al mundo. Más delante de Dios, ¡qué contraste! Siempre desde el día de su ordenación, o antes, de seguro desde la segunda conversión a Dios, ha examinado su conciencia todos los días, y ajustado sus cuentas año por año: jamás dejó de confesarse todas las semanas; ni de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa todos los días, ni de recitar el Oficio Divino con puntualidad, y a su debido tiempo. Ha vivido, como si dijéramos, siempre al lado de su Divino Maestro, comenzando y acabando el día con Él; distribuyendo todas las horas del día y todas las ocupaciones en servicio suyo. Ha vivido en medio de su pueblo, y el umbral de la puerta de su casa está gastado por los pies de los que acudían a él. Su última hora llega por fin, y un grito de dolor se oye en todas las familias cuando saben que el padre de la amada grey se está muriendo, y que se le han administrado ya los últimos Sacramentos. Y en medio de todo, ¡qué paz y qué tranquilidad en el cuarto del moribundo! Largo tiempo ha que tenía arregladas sus cuentas y las de sus ovejas. Había hablado familiarmente de la muerte, como de un amigo que está para llegar. La

11 "Ecce mundus Sacerdotibus plenus est, sed tamen in messe Dei rarus valde invenitur operator: quia officium quidem Sacerdotale suscipimus, sed opus officii non implemus." (S. Gregor., Homil. XVII, in Evangelia.)

teme, es verdad, como se teme el terrible tránsito de un mundo de tinieblas al magnífico trono de claridad; y como pecador, siervo inútil y criatura del polvo de la tierra, retrocede ante la muerte; porque el Espíritu Santo le ha enseñado a conocer la santidad de Dios y la iniquidad y malicia del pecado. Pero es un temor que echa fuera el miedo, porque es una prenda de que el Espíritu Santo, el Señor y dador de la vida, habita en el centro de su alma, arrojando luz sobre todo lo que es materia de confesión y arrepentimiento, y absolviendo al alma contrita de todos los lazos del pecado y de la muerte. Nadie muere tan feliz, como el Sacerdote rodeado de sus ovejas. En la proporción en que ha trabajado, en la misma es amado, y según lo mucho que es amado, así es sostenido por las oraciones de aquellos que ha llevado a Dios. ¡Maravilloso lazo el de la caridad! más estrecho y más apretado que el de los mismos parientes, y que será transformado un día en el mundo de la luz, y unirá al Pastor y a las ovejas por toda la eternidad, cuando éstas sean llamadas y su número esté completo, y los Pastores rodeen al Pastor de los Pastores, formando un solo aprisco sobre los collados eternos.

Si es tal la muerte del Sacerdote fervoroso, nada importa que sea repentina; no será de improviso o desprevenida. Toda su vida ha sido una preparación para la muerte. San Carlos Borromeo al morir decía: *Ecce venio;* su vida había sido un continuo acercarse a Dios. San Vicente de Paúl exclamaba: *Ipse perficiet*, como que Dios estaba dando la última mano a su obra en él. San Hilarión repetía: "Yo he servido a buen Amo por espacio de setenta años; ¿por qué he de temer ir a Él?" El Venerable Beda pasó la víspera de la Ascensión, repitiendo la antífona: *O Rex Gloriæ, Domine virtutum;* y San Andrés Avelino murió al pie del altar, al decir: *Introibo ad altare Dei.* Un diácono en África, en los tiempos de persecución, estaba cantando las aleluyas de la Pascua, en el púlpito, cuando una saeta le atravesó el corazón, y acabó las aleluyas delante del Trono del Eterno. Algunos han muerto cuando estaban predicando la palabra de Dios. ¡Dichosos mil veces fueron ellos! Muerte semejante, aunque sea repentina, no trae consigo temor, sino bendiciones. Es sobremanera conveniente no olvidemos esto jamás, dejando el tiempo y el modo de nuestro fin en las manos de nuestro buen Maestro. Nos sentiremos más fervorosos, si cuando subimos al altar nos decimos a nosotros mismos: "Tal vez ésta sea mi última Misa", o al ir a confesarnos: "Quizás sea ésta la última absolución que reciba", o al predicar: Puede ser que ésta sea la última vez que hable en nombre de Dios", o al visitar a un enfermo: "Tal vez sea ésta la última visita de enfermos; y que luego me visiten a mí." ¡Cuántos compañeros de infancia, de la niñez y de la edad viril han muerto! ¡Cuántos que fueron ordenados conmigo, o después de mí, han partido delante de mí! *Venire differt ut minus inveniat quod condemnet.* Lavadme, oh Señor, en vuestra preciosísima Sangre; y entonces "venid, oh Señor Jesús" [12].

[12] Apoc., XXII, 20.

INDICE